

Carol B. A.

SI **DIOS** PUSO
LA **MANZANA**,



FUE PARA
MORDER

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
CITA
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

BIOGRAFÍA

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

La vida de Tesa no es precisamente interesante: un trabajo aburrido, un jefe odioso y un novio «finiquitado» no dan ni para un chiste. Sin embargo, una llamada cambiará su vida por completo.

Con mucha ilusión y con un poco de insensatez también, Tesa decide embarcarse en una nueva experiencia, en la que se sucederán un sinnúmero de situaciones, cuanto menos peculiares, y en la que conocerá a «Malas Pulgas», un tipo muy exigente y estricto que despertará en ella las mariposas dormidas.

INGREDIENTES DE LA RECETA:

Hastío en el trabajo

Novio aburrido

Vida anodina

Individuo muy seductor

Concurso de televisión

Atracción por la persona equivocada

Imposibilidad de evitar problemas

ELABORACIÓN:

Añadir todos los ingredientes a la vida de Tesa, agitarlos y cocinar a fuego lento.

EMPLATADO:

Servir bien caliente y consumir lentamente saboreando todos y cada uno de sus momentos.

**SI DIOS PUSO LA MANZANA,
FUE PARA MORDER**

Carol B. A.

*La vida es como una bodega, si no te emborrachas,
no gozas de ella.*

CAPÍTULO 1

¡Otra vez lunes!

Arggh!... Pero ¿qué le pasaba al maldito calendario? ¿Por qué tenía que tener tantos lunes?

Encima, para colmo de mis males, ese día también llegaba tarde.

Trabajo en el sector inmobiliario. Sí, ya lo sé, con la crisis que hay. Llamadme loca si queréis, pero no encontraba nada de lo mío y alguien me habló de una chica que iba a dejar su puesto en la que actualmente es mi oficina y yo aproveché la oportunidad. Ella se marchaba sin darles a los jefes el tiempo suficiente para que pudieran buscar a alguien, así que yo me beneficié de esa circunstancia y entré sin siquiera pararme a reflexionar si mi vida laboral como agente inmobiliaria era lo que más le convenía a mi currículum. Pero no había otra. Era eso y pagar las facturas, o volver con la loca de mi madre, que, aunque la quiero mucho, convivir con ella es algo complicado, para qué nos vamos a engañar.

Casi no tuve tiempo de desayunar. Menos mal que la tarde anterior había preparado unos *muffins* con yogur y arándanos y, aunque no me habían salido muy esponjosos que digamos —creo que un meteorito haría menos cráter en la tierra que una de mis magdalenas al lanzarla contra el suelo—, decidí comerme uno y beberme un zumo de melocotón. Mala combinación de sabores, lo sé, pero era lo que había.

«*Muffins* ricos y esponjosos», ponía en la receta. Sí, muy esponjosos. Y eso que la cocina me encanta, pero tengo que reconocer que la repostería no es mi fuerte.

Por cierto, me llamo Tesa. Vale, ya sé que es un nombre algo raro, pero es que su historia es cuando menos peculiar. Aunque ante todo diré en favor del

nombre, que eran otros tiempos y que vivíamos en una pequeña aldea de montaña, dejada de la mano de Dios, donde no teníamos muchas cosas y los suministros nos llegaban solamente una vez al mes.

Pues bien, mi padre fue a que rellenaran mi partida de nacimiento, con el firme propósito de que quedara constancia en ella de que mi nombre sería el mismo que el de mi abuela Teresa, pero el del Registro, que no era otro que el alcalde del pueblo y el panadero al mismo tiempo, se fue quedando sin tinta conforme completaba los datos y para cuando llegaron al momento del nombre, tuvieron que acortarlo al máximo para poder dejarme inscrita y, bueno, ése fue el resultado. Nombre original para mí, bronca tremenda de mi madre a mi padre, dolor de cabeza para el pobre, y enfado monumental de mi abuela. ¡Menuda bienvenida al mundo tuve!

En fin, que llegué a mi «querida oficina», donde ya se encontraba mi compañera Marta y un hombre que gritaba en cuanto me veía entrar por la puerta y dejaba de hacerlo cuando me iba. Lo habéis adivinado... ¡mi jefe!

—Llegas tarde —me espetó en ese momento.

Pasaban solamente dos minutos de mi hora estipulada de entrada, pero como no quería tener una confrontación con él, me fui directa a mi mesa.

¡Uff, cómo odiaba empezar así los días! Era lunes, había desayunado algo prácticamente incomedible y encima mi jefe tenía ganas de buscarme, y yo, ya os lo digo de antemano, soy muy encontradiza. Mis compañeras me admiraban porque decían que siempre le plantaba cara, pero yo ya estaba cansada de tener que ponerme «bélica», como él me decía, para que no me pasara por encima como una apisonadora. La última discusión que tuvimos fue porque yo había escrito en un cartel que la vivienda que anunciábamos tenía «jardín delantero».

—Esto está mal expresado, Tesa.

Suspiré.

—¿El qué Severo?

Sí, su nombre también se las traía.

—¿Cómo pones que la casa tiene «jardín delantero»?

—¡Coño, porque lo tiene! —le contesté señalando la obviedad.

—Pero eso no se dice así. Está mal expresado.

—Ya... ¿y según tú cómo se dice? —le pregunté, con la furia a flor de piel.

—Pues tendrías que poner... A ver, déjame que piense... Algo así como que

hay un jardín delante de la vivienda. —*Ojiplática* me quedé—. Claro, Tesa, eso suena mejor que lo que tú has puesto.

¿Perdona?! Me estaba vacilando, ¿verdad?

¡Sujetadme que no respondo de mí...! Pero ¿qué había hecho yo para merecer aquello, Señor?

Lo miré fijamente, conté hasta diez, respiré hondo, me calmé y muy tranquilamente lo mandé a la mierda. Así, sin paños calientes. Luego dice que no quiere que me ponga bélica. Pero ¡si no hace más que provocarme!

La lie claro, ¿qué otra cosa podía hacer? Ya os lo he dicho antes, a él le gusta buscarme y yo no me callo ni debajo del agua.

Pero ese día había decidido que las cosas tenían que cambiar, o acabaría más quemada que la pipa de un indio. Que, por cierto, los indios las fumaban para firmar la paz, pero en mi oficina se desconocía su existencia, eso estaba claro. La existencia de la paz, me refiero. La pipa de fumar sí la conocían, sobre todo Severo, que seguía la ley a pies juntillas y no fumaba en el trabajo, no, sólo lo hacía en el cuarto de baño de la inmobiliaria, porque decía que él ahí no trabajaba y que por tanto no contaba. ¡Y se quedaba tan pancho el tío!

En ese momento sonó el teléfono.

¡Mira qué suerte! Salvada de tener que oír la bronca que intuía me iba a echar mi jefe.

Lo cogí rápidamente y alargué la conversación todo lo que pude, le ofrecí al interlocutor todas nuestras mejores casas y le expliqué en detalle todas las características y el precio de cada una. El hombre debió de flipar, porque era de una compañía telefónica que llamaba para ofrecerme no sé qué de una tarifa plana.

Me salió bien la jugada y Severo se puso su abrigo y se dirigió hacia la salida. Tenía que irse a enseñar una vivienda en la otra punta de la ciudad y «no quería llegar tarde». Eso último lo dijo con retintín al salir por la puerta. Si Marta no llega a ponerse delante de mí, juro por lo más sagrado que le lanzo el teléfono a la cabeza.

—Buenos días —me dijo luego con una sonrisa.

—Serán para ti, Marta. Yo hoy me quiero morir.

—Buenos días, chicas.

Julia acababa de entrar en la oficina con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Lo ves, Marta? Julia llega más tarde que yo y el jefe no la ha pillado para echarle la bronca. ¡Soy una desgraciada! —dije, echándome a llorar sobre la mesa.

—¡Eh!, no te quejes otra vez de tu vida, que por lo menos duermes calentita muchas noches —me dijo Julia, al tiempo que suspiraba y dejaba sus cosas encima de su mesa—. Yo no sé lo que es eso desde hace varios meses. Como siga así, más vale que me busque otro marido que tenga una taladradora entre las piernas, si no, ni los de las demoliciones van a poder quitarme el muro que se me debe de estar formando ahí abajo.

Ésa era mi compañera Julia, feminidad y delicadeza ante todo.

Las tres éramos muy distintas, pero aun así habíamos congeniado muy bien y habíamos traspasado los límites del compañerismo, llegando a crear una fuerte amistad entre nosotras, que aunque no iba más allá de las cuatro paredes de la oficina, al menos nos hacía el día a día mucho más llevadero.

—Uff... —resoplé.

Las dos dejaron lo que estaban haciendo y me observaron fijamente.

—¿Qué? —les pregunté ante su inquisitiva mirada.

—Escupe por esa boca pero ya —me dijo Julia, al tiempo que ambas se sentaban delante de mi mesa, como si fueran dos telespectadoras del «Sálvame».

—No tengo nada que escupir. Es sólo que... ¡yo qué sé! —dije malhumorada—. Son las nueve de la mañana, no me voy a poner ahora a contaros mi vida de pareja.

—Vaya que no. ¡Ya estás tardando! —me soltó Julia.

Miré a Marta en busca de apoyo, pero ella ya se había aliado con Julia y me miraba esperando mi explicación.

—Puff... —bufé de nuevo.

—¡Ostras! ¿Todo eso te pasa?... ¡Madre mía, es aún peor de lo que me esperaba! —soltó Julia con sorna.

—¡Eres una idiota y lo sabes!

—Gracias, Tesa, yo también te quiero.

Seguían mirándome fijamente.

—Vaaale. —Me di por vencida—. Es que con Daniel ya no es lo que era.

—¡Hombre, bienvenida al mundo del resto de las mujeres! —me dijo Marta sonriente.

—¡Jolín! ¿Tú también? Que Julia se cachondee de mi vida y de mi relación con Daniel, vale, pero tú no por favor.

La pobre puso cara de estar supermegarrepenida de su comentario.

—Pues no te hará gracia su observación, guapa, pero es que las demás no vivimos en la nube de algodón rosa en la que te has instalado tú todo este tiempo. Nuestros maridos ya se convirtieron en sapos hace mucho tiempo, bueno, el mío lo ha sido siempre, para qué nos vamos a engañar. En fin, siento ser dura, pero así es la vida y así es el amor. ¡Una mierda mayormente! —terminó Julia.

—Puff... ¿Y qué tengo que hacer yo ahora, resignarme...? Me niego. ¡Yo quiero seguir viviendo mi cuento de hadas! —dije lloriqueando.

—Pero ¿de qué *ñoñadas* estás hablando? ¿Qué es eso del cuento de hadas? Un cuento de orcos más bien, diría yo... Que te casas con un príncipe azul y al día siguiente como por arte de magia ya ha desteñido y se ha convertido en un sapo verde tirando a marrón mierda.

—Ay, jolín, yo qué sé. Yo veía en Daniel a un hombre guapo y lo admiraba por un montón de cosas y nos reíamos juntos y siempre tenía ganas de verlo y de...

—Sí, ya lo sé, no sigas. Nos hacemos una idea.

—Y ahora ya no hay nada de eso —añadí con tristeza—. Siempre estamos cansados, ya no nos reímos. Ya no me parece el hombre admirable que era y cada vez le veo más defectos que me sacan más de quicio y, en fin, que me siento más aislada de él. Siento que mi línea de vida se va separando más de la suya, tenemos metas diferentes, perspectivas distintas de las cosas y... —Se me quebró la voz—. Ya no fluye, simple y odiosamente, eso es lo que nos pasa. No fluye.

—¿Lo has hablado con él? —me preguntó Marta con cara de circunstancias.

—No. ¿Para qué...? Es absurdo. La situación es ésa y ya no se puede arreglar. Lo único que me queda es romper, así de sencillo. Daniel no es tonto y supongo que pensará igual que yo, pero ya sabéis cómo son los hombres para estas cosas. Les da pereza hasta terminar una relación y acaban acomodándose para no tener que hacerlo. Supongo que estará esperando a que yo dé el paso.

—¡Vaya, pues sí que estamos bien! Menudo drama ya a primera hora de la mañana.

—¡Julia! —la increpó Marta—. ¿Cómo puedes ser tan desconsiderada? Tesa lo está pasando mal.

—Mira, cielo, Tesa tiene más que claro y asimilado lo que le pasa, únicamente le hacía falta verbalizarlo para creérselo de verdad, así que lo difícil lo acaba de hacer, ahora sólo queda lo fácil, que es darle la patada a «Don me acomodo porque sí», y a otra cosa, mariposa. ¿O no? —preguntó mirándome.

—Supongo que sí, Julia. De hecho, si no os importa, me voy a encerrar en el despacho de Severo ahora que no está y lo voy a llamar. Sé que no es justo para él que lo deje por teléfono, pero no quiero tenerlo delante y que me ponga cara de cordero degollado y por lástima echarme atrás en mi decisión.

Treinta minutos más tarde, salía del despacho seria y confundida. Daniel me había dicho que me quería, que no entendía mi decisión, que si es que había otro y qué me había fumado para suponer que entre nosotros había tal hastío. Según él, todo marchaba como siempre y me seguía queriendo como el primer día y no entendía de qué le hablaba.

¿Me habría equivocado y habría llamado al novio de otra?

Estaba claro que «No hay peor ciego que el que no quiere ver» y él se había acomodado ya a una relación que a mí no me llenaba en absoluto. No había marcha atrás, la decisión estaba tomada y el paso dado. Así que, a mis veintiséis años, era oficialmente soltera de nuevo.

Mi móvil sonó, sacándome de mis pensamientos. Julia y Marta, que se habían levantado de sus mesas para venir a hablar conmigo y ver cómo había ido todo con Daniel, tuvieron que esperar a que descolgara y mantuviera la conversación telefónica más extraña de mi vida.

No me esperaba en absoluto lo que acababan de decirme. Sin embargo, y aunque el momento quizá no fuese el mejor, me puse tan contenta que empecé a llorar como una histérica nada más colgar.

Julia y Marta se asustaron. No sabían si la última llamada había sido de mi ahora ya expareja o de quién y, por supuesto, no entendían muy bien por qué me había puesto a llorar de esa manera, cuando me habían visto salir tan entera del despacho, después de terminar mi relación con Daniel.

—Joder, joder, joder... —atiné a decir ansiosamente.

—¿Se te ha borrado el resto de vocabulario de la mente, Tesa? —preguntó Julia con guasa.

—Joder, joder... —No paraba de llorar histérica.

—Me estás empezando a preocupar. A ver si has recibido una llamada de esas que te ponen un pitido y te borran todos tus recuerdos y tus conocimientos.

—¡No digas tonterías, Julia! —Empecé a reírme como una loca.

—Espera... ¡va a ser peor aún! Te han puesto un pitido que altera tus funciones cerebrales y te vuelves bipolar de golpe.

—Ja, ja, ja —me desternillé.

Mis compañeras no salían de su asombro y yo no podía evitar estar agitada por lo que acababa de ocurrirme.

Me sentía completamente feliz. Se acababa de cumplir un sueño que llevaba mucho tiempo intentando conseguir. Un sueño que transformaría mi existencia de arriba abajo. Lo cambiaría todo. De hecho, ya me había cambiado el humor. Ese lunes odioso y gris como mi vida, se había convertido en el mejor de mis días. Se había transformado y ya todo sería diferente, más incluso de lo que nunca podría haber llegado a imaginar.

A partir de ese preciso instante, una nueva Tesa con una nueva vida nacía en mi interior.

—Enhorabuena, Tesa. Estás dentro.

Ésas fueron las palabras de mi interlocutor al teléfono. Ésas fueron las palabras que me cambiaron la vida para siempre.

CAPÍTULO 2

Una vez que les comenté a Julia y Marta de qué se trataba la llamada telefónica, alucinaron como lo había hecho yo.

—¡Eres una asquerosa y lo sabes! —me dijo Julia con los ojos entrecerrados.

—Nos llamarás de vez en cuando para contárnoslo todo, ¿verdad? —me preguntó Marta.

—Eso dalo por hecho.

—¿Y qué vas a hacer con el trabajo? —quiso saber inquieta mi compañera.

—¡Pues dejarlo, no te fastidia! —le contestó Julia—. Nos va a abandonar, la muy desgraciada. Pero la entiendo... ¿Quién querría seguir en este antro, después de haberse hecho famosa? —argumentó muy convencida.

—¡No voy a dejar el trabajo! ¿Estás loca? ¿Y qué es eso de que me voy a hacer famosa? Eso es una chorrada.

—Ya, claro. Todo el mundo te conocerá por la calle y te pedirá autógrafos a diestro y siniestro y a ti se te subirá a la cabeza y, por supuesto, te olvidarán de la chusma y por tanto de tus compañeras de trabajo.

—Eso es lo que te pasaría a ti, Julia —le dije sonriendo—. Pero por suerte para vosotras, yo no soy así.

—¡Madre mía, cuando se entere Severo le va a dar algo! No me perdería su cara por nada del mundo. Prométeme que se lo dirás delante de nosotras —me pidió Julia riéndose.

—No te preocupes, aunque intentara decírselo a solas en su despacho, los gritos se oirían hasta en la calle. Lo que no sé es cómo le voy a plantear que tengo que incorporarme el lunes que viene, sin apenas margen para coger a alguien que me sustituya y, además, tampoco sé por cuánto tiempo tendría que ser. Espero que no me despida. Éste no es el trabajo de mi vida, pero paga las

facturas.

—Tú tranquila, nosotras te cubriremos el tiempo que haga falta, aunque tengamos que echar horas extras. ¡Todo sea por poder decir que tenemos una compañera famosa! —dijo Marta entusiasmada.

Y nos abrazamos emocionadas, al tiempo que dábamos saltitos y grititos. Ya sabéis lo *pastelonas* que somos las mujeres. Estas cosas no las podemos evitar, vienen grabadas a fuego en nuestros genes.

A pesar de que tenía una visita muy importante a última hora, con un tipo que quería que le enseñara un par de locales para montar un restaurante de bastante renombre, el resto de la mañana casi no hubo trabajo y eso hizo que estuviera todo el tiempo hecha un manojito de nervios, porque no hacía más que pensar en cómo serían las cosas en el futuro. Lo mucho que podía cambiar mi vida me asustaba bastante. Nunca me han gustado los cambios y menos no saber hacia a donde me dirigía en realidad.

Acababa de romper con mi novio de seis años e iba a dejar mi trabajo, aunque esperaba que fuera sólo temporalmente si las cosas no me iban bien. Pero ojalá no tuviera que volver allí, ojalá pudiera hacer de mi vida lo que siempre había soñado y ojalá...

—¿¡Qué hacéis las tres aquí!?! —Acababa de llegar Severo—. Ahí fuera hay miles de casas esperando ser vendidas y miles de clientes esperando comprarlas. ¡Os he dicho cientos de veces que cuando la cosa esté tranquila salgáis a buzonear o a coger números de teléfono de viviendas, pero aquí las tres juntas no hacéis nada! —terminó de decir gritando.

¡Qué bien, estaba de buen humor, qué suerte! Puse los ojos en blanco al pensarlo.

—Esto... —empecé a decir—, Severo tengo que comentarte una cosita.

Y bueno... fue bien, supongo. En realidad no se enfadó demasiado, ni habló mucho, la verdad. Sólo me dijo una frase bastante escueta y concisa:

—Lárgate y no vuelvas.

Así era mi jefe, ¡todo comprensión y empatía!

—¡Hijo de mala madre! —murmuró Julia, mientras yo empezaba a recoger todas las cosas que tenía en la oficina.

En realidad no es que tuviera mucho. Nunca me había sentido como en mi trabajo definitivo y supongo que por eso nunca llené de objetos personales la que

hasta hacía muy poco había sido mi mesa.

Lo curioso del caso es que me sentía tranquila. Incluso más que eso. Estaba relajada y casi optimista. En vez de sentirme desgraciada en esos momentos por haber perdido mi trabajo, me sentía, cómo decirlo, aliviada. Sí, me acababa de quitar una losa de encima y la sensación era ahora de libertad.

Tanta libertad que me vine arriba y me fui al despacho de Severo a decirle cuatro cosillas. Esas cuatro cosas que hasta entonces no me había atrevido a soltarle.

—¿Sabes lo que te digo, Severo? —le pregunté, mientras abría la puerta de su despacho sin llamar siquiera—. Métete el trabajo de mierda, con el sueldo de mierda que nos pagas, por el culo. Y ojalá te salgan almorranas y que todo lo que ganes te lo gastes en medicamentos.

Y salí de allí dando un portazo. Luego corrí hacia mi mesa para terminar de recoger mis cosas e irme a toda leche de la oficina, pues quizá me había venido demasiado arriba y Severo tenía algo que contestarme después de mi salida de tono. Les tiré un beso de despedida a las chicas y les hice el gesto de que hablaríamos por teléfono, mientras me marchaba escopetada al ver que se abría la puerta del despacho de mi jefe.

A pesar de que casi estuve a punto de caerme por tropezar con un cliente que entraba en la inmobiliaria —probablemente fuera con el que había quedado para enseñarle locales para su restaurante—, corrí y corrí hasta que dejé de oír los gritos de Severo. Llegué hasta donde tenía aparcado mi Fiat 500 de color «rojo diablesa» y salí zumbando con él.

Grité. Grité de felicidad y del subidón de adrenalina que tenía. Acababa de hacer las cosas fatal, pero me sentía tan bien..., en esos momentos me sentía tan viva que lo repetiría una y mil veces.

Lo malo eran las chicas. Las pobres se habían quedado allí, aguantando los gritos del jefe, aunque supongo que ya estaban más que acostumbradas a los circos que éste montaba.

Sin embargo, para mí había merecido la pena sacar, por una vez al menos, los pies del tiesto y desahogarme de la frustración que ese hombre me había provocado durante tantos años. Por cierto, ¿os había comentado que ese personaje, que para más información os diré que está casado, se presentó una vez en casa de mi madre aprovechando que yo estaba fuera de la ciudad y quiso

acostarse con ella...? Bueno, mejor no os lo cuento, que me da bastante grima el asunto.

Vamos a dejarlo en que yo acababa de hacer algo que se merecía bastante este impresentable y que a mí me había liberado por completo.

«¡Gracias, Severo, por este momento de felicidad tan inmensa que me has proporcionado, gracias de verdad!»

Tan feliz estaba yo con mi proeza que no me di cuenta del frenazo que dieron los coches de delante, así que no me quedó más remedio que intentar detener rápidamente el mío y, para no echarme encima de ellos, giré el volante y me pasé al carril de la izquierda sin mirar si venía alguien.

«¡Muy mal, Tesa, muy mal!»

Sí, venía alguien, que a su vez intentó cambiarse al carril siguiente para evitarme, pero que al final acabó rozándome todo el lateral del coche. Ambos frenamos y quedamos a la altura. Cuando miré por la ventanilla, tenía totalmente pegado a mi coche un vehículo muy negro, muy brillante y muy nuevo, con un conductor muy joven, muy bien vestido y muy pero que muy enfadado, fulminándome con la mirada.

«¡Madre mía, Tesa, qué bien lo has hecho!», pensé, mientras volvía la vista hacia delante, un poco en estado de *shock* por lo que había pasado.

—¿Me estás escuchando?

Alguien me hablaba desde el otro automóvil. Probablemente el guaperas, pero no creo que me estuviera diciendo nada bonito, así que seguí mirando hacia delante, con la mirada perdida en el asfalto.

De repente, algo negro nubló mi visión. Empecé a enfocar la vista. Junto al morro de mi coche, de pie, estaba el tipo del vehículo de al lado, haciéndome aspavientos y gritándome.

Fue curioso cómo me pude llegar a abstraer tanto, a pesar del caos que tenía a mi alrededor, pero es que no quería salir de mi burbuja de felicidad y hacerle frente a lo que acababa de liar, así que, sin pensarlo dos veces, metí la primera y pisé el acelerador.

Imaginaos la que se armó. El guaperas flipó y el resto de la gente también. Pero la que más aluciné fui yo cuando me di cuenta de que mi coche estaba enganchado al suyo y no podía avanzar. Bueno, sí avance un poquito, lo suficiente como para rozárselo un poco más si cabe y terminar de dejar los dos

vehículos totalmente enganchados.

¡Vale, ahora sí que la había fastidiado bien! Tenía el tráfico completamente colapsado, con un choque en cadena bastante importante y mi coche trabado con el de un tío muy elegante con su traje negro, pero que estaba cada vez más cabreado y me miraba cada vez con más furia. No lo culpaba, yo en su lugar me habría matado a mí misma.

Entonces decidí hacerle frente a la situación y salir del vehículo.

Pero no podía salir. ¿Cómo iba a hacerlo si tenía el automóvil de Malas Pulgas pegado al mío, imposibilitando que pudiera bajarme?

¡Oops!, lo vi dirigirse hacia la puerta del copiloto de mi coche y, con un gesto instintivo, eché el seguro para que no la pudiera abrir.

En ese momento me pareció oír todos sus músculos tensándose.

Llamadme loca, pero no iba a dejar que aquel tipo entrara en mi vehículo con el cabreo que tenía. ¡Seguro que estaba deseando arrastrarme de los pelos por toda la avenida!

Vi que se inclinaba y tocaba el cristal con los nudillos, cogiendo tal cantidad de aire que debió de dejar a toda Valencia sin reservas de oxígeno.

—Abre la puerta —me pidió, conteniendo su furia.

—No —contesté, sin dejar de mirar lo terriblemente guapo que era.

—¡Abre la puerta o te juro que te saco yo mismo de ahí por el techo! —me gritó, demostrándome lo muy cabreado que estaba.

Tenía una voz sugerente e intensa. «Sería muy bueno como locutor de radio», pensé.

—No —dije.

¡Joder, mi boca iba por delante de mi mente!

Se me quedó mirando con cara de exasperación. Tenía todos los músculos del cuello en tensión y los puños cerrados, apretándolos con fuerza.

¡Madre mía, qué bueno estaba! Ojos azules, pero azules azules, de esos que llaman la atención hasta de lejos, mandíbula angulosa, pelo moreno y un poco larguito, piel morena también y, sobre todo, lo que más destacaba en él eran los morritos que tenía. Una descarada llamada al pecado. Era guapo hasta decir basta e iba muy bien vestido. Además, seguro que tenía un cuerpo muy trabajado, a juzgar por cómo le sentaba el carísimo traje que llevaba.

A lo mejor todavía quería conocerme y empezar una relación conmigo y

hacerme el amor todos los días de mi vida hasta que la muerte nos separase.

No, no lo parecía, a juzgar por cómo me miraba.

«¡Vale, Tesa, en algún momento tendrás que salir del coche! No te puedes quedar aquí para siempre.»

—Sólo saldré si me prometes que no me vas a pegar —le dije.

—¿Qué? Pero ¿de qué coño estás hablando? ¡Sal del coche ahora mismo! —me exigió furioso.

Crucé los brazos y lo miré esperando.

—Joder, esto es el colmo... ¡Sal del coche! —gruñó, mientras se daba la vuelta, crispado.

—Vale —acepté a regañadientes.

—¡Hombre, si estamos de suerte! ¡La princesita se ha dignado salir de su castillo! —dijo Malas Pulgas.

—Lo siento —me disculpé una vez fuera, agachando la cabeza por la vergüenza que empezaba a sentir.

—Perdona, no te he oído, ¿qué has dicho?

—He dicho que lo siento, ¡¿vale?! Siento lo que ha pasado, siento no haber mirado por el retrovisor y siento haber reaccionado como lo he hecho.

Esperaba haberlo desarmado con mi perorata.

Se quedó mirándome de una forma un tanto extraña.

—Bueno, supongo que todos somos un poco gilipollas a veces —respondió al cabo de unos segundos.

¡Uh, lo que me había dicho!

—¡¿Perdona?! —repliqué, con cara de muy mala leche y a punto de empezar a gritarle.

—Mira, vamos a dejarlo —contestó él, previendo la tormenta que se avecinaba—. Voy a sacarle un par de fotos a los coches, a tu seguro y a tu DNI y me firmas el parte amistoso para que pueda terminar de rellenarlo en casa tranquilamente. Así acabaremos cuanto antes con todo este follón.

—¡Sí, hombre, para que pongas que yo tuve la culpa!

Cerró los ojos y se dio media vuelta. Respiró hondo varias veces y se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Sería tan amable la princesita de rellenar el parte amistoso con todos los datos, exponer cómo ha sido el accidente, firmarlo, dármelo y dejar que me vaya

en paz de una puta vez, antes de que pierda los papeles por completo?

¡Joder, qué estirado! Tampoco había sido para tanto, ¿no?... ¿O sí?

Mientras rellenaba el parte, Malas Pulgas dio cuarenta paseos detrás de mí, hizo cuarenta llamadas y me miró cuarenta veces, suspirando cada vez que veía que aún no había terminado. Me puso de los nervios.

—Ya está. Sólo falta que lo firmes tú.

No dijo ni media. Lo revisó, lo firmó, se subió a su coche, arrancó y... ¡Uff!, cómo explicaros la cara que puso cuando vio que su vehículo estaba totalmente enganchado al mío y que no podía moverse a menos que yo también lo hiciera.

Debía de ser el primer caso en el mundo, porque ni los policías, ni los de la grúa, ni un ingeniero que pasaba por allí, ni todos los que se acercaron a ver qué ocurría, dieron con la manera de separar los coches. Estaban trabados y teníamos dos alternativas: o venían los bomberos y cortaban por lo sano con la radial (esta opción creo que no le gustó demasiado a Malas Pulgas, a juzgar por lo blanco que se puso), o avanzábamos con los coches pegados, a la misma velocidad, hasta el taller de chapa más cercano, donde ya con tiempo intentarían buscar la mejor solución al problema.

Evidentemente, Malas Pulgas decidió lo segundo. Se subió al coche y sólo me miró para decirme que no pasara de veinte kilómetros por hora.

—¡Sí, hombre! ¿Cómo vamos a ir a esa velocidad? Nos va a pitar todo el mundo —protesté.

Lo vi cómo agarraba el volante con ambas manos y luego cerraba los puños sobre él. Se quedó mirando al frente, con todos los músculos de su cuerpo en tensión. ¡Hombres!

—Vale —le dije—. ¡Relájate que te va a dar algo! Cualquiera diría que estás teniendo un mal día.

Me miró con tal furia que me estremecí. ¡Madre mía, y yo me quejaba de la mala leche que se gastaba mi jefe!

Claro que Malas Pulgas a lo mejor tenía un poquito de razón.

Intenté no liarla más y seguí todas las instrucciones que nos dieron. La policía iba delante, abriéndonos paso, y también detrás, para indicarles al resto de los coches que había un problema y que tenían que reducir la velocidad.

Yo, de vez en cuando, miraba a Malas Pulgas, bueno, a Oliver. Ése era el nombre con el que había rellenado el parte. Oliver Sabattini Valdés. El caso es

que cuando lo había leído me había sonado de algo, pero no sabía de qué.

Él no se volvió hacia mí ni una sola vez. Sólo miraba al frente con cara de muy pocos amigos. Pues aun así, el jodido estaba sumamente atractivo.

Por fin llegamos al taller. Ambos nos bajamos del coche y yo me dirigí hacia él, pero no me dio ocasión de decirle nada. En cuanto habló un par de cosas con el dueño del taller, se fue hacia la puerta y cogió un taxi que estaba esperándolo.

«De echar un polvo ni hablamos, ¿no?», pensé con ironía, porque me había bajado dispuesta a invitarlo a un café en señal de disculpa, pero estaba claro que no tendría ocasión. Adiós al objeto de mi deseo.

¡Bueno, pues qué bonito lunes! Casi mejor me iba a mi casa y me metía debajo de las sábanas hasta que hubiera un cataclismo o algo por el estilo.

Eso sí, menos mal que me habían dado una buena noticia. Quizá la mejor de mi vida.

Estaba a punto de entrar en un programa de televisión. Era una de las concursantes seleccionadas para el nuevo *talent show* «Grand Chef».

CAPÍTULO 3

Por suerte, el resto de la semana transcurrió sin más incidentes de importancia. Bastante había tenido con el lunes. En un solo día había acumulado todo el mal karma de un año entero.

No tuve noticias de Malas Pulgas, pero sí de su seguro a través del mío. Había agilizado todos los trámites para que le arreglaran el coche cuanto antes.

Un par de veces estuve tentada de llamarlo al número de móvil que aparecía en la copia del parte, pero al final desistí. ¡Total ya no lo volvería a ver!

A quienes sí llamé fue a mis progenitores, para comentarles las noticias.

Mi padre estuvo encantado con el hecho de que hubiera roto con Daniel. Para él, ningún novio era bastante bueno para mí y no dudó en sacarle mil defectos a mi ex y en encontrar mil razones para aplaudir mi decisión. Supongo que nunca ninguno fue santo de la devoción del otro y eso se notaba. Y en cuanto al concurso de cocina, su reacción fue más que alentadora. Me animó muchísimo y me deseó todo lo mejor. Era lógico que lo hiciera, a él le encantaba la cocina y, de hecho, era quien me había inculcado el amor por el arte culinario desde que era muy pequeña.

Otro cantar fue mi madre. El día y la noche. Así eran ellos. Por eso ya no estaban juntos desde hacía más de diez años. La situación llegó a ser tan difícil en casa, que hasta yo los animé a que se divorcieran. Simplemente no se entendían. Mi padre miraba la vida como esa oportunidad única que hay que exprimir al máximo para obtener todo lo que nos pueda ofrecer. Por eso no quería perderse ningún momento, ninguna sensación, ninguna emoción. Su máxima era aquel eslogan de Reebok: «La vida no es un deporte de espectadores», y dedicaba su tiempo a hacer viajes, a disfrutar con los amigos de todas las actividades que se le pusieran por delante y, en definitiva, a hacer todo

lo que lo hiciera sentirse vivo. Ella, sin embargo, no le veía sentido a viajar, no le gustaba la vida social y, por supuesto, nada de realizar ninguna actividad física que le supusiera algo de esfuerzo. Lo dicho, la noche y el día.

Mi madre era una mujer más bien ermitaña, muy de su casa, por decirlo de alguna manera, a la que no le gustaba salir a gastarse el dinero en tonterías, como decía ella, o sea, en restaurantes, viajes, cines, teatros y demás. Lo único que le importaba y la hacía feliz era tener la casa muy limpia y que yo fuera una señorita de bien, con estudios y una buena posición social y económica en la vida. ¡Vaya, que tuviera un marido que perteneciera a alguna familia venida a más y con una buena cuenta corriente en el banco!

Así que se lo tomó todo mal. Muy mal. No le veía la cara, porque estaba hablando con ella por teléfono, pero estaba segura de que se le iba un color y se le venía otro. Lo del concurso la mató, lo de perder el trabajo la remató, pero lo de dejar al que hasta entonces había sido su querido yerno, fue la peor noticia que podría haberle dado.

La verdad es que ambos se llevaban fenomenal. Además, Daniel era alto, guapo, con un buen puesto de trabajo que le proporcionaba un salario más que respetable y perteneciente a una familia de empresarios muy acomodados. ¿Qué más se podía pedir? A mi madre le encantaba y lo trataba incluso mejor que a mí. Todo lo bueno era siempre para él. Había que cuidarlo muy bien para que no se me escapara, decía siempre ella.

Pues ¡no sólo se me había escapado, sino que había sido yo la que le había abierto la jaula para que se fuera!

Ya lo he dicho antes, se lo tomó muy mal. Me pidió, me rogó, me suplicó que volviera con él. Ella no entendía de sentimientos, de mariposas en el estómago, de pasión, en definitiva. Ella únicamente entendía de una buena cuenta bancaria y de posición social, así que acababa de darle el mayor disgusto de su vida.

Terminé la conversación lo más rápido que pude, casi dejándola con la palabra en la boca, y me puse a hacer la lista de cosas que me llevaría a Madrid. No sabía cuánto tiempo iba a tener que estar allí. Podía ser una semana o podían ser tres meses si conseguía llegar a la final.

Empezó a sonar el teléfono.

¡Vaya tela!, seguro que era mi madre para seguir intentando convencerme de que volviera con mi ex. Pues no la iba a dejar hablar, porque o cortaba el tema de

raíz, o se volvería cansina hasta hartar. Así que descolgué y no le di opción ni a respirar.

—¡Mira lo que te digo, mamá! Yo te quiero mucho, pero no te voy a permitir que me intentes convencer de algo que tengo muy claro. Te lo voy a explicar una última vez y después no quiero que volvamos a hablar del tema nunca más. Ya no estoy enamorada de Daniel. Ya sé que a ti eso te da igual, mientras tenga una buena cuenta corriente, pero para mí es lo más importante que hay para que se sustente una relación. No siento mariposas en el estómago y no me digas que eso es para quinceañeras, porque no es así. Yo necesito que cada vez que lo vea me dé un vuelco el estómago y sentir que estando con él me corre la sangre por las venas. Ya sé que con el tiempo todas esas sensaciones se pasan, pero al menos debería perdurar la ilusión de construir un futuro juntos y yo no la tengo. No me veo con él el día de mañana. Es más, si me lo imagino me entran náuseas, así que no hay vuelta atrás. Quiero empezar de nuevo y conocer a alguien que me haga sentirme viva, que me haga sentir que vuelvo a tener quince años y que me haga volar cada vez que echemos un polvo. Sí mamá, he dicho «un polvo». Para ti el sexo es más que secundario, pero para mí no. Así que necesito un hombre que me haga estremecer, que me haga olvidarme del mundo cuando esté con él y que me eche los polvos más increíbles que nadie me haya echado nunca. ¿Te ha quedado claro ya de una vez? —Me había venido arriba, estaba claro.

No respondió. Supongo que me había pasado un poco, pero conocía a mi madre de sobra y, o lo hacía así o acabaría por tener la discusión del siglo con ella por no haberle parado los pies a tiempo.

Alguien carraspeó al otro lado de la línea.

Pero... ¡qué leches...! Parecía la voz de un hombre.

—Perdona, me he perdido en lo de que te hagan volar cada vez que te echen un polvo. —Era una voz masculina, una voz intensa, profunda, que me sonó al instante.

¡Ay, Dios! Era Malas Pulgas.

—Eso es muy complicado desde el punto de vista de la física, la verdad... — siguió diciendo, mientras yo me quería morir—. En realidad, sólo ocurre en los cuentos de hadas... pero te diré una cosa que seguro te sorprenderá mucho: esos cuentos... no existen. ¡A ver cuando las mujeres os dejáis de creer esas tonterías!

«Tierra trágame», pensé, y colgué.

El teléfono volvió a sonar. ¡Uff!

Vale. Respiré despacio, cogí aire e hice como si fuera la primera vez que descolgaba el teléfono en toda la tarde.

—Sí, ¿dígame?

—¿Por qué me has colgado? —preguntó Malas Pulgas extrañado.

—¿¡Perdona!?! No sé de qué me estás hablando. Yo no he hablado con nadie en toda la tarde, así que no he podido colgarte. Por cierto, ¿quién eres?

—Mira, princesita... —pronunció sílaba por sílaba con mucha intensidad—, yo nunca me equivoco, así que no me vengas con chorradas.

—Ah, eres tú, el Malas Pulgas... ¿y qué querías? —pregunté con tono indiferente, aunque por dentro estaba entre atacada, muerta de vergüenza y deseando seguir hablando como fuera con aquella voz que me hipnotizaba, todo a la vez. No sé si os hacéis una idea.

—¡Perdona, ¿cómo me has llamado?! —preguntó muy enfadado.

—Mira, dime para qué me has telefoneado o te vuelvo a colgar.

¡Ups!, me acababa de delatar. ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Por qué siempre iba más rápida mi lengua que mi cerebro? Para mí, que tenía un grave problema de conexiones.

Se echó a reír durante un buen rato. Yo ya estaba por decirle algo o cumplir mi amenaza de verdad.

—Así que sí eras tú la de los polvos mal echados. —Se oyó otra carcajada al otro lado del teléfono—. ¿Y cómo era eso de que te hicieran volar al echar uno? —Se rio de nuevo.

Rojo no, granate no, lo siguiente. Ése debía de ser el color de mi cara en ese preciso instante. Me ardía. Para decir la verdad, me ardía todo el cuerpo. Vergüenza, rabia pura y dura y mucho cabreo. Eso era lo que sentía en esos momentos.

—¿Qué pasa, princesita? ¿Por una vez se te ha comido la lengua el gato? — Seguía riéndose como un niño.

Le volví a colgar.

Volvió a sonar el teléfono ¿y qué creéis que hice? Lo volví a coger. ¡Hay que ser idiota!

—Vaya, vaya, princesita, voy a empezar a pensar que también te gusta el masoquismo. —Siguió riéndose.

Yo no articulé palabra y esperé pacientemente a que se callara.

—Vale, bueno, creo que ya me he reído lo suficiente para todo el día. En fin, yo llamaba porque quería saber si el seguro ya se ha puesto en contacto contigo. No quisiera tener problemas con ese tema.

—Sí, no te preocupes. Me llamaron y ya está todo solucionado. Mi seguro se hará cargo de todas las reparaciones. ¿Algo más?

—No, sólo era eso.

—Vale —dije, sin querer colgar aún, a pesar de la vergüenza que me había hecho pasar.

¿Qué tenía su voz que tanto me atraía?

—Ok, pues ya está. No puedo decir que haya sido un placer conocerte, precisamente, pero al menos hoy me he reído un buen rato contigo. Adiós, princesita —añadió en un tono más dulce.

—Adiós, Malas Pulgas.

Y ahí se acabó nuestra conversación.

¿Y por qué me daba pena que se acabara, cuando en realidad me había hecho sentir el mayor ridículo de mi vida el indeseable ese? Bueno, «indeseable» no era el mejor calificativo para definirlo, porque de hecho estaba tremendo. Seguro que si mi hermana Carla, que era más sabia que yo para ese tipo de cosas, se lo hubiera encontrado por la calle, le habría dicho su frase más recurrida en esos casos: «¡No sé si estudiarte o trabajarte!».

Morro no le faltaba a la chiquilla y hacía bien. «Total, para dos días que vamos a estar aquí, ¿por qué no disfrutarlos al máximo?» Había aprendido eso muy bien de mi padre y lo llevaba a cabo siempre que podía. Recuerdo cómo conoció al que fue su pareja durante lo que para ella fue un larguísimo periodo de tiempo. Duraron un mes. Lo vio en una terraza tomándose una cerveza con los amigos, me dijo que se había enamorado perdidamente de él, se dirigió a donde estaba sentado y le soltó:

—¿Crees en el amor a primera vista o tengo que volver a pasar?

El muchacho flipó, claro. Pero con la tontería quedaron al día siguiente y al siguiente y así hasta que se cansó de él, porque mi hermana no es vaca de un solo prado, y se aburrió de no poder pastar en todos los demás.

En fin, volviendo a mis quehaceres, terminé de escribir la lista de todo lo que me tenía que llevar a Madrid. Nos habían dicho que preparásemos ropa para un

par de semanas y que si nos quedábamos más tiempo ya se encargaría la familia de mandarnos lo que nos hiciera falta.

Me iba el domingo por la tarde. Ya nos habían dado la dirección del hotel en el que nos íbamos a alojar y nos habían pedido que el lunes a las nueve de la mañana estuviéramos en la puerta. Por lo visto, allí nos recogerían para llevarnos a los estudios, donde nos explicarían las rutinas diarias de grabación que íbamos a seguir y cómo sería la mecánica. También conoceríamos a todo el personal que trabajaría en el programa, así como a la presentadora del concurso y, por supuesto, al jurado. Tenía por ahí los nombres de cada uno, pero en realidad no sabía muy bien quiénes eran. A mí me sacabas de Arguiñano y Ferran Adrià y no conocía a ningún otro cocinero. Pero según el escrito de presentación que nos habían mandado, entre los tres sumaban siete estrellas Michelin, así que el nivel desde luego era muy alto.

Únicamente me quedaba despedirme de las chicas. Lo haríamos el sábado por la noche, con una fiesta por todo lo alto, según había dicho la que yo consideraba mi mejor amiga. Me llevaba muy bien con todas y teníamos muy buena relación, pero con Men era con la que mejor congeniaba. Éramos muy parecidas y pensábamos casi siempre igual. Además, Men era la más sensata del grupo y la que mejores consejos nos daba siempre.

Os preguntaréis de dónde sale ese nombre, precisamente para una chica. Bueno, tengo que decir que en mi vida los nombres de las personas siempre han sido un tanto extraños, como ya habréis podido observar, empezando por el mío propio, claro.

En ese caso la llamábamos así porque durante una época nos dio por acortar los nombres de todas.

Todo empezó cuando conocieron a mi primo Mon, de Ramón, al que la familia siempre había llamado así porque yo de pequeña no sabía pronunciarlo bien y siempre lo nombraba de esa manera.

Así que decidimos que a Carmen la llamaríamos Men; a Mónica, Moni; a Isabel, Bel; a Paula, Pau; y a mí, Tes. Al final nos acostumbremos y siempre usábamos esos diminutivos entre nosotras.

Lo mismo que os digo que Men era la más cabal de todas, Moni y Pau eran las más alocadas. Moni siempre estaba montando algún espectáculo y era una *comehombres* terrible. ¡Como se le cruzara uno que le gustara, no se le escapaba

ni dando saltos! Y Pau era muy parecida a ella, sólo que le gustaban las mujeres y acababa de echarse una medio novia. Aunque eso le daba igual cuando se trataba de salir con nosotras y montarla gorda si se terciaba. Además, tenía una boca tremenda, de la que nada más salían burradas, una detrás de otra. Eso sí, nos reíamos muchísimo con ella y sus ocurrencias.

Y por último estaba Bel, que era la menos agraciada físicamente y la más tímida también. Sin embargo, tenía un corazón enorme y siempre se podía contar con ella.

Pues bien, la fiesta que organizamos fue bastante sonada. No sólo por el alcohol que bebimos, que no fue poco, sino por las consecuencias de tanta ingesta desmedida.

La noche empezó con la búsqueda de aparcamiento. Dimos mil vueltas antes de encontrar una explanada donde dejar los coches.

A pesar de lo lejos que estaba esa zona de la del restaurante y de los sitios de copas a donde iríamos después, no nos quedó otra que estacionarlo allí. Lo malo era que en esos aparcamientos, siempre había gorrillas que venían a darte la vara para que les dieses una propina. Claro que Moni lo arregló rápidamente. Se las ingenió de tal manera y le dio tal vuelta al asunto, que no sólo no le dio la propina al muchacho, sino que el gorrilla acabó dándole diez euros a ella.

¡Es que Moni es así!

Cuando el muchacho le pidió unas monedas por cuidarle el coche, ella le soltó el rollo de que no podía darle ni un duro, ya que apenas tenía dinero para mantener a su pobre hija, que se suponía que tenía una de esas enfermedades raras de las que solamente había tres o cuatro casos en todo el mundo. Además, siguió contándole que apenas recibía ayudas del gobierno, que el padre de la criatura las había abandonado y que ella perdió su trabajo por no tener con quien dejar a su hijita desvalida, a la que nutría con los pocos alimentos que le daban por caridad los vecinos de su edificio, ya que el poco dinero que conseguía iba destinado a su tratamiento médico. Tanta pena le dio al joven su historia, que acabó dándole los diez euros mencionados para que le comprara a su hija algún juguete y alguna chuche.

Esta Moni era tremenda y además una espectacular actriz, porque no era la primera vez que montaba una escena así y acababa haciéndole creer al otro lo que quería. El caso es que la primera ronda de chupitos corrió a cuenta del

gorrilla. ¡Si él lo supiera...!

Después de una buena caminata y muchas risas, llegamos al restaurante donde íbamos a cenar. Era nuevo y, aunque llevaba abierto muy poco tiempo, enseguida se puso de moda, así que estaba a reventar.

Nos acomodaron en una especie de reservado, probablemente intuyendo el jaleo que íbamos a montar. Y no se equivocaron. Entre los chistes de Men, las anécdotas de Moni y las burradas de Pau, no hacíamos más que reírnos y dar gritos.

Tanto fue así, que una de las veces tuve que salir corriendo al cuarto de baño porque se me escapaba el pipí. Lo malo es que llevaba tanta prisa, que entré en los aseos bajándome los pantalones y las braguitas al mismo tiempo para no perder ni un segundo. Pero supongo que no calculé bien cuándo debía de empezar a bajarme la ropa, porque por lo visto se me vio todo el culo mientras entraba.

De eso fui consciente después, cuando salí y vi que había una mesa entera de tíos frente a la puerta de los baños, vitoreándome y aplaudiéndome.

—¡Eh, Culo Bonito! ¿Por qué no te vienes de fiesta con nosotros esta noche? Bueno, tú y todas tus amigas, claro. No queremos perdernos ninguna de las veces que vayáis al aseo.

Las carcajadas fueron tremendas.

No os cuento el cabreo que pillé. No sólo había enseñado el final de mi espalda a unos ocho o diez tíos, sino que encima el más guapo se estuvo cachondeando de mí un buen rato.

Volví al reservado y les conté a mis amigas lo que me había pasado. Las muy cabronas se rieron más aún que los chicos.

La cena continuó en la misma tónica. Estábamos desatadas y los chicos de la otra mesa lo sabían, así que vinieron un par de veces a intentar convencernos de que nos fuéramos con ellos de marcha. Cada vez venían dos diferentes, a cual más guapo. Mi recién estrenada soltería y las muchas copas de Lambrusco que llevaba encima hicieron que los viera muy interesantes desde el punto de vista de *follamigos* para esa nueva etapa de mi vida que comenzaba.

Aun así les dijimos que no. Era noche de chicas, estábamos en mi despedida antes de mi nueva vida como concursante de un programa de televisión y queríamos disfrutar al máximo de estar juntas.

—No nos vamos a ir con vosotros, que habéis tenido el privilegio de verle el culo a mi amiga sin ofrecernos nada a cambio, ¿verdad, chicas? —Pau sonrió juguetona—. Además, esta noche es sólo de mujeres. En otra ocasión quizá —sentenció.

Creímos que se habían conformado con esa respuesta, pero cuál no sería nuestra sorpresa cuando al salir del restaurante nos los encontramos en la acera de enfrente, uno al lado del otro, con una copa en la mano y mirándonos con una sonrisa maliciosa.

Al grito de: «¡Por los culos bonitos!», alzaron su copa, bebieron, la tiraron, se dieron media vuelta y se bajaron pantalones y calzoncillos haciéndonos un «calvo grupal» en toda regla.

No provocaron un accidente de milagro. La gente alucinó viendo cómo nos enseñaban los traseros sin ningún pudor. Nosotras no podíamos parar de reírnos y, desde luego, después de lo que habían hecho no tuvimos más remedio que aceptar su invitación y pasar el resto de la noche con ellos.

La primera parada la hicimos en una discoteca que había cerca del restaurante donde habíamos cenado. La ronda inicial de chupitos ya sabéis a cargo de quién corrió, del pobre gorrilla. La segunda a cuenta de nuestros nuevos acompañantes. Por supuesto, la tercera ya nos tocó pagarla a nosotras, por aquello de la igualdad.

La cuarta que me tomé fue invitación del chico que me había llamado «Culo Bonito» cuando salí del aseo del restaurante. Se llamaba Noel y era un tío muy majo, que no paraba de darme conversación. La verdad es que me reí mucho con él. Pero además tenía algo que me atraía. Era un vacilón de mucho cuidado y, qué queréis que os diga, eso me pone y mucho. No tardó en decirme que saliéramos fuera a que nos diera el aire. La playa estaba cerca y accedí a dar un paseo con él bajo la luz de la luna.

Qué romántico, ¿verdad? Pues nada más lejos de la realidad. En cuanto pudo, me empotró contra la arena y me besó con insistencia. Al principio me puse tensa. No estaba acostumbrada a ese tipo de besos tan pasionales, pero también tengo que decir que enseguida me puse como una moto.

¡Dios, aquel tío me estaba poniendo muy muy caliente! No paraba de decirme frases muy sugerentes y de tocarme con destreza en muchos puntos que ni siquiera sabía que me podían poner tan «alegre». Así que decidí dejarme

llevar.

Por un momento, comparé mis relaciones sexuales con Daniel y el sexo que estaba teniendo en ese momento con aquel desconocido y, qué queréis que os diga..., ¡no había color! Noel era un máquina capaz de hacer sentir bien a una mujer. Estaba teniendo el mejor sexo de mi vida. Nada que ver con las relaciones aburridas y decorosas que tenía con mi ex, así que decidí disfrutar del momento y ¡Dios cómo lo hice!

No tardamos en quedarnos prácticamente desnudos en la playa y las manos de él recorrieron mi cuerpo como si llevaran toda la vida haciéndolo. Sus profundos y apasionados besos, junto con sus caricias en mis pechos, hicieron que lo deseara dentro. No tenía claro si en una primera cita eso era lo correcto, pero no era momento de ponerme a sopesarlo y, además, no creo que él se conformara con sólo besuquearnos.

Todo fluyó de maravilla a pesar de mi nerviosismo inicial. Siempre que me había acostado con alguien había sido porque ya era pareja mía, así que era la primera vez que tenía un rollo de una noche.

Pero era como si lo hubiéramos estado haciendo toda la vida. Sentí que, al menos en ese aspecto, encajábamos a la perfección. Tanto que me desinhibí totalmente y decidí hacer algo que nunca había hecho antes. ¡Ni siquiera con Daniel!

—Espera —le dije, empujándolo con suavidad e incorporándome.

El temió que yo no quisiera seguir y rápidamente paró de tocarme. Se mostró claramente inquieto.

—Tranquilo. Sólo es que me apetece hacer algo que no había hecho nunca antes.

Me miraba expectante.

Le indiqué que se tumbara, luego me subí a horcajadas sobre él y me incliné para besarle. Recuperamos la tensión sexual inicial y después de mordisquearle los labios hasta hacerlo jadear, dirigí mi boca hacia su cuello, su pecho desnudo, su firme abdomen y por último su bóxer. Lo miré con deseo y jadeó aún más al ver mi expresión. Tiré de su ropa interior y allí, ante mí, apareció su tesoro máspreciado.

¡Me había vuelto loca, loca del todo!

Pero seguí dejándome llevar y me metí su miembro en la boca. Noel estaba

extasiado. No paraba de decirme lo que me deseaba y que hacía tiempo que una chica no lo ponía tanto. Eso me excitó aún más, estaba totalmente desconocida. Estuve un buen rato saboreándolo hasta que tiró de mí hacia arriba.

—¡Para o no aguantaré más! ¡Me tienes loco, joder!

Volvimos a besarnos como dos adolescentes y volvió a tocarme de aquella manera tan sensual que tenía. Recorrió todo mi cuerpo hasta llegar a mi entrepierna. Sus dedos hábiles me abrieron y me hicieron gozar como nunca antes lo había hecho. Estaba muy excitada y tremendamente mojada. Preparada para él. No se hizo de rogar. La embestida fue increíble y el placer que me proporcionó aún más. Estuve a punto de correrme en ese primer instante. Él me miraba con gesto de asombro.

—Tesa, eres brutal. Nunca me había sentido tan excitado como contigo.

Yo ya no lograba articular palabra. El estallido me sobrevino enseguida y sólo pude abandonarme a aquella explosión de sensaciones que empecé a sentir. El orgasmo fue devastador para mí y, a juzgar por la cara de Noel, también para él.

Me había llevado al cielo y me había hecho volar como a una adolescente de quince años. Tenía ganas de llorar por la intensidad de las sensaciones que aún recorrían mi cuerpo.

Noel, que se había recostado a mi lado sobre un codo, me miraba y me acariciaba la piel desnuda.

—¿En qué piensas? ¿Va todo bien? —me preguntó con algo de preocupación ante mi silencio.

—No pienso en nada, sólo siento. —Sonreí.

—¿Y qué sientes, si se puede saber?

—La vida correr por mis venas. Me he vuelto a sentir viva, Noel... Gracias —le dije con una amplia sonrisa.

—¡No fastidies! No me digas que me he tirado a una muerta y la he resucitado. —Se rio a carcajada limpia.

—¡Idiota! —Le saqué la lengua.

—No, en serio, ¿por qué me das las gracias? —me preguntó.

—Cosas mías, no le des más vueltas.

Me miró con cara de absoluta curiosidad, pero me hizo caso y lo dejó estar.

—Vale, pues «de nada».

Permanecimos en silencio y abrazados durante largo rato. Ambos nos sentíamos muy cómodos el uno con el otro.

—Quiero volverte a ver —me dijo entonces.

Me levanté y empecé a vestirme.

—¿Qué pasa? ¿Es que tú no quieres volver a verme? —preguntó, expectante por la respuesta que pudiera darle.

—No es eso, Noel... Sinceramente, me has hecho sentir muy bien esta noche. Tanto que por un momento hasta me ha dado miedo. Pero ahora mismo acabo de salir de una relación muy larga. Además, mañana me voy de aquí un tiempo y no sé cuándo volveré. En mis planes no entraba lo que ha pasado esta noche y mucho menos que fluyera todo tan bien entre nosotros.

Me miró algo sorprendido.

—Bueno, sólo pretendía verte de vez en cuando, no tenemos por qué forzar las cosas. Hacía mucho tiempo que no conectaba tan bien con una persona en todos los sentidos y, en fin, he pensado que a ti quizá también te apetecería repetir.

—En otras circunstancias sí, Noel, no lo dudes. Pero me pillas en un momento de mi vida un tanto extraño y prefiero dejarlo aquí.

—Vale, pero dame al menos tu teléfono. ¡Prometo no llamarte mañana! —afirmó juguetón.

Lo miré con cara de pocos amigos.

—Vale, ni pasado mañana tampoco.

Suspiré.

—Vale. Te prometo que no te llamaré hasta dentro de un mes. Y si para cuando lo haga ya no te acuerdas de esta noche, juro que borraré tu teléfono de mi agenda y no sabrás nunca más de mí.

—No te vas a rendir, ¿verdad? —pregunté con exasperación.

—No —contestó muy serio, mirándome fijamente.

Le di mi número un poco a regañadientes. En realidad, si las circunstancias hubieran sido otras se lo habría dado encantada, pero estaba a punto de empezar una nueva etapa en mi vida y no quería llevar lastre.

Lo malo fue que al día siguiente recibí un mensaje suyo.

No sé qué pócima me has dado Culo Bonito, pero no puedo dejar de pensar en ti.

¡Joder! Le contesté picándolo:

Ya veo que NO eres un hombre de palabra. Que decepción.

Perdona, pero el acuerdo era que no te puedo llamar hasta dentro de un mes y, que yo sepa, no he roto mi promesa.

Me hizo sonreír. Después de todo tenía razón. Sin embargo, no quise seguir hablando con él, así que no le contesté.

Guardé mi móvil en el bolso, cerré como pude la maleta, suspiré y puse rumbo a mi nueva vida. «Grand Chef» me esperaba.

CAPÍTULO 4

El gran día había llegado.

Mi despertador sonó y por un momento creí que tenía que levantarme para ir a trabajar. Me puse de mal humor, no quería ver a Severo otra vez.

Pero abrí los ojos y caí en la cuenta de donde me encontraba. La tarde anterior había llegado a Madrid y me había ido directa al hotel en el que íbamos a alojarnos. Una vez me registré, subí a la habitación y entonces fui consciente de lo que todo aquello significaba para mí.

Había dejado atrás mi anterior vida. Para empezar, estaba en una ciudad diferente a la mía; para continuar, había perdido mi trabajo, y, para terminar, ya no salía con el que durante años había pensado que sería mi marido. Pero por si eso fuera poco, además me había embarcado en un proyecto, llamémoslo así, fuera de lo común y al que muy poca gente podía acceder.

Me levanté de un salto de la cama, cosa totalmente inusual en mí, ya que soy muy remolona a la hora de levantarme por las mañanas, y me fui al baño. Había dormido regular por los nervios y cuando me miré en el espejo observé que no tenía muy buena cara.

«¡Genial, empezamos bien!»

Me duché, me arreglé el pelo, me vestí y me apliqué algo de maquillaje, sobre todo corrector de ojeras y un poco de colorete. No quería parecer un mapache muerto ya el primer día.

La ropa que había elegido para esa jornada estaba más que pensada desde hacía mucho tiempo, porque no me gusta dejar ese tipo de decisiones para el último momento.

Quería tener un aspecto informal, pero a la vez serio y refinado. Aunque el concurso fuera sobre nuestro talento en la cocina, yo quería dar una buena

impresión y no ir vestida de cualquier manera. Me puse unos vaqueros negros ceñidos, con un top blanco de gasa con un poquito de pedrería en la parte del cuello. El conjunto era moderno y elegante, pero para hacerlo algo más desenfadado, me calcé unas bailarinas rosa palo y me puse una chaqueta de cuero del mismo color. El bolso que elegí era tipo sobre, de color negro, pero lo llevaba en bandolera, para terminar de hacer más informal el *look*.

Me sentía bien, guapa y segura de mí misma, y eso era lo que más necesitaba en esos momentos.

Decidí abrir la ventana de la habitación antes de irme para ventilarla y, al volverme, me di cuenta de que encima del albornoz del hotel habían caído unas cuantas migajas del sándwich que había cenado la noche anterior. Lo fui a sacudir, pero...

«¡Ay, Dios, esto no me puede estar pasando a mí! ¡No puede ser verdad!»

El sujetador que había llevado el día anterior estaba enrollado junto con el albornoz y al sacudir éste por la ventana, el sostén salió despedido.

«¡La madre que me parió!»

Apenas hacía viento, así que cayó casi directo al suelo. Bueno, eso habría querido yo, en realidad fue directo a la cabeza de un joven calvo que esperaba en la puerta del hotel junto con dos personas más.

«¡Madre mía, madre mía!»

En cuanto se tocó la cabeza y palpó lo que le había caído encima, alucinó e inmediatamente miró hacia arriba. No me dio tiempo a esconderme. Mi cara debía de ser un poema y a él le dio por reírse a carcajada limpia.

«¡Qué vergüenza, por Dios!»

Decidí que prefería perder el sujetador a bajar y recogerlo de la mano de aquel tipo, así que, como aún faltaban veinte minutos para la hora a la que nos habían citado, esperé en la habitación.

Cuando ya habían pasado más de quince minutos y me disponía a salir por la puerta, alguien tocó en ella. Abrí con recelo y mis peores temores se hicieron realidad.

—Creo que esto es tuyo —dijo el tipo calvo con una enorme sonrisa picarona en su cara.

Cogí el sujetador de mala gana y lo guardé en la maleta sin articular palabra. No sabía qué decir, estaba muerta de vergüenza.

—¿No piensas darme las gracias? —me preguntó.

—Sí... Oye, mira, tengo prisa, ¿vale? Gracias y hasta otra.

Salí de la habitación, cerré la puerta y me dirigí hacia el ascensor muy digna, sin ni siquiera mirar a aquel joven.

Él vino detrás. Sentía sus ojos en mi cogote, así que me volví hacia él.

—Oye, ya te he dado las gracias, ¿qué más quieres?

—¿Yo? Nada, sólo pretendo bajar en el ascensor —dijo con suficiencia.

—Ah... —contesté, cruzando los brazos y haciéndome la indiferente.

«¡Métete la lengua en el culo, Tesa, y no la fastidies más, anda!», pensé.

Ambos llegamos a la planta baja, pasamos por recepción y salimos a la calle. Allí había un grupo de gente, casi todos muy jóvenes, que estaban subiendo a un autobús conforme los iban nombrando.

—¿Tesa? —preguntó la mujer que leía la lista.

—Sí, soy yo —contesté, levantando la mano y acercándome a ella.

—Muy bien. Yo soy María y os voy a acompañar tanto al ir como al volver de las grabaciones. Toma, cuélgate este distintivo y llévalo siempre que vayamos a hacer alguna actividad que tenga relación con «Grand Chef»... ¿entendido?

—Sí, gracias.

—Muy bien, pues ya puedes subir al autocar. Tu asiento es el número once.

—¿Gorka? —Oí que llamaba María, conforme yo subía los escalones del bus.

«¡Por Dios, qué nombre tan feo! ¿Cómo puede nadie llamarse así?», pensé.

Me acomodé en el asiento y respiré hondo para relajarme. Miré por la ventanilla y oí que me entraba un mensaje en el móvil.

Deseo que te vaya todo genial en tu nueva vida, pero por favor no te olvides de mí, Culo Bonito. No sé si aguantaré un mes entero sin poder hablar contigo.

Sonreí. No quería nada con Noel, pero me halagaba mucho que se acordara de mí y que perdiera parte de su tiempo en mandarme un wasap.

Le contesté con un escueto «Gracias, Noel». No quería alimentar algo que no podía ser. Tenía que centrarme en ganar el concurso, ya que la ilusión de mi vida, que no era otra que abrir mi propio restaurante, dependía de ello.

—Venga ya... ¡No me fastidies! —bufó alguien.

Me volví hacia la voz. Era el tipo calvo que me había subido el sujetador a

mi habitación, de pie junto a mi sitio. Ahora ya sabía que se llamaba Gorka, porque María lo había llamado justo después de entrar yo en el bus.

—Perdona, María, ¿podemos cambiarnos de asiento? —gritó, mirando hacia la entrada del autocar.

—No. Cada uno tiene que ir en el sitio que tiene asignado —le contestó la mujer desde fuera.

—Pues qué bien... —farfulló, al tiempo que se dejaba caer en el asiento de mi lado.

Me dio rabia que le pareciera tan mal tener que ir conmigo, así que no le dije ni media y me puse a mirar por la ventanilla.

Empezaba el día haciendo amigos.

«¡Muy bien, Tesa, tú en tu línea!»

Una vez estuvimos todos los concursantes en el autobús, María nos explicó que, aparte de acompañarnos, también se encargaría de explicarnos la hoja de ruta de cada día durante el trayecto.

—Hoy lo primero que vamos a hacer es dirigirnos directamente al plató principal de grabación, donde conoceréis las instalaciones, a todo el personal que estará siempre con vosotros, el material con el que vais a trabajar a diario y, por supuesto, también a la presentadora y al jurado que os valorará y determinará quién continúa en el programa y quién lo abandona. Eso será por la mañana, después iremos a comer y a continuación os trasladaremos a la casa donde vais a convivir mientras dure el concurso. Compartiréis habitaciones de dos en dos o de tres en tres y de vosotros depende la organización que queráis hacer en la vivienda respecto a las tareas domésticas y las comidas o cenas que os tengáis que preparar. ¿Alguna pregunta?

—¿Los compañeros de habitación los elegimos nosotros o tienen que ser los que nos digáis vosotros? —preguntó Gorka.

—Bueno, en principio y ya que no os conocéis, el programa os ha asignado unos, pero podéis cambiar de habitación si así lo deseáis en cualquier momento. Eso no es relevante para el concurso, así que nos da un poco igual.

—Perfecto —susurró él.

Quizá no había hecho las cosas bien con él desde un principio y seguro que me tenía por una estúpida o una desagradecida. Decidí que no quería empezar con mal pie con nadie y le pedí disculpas.

—Oye, Gorka... te llamas así, ¿verdad?... —Se volvió hacia mí con cara de expectación y asintió con la cabeza—. Siento no haber sido más considerada antes. Gracias por traerme el... bueno, gracias por el favor de subírmelo a la habitación, has sido muy amable.

Estaba claro que no se esperaba eso de mí y tardó unos segundos en reaccionar.

—No te preocupes, no ha sido nada —dijo, volviendo la vista al frente.

—Me llamo Tesa —añadí algo avergonzada—. Suelo ser más simpática, pero es que me ha dado mucha vergüenza que tú... —Carraspeé mientras me volvía hacia la ventanilla.

—Encantado, Tesa.

Gorka me estaba ofreciendo la mano. Yo se la estreché y le sonreí.

Después de todo, a lo mejor no era tan odioso como me había imaginado al principio. Esperaba que él también hubiera cambiado su opinión sobre mí.

—¿Nerviosa? —me preguntó.

—Bastante, la verdad. ¿Y tú?

—Pues no, ¿para qué iba a estarlo? —dijo con una amplia sonrisa de suficiencia.

¡Ya, como si eso se pudiera controlar!

Pero no iba a contestarle. No quería discutir con él.

—¡Qué suerte tienes! —susurré.

El resto del trayecto estuvimos los dos en silencio y, a decir verdad, los demás compañeros también. Supongo que todos estábamos expectantes ante los nuevos acontecimientos.

No tardamos en llegar al estudio, que por fuera parecía un edificio de oficinas.

Nos bajamos y, una vez dentro de las instalaciones, nos hicieron un recorrido explicándonos dónde estaba todo, cómo funcionaban las cosas y, sobre todo, nos mostraron el que sería nuestro lugar de grabación durante los siguientes meses, si es que todo iba bien y no nos echaban antes.

Las explicaciones que nos ofrecieron nos ayudaron mucho a entender el funcionamiento de todo aquello y en especial el del programa.

Las bases del concurso, junto con la trayectoria profesional de los jueces, nos las habían enviado previamente a casa. Lo malo era que yo soy un poco

descerebrada y toda esa información sólo me la había leído por encima, así que agradecí que nos lo volvieran a explicar de nuevo.

La presentadora se llamaba Sylvia Mendes y era de Venezuela. De ahí su acento y su forma de ser melosa. En realidad, eso lo comentaron algunas compañeras del concurso cuando la vieron aparecer. Era mulata, altísima y guapísima, con un cuerpazo de escándalo; por lo visto era conocida porque salía cada dos por tres en los programas del corazón con un novio nuevo.

Yo no sabía quién era, la verdad, ya que no veía demasiada televisión. Prefería leer un libro o probar una receta nueva, antes que mirar los muchos programas absurdos que se emitían.

Sin embargo, allí estaba, embarcada en uno de esos programas. Aunque eso sí, ése no lo consideraba absurdo, claro. Como ya he dicho, para mí era la vía para conseguir mi sueño, montar mi propio restaurante y ser yo la creadora de los platos que otros cocinarían bajo mis órdenes.

El currículo de los jueces del concurso era a cual más impresionante. No habían sido cocineros muy mediáticos hasta entonces y la mayoría de mis compañeros, igual que yo, no los conocíamos. Sin embargo, sí había algunos más interesados en el tema que les habían seguido la pista y sabían de sus grandes logros.

Primero presentaron a la única mujer del jurado. Se llamaba Carmen Arrabal y además de ser dueña de varios restaurantes repartidos por la costa levantina, tenía varios premios de cocina, entre ellos dos estrellas Michelin.

«¡Madre mía, sí que ha llegado lejos esta mujer!»

Yo no aspiraba a tanto. Era consciente de que eso significaba una vida de absoluto sacrificio, que no sabía hasta qué punto realmente yo estaría dispuesta a llevar. Era algo menos ambiciosa y con tener mi propio restaurante y hacer las cosas bien, para mí era más que suficiente.

Carmen entró en el plató recibiendo un gran aplauso. Era una mujer de aspecto muy cuidado, elegante y de una cierta edad, pero muy bien llevada. Lo malo era que tenía una cara de señorita Rottenmeier de mucho cuidado. Las palabras que nos dirigió, sin embargo, fueron bastante amables y alentadoras.

El segundo juez se llamaba Pedro Beramendi y poseía varios restaurantes en el País Vasco y otras dos estrellas Michelin. Era un hombre mayor, que, por lo que explicó, se había hecho a sí mismo y había trabajado muy duro durante toda

su vida para llegar donde estaba. Además, uno de sus establecimientos había sido considerado el mejor restaurante del mundo hacía unos años.

Pedro, con su discurso, también nos animó mucho. Además, me pareció que estaba muy ilusionado con la idea de que entráramos en aquel concurso como los novatos que éramos y saliésemos con una formación que nos facilitara cumplir el sueño de la mayoría de nosotros, dedicarnos a la cocina de manera profesional.

Y por último estaba el tercer juez del concurso, el más joven de todos. No tenía tantos restaurantes como los otros, de hecho solamente tenía uno, pero había conseguido que le dieran hasta tres estrellas Michelin bajo su dirección.

Había empezado en la cocina desde pequeño, en el restaurante de sus padres, y había sido el cocinero más joven del mundo en lograr las tan ansiadas estrellas. Ahora tenía treinta y dos años y se llamaba Oliver Sabattini.

¿De qué me sonaba ese nombre?

«¡Joder, joder!»

Lo supe en cuanto lo vi aparecer. Era Don Malas Pulgas.

Me encogí para pasar desapercibida y pasé el peor rato de mi vida, pensando, y siendo consciente, de que una de las personas que juzgaría mi paso por el concurso era el tío al que le había abollado el coche desde el faro delantero hasta el trasero y al que, además, había sacado de quicio con mi actitud infantil y con el que no había podido excusarme después por mi comportamiento, porque estaba claro que no quería verme ni en pintura.

«¡Tierra trágame!»

Su discurso fue también muy esperanzador en cuanto a las posibilidades que se nos abrirían a nivel profesional conforme fuésemos avanzando en el concurso. Escuché atentamente todo lo que dijo con aquella voz con tanto carácter.

También pude advertir que era un hombre muy exigente con su personal y, de hecho, nos informó que en el concurso iba a ser igual con nosotros. Quería las cosas bien hechas y no permitiría errores, por lo que esperaba que diésemos siempre el cien por cien en todo momento.

Terminó de hablar y yo seguí embelesada mirándolo. Estaba más guapo aún si cabe que el día que le conocí, ya que tenía aquel aspecto de hombre recién salido de la ducha que tanto me ponía.

En él se concentraban la elegancia de un tipo inglés, el carácter de un norteamericano muy seguro de sí mismo, el magnetismo de un italiano y la

sensualidad de un latino. ¡Para qué contaros!

«¡Céntrate, Tesa, que esto es una auténtica locura! Este tío te odia y es el que va a juzgar los platos que cocines en el concurso... ¿se puede tener más mala suerte?»

Realmente no sabía qué hacer. Quizá acercarme a él y disculparme en condiciones pudiese ser una buena idea. Pero no tuve ocasión.

CAPÍTULO 5

En cuanto los tres miembros del jurado se presentaron, decidieron que querían conocernos a todos personalmente.

¡Perfecto! ¿Algo más podía ir peor?

Empezaron por los compañeros sentados en las primeras filas y hablaron con ellos uno a uno. Por supuesto, los demás oíamos lo que iban diciendo y las respuestas que daban a las preguntas que les planteaban los miembros del jurado.

En total éramos doce aspirantes, seis hombres y seis mujeres. A las primeras presentaciones no les presté demasiada atención, pero me enteré de que había un chico bastante joven, italiano, que se llamaba Piero y que había dejado su carrera de arquitectura para entrar en el programa. Otros dos, Alberto y Tommy, con pinta de ser ambos muy *guapullos*, ya sabéis, muy guapos, pero también muy capullos.

Y luego estaban las féminas. Lara, una chica muy atractiva que parecía tener respuesta para todo. Sandra, que era el bellezón que cualquier hombre querría tener en su cama, y María, bastante más tímida que las otras dos, bastante menos llamativa físicamente y, sobre todo, bastante menos decidida para responder a las preguntas del jurado.

Al final del todo estaba yo, junto con dos chicas más: Raquel y Alba, que me dieron muy buen rollo. Y también estaban Gorka, al que ya conocía por mi episodio de «zumbada *arrojasujetadores*» y Javier y Manu, ambos con cara de ser muy buenas personas.

Cuando los jueces llegaron a donde estábamos, empezaron hablando con Gorka, que se encontraba en el extremo opuesto a mí. El muchacho enseguida se ganó la simpatía de todos los que estábamos allí, porque tenía salidas muy ocurrentes.

Javier era el único casado del grupo y esperaba su primer hijo. Manu y él hablaron menos y fueron más serios en sus respuestas, pero a todos nos dio la impresión de que eran tíos muy llanos y nobles. No como Alberto y Tommy — los *guapulos*—, que nos habían dado la impresión de ser, entre otras cosas, mucho menos honestos y bastante más competitivos.

Después siguieron charlando con Raquel y Alba, ambas también buena gente y por fin estaba yo, que no podía quitarle el ojo de encima a Oliver, porque sabía que se quedaría alucinado cuando me viera.

No me equivoqué.

Cuando los tres jueces se volvieron para hablar conmigo y los ojos de Oliver se cruzaron con los míos, su cara fue un poema. Pasó de mostrar sorpresa, a frustración, enfado y por último desesperación.

—Bueno y finalmente estás tú, Tesa —me dijo Pedro Beramendi—. Haznos una breve presentación como nos han hecho los demás, por favor.

«¡Madre mía, quién me mandaba a mí meterme en este berenjenal!»

—Hola... —empecé a decir, con voz apenas audible—. Me llamo Tesa. Tengo veintiséis años y antes de entrar aquí trabajaba en una inmobiliaria. Me encanta la cocina y mi pasión por ella me viene de mi padre, al que siempre le ha gustado comer bien y probar platos nuevos. De hecho, no solía jugar mucho conmigo cuando yo era pequeña, pero siempre me buscaba para que lo acompañara y lo ayudara en la cocina cuando iba a preparar algún plato.

Miraba a Pedro Beramendi y a Carmen Arrabal alternativamente. No me atrevía a mirar a Oliver, entre otras cosas porque sentía sus ojos amenazadores observándome fijamente.

—¿Y de dónde viene ese nombre, Tesa? —me preguntó Pedro curioso.

Les expliqué la historia de la falta de tinta en el Registro y de cómo tuvieron que acortarlo poniendo sólo la primera y la última sílaba del nombre para poder darme por inscrita. Las carcajadas hubieran sido unánimes de no ser porque, con el rabillo del ojo, vi que Oliver seguía serio y con actitud de pocos amigos. Tenía los brazos cruzados y me miraba como si le debiera la vida.

—¡Pues menos mal que no quisieron ponerte Penélope, guapa, si no ahora todos te tendríamos que llamar Pepe! —comentó Gorka entre carcajadas.

Todos se rieron con la ocurrencia. Todos menos Oliver, que seguía fulminándome con la mirada.

Volví a cruzar la vista con él, pero aparté los ojos inmediatamente. Ese hombre conseguía hacerme estremecer sobremanera.

—Tesa, ¿tienes alguna formación de cocina previa a entrar en el concurso? —me preguntó esta vez Carmen Arrabal.

—La verdad es que no —contesté—. Lo que sé lo he aprendido con mi padre, como he dicho, y luego por mi cuenta. He leído muchas revistas de cocina y he visto muchos programas de televisión también y siempre me ha gustado eso de probar recetas nuevas.

—¿Y cómo definirías tus platos? —intervino Pedro.

—Pues... no sé. Me gustan los guisos tradicionales, los sofritos, la comida hecha con tiempo y cariño, pero también me gustan las presentaciones bonitas y usar técnicas de cocina nuevas para sorprender al comensal con nuevas texturas y sabores.

—¿Qué esperas del concurso entonces? —quiso saber ahora Carmen.

—Simplemente instruirme. El día de mañana me gustaría abrir un restaurante y crear mis propios platos y para eso necesito aprender muchas cosas todavía.

De repente, un silencio incomodo se hizo en el plató.

—¿Tienes alguna pregunta para ella, Oliver? —dijo Pedro, que se había dado cuenta del tenso silencio de su compañero.

Oliver, que seguía mirándome, salió de su trance y negó con la cabeza.

—No, no tengo ninguna pregunta.

«¡Uff, menos mal. De la que me he librado!», pensé.

No creo que hubiera podido aguantar un interrogatorio de Oliver, tal como me estaba haciendo sentir de pequeña.

—Bueno, pues entonces ya hemos terminado de conoceros a todos —concluyó Pedro, mientras Carmen y él se daban la vuelta y echaban a andar hacia el estrado donde estarían durante todo el concurso.

—Para ser un buen cocinero, no basta sólo con aprender la técnica. Si no hay sentimiento, no hay nada —me soltó Oliver de repente, en voz alta y mirándome fijamente.

Eso me incomodó sobremanera, ya que todos se volvieron a mirarnos extrañados, jurado, concursantes y presentadora. Él me miraba furioso.

—Ya lo sé —le contesté casi en un susurro y con la mirada perdida en el suelo.

—Pues espero que nos demuestres que de verdad tienes ese sentimiento, porque si no es así, te vas a ir fuera a las primeras de cambio, ¿me has oído?

Asentí con la cabeza.

—¡Sí, chef! —gritó mirándome—. Cuando te dirijas al jurado, quiero que lo hagas de esa manera, ¿de acuerdo? —me espetó.

—Sí, chef —le contesté con un hilo de voz.

—Y esto va por todos —gritó Oliver, dirigiéndose a los demás—. Aquí no hemos venido a pasar el rato, aquí venimos a trabajar, ¿entendido?

—Sí, chef —gritaron todos, mientras él también se alejaba por fin de donde yo estaba, para volver al estrado.

—¿A qué ha venido eso? —me preguntó Raquel algo confusa.

Yo me limité a negar con la cabeza. No me salía la voz. En ese momento me sentía avergonzada y muy vulnerable. Quería salir de allí corriendo, pero Javier, que adivinó mis intenciones, me agarró del brazo y me lo impidió.

—Eso es sólo para impresionarnos, Tesa —comenzó a decir Manu, que también se había dado cuenta de mi propósito—. Quieren meternos miedo para demostrar quién manda aquí y es posible que tengan esa actitud con nosotros durante todo el concurso. Eso da audiencia y es lo que vende. No te lo tomes como algo personal —terminó diciendo para darme ánimos, consciente del mal rato que estaba pasando.

«Si ellos supieran que se equivocan, que en realidad sí es algo personal.»

Tenía una ganas inmensas de echarme a llorar.

—Coño, qué miedito da ese tío, ¿no? —soltó Gorka—. Me parece a mí que hace mucho que no se pasa a alguna por la piedra.

Todos nos quedamos mirándolo *ojipláticos*.

—¿Qué? —preguntó Gorka sonriendo—. ¡Es una broma, joder!

Los del jurado empezaron a hablar de nuevo desde su estrado, pero yo me perdí todo lo que dijeron. Mi cabeza no daba para más. Estaba saturada de vivencias nuevas, gente nueva y, en general, de mi puñetera vida nueva. ¡Y eso que era el primer día!

Se me inundaron los ojos de lágrimas y me vine abajo completamente.

Raquel, la chica bajita y regordeta que estaba a mi lado, me cogió la mano y me la apretó. No la conocía de nada, pero por eso mismo su gesto me llegó muy adentro. Levanté la cabeza y la miré. Me estaba sonriendo, así que no me quedé

otra que devolverle la sonrisa.

—Gracias —le susurré.

Ella no sabía hasta qué punto ese simple gesto había hecho que mi ánimo cambiara. En ese preciso instante había decidido que no me iba a amilanar y que iba a seguir adelante a pesar de todo, así que levanté la vista, decidida a enfrentarme a mi nueva vida.

Lo que no me esperaba era la mirada, entre furiosa e intrigada, de Oliver clavada en mí. Me ruboricé y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

¡Joder! ¿Por qué me impresionaba tanto ese hombre?

Antes de que me diera cuenta, el jurado ya había acabado su discurso y nos llevaban a todos al restaurante del edificio para hacer un descanso y comer.

Me sentía tremendamente nerviosa. No sabía cómo afrontar aquella situación. No sabía que sería mejor, si dejarlo correr, hablar con él o abandonar el concurso, buscar una cueva y esconderme en ella de por vida.

No, no podía rendirme a las primeras de cambio. Me había estado mentalizando durante un tiempo de que el concurso podría ser una experiencia muy dura y que yo tendría que ser fuerte y no derrumbarme. Además, no podía volver a mi ciudad sin haberlo intentado siquiera y más después de haber perdido mi trabajo en la inmobiliaria. Aquél había sido mi primer obstáculo en el camino y tendría que salvarlo como fuera, así que decidí que la mejor manera de afrontar el problema era plantándole cara, de modo que, una vez que llené mi bandeja con una ensalada, un plato de pasta, agua y pan, me dirigí hacia la mesa donde estaban sentados los jueces y la presentadora, dispuesta a pedirle a Oliver que me concediera cinco minutos para poder darle las explicaciones oportunas.

Cuando ya casi había alcanzado su mesa, me sonó el móvil con un zumbido más fuerte de lo normal, que hizo que me asustara y diera un salto tremendo.

El resto pasó a cámara lenta en mi cabeza.

Mi bandeja salió por los aires, el pan voló como un proyectil hacia Dios sabía dónde y la pasta y el agua... ¡Ay, Dios mío!... La pasta y el agua fueron directos a la cabeza y la camisa de Oliver, respectivamente.

«¿Algo más?... ¿Me puede pasar algo más?... ¡Joder, joder, joder!»

¿Y qué diréis que hice? ¿Quedarme y disculparme como era lógico, no?

Pues no, no lo hice. Me volví a bloquear como sólo me pasaba con ese hombre y únicamente se me ocurrió dar media vuelta e irme, con lo que encima

parecía que lo hubiese hecho aposta. Dio la impresión de que me había acercado a él con la clara intención de tirarle la comida por encima para luego salir corriendo.

«¡Muy bien, Tesa, te vas superando! ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Ponerle la zancadilla mientras baja la escalera y que se parta la crisma?»

No sé cómo, pero de repente me encontré en el exterior de los estudios, sentada en unos escalones. Había llegado hasta allí sin darme cuenta, sumida en el estado de semiinconsciencia que me había autoinducido, por un lado para protegerme de las risas y comentarios de los que habían presenciado mi momento estelar, por otro para protegerme de mis propios pensamientos y por último, y sobre todo, para protegerme de la posible reacción más que furiosa que me esperaba por parte de Oliver.

Mi móvil volvió a zumbar intensamente, lo que me hizo salir de golpe de mi ensimismamiento. Me lo saqué del bolsillo y lo miré con furia. Él tenía la culpa de todo.

En la pantalla había un mensaje de Noel.

¿Cómo llevas el día, Culo Bonito? Yo no puedo concentrarme en nada que no seas tú... Pero ¿qué droga me has dado?»

Sonreí. Noel le estaba poniendo ganas y eso me hacía sentir bien, aunque no quisiera comenzar nada con él, pero ¡estaba siendo tan amable y tierno conmigo!

—Ya veo que te ha hecho mucha gracia tirarme la comida por encima — bramó Oliver—. Pero ¿a ti qué coño te pasa conmigo?

Lo tenía delante de mí, mirándome fijamente y esperando una explicación.

Mientras, yo observaba boquiabierto su camisa, ahora transparente y pegada a su escultural cuerpo debido al líquido que le había vertido encima, y también su pelo, mojado y revuelto por haberse echado agua para quitarse los macarrones que tan certeramente habían caído sobre su cabeza. Todo ello le daba un aspecto más sensual aún si cabía.

—Yo... —empecé a decir—, lo siento mucho. —Agaché la cabeza.

—¡Ya! ¿Y qué es lo que sientes concretamente? Dime... ¿haberme abollado todo el coche, haberme tirado la comida por encima o el hecho de que no te hayas disculpado? —preguntó desafiante.

—¡Lo siento todo, ¿vale?! —le grité nerviosa.

—¡Hombre, menos mal! La princesita se ha dignado pedir perdón. ¡Mira qué novedad! —Su sonrisa irónica me lo decía todo.

Estaba muy enfadado conmigo. Por todo. Y no podía culparlo. Lo había hecho mal con él desde el minuto uno en el que lo había conocido.

Pero lo que más me disgustaba de toda esa situación era la extraña atracción que sentía por él. Una atracción que me dejaba el cerebro en «Off» hasta que desaparecía de mi vista y entonces se me volvía a reconectar.

—Mire, señorita Rivas... —Uff, se había dirigido a mí por mi apellido. Eso me ponía tanto como me asustaba—. Por desgracia, usted y yo vamos a tener que convivir, en el peor de los casos, durante tres meses —siguió diciendo furioso, con aquella voz sin embargo tan embriagadora para mí—. Así que procure mantener las distancias conmigo e intente ser una persona razonable. Mis juicios sobre su participación en el concurso se ceñirán únicamente a eso, así que haga las cosas bien o la expulsaré a la mínima. No me cae usted bien y no confío en que pueda ser una buena cocinera, así que no se la juegue más y dedíquese a lo que ha venido, ¿me ha entendido?

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría.

Malas Pulgas había vuelto, si es que se había ido alguna vez, y había hecho que me estampara contra la cruda realidad. Él me tenía que juzgar en un concurso de cocina y no creía que yo fuera capaz de ser buena ni a nivel personal ni, lo que era peor, a nivel profesional.

«Pues ¡qué bien! ¡Gracias, Universo, has echado el resto conmigo!»

—Sí, chef —le contesté muy digna, mirándolo fijamente a los ojos. No pensaba amilanarme ante él.

Acababa de proponerme que ése sería mi mayor reto en la vida: que un hombre, por muy bueno que estuviera y por mucho que me atrajera, no pudiera hacer que me hundiera. Al contrario, pensaba demostrarle que estaba muy equivocado conmigo, tanto a nivel profesional como, sobre todo, a nivel personal, y que se iba a tener que tragar sus palabras.

Bienvenida a la nueva Tesa, con su nueva vida y con algo que demostrarle al mundo y a aquel tío tan... tan... Ains, pero ¡qué guapo era el condenado!

CAPÍTULO 6

A la hora de la cena ya estábamos instalados en la casa donde conviviríamos todos los concursantes del programa.

El chalet estaba situado en Guadalix de la Sierra, famoso por haber servido ya para «Gran Hermano». Constaba de cuatro dormitorios tipo *suite*, muy amplios y con un baño completo cada uno. También poseía un gran salón con chimenea, además de una cocina enorme, totalmente equipada y con mesa para doce comensales. En el sótano había un pequeño gimnasio y en el porche delantero muebles de exterior. Además, la finca tenía una gran piscina y hasta un pequeño huerto, donde cultivaríamos nosotros mismos verduras y hortalizas. La vivienda estaba orientada hacia el sur, por lo que era muy cálida y luminosa.

Durante la cena, y sin que yo lo pudiese evitar, Gorka sacó a relucir el tema de mi vertido de comida sobre el Sabattini, que era como ellos lo llamaban. Yo me limité a agachar la cabeza muerta de vergüenza, así que entre todos sacaron sus propias conclusiones de lo que había sucedido.

La mayoría pensaban que pretendía vengarme de lo mal que Oliver me lo había hecho pasar durante la entrevista inicial, en la que, según ellos, el jurado había querido demostrarnos quién mandaba y, por desgracia, me había tocado a mí aguantar su «manifestación de poder». Así que todos me vitorearon y aplaudieron por mi atrevimiento.

Sin embargo, yo no me sentía nada orgullosa de mi acción. Soy una persona osada y con carácter para eso y mucho más, pero en ese caso lo que había hecho no estaba nada bien y no tenía excusa. Oliver no se lo merecía.

El problema era que eso únicamente lo sabía yo.

Aun así no dije ni mu. Dejé que pensaran que estaban en lo cierto para no tener que contar que ya conocía a Oliver de antes y que se hicieran ideas

equivocadas de mi relación con él.

Conforme mis compañeros charlaban, iba conociendo un poco más de ellos y de sus vidas. Por un lado estaban los chicos. Los más guapos eran Piero, Alberto y Tommy. En cambio Manu, Javi y Gorka eran más bien del montón.

Piero era italiano, pero un italiano de esos que te lo encuentras en un aeropuerto y te crees que es un modelo famoso que está de incógnito para pasar desapercibido ante los *paparazzi*. Muy alto, muy resultón físicamente, con la nariz afilada y la mandíbula bastante angulosa. Rubio, de ojos verdes y barbita de tres días. ¡Vamos, un buenorro en opinión de cualquiera!

Sin embargo, a mí no me había llamado demasiado la atención. Quizá para mi gusto era demasiado adulator. De esos que siempre te llamaban «preciosa» o «bombón», aunque pesaras cien kilos, tuvieras los dientes picados y la cara llena de verrugas. ¡Vamos, que era un *mojabragas* de manual!

Por otro lado estaba Alberto, el musculitos del grupo. El típico tío que reside en un gimnasio y que sólo vive por y para su cuerpo. De hecho, nos estuvo contando que se dedicaba al culturismo y que había participado en varias competiciones nacionales e incluso internacionales. Físicamente era bastante guapete, para quien le gustara ese tipo de belleza tan musculada.

Y por último, en el grupo de los *guapullos* se encontraba también Tommy. Otro tío alto y bastante resultón, de ojos y pelo oscuros, pero demasiado creído y arrogante para mi gusto. La genética se había portado bien con él y aunque no tuviera un cuerpo tan trabajado en un gimnasio como el de Piero o Alberto, poseía un porte bastante atlético y armonioso.

Pero tanta prepotencia y tanta chulería hacían que no me llamara la atención ninguno de los tres. Es más, no me caían bien y no me gustaba lo enormemente competitivos que eran. Sabía que pasarían por encima de cualquiera de nosotros con tal de ganar el concurso. ¡Demasiada testosterona!

Aun así, decidí darles una oportunidad, ya que iba a tener que convivir con ellos durante algún tiempo.

Estos tipos muchas veces no son más que fachada y en cuanto los conoces un poco más a fondo, te das cuenta de que en realidad no son los engréidos y capullos que aparentan ser.

El resto de los chicos que componían el grupo no llamaban nada la atención. Manu era más bien bajito y regordete, con un físico en el que no destacaba nada,

excepto la cara de buena persona que tenía. Estaba claro que era un tipo noble, bonachón y muy amigo de sus amigos. Además, me cayó bien desde el principio, cuando me dedicó las palabras tranquilizadoras al ver lo nerviosa que me había puesto con los gritos de Oliver en la presentación.

Gorka, en cambio, tenía cara de más cabroncete. Aun así, me cayó bien también. Era muy ocurrente y tenía salidas muy graciosas. Era vasco de nacimiento y llevaba la cocina en la sangre. Se había presentado a varios concursos culinarios y había ganado alguno de ellos. Tenía las cejas superpobladas y un montón de vello por todo el cuerpo, pero sin embargo no tenía ni un solo pelo en la cabeza. Puñeterías de la genética, supongo.

Y por último estaba Javier, que pasaba totalmente desapercibido entre los demás. Era un tipo muy delgaducho, poco hablador y con unos ojos azules muy saltones, lo que hacía que pareciera que siempre estaba asustado por todo.

Y, en cuanto a las chicas, Raquel me había ganado totalmente con el gesto que había tenido conmigo en el plató, cuando me cogió la mano para darme ánimos, después de que Oliver me gritara. María se parecía mucho a Raquel, en el sentido de que ambas eran bajitas y regordetas, provenían de pueblos bastante pequeños y eran más bien tímidas. Todo lo contrario que Sandra y Lara, a las que les encantaba llamar la atención de los tíos y no paraban de provocarlos. Sobre todo Sandra, que con aquel cuerpazo, aquellos ojazos azules que tenía y cómo se vestía, no hacía más que captar las miradas de todos los hombres.

Imaginaos, con lo competitivos que eran Tommy y Alberto, la de tonterías que llegaron a hacer para llamar la atención de Sandra. ¡Vamos, que en lugar de «Grand Chef» parecía más bien que estuviéramos en *Guadalix Shore!*

Y por último estaba Alba, una tía larguirucha, muy blanca de piel, llena de *piercings* y tatuajes, más bien antisocial y algo rara, que no dejaba que se la conociera demasiado, ya que apenas hablaba. Fue la primera en retirarse a su habitación; parecía ir mucho a su rollo y no le interesaba nada de lo que le pudiéramos aportar los demás. Cuando se fue, todos coincidimos en lo hermética que se había mostrado ante nosotros.

Una hora más tarde, subí a la que sería mi habitación y acomodé todas mis cosas en mi parte del armario y me puse el pijama.

Raquel y Lara, que iban a ser mis compañeras de cuarto durante todo el concurso, o al menos mientras no nos echaran de él, habían guardado sus cosas

también y se disponían a acostarse.

Con Raquel ya intuía que podría tener una buena amistad, puesto que me había caído muy bien. Parecía buena persona y alguien que no pasa por encima de ti con tal de conseguir su objetivo. No suelo equivocarme al juzgar a las personas, así que confiaba en que ella fuera un buen apoyo durante todo el concurso.

Sin embargo, Lara me tenía más despistada. Era muy habladora y parecía tener mucho carácter, pero todavía no sabía si podía fiarme de ella. Aun así, también tenía el presentimiento de que nos llevaríamos bien.

—Vale, me gustaría conoceros un poco más. No lo toméis a mal, pero quiero saber con qué psicópatas voy a tener que dormir todas las noches —soltó Lara medio en broma medio en serio—. Yo también soy una loca, pero quiero saber un poco más de vosotras dos —terminó diciendo, mientras nos señalaba con un dedo y nos miraba fijamente.

Raquel me miró con cara de «empieza tú, que yo no sé qué decir», así que comencé a contarles que acababa de romper con Daniel, mi novio durante seis años, que había perdido el trabajo en la inmobiliaria a causa del concurso y que estaba en el programa para poder hacer lo que siempre había soñado y si con eso, además, le daba un cambio de rumbo a mi vida, pues mucho mejor.

—Pero entonces, ¿ahora no tienes a nadie a quien tirarte? —me preguntó Lara a bocajarro. Tenía pinta de ser una chica muy desinhibida en general.

Raquel se atragantó con la pregunta, pero yo estaba más que acostumbrada a ese forma de hablar. Entre mis amigas y mis compañeras de trabajo era lo más normal.

—La verdad es que no —le contesté—. Aunque el día antes de venir aquí conocí a un chico que de vez en cuando me manda mensajes y es un cielo.

—¿Y empotra bien?

—¿Cómo se llama?

No hace falta que os diga quién hizo cada pregunta, ¿verdad?

—Uff... La verdad es que sí Lara y se llama Noel —expliqué, mientras miraba a Raquel—. Conectamos muy bien, pero yo ahora mismo quiero centrarme en esto y no tener que pensar en otra cosa. Ya se lo he dejado claro, aunque él no deja de insistirme, lo cual, no voy a mentir, me gusta mucho, aunque no va a haber nada entre los dos de momento.

—Humm... esto promete. Aunque yo no sería tan tajante, que luego pasa lo que pasa y terminamos comiéndonoslas enteritas —sentenció Lara.

A Raquel y a mí nos dio la risa.

—¡Eh, que me refiero a las afirmaciones! —aclaró Lara—. Aunque seguro que lo otro también; os las coméis enteritas y a pares, además.

Estallamos todas en carcajadas, hasta que Raquel dijo repentinamente y como quien no quiere la cosa, que tenía veintiocho años y era virgen.

—¡Venga ya! Si eso ya no saben lo que es ni las monjas —soltó Lara absolutamente perpleja, mientras la miraba con los ojos fuera de las órbitas.

—Pues yo aún lo soy —susurró Raquel—. Aunque no por convicción, ni por creencias religiosas ni nada de eso. —Agachó la cabeza algo avergonzada.

—¿¡No me digas que aún no te has tirado a ningún tío!? ¡Qué fuerte, qué fuerte! —Lara estaba flipando con lo que oía.

—Raquel, no te preocupes por eso, que ya te llegará tu momento como nos ha llegado a todas. Además, luego lo disfrutarás como la que más, ya verás —le dije para tranquilizarla.

—¡Y una leche! ¿¡Que ya le llegará su momento!? —gritó Lara—. Su momento le tenía que haber llegado hace por lo menos doce años. Si no lo hace ya, se le va a hacer una costra ahí abajo que ni con el martillo percutor la van a poder romper.

Nos volvió a dar la risa a las tres.

—Además, eso de que lo disfrutarás como la que más es mentira —puntualizó Lara—. Te va a doler un montón y es posible que estés varios días sangrando. Eso sí, una vez que se pase ese calvario, vas a tener ganas de tirarte todo lo que se menea.

De repente, Lara se quedó pensativa, probablemente cayendo en la cuenta de algo, y preguntó con cara de estupefacción:

—Aunque me imagino que al menos... sí sabrás lo que es un orgasmo, ¿no? Raquel agachó la cabeza.

—¡Madre mía! Pero ¿tú en qué cueva has estado metida, criatura?! —le soltó Lara asombrada—. ¡Uy, la leche, aquí tenemos trabajo para rato! —dijo mirándome a mí.

—Bueno, vamos a dejarla un poco tranquila. Cuéntanos de ti, Lara —propuse, intentando desviar un poco el tema, porque Raquel estaba empezando a

sentirse algo agobiada—. Está claro que ya no eres virgen, pero ¿qué hay en tu vida que podamos cotillear?

—Pues mira, voy a ser clara con vosotras porque me habéis caído bien — contestó ella muy seria—, yo no he venido aquí para aprender a cocinar ni para ganar el premio. En realidad no voy a ser vuestra rival en el concurso. Yo he venido aquí por otra razón.

Raquel y yo la mirábamos sin entender muy bien a qué se refería.

—He venido por una apuesta —continuó diciendo—. Una apuesta que hice con una amiga.

Seguíamos expectantes y Lara continuó hablando.

—Salió durante un tiempo con Oliver Sabattini hasta que él la dejó, porque supuestamente no tenía tiempo para nada y necesitaba dedicarse al cien por cien a los proyectos que tenía entre manos y, bueno, que la plantó con un montón de excusas. Yo no me lo creí y así se lo dije a mi amiga. Yo estaba convencida de que había otra mujer o, lo que es peor, varias. Y sigo convencida de ello. Estoy segura de que es un picaflor de mucho cuidado, pero mi amiga insiste en darle tiempo y en creer ciegamente en que él volverá a sus brazos, porque está colgadísima de él. Entonces decidí desenmascararlo e hice una apuesta con ella. Si logro pasármelo por la piedra, ella se olvidará de él para siempre y me dará una oportunidad a mí.

«Espera un momento, ¿había dicho pasarse por la piedra a Oliver?»

Me dio un vuelco el estómago y de repente sentí celos. Sé que no era lógico, puesto que yo no tenía nada que ver con Oliver, pero en ese momento me dio mucha rabia la confianza que parecían tener Lara y su amiga con él.

—Pero si Oliver te conoce... —balbucí.

—No, no me conoce. Nunca hemos llegado a coincidir él y yo, así que no sabe que su exnovia es mi mejor amiga.

—Entonces, ¿sólo buscas acostarte con él? —Yo estaba en estado de *shock*.

Sé que no tenía que afectarme en absoluto lo que estaba oyendo, pero por algún extraño motivo me molestaban mucho las intenciones de Lara.

—Sí. Una vez que le demuestre a mi amiga que tengo razón, ella me dará la oportunidad que tanto espero.

Las dos la mirábamos atónitas, pero sólo Raquel atinó a preguntarle:

—¿A qué te refieres con eso de que te dará la oportunidad que esperas?

—A que estoy enamorada de ella y que haría lo que fuera por conseguir que fuese mía —soltó Lara.

—Pero ¿es que eres... bueno, eso... que si te gustan las chicas? —le preguntó Raquel con cautela.

—Por supuesto —le contestó Lara muy seria—. Yo me enamoro de la persona. El sexo que ésta tenga, para mí es indiferente.

A mi nueva compañera de habitación, que provenía de un pequeño pueblo anclado en el pasado, le costaba asimilar lo que oía.

—A ver, Raquel, me encantan los hombres, pero también las mujeres y, de hecho, estoy enamorada de mi mejor amiga desde hace tiempo. Soy bisexual —concluyó Lara con la mayor naturalidad del mundo.

Raquel estaba algo confusa con el tema de la bisexualidad, a mí en cambio me daba igual, porque tengo amigos de todas las condiciones sexuales posibles. A mí lo que me importunaba de verdad era la frialdad con la que Lara lo tenía todo calculado. Quería tirarse a Oliver para luego dejarlo a la altura de las colillas delante de su amiga y eso me fastidiaba.

Pero ¿por qué me molestaba tanto? ¿Es que acaso estaba celosa? ¿Celosa de qué? Si yo no era más que un grano en el culo para ese hombre. ¿Acaso mi subconsciente se había planteado siquiera la posibilidad de tener algo con él?

«Despierta, bonita», me dije.

—¿Y cómo vas a conseguir que ese tío se fije en ti? —Raquel se ruborizó e intentó aclarar lo que pretendía preguntar—. Quiero decir... A ver, tú eres un pibón, Lara, no hay más que verte, pero ese tío debe de ser inaccesible y más para concursantes como nosotras. Estaría poniendo en peligro su proyección en televisión y, sobre todo, en entredicho su carrera profesional. No sé, pero creo que estás loca si crees que vas a poder acercarte a él lo más mínimo.

—Eso es como tú lo ves, Raquel, pero la carne es débil y Oliver acabará cayendo en mis redes, ya lo verás. Y si no al tiempo —respondió Lara, muy segura de sí misma.

Carraspeé y me levanté de mi cama para dirigirme al aseo. Les sonreí a modo de disculpa y me encerré en el baño. No me hacía ninguna gracia todo lo que estaba oyendo. No me hacía gracia que jugaran con la gente, pero en ese caso con más razón.

Sin darme cuenta, me había empezado a gustar Oliver, a pesar de todo lo que

había pasado entre nosotros y, aunque mi sentimiento de momento no iba más allá, era suficiente para que me molestara sobremanera lo que pretendía hacer Lara con él.

Lo siguiente que se me pasó por la cabeza era qué podía hacer yo al respecto. Porque, claro, Lara no se conformaría con tirárselo, tendría que hacerlo público de alguna manera para que su amiga la pudiese creer.

Pero entonces, ¿qué podía hacer yo? ¿Acercarme a Oliver y decirle que no se fiara de Lara, que sólo iba a por él para desenmascararlo y fastidiarle su carrera después? Eso no se lo creería nunca. Además, no haría más que confirmarle lo que seguramente él ya pensaba de mí... que estaba loca de remate.

¡Joder! Y encima ella era mi compañera de cuarto y me caía bien. Entendía lo que pretendía hacer, pero no me gustaban sus formas. No cuando le daba igual hacerle daño a una persona que al fin y al cabo no había hecho nada malo y que no tenía nada que ver con su historia. Para Lara él era sólo un daño colateral, pero para mí eso no era justo.

Voy a ser sincera, si no fuera Oliver, si fuera otro tío al que le intentara hacer eso mismo, me parecería igual de mal, pero intuyo que no me habría molestado tanto.

Salí del cuarto de baño y mis compañeras de habitación seguían hablando, pero habían cambiado de tema. Intenté leer un poco, aunque tenía la cabeza en otra parte y no pude concentrarme demasiado en la lectura.

Si quería que todo marchase bien, tendría que mantenerme alejada de todos esos rollos y centrarme en el concurso. Lo malo era que, conociéndome como me conocía, sabía que precisamente eso sería lo más difícil para mí.

CAPÍTULO 7

La gran final del concurso había llegado y yo me dirigía nerviosa al plató donde se grababa. El acceso a éste era a través de una escalinata dentro de un gran edificio. Empecé a ascender por ella y, aunque subía y subía, cada vez había más peldaños. Llevaba ya muchos pisos recorridos y aun así, a cada vuelta, aparecía otro tramo de escalones. Me asomé al hueco de la escalera y el pasamanos se perdía de vista. Agobiada porque no conseguía llegar a mi destino, decidí escapar por la primera salida que encontrara. Seguí subiendo hasta que una gran puerta roja apareció ante mis ojos. Intenté respirar hondo para regular mi acelerada respiración, después agarré el picaporte con determinación y la abrí.

Oliver apareció ante mis ojos. Pero no estaba solo. Lara y Sylvia Mendes, la presentadora del concurso, estaban con él, comiéndoselo a besos. Lo empezaron a desnudar y él hizo lo mismo con ellas. Yo me había quedado paralizada, sin saber qué hacer ante aquella repulsiva escena.

De repente, Oliver me miró y me sonrió obscenamente. «¿Quieres unirte, Tesa?», me preguntó con ojos libidinosos, mientras ellas empezaban a besarle el cuello y la boca.

Me sentía asqueada por la escena que estaba presenciando. Las manos de Oliver recorrían ansiosamente el cuerpo desnudo de ambas mujeres y ellas estaban disfrutando, perdidas en ese mar de sensaciones, mientras a su vez acariciaban el escultural cuerpo de Oliver, que se me seguía comiendo con la vista.

Quería huir de allí. Necesitaba hacerlo, sentía náuseas y empezaba a marearme. La escena me estaba superando. Los tres completamente desnudos, manoseándose, besándose y con una clara intención en sus actos. Oliver las iba a poseer a ambas delante de mis narices y ellas lo deseaban, embriagadas como

estaban de sus caricias.

Sin embargo, de repente algo cambió. Lara se dirigió hacia Sylvia y empezó a besarla con absoluta lascivia. Sus cuerpos desnudos se fundieron en uno y ambas desaparecieron en la penumbra de la habitación. Oliver las siguió y también se perdió, difuminándose en aquel cuarto oscuro en el que se oían los intensos gemidos del placer y se percibía el recalcitrante olor a sexo salvaje, desinhibido, desbocado.

Empecé a hiperventilar. Aquello no me podía estar pasando. Todos mis anhelos desaparecían uno tras otro. Mi trabajo, el concurso... Oliver. Todo se desvanecía delante de mi confusa mirada, mientras una lágrima de dolor recorría mi mejilla en busca del abismo.

—Tesa, Tesa... Oye, despierta... Tesa...

Lara me observaba con preocupación, mientras yo despertaba de mi terrible pesadilla.

—Pero ¿qué coño estabas soñando? Tienes tal cara de horror que pareces el *Grito* de Munch.

Tardé unos segundos en recuperarme. Tenía la boca seca, la respiración agitada y la mejilla húmeda. Había vivido esa pesadilla como si fuera real y mis auténticas emociones se habían mostrado en ella. Tenía absoluto pavor de no progresar en el concurso y, por tanto, no alcanzar la meta que me había marcado.

Pero por encima de todo eso estaban mis recién nacidos sentimientos hacia Oliver y el miedo de no poder llegar a él, sobre todo por la trayectoria de nuestra «relación», pero también por lo inaccesible que se presentaba ante mí.

El hecho de que la noche anterior Lara nos hubiese contado sus intenciones con él, hizo que en mí brotara una emoción que hasta el momento me había pasado desapercibida. Por primera vez en mi vida había sentido un pequeño pellizco en el corazón. El pellizco de los celos.

Con Daniel nunca me había preocupado que una chica se le acercara. Estaba segura de nuestra relación y sabía que él nunca me sería infiel. Además, cuando pensaba en ello, siempre llegaba a la misma conclusión: «Pues si se va con otra, a rey muerto, rey puesto». Sinceramente no era algo que me quitara el sueño.

Quizá por todo ello empecé a ser consciente de que el amor que sentía por Daniel era un amor tranquilo, sosegado, para nada ardiente o desmedido. Más fraternal que pasional. En realidad, mi exnovio nunca despertó en mí los celos

que actualmente me empezaban a inquietar.

Ahora sentía que la sangre se aceleraba en mis venas a pesar de que Oliver no me perteneciera. Nuevas emociones me hacían preguntarme qué era aquello que notaba en mi estómago y que anteriormente no había llegado a experimentar ni con Daniel ni con nadie más.

Se me escapaban de las manos esos desconocidos miedos, esos pretendidos anhelos y, sobre todo, se me escapaba cómo conseguir controlarlos y cómo no sucumbir a ellos, porque si lo hacía... Si lo hacía estaría perdida.

—¡Buenos días chicas! —saludó Raquel de muy buen humor—. Tesa, puedes ducharte si quieres que yo ya he terminado en el cuarto de baño.

Meterme debajo de un gran chorro de agua, dejar escapar junto con él todos esos miedos y prepararme para un nuevo día era definitivamente lo mejor que podía hacer.

Cuando llegamos a los estudios, presentadora y jueces ya nos estaban esperando para comenzar con la grabación del primer programa.

Nos dispusieron a todos en los que iban a ser nuestros puestos de trabajo a largo del concurso. Yo me encontraba entre Gorka, el calvete gracioso, y Sandra, la morenaza espectacular, que ese día iba vestida con ropa muy ceñida marcando todas sus endiabladamente sexis curvas.

¡Qué asco me daba la muchacha!

Yo iba vestida más recatada. No es que fuera una tía remilgada en el vestir, de hecho me gustaba llevar mis escotes, mis vestidos cortos y mis taconazos. Pero creo que existe un momento para cada cosa y desde luego cocinar en un plató de televisión, no es, al menos para mí, el lugar idóneo para llevar un vestido superajustado, supercorto y «*superenseñaculos* cuando me agacho», como el que llevaba Sandra.

Delante de mí estaba Raquel. A su derecha tenía a Manu y a su izquierda a Lara. ¡Qué suerte había tenido con los compañeros que le habían tocado!

Detrás estaban el resto de los concursantes.

Tanto a Tommy como a Alberto les tuvieron que pedir silencio en dos o tres ocasiones, ya que no paraban de hacer el bobo para llamar la atención de Sandra. De hecho, una de las veces que estaban en plena demostración de quién era el macho alfa de la manada, me llevé un *garbanzazo* mal dirigido a Sandra, que me hizo dar un pequeño grito que a su vez hizo que Oliver me mirara con cara de

pocos amigos. En realidad no me vino mal que dirigiera su mirada hacia mí, ya que con eso conseguí que dejara de prestarle atención a Sylvia, la presentadora, que no hacía más que tontear con él.

Me estaba poniendo de mala leche al verlos juntos. Tenía muy presente aún las imágenes de mi pesadilla, y que Sylvia estuviera tan pegada a Oliver hacía que me apeteciera echarle por encima de su largo pelo lleno de extensiones todo lo que hubiera de casquería en el supermercado del plató.

¿Cómo se podía ser tan artificial, Señor? ¡Si no tenía nada suyo! Ni pelo, ni nariz, ni labios, ni pechos, ni uñas, ni siquiera el color de los ojos. ¡Hombre, un poquito de por favor! Que cuando esa mujer empezara a quitarse cosas que no fueran suyas para acostarse, se le debían de hacer las tantas de la madrugada.

No, definitivamente Barbie Mulata no me caía nada bien.

Aun así, tuve que escuchar muy atentamente la larga explicación que nos dio de las normas del concurso y la breve presentación que hizo del jurado y sus logros profesionales. A nosotros ya nos lo habían explicado el día anterior, pero lo repitió para grabarlo y que así tuvieran esa información también los telespectadores.

Terminado su soliloquio, dio paso a la primera prueba del programa, que consistía en elaborar un plato de la cocina tradicional española.

Y yo, como soy muy de guisos contundentes, quise hacer un estupendo cocido con la receta de mi abuela Teresa, pero reinterpretándolo a mi manera y emplatándolo de una forma más novedosa.

Hasta ahí todo sonaba muy bien, de no ser porque tuve un pequeño e insignificante olvido... En realidad fue un despiste de nada, un contratiempo sin apenas importancia... Se me olvidó echar los malditos garbanzos...

Imaginaos el desastre, ¡un cocido sin su ingrediente principal! Ya me estaba imaginando las risas de mis compañeros y la bronca del jurado.

Por desgracia para mí, cuando me di cuenta del grave error que había cometido ya era demasiado tarde como para poder remediarlo, así que cuando llegó el momento de presentar mi plato ante los jueces me quería morir.

—Tesa, explícanos en qué consiste tu plato, que de entrada yo calificaría como minimalista —me dijo Pedro Beramendi, que al parecer tenía muchas ganas de guasa.

Pálida debido a la retirada de riego sanguíneo de mi cabeza, le expliqué a

duras penas lo que había intentado cocinar.

—Bueno... Eh... Esto... —Carraspeé. Los tres jurados me escuchaban expectantes—. Bueno, es que he tenido un pequeño olvido y aunque mi plato era inicialmente un cocido, al final sólo he podido presentar un consomé.

Miré a Oliver instintivamente. Sus ojos me traspasaron y retiré la vista ipso facto.

—¡Madre mía, Tesa, empiezas bien el programa! —me dijo Pedro sonriendo y con cara de «no te lo vamos a tener en cuenta únicamente porque es el primer día».

Probó el caldo y sin decir nada más se retiró a su sitio.

Oliver se acercó a la mesa y clavó sus ojos en mí. Yo no pude ni levantar la vista de la vergüenza que sentía y porque sabía lo que se me venía encima.

Probó el caldo una primera vez y volvió a probarlo una segunda. Entonces me espetó:

—Mire, señorita Rivas, se va a salvar de que la expulse ahora mismo del concurso, porque es el mejor consomé que he probado en mi vida. Eso significa que el único error que le voy a permitir cometer es éste. La siguiente vez se va usted directa a la calle, ¿entendido? —preguntó con aquel vozarrón que tanta ambivalencia despertaba en mí.

—Sí, chef —susurré.

—¡Míreme! —dijo, alzando aún más la voz y levantándome la barbilla con el dedo índice—. Última oportunidad. No la desaproveche o me encargaré personalmente de que no vuelva a pisar este plató.

Se hizo un silencio sepulcral en el estudio.

Hasta Barbie Mulata, que seguro que ostentaba el premio a «Miss Me Río de Todo Hasta Parecer Tonta», se quedó muy seria y con cara de circunstancias.

—¡Madre mía, cómo viene Oliver esta mañana, Tesa! —intervino Pedro guiñándome un ojo para quitarle algo de hierro al asunto y acercándose de nuevo—. Pero tiene razón en una cosa... —dijo después, poniéndose más serio y mirando a los demás—... os tenéis que poner las pilas todos. Estos errores no tienen excusa y serán razón suficiente como para no contar más con vuestra presencia en el programa. —Volvió a mirarme a mí otra vez—. Y dicho esto y con tu permiso, Tesa, me voy a beber el consomé que ha quedado, porque estoy con Oliver en que es el caldo más bueno que he probado en mi vida.

¡Enhorabuena!

No sabía si reírme de alegría o echarme a llorar de desesperación. Por un lado estaba contenta por la valoración que habían hecho de mi plato, pero por otro lado el discurso tan áspero de Oliver se me había clavado en el alma.

Tenía razón, eso no se lo podía discutir, pero la dureza de sus palabras, y sobre todo de su mirada, hacía que sintiera la necesidad de echarme a llorar desconsoladamente, para poder sacar de una vez por todas la tensión acumulada, los nervios retenidos y la asfixiante angustia aplazada.

Pero no lo iba a hacer delante de todo el mundo, eso lo tenía muy claro. Así que me mordí la lengua hasta casi hacerme sangre y esperé a estar yo sola.

Entonces y sólo entonces, encerrada en los aseos, me derrumbé del todo.

Eran muchas las vivencias nuevas que había experimentado esos últimos días, muchas las esperanzas que tenía en ese concurso y muchas las nuevas sensaciones que nacían de mi estómago. Y todas ellas, retenidas, acumuladas y vapuleadas, afloraban por fin en un llanto desesperado que tardé un buen rato en poder apaciguar.

Tal era mi desazón en esos momentos, que en un acto totalmente irreflexivo por mi parte llamé a Noel.

—¿Tesa? ¡No me lo puedo creer, me estás llamando! ¿Va todo bien?

Rompí a llorar desconsoladamente y sólo fui capaz de emitir unos ansiosos suspiros que preocuparon a Noel.

—Tesa, ¿te pasa algo? Me estás asustando... ¿Dónde estás?... ¿Necesitas que vaya ahí, Culo Bonito?

Eso último me sacó una sonrisa.

Conseguí calmarme y entonces pude explicarle toda la serie de infortunios que había vivido, desde el momento en que Severo me había despedido de la inmobiliaria, hasta cuando había salido corriendo para ir a llorar como una magdalena al cuarto de baño, después de las duras palabras de Oliver.

—¡Ese tío es un imbécil al que la fama se le ha subido a la cabeza, Tesa! No le hagas ni caso que tú vales mucho más que todo eso.

—Pero ¡si ni siquiera me conoces! —Me reí—. Tú no sabes si yo valgo o no la pena.

—En eso te equivocas, Tesa. Una tía con un culo como el tuyo tiene que ser alguien excepcional.

—¡Eres un idiota! —Me reí a carcajada limpia.

—Tú ríete, Culo Bonito, pero yo nunca me equivoco al juzgar a las personas por el culo que tienen y sé que tú vales más que todo lo que el impresentable ese piense de ti.

—Muchas gracias, Noel, en serio, eres un cielo.

—¿Eso significa que a partir de ahora puedo llamarte cuando me apetezca?

—No, de eso nada. Hicimos un trato —le recordé.

—¡Que tú has roto! —insistió él.

—Lo sé, pero esto ha sido una excepción —le dije más seria—. Y no sabes cuánto te agradezco que me hayas escuchado, pero quiero centrarme en el programa y tú sólo serías una distracción para mí. Lo siento, Noel.

—No te preocupes, Culo Bonito. Que no te pueda llamar en veintiséis días no significa que me vaya a olvidar de ti.

¡Madre mía, el tío llevaba la cuenta de los días que quedaban para completar el mes que le había pedido! ¿No me digáis que no era un cielo de hombre? Eso por no recordaros lo bueno que estaba y lo bien que... ¡Valeee! ¡Que me vengo arriba!

—Eso espero, Noel, que no te olvides de mí. Eres un buen tipo. —Sonreí.

—No dudes en volver a llamarme si necesitas hablar con alguien. Y si necesitas un abrazo o lo que sea, me lo dices y en un par de horas estoy ahí. ¿De acuerdo, Culo Bonito?

—De acuerdo, Noel. Muchas gracias.

Colgué con la sonrisa de una adolescente en pleno «PET». Ya sabéis, el «Período de Estupidez Transitoria» por el que todos pasamos cuando nos enamoramos y que nos hace sentir mariposas en el estómago y todas esas *ñoñadas*.

Seguía sin querer nada con Noel, pero saber que estaba ahí para mí casi incondicionalmente, y eso que apenas lo conocía, hacía que me sintiera la mujer más afortunada del mundo en esos momentos.

Una vez recuperada de la desolación que me había llevado hasta aquel cuarto de baño, me dije que sería la última vez que lloraría en el concurso y me obligué a mí misma a prometérmelo. Me sequé las lágrimas, me arreglé el maquillaje y salí de allí decidida a demostrarle al mundo todo lo bueno que podía dar de mí.

Por de pronto, al salir, todo lo que di de mí fue un cabezazo contra el pecho

de Oliver, que se dirigía al aseo de caballeros. El golpe hizo que me tambaleara y, de no haber sido por él, que me agarró rápidamente, es posible que hubiera acabado sentada en el suelo.

En ese momento me sentí algo desubicada. Nunca había estado abrazada a Oliver y me encantaba la sensación. Me tenía cogida con sus fuertes brazos alrededor de mi cuerpo y sus grandes manos sobre mi espalda. Notaba su pecho como una piedra por la fuerza que estaba haciendo para sujetarme. Su aroma era una mezcla entre olor de hombre recién salido de la ducha y el perfume intenso de un paisaje húmedo, cálido, salvaje. Su calor corporal traspasaba su ropa y me rodeaba junto con sus brazos. Su aliento mentolado acariciaba mi sonrosada mejilla. Me atraía como un imán atrae al hierro. Un alud de sensaciones arrasó mi cuerpo entero.

Tenía la sensación de haber estado en sus brazos toda mi vida, me sentía como en casa, me sentía cómoda y protegida. No quería que me soltara por nada del mundo.

—¿Estás bien, Tesa? —me preguntó mirándome con aquellos enormes ojos azules y sin terminar aún con lo que para mí era un delicioso paseo por las nubes.

Entonces mi boca decidió qué hacer por sí misma y mis palabras salieron atropelladas, intentando disculparme. Estaba claro que no iba a encontrar otro momento mejor, ya que en ese instante lo estaba percibiendo más cercano que nunca y no quise desaprovechar la oportunidad.

—Lo siento, Oliver, lo siento mucho por todo. —Agaché la cabeza con gesto de arrepentimiento—. No sé ni por dónde empezar... —Mis ojos se anegaron de nuevo en lágrimas y la voz se me entrecortó.

La expresión de Oliver había cambiado. Su rictus serio se había vuelto preocupado.

Era el momento de explicarle que yo no era como él creía y que tenía que darme tiempo para demostrarle que se equivocaba conmigo y con la imagen que se había formado de mí.

—Tesa, no es necesario, no te preocupes —intentó calmarme un poco.

Seguía deleitándome con su seguridad y su protección. Seguía sintiendo sus manos en mi espalda. Manos que despertaban todas mis terminaciones nerviosas con su dulce presión y que enviaban tanto calor a mi centro del placer que me

empezaba a quemar.

—Sí, sí lo es Oliver —empecé atropelladamente de nuevo—. Tú tienes una idea de mí que no se acerca a cómo soy en realidad. Cuando te rocé el coche, mi actitud fue muy infantil e inmadura, pero es que en ese tipo de situaciones tiendo a bloquearme y actúo sin pensar. Y cuando te tiré la comida encima, en realidad lo que quería era acercarme a ti para pedirte perdón por lo del coche, pero me asusté con el zumbido de mi móvil y mi bandeja salió volando por los aires inesperadamente. No es que esté justificándome, ¿vale?, pero no siempre actúo de esa manera tan caótica. Es cierto que a veces hago cosas un tanto peculiares, pero quisiera pedirte por favor que, a partir de ahora, sólo me juzgues en el concurso por lo que veas de mí de aquí en adelante. Sé que lo harás porque eres un buen profesional y porque, si no fuera así, ya me habrías echado del programa. Pero quiero que sepas que no te defraudaré y que pienso llegar muy lejos en la cocina.

Él me miraba muy intensamente. Sus enormes ojos azules brillaban y él seguía sujetándome muy pegada a su cuerpo. Por un momento el tiempo se detuvo y creí ver en Oliver un atisbo de curiosidad.

Su boca estaba muy pegada a la mía y su aliento me rozó la piel de la cara. Tenía los ojos clavados en los míos y estoy segura de que los dos sentimos el magnetismo que nacía entre ambos.

Sin embargo, y tras el intenso momento, me soltó y dijo:

—Olvidalo, Tesa. Tú sólo céntrate en el programa y todo irá bien. —Se pasó la mano por el pelo como hacía siempre que se ponía nervioso, y luego empujó la puerta de los aseos y desapareció tras ella.

Me sentía desconcertada. ¿Qué había pasado? ¿Oliver también habría notado lo mismo que yo...?

«No, Tesa, no flipes, que luego pasa lo que pasa.»

Había pillado a Oliver con la guardia baja. Probablemente eso había sido todo.

No obstante, para mí aquel momento había sido muy importante. Por fin había podido disculparme por mi comportamiento y le había pedido una segunda oportunidad para poder demostrarle quién era yo y qué podía ofrecer.

CAPÍTULO 8

Esa segunda noche en la casa fue más distendida para todos. Haber pasado el día entero en el plató, con presiones, con cansancio y con momentos de mucha tensión, aunque también con algunos de muchas risas, hizo que nos conociéramos un poco más entre nosotros.

Empecé a vislumbrar los perfiles de la personalidad de cada uno y sobre todo sus bondades, aunque también sus defectos. Tenía claro quiénes eran los concursantes más competitivos: tres de los hombres, y no sólo eran adversarios en el programa, también lo eran en la vida real. Tommy, Alberto y Piero rivalizaban por todo. Desde quién era el que mejor hacía las cosas en la casa, pasando por el que mejor cocinaba en el plató y terminando por quién era el más guapo, el que más ligaba y el que se llevaría el gato al agua con Sandra o con Lara.

Por otra parte, estaban las personas que daban buen rollo al grupo, que no eran en absoluto competitivas y que sabías que podías contar con ellas incondicionalmente, a pesar de donde nos encontrábamos. Me refería por supuesto a Raquel, a la que quería como si la conociera de toda la vida, porque me transmitía muy buenas vibraciones, y también estaban Manu, María y Javier, que formaban un grupito muy campechano y noble.

Además estaba Gorka, que aunque yo no terminaba de pillarle el punto del todo, me hacía reír bastante, cosa que agradecía, porque me ayudaba a olvidarme de las tensiones del plató.

Y para terminar estaban Lara, mi compañera de cuarto, con la que me reía un montón por lo bruta que era; Sandra, que estaba encantada de conocerse y que no hacía otra cosa que pavonearse por la casa para llamar la atención de Tommy, Alberto y Piero, y Alba, que nos tenía totalmente desconcertados a todos, porque

no sabíamos si era que le caíamos mal, que ella era rara o si tenía algún trastorno de personalidad y el día menos pensado apareceríamos todos descuartizados y envasados al vacío en el congelador.

Pues bien, esa segunda noche decidimos que había que celebrar por todo lo alto que ya habíamos empezado la grabación del programa, así que los chicos se encargaron de bajar a Guadalix a comprar bebidas y nosotras nos quedamos en la casa preparando unas tapas.

En cuanto ellos llegaron del pueblo, cenamos en un ambiente muy distendido. Tanto fue así, que todos nos fuimos soltando y diciéndoles a los demás lo que pensábamos de cada uno. Es decir, la primera impresión que nos habían dado en el momento de conocerlos.

Gorka, además de mencionar mi momento «sostén volador» y lo mal que yo le había caído con mi actitud posterior cuando subió a devolvérmelo, quiso aclarar una curiosidad sobre mí que según él lo atormentaba.

—Tía, ¿tú dónde cojones metes lo que comes? Porque, vamos, viéndote tragar como lo haces, es casi mejor pagarte un piso que tenerte como novia y tener que invitarte todos los fines de semana a cenar.

Las carcajadas fueron unánimes y mi cara debía de ser un poema, porque era un tema que me acomplexaba bastante. Ya sé que todo el mundo estaría encantado de no tener que preocuparse por la cantidad de comida que ingiere, sobre todo si no le engorda, como me pasaba a mí, pero mi problema, porque para mí se trataba de un verdadero problema, era que nunca me hartaba a la hora de comer y siempre terminaba la última, ante la atónita mirada del resto. Siempre tenía hambre y siempre necesitaba comer.

Lo único bueno que tenía eso, ya lo he dicho, era que no engordaba nada. De hecho, mi cuerpo lo quemaba todo y, a pesar de que no practicaba ningún deporte, era bastante delgada y con un físico bien equilibrado.

Pero tal era mi exageración con ese tema, que incluso mi madre me tenía que recordar cuando íbamos a casa de alguien, que comiera como una señorita y no como «un trol muerto de hambre».

De hecho, la cosa llegaba hasta tal punto, que el día que fui a conocer a los padres de Daniel, que nos habían invitado a cenar a su casa de la playa, mi madre me preparó un refrigerio para que antes de irme comiera todo lo que quisiera, para que luego, en casa de mis futuros suegros, no engullera como

habitualmente lo hacía y quedara como la zampabollos que era.

¡Mi madre y sus cosas!

Encima, cuando se lo dije a Daniel, no tuvo otra idea que contárselo a sus padres el muy..., con la consiguiente vergüenza que eso me produjo. Pero es que además el asunto coleó durante un montón de días, en los que mi exnovio estuvo riéndose de mí hasta hartarse.

—Supongo que tengo que agradecersele a la genética —le contesté a Gorka, queriéndome morir en ese mismo instante y soltando el trozo de pan y el tenedor lleno de comida que tenía en las manos.

Por suerte para mí, el resto de las apreciaciones que me hicieron mis compañeros fueron todas muy positivas y por lo que parecía les había caído bastante bien.

Cuando terminamos la cena, la mayoría insistieron en jugar a alguno de esos juegos tontos que se usan en la adolescencia para ligar.

Empezamos con el de «Un limón, medio limón, llamando a cinco limones, medio limón». Pero cuando lo que nos salía de la boca a casi todos era: «*U limó, medio limó, zamado a sis limone, medio limó*», decidimos que ya estaba bien y que íbamos a pasar a algo más tranquilo que no requiriese beber más.

¡Pésima idea!, ya que alguien tuvo entonces la ocurrencia de jugar al dichoso «Beso, verdad o atrevimiento», lo que fue todavía más patético.

¡Imaginaos la escena! Porque cuando eres adolescente es gracioso y te lo pasas bien y, con un poco de suerte, te besas con el chico con el que llevas media vida queriéndolo hacer, pero con una media de veinticinco años como teníamos los presentes y sentados en círculo en el suelo del salón, parecíamos más el club de la tercera edad rematando un guateque.

En fin, que empezó la ronda Lara, que era la más lanzada de las chicas, y eligió «atrevimiento».

El grupo de chicos debatieron sobre qué pedirle que hiciera, hasta que llegaron a un acuerdo, a pesar de que a algunos, como Manu y Javi, no les terminara de parecer bien la idea.

—Tienes que tirarte a la piscina y quitarte toda la ropa —propuso Alberto retador—. En el orden que tú quieras, por supuesto —terminó, mientras le guiñaba un ojo.

Lara lo miró con los párpados entornados y al cabo de unos segundos

contestó:

—De acuerdo. Pero si yo hago eso, nadie podrá negarse a nada de lo que se le pida esta noche.

—Ni hablar —dijimos la mayoría de los allí presentes.

—Que ya no somos unos críos para estas tonterías y menos para obligar a nadie a que haga algo, Lara —le dijo Raquel, algo enfadada por su propuesta y por la estupidez del juego, al tiempo que se levantaba del suelo.

—No me refería a vosotras, me refería a ellos —dijo Lara, señalando el grupo de los tres chicos que habían propuesto que se tirara a la piscina—. ¿O es que os vais a echar atrás ahora?

¡Uh, lo que había dicho Lara! Había pronunciado las palabras mágicas que no se les pueden decir nunca a los machos alfa de una manada sin que respondan. Algo así como: «¡No hay huevos!».

Pues los hubo.

Os he hablado antes de lo competitivos que eran algunos de los chicos, ¿verdad? Pues me he quedado corta. No sólo se tiró Lara a la piscina, sino que ellos fueron detrás, borrachos como estaban y habiéndose quitado toda la ropa antes.

A las cinco de la madrugada todavía seguían con los cánticos populares, sin dejarnos dormir a los demás, que a las dos habíamos decidido que ya estaba bien y nos habíamos acostado. Nos teníamos que levantar a las siete, así que no os cuento cómo fue el día siguiente para todos. Menos mal que la prueba por equipos se iba a realizar en las Canarias y la mayoría aprovechamos el vuelo para dormir y descansar un poco más.

En cuanto llegamos a El Hierro nos llevaron directamente al centro de buceo para el que íbamos a preparar la comida. Nos dividieron en tres equipos y cada uno tuvo que preparar un plato.

Mi grupo lo formaban María, Javier, Alberto y obviamente yo.

Partíamos como el peor grupo de todos, según la perspectiva del resto de los compañeros y la verdad es que, por desgracia, no se equivocaron mucho en su apreciación.

Perdimos la prueba porque hicimos un desastre de postre y eso que contábamos con María, cuyo fuerte era la repostería.

Pero la pobre se agobió y la presión del programa la superó. Yo intenté

aliviarle la ansiedad que le creó saber que iba a ser la capitana del equipo e intenté que delegara en mí algunas de las preparaciones, para que fuera más desahogada. Pero aun así los nervios le pudieron y no logramos siquiera terminar de emplatar lo que nos habían pedido.

La bronca del jurado fue tremenda, sobre todo por parte de Carmen Arrabal, que era la experta en repostería. Además, Oliver le recriminó a María, como capitana de grupo, la mala gestión del tiempo que había hecho y la mala organización para la consecución del plato.

Oliver era muy estricto en ese sentido. Ya nos había advertido en varias ocasiones de la importancia de saber trabajar en grupo, de seguir las pautas que marca el jefe de equipo y, sobre todo, de no dejarse llevar por la presión del momento. Y sabía muy bien de lo que hablaba, ya que él dirigía a dieciséis cocineros que seguían a rajatabla sus indicaciones. Era la única forma de que todo funcionara como debía. No obstante, eso no quería decir que no tuviese en cuenta a su personal. De hecho, tenía fama de ser un hombre al que le gustaba mucho escuchar las ideas de los demás y llevarlas a cabo si eran interesantes. Pero por eso mismo también pedía mucho a sus empleados, que, siempre que se esforzaran y aportaran algo al equipo, seguirían trabajando para él.

Oliver era muy estricto y muy exigente con los demás, pero sobre todo consigo mismo. Su padre le había enseñado que nunca era suficiente, que no se conformara, que siempre se podía hacer mejor y que él tenía la responsabilidad de conseguirlo.

Desde muy pequeño había trabajado en el restaurante de sus progenitores en Cuba y cuando todos se mudaron a España, inició sus estudios de cocina en una de las más prestigiosas escuelas del país. Rápidamente, los profesores vieron su potencial. Era el más trabajador de todos sus alumnos, el más crítico consigo mismo y el que más se exigía. Su evolución estaba muy por encima de la de sus compañeros y lo animaron a que abriera su propio restaurante en cuanto acabara los estudios.

Su constancia y su tenacidad habían dado su fruto y lo habían llevado donde ahora mismo se encontraba, en lo más alto del panorama gastronómico mundial.

Pero volviendo al concurso, Pedro fue el que me valoró a mí individualmente, reconociéndome la buena labor que había hecho intentando aliviar el bloqueo de María. Aun así, eso no me libraría de tener que pasar a la

prueba final, que se realizaría dos días después, cuando volviéramos al plató principal en Madrid.

De regreso en el hotel y puesto que teníamos libre hasta el día siguiente a las cuatro de la tarde, hora en que cogeríamos el vuelo a Madrid, decidimos entre todos que una ocasión como la que nos brindaba la isla para salir de marcha no debíamos desaprovecharla. Así que Alberto, Tommy y Lara se encargaron de investigar cuál era y dónde estaba la mejor discoteca del lugar.

—Jolín, no sé qué ponerme; vosotras vais muy arregladas y yo parezco una monja a vuestro lado.

Lara y yo miramos a Raquel de arriba abajo y la verdad es que tuvimos que darle la razón. Toda su ropa era más bien de abuela y además no sabía cómo sacarse partido.

—A ver, Raquel... —empezó Lara con cara de asco—, ¿es que no tienes nada más... moderno, más provocativo, mujer?

—Supongo que no. Nunca salgo de marcha y en mi pueblo no hay muchas tiendas de ropa que digamos. Bueno, en realidad sólo hay una y la ropa que trae es toda de este estilo.

—¡Ya..., pues es que así pareces mi abuela, criatura! A ver qué podemos hacer.

Casi dos horas más tarde, habíamos depilado, vestido, maquillado y peinado a Raquel de tal forma que no parecía ella. A Lara se le daba bien eso del estilismo y Raquel nos dejó hacer todo lo que quisimos. Cuando se vio en el espejo estaba tan alucinada por su cambio que se le saltaron las lágrimas de emoción.

—Pero ¡si estoy guapa! —dijo, riéndose como una colegiala ilusionada.

—¡Bueno, tampoco te vengas muy arriba, ¿eh?! Que aún tenemos que hacer mucho trabajo contigo si quieres estar a la altura de una diva como yo — contestó Lara.

La verdad es que ella iba espectacular. Mucho se lo tendría que currar Sandra, la otra belleza del grupo, esa noche si quería estar a la altura del listón que le había puesto mi compañera de cuarto.

Yo resultaba algo menos espectacular que Lara, pero es que no tenía su altura, ni su pelazo, ni aquella actitud *comehombres* que tanto nos diferenciaba.

Había elegido para la ocasión un pantalón corto de color coral, con una blusa

de gasa semitransparente en blanco roto y unas sandalias de cuña bastante altas de color dorado, a juego con mi cartera de mano. Me había dejado el pelo suelto, con alguna que otra ondulación aquí y allá y me había maquillado los ojos con un ahumado que intensificaba mucho mi mirada.

La verdad es que en Lara no se notaba tanto el cambio, pero en mí y sobre todo en Raquel, había una diferencia abismal entre cómo nos habían conocido los compañeros en el concurso y cómo íbamos arregladas de chapa y pintura esa noche.

Tanto fue así que cuando llegamos Lara y yo al vestíbulo del hotel tuvimos tal recibimiento acústico, con silbidos y exclamaciones por parte de los chicos, que nos quedamos pasmadas. Todos comentaron lo espectacular que iba yo y añadieron que me iban a tener que estar quitando a los babosos de encima toda la noche. Con Lara no fueron tan efusivos en sus halagos, pero supongo que eso era porque a ella ya estaban acostumbrados a verla tan llamativa a diario.

Sin embargo, cuando bajó Raquel se hizo tal silencio que a la pobre le entraron ganas de salir corriendo. Pero ese silencio no se debía a lo que ella creyó en principio, sino a que nadie se esperaba ese cambio tan espectacular, ni que se le pudiera sacar tanto partido a una persona. De hecho, al cabo de unos segundos, cuando todos fueron conscientes de que en realidad se trataba de «Sor Raquel», como algunos la habían bautizado, decidieron que nunca más volverían a llamarla así.

No obstante, Manu tuvo que salir corriendo a buscarla cuando se dio la vuelta para largarse de allí, porque pensaba que se iban a reír de ella por querer aparentar lo que no era. Por suerte, la alcanzó a tiempo y la convenció de lo preciosa que estaba y de que volviera con los demás.

Raquel, que no se había visto en otra situación igual, se puso roja como un tomate ante las palabras de Manu y le empezó el tembleque de piernas que le daba cuando se ponía nerviosa.

Si no fuera porque yo apenas la conocía y quizá estuviera equivocada, diría que le había gustado tanto ese gesto de Manu, que a partir de ese momento empezó a mirarlo con otros ojos.

Por supuesto, como cabía esperar, Sandra también despertó la admiración de todos los chicos del grupo cuando apareció.

Las que no se vieron fueron María, que después de las críticas que había

recibido por parte del jurado no pasaba por su mejor momento, y Alba, que seguía con su aislamiento.

La discoteca a la que fuimos era impresionante. Estaba dividida en varias zonas, cada una con un tipo de música diferente. Estaba a pie de playa y era al aire libre. La temperatura media anual de las islas lo permitía perfectamente.

Nosotros nos decantamos primero por la zona de pop internacional, pero al cabo de dos horas nos fuimos a la de salsa, ya que Lara y Alberto sabían bailarla e insistieron en que los acompañásemos allí.

Yo sabía sólo el paso básico de merengue y porque lo aprendí en un viaje que hice bastantes años atrás a la República Dominicana.

Nos acomodamos todos en una zona de mesas bajas con nuestros mojitos, a ver el espectáculo de Lara y Alberto bailando, que, la verdad sea dicha, lo hacían muy bien.

Cuando ya llevábamos allí cerca de una hora y yo había rechazado las invitaciones a bailar de tres iluminados que pensaban que podría seguirles el ritmo, vimos atónitos que Oliver entraba en la zona donde nosotros nos encontrábamos, acompañado de otras personas más.

Sus ojos, que parecían haberme detectado como si fuesen un radar, se fijaron directamente en los míos unos segundos. Parecía extrañado de verme allí, pero no apreció desagrado en él.

Obviamente, se dirigió hacia nosotros y nos saludó. Nos presentó a sus acompañantes, dos hombres y dos mujeres que hicieron las delicias de los allí presentes. También iba con ellos Sylvia, la presentadora del programa.

Era la primera vez que lo veía vestido de *sport*. Siempre que habíamos coincidido llevaba traje, lo que hacía que su aspecto fuera bastante más serio y formal. Sin embargo, tengo que decir que, para mi deleite, estaba tremendo con esa indumentaria. Llevaba unos vaqueros rotos y una camisa blanca de lino con cuello Mao y manga larga. Llamaba la atención de todas las féminas que había por allí, incluida yo, que no podía quitarle la vista de encima.

Para nuestra sorpresa, quiso sentarse con nosotros y durante toda la noche se mostró muy desenfadado y diferente a como le veíamos siempre en plató, con aquella actitud tan amenazadora que gustaba.

Es más, tan desconectado estaba de su papel en el programa, que incluso salió a bailar con Sylvia y, en uno de los cambios de pareja que hicieron, lo hizo

con Lara, que la muy... aprovechó la ocasión y no lo dejó ni respirar de lo que se pegó a él.

En ese momento recordé las intenciones que ella tenía y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Raquel, que parecía haber intuido mi preocupación, me miró y, viendo que me sentía incómoda, se levantó de su sitio y se sentó a mi lado.

—A mí tampoco me gustan las intenciones que tiene con él. Me cae muy bien Lara, no me malinterpretes, pero no me parece correcto lo que quiere hacerle —me dijo Raquel en voz baja.

—Eso mismo me pasa a mí —contesté molesta—. No me parece bien la premeditación y alevosía con las que va a actuar.

Ambas nos quedamos mirándolos sin saber muy bien qué hacer.

Lara estaba en su salsa, nunca mejor dicho. Se dejaba llevar por Oliver, que la dirigía magistralmente en todos esos movimientos sensuales que rodean el baile latino.

—¡Madre mía, cómo baila Oliver! Pero ¿cómo puede mover las caderas de esa manera?! —soltó Raquel, sin ser consciente de que lo estaba diciendo en voz alta.

Sandra la miró con cara de «¡Ay, pobrecita mía, lo que te queda aún por vivir!».

—Se mueve así porque es cubano de nacimiento. Su madre también es cubana y su padre italiano. De ahí el color moreno de piel por parte de su madre y el azul de los ojos por parte de su padre —nos explicó Sandra—. Lleva el movimiento de caderas en la sangre.

¡Y tanto que lo llevaba en la sangre!

A ver, Oliver era alto, guapo a rabiar, con unos ojazos azules increíbles, unos morritos que para qué contarte, un cuerpazo de escándalo, una piel morena de ensueño y encima movía el culo y las caderas que daba vértigo verlo.

¡Madre del amor hermoso, pero qué tío tan precioso!

Pero ¿cómo se podía estar tan bueno y ser tan sexy y moverse con tanta sensualidad y a la vez ser tan... tan serio, tan exigente, tan estricto?

¡Si es que de él me ponía todo! ¡Hasta su mala leche, por Dios!

Ahora sonaba *Darte un beso*, de Prince Royce, y Lara cada vez que el baile se lo permitía, se pegaba más aún a Oliver. De hecho, estuvieron a punto de juntar sus labios después de que él la rodeara con sus brazos en un movimiento

muy enérgico y se inclinara sobre ella.

Me estaba poniendo de los nervios.

Pero ¿a mí qué más me daba? Bueno, a quién quería engañar... Estaba claro que no me daba igual para nada. Primero, porque sabía el juego que se traía Lara con él, y segundo, porque lo quisiera reconocer o no, Oliver me gustaba, y mucho, y aunque nunca en mi vida hubiera sentido celos antes, en esos momentos me estaba dando urticaria verlos tan pegados. Así que, como yo soy como soy, me levanté sin pensar lo que hacía y me fui directa hacia la pista hasta llegar a donde ellos se encontraban y con un par de narices les solté:

—¡Cambio de pareja!

Ambos pararon su baile y Oliver se acercó a mí algo titubeante. Sin duda lo había pillado por sorpresa.

—Pero ¡si tú no tienes pareja de baile, Tesa! ¿Cómo vamos a hacer un cambio? —me espetó Lara, que había cruzado los brazos con gesto de enfado.

No le hice ni caso y tiré de Oliver, alejándolo un poco de donde ella estaba.

—¡Lara, búscate a otro, que tú lo tienes muy fácil! —le dije en voz baja, en un momento en que había conseguido que Oliver me lanzara hacia ella con un giro.

Hasta ese momento había estado dirigiendo yo el baile a mi antojo, pero eso se me había acabado, porque Oliver tiró fuerte de mí y consiguió que volviera a donde él se encontraba.

—¿Tú sabes que en la salsa es el hombre el que dirige a la mujer, Tesa? —me preguntó algo contrariado y con aquella voz tan profunda y masculina que tanto me ponía.

—Sí, claro que lo sé... ¿Cómo no lo voy a saber? —contesté muy resuelta.

—Princesita, es obvio que no has bailado salsa en tu vida —me dijo tan serio que parecía enfadado.

—¿Y tú qué sabes si yo sé o no sé bailar salsa? —le respondí muy digna.

Oliver se quedó pensativo y luego me lanzó una mirada retadora.

—Vale, entonces no tendrás problemas en que nos unamos a esa rueda que están formando, ¿verdad? —preguntó sarcásticamente, con un brillo especial en los ojos.

Uff... Me había pillado, estaba claro.

Pero ¿a quién quería engañar?

—No, ningún problema. De hecho me encantan las ruedas.

«A ver, Tesa, bonita, ¿tú eres tonta?... Pero si no sabes ni el paso básico de salsa, ¿cómo vas a hacer una rueda que no sabes ni lo que es?»

Efectivamente, a los dos minutos Oliver tuvo que rescatarme del caos que provoqué con tanto cambio de pareja y de pasos. No fui capaz de seguir la dichosa rueda y todo el mundo me miraba con cara de «si no sabes, ¿para qué te metes?», porque les estaba fastidiando toda la coreografía.

—Anda, ven que te enseñe aunque sea el paso básico para que puedas empezar a bailar salsa.

Oliver me estaba arrastrando hasta una zona retirada de la pista central, donde apenas había gente y teníamos bastante espacio a nuestro alrededor.

Lo notaba algo contrariado. En realidad no sabría explicar muy bien cuál era su actitud. Por un lado parecía querer ayudarme, pero por otro lado parecía estar molesto conmigo.

Me atrajo un poco hacia él y yo terminé de cubrir el espacio que quedaba entre los dos pegándome a su cuerpo como una lapa. Noté cómo todos sus músculos se tensaron. Y cuando digo todos, quiero decir todos.

Es más, mi cuerpo también reaccionó al rozar el suyo y mis pezones ¿cómo decirlo...?, se alegraron mucho de verle.

—Vale, puedo hacerlo —susurró Oliver, como si con eso se convenciera de algo, mientras se separaba unos centímetros de mí.

»Pon tu mano izquierda en mi hombro y dame tu mano derecha, Tesa.

Hice lo que me pedía, pero vi que seguía incómodo con el contacto tan íntimo que estábamos teniendo. Porque no solamente nuestros cuerpos y nuestras manos estaban muy pegados, era su organismo entero el que estaba reaccionando ante el mío y de qué manera.

Pero yo tampoco me quedaba corta. Su tacto traspasaba mis células y mandaba a mi estómago un maremágnum de sensaciones que hacían que me sintiera muy acalorada.

—Tesa, hazme un favor y no te pegues tanto a mí, ¿vale?

Parecía algo alterado por nuestra cercanía y respiraba erráticamente.

Me separé un poco de él y Oliver se recompuso.

—Ahora empiezas llevando el pie derecho hacia atrás y después hacia delante y, a continuación, con el pie izquierdo das un paso adelante y lo vuelves

a llevar atrás quedándote como al principio, ¿de acuerdo?

¡Madre mía, no me podía creer lo que estaba ocurriendo!

Oliver estaba dándome clases de salsa en un rincón de la discoteca donde no había casi nadie. ¿Quién era aquel hombre y qué había hecho con Malas Pulgas? Pero ¿de dónde habían salido tanta amabilidad y tanta paciencia conmigo?

Sabía que detrás de su fachada seria, dura, exigente, existía un hombre amable, cariñoso y entregado a su familia y a su restaurante.

A sus empleados les pedía mucho, pero también los ayudaba siempre que le era posible. Por encima de ser un jefe era una persona comprensiva y respetuosa, por lo que todos lo adoraban.

Y por lo poco que sabía de él y su relación familiar, ya que era muy reservado en cuanto a ese ámbito de su vida, parecía un hombre muy apegado a los suyos y que tenía pasión por su única hermana, ahora recién divorciada, y su sobrina, que era su ojito derecho.

Intenté seguir sus movimientos, a pesar de que tenía la mente ocupada analizando todo lo ocurrido entre nosotros y apenas había escuchado las instrucciones que me había dado.

Simplemente intenté dejarme llevar y al cabo de diez minutos se podía decir que al menos me defendía con lo básico.

—Bueno, tendrías que practicarlo más para poder pasar al siguiente nivel, pero creo que para empezar no está mal —me dijo.

Oliver me miraba como si todo fuera diferente entre nosotros, como si yo nunca le hubiera destrozado el coche, ni le hubiera tirado la comida por encima y mucho menos me miraba como si él fuera mi juez y yo la persona a la que debía juzgar en un concurso.

Me miraba con deseo, me miraba anhelante. Se había dejado llevar.

Seguíamos agarrados y ahora nos mecíamos con los movimientos sensuales de la bachata. Solamente éramos un hombre y una mujer, el uno en brazos del otro, con la única idea de complacernos con aquel peligroso baile, en el que nuestros cuerpos unidos agitaban las caderas al unísono en un movimiento rítmico, acompasado, cálido, sensual, en el que íbamos los dos a una como si lleváramos toda la vida haciéndolo y tuviéramos necesidad de expresar el sentimiento hacia el otro con aquel delicioso y embriagador vaivén.

Oliver estaba gozando con mi compañía, lo sentía, lo notaba en cada

movimiento de su cuerpo pegándose al mío, lo percibía en cada mirada mía que se encontraba con la suya, en cada respiración de su boca sobre mi mejilla, en cada sensación de mi mano agarrada por la suya. Lo sentía en cada poro de mi piel, en cada célula. Y él también parecía sentirlo en todo su cuerpo.

Como ya me había pasado anteriormente con Oliver, el mundo había desaparecido a nuestro alrededor y los dos solos, en nuestra improvisada pista de baile, nos mirábamos perdiéndonos en la boca del otro, sintiéndonos innegablemente atraídos.

Estaba perdida. Perdida en sus ojos, perdida en su boca, perdida en sus brazos, perdida entre sus piernas enlazadas con las mías. Estaba completamente perdida.

Empezaba a asustarme lo que comenzaba a sentir con él y por él. Pero me aterrorizaba aún más pensar qué sentiría él por mí. Me asustaba no saber si algún día yo sería correspondida y si aquellos ojos y aquella boca que tanto empezaba a desear serían sólo para mí.

—Nos vamos a otro sitio, Tesa.

Raquel se había acercado a nosotros sin que nos diésemos cuenta y nos había sacado de nuestra particular burbuja. Todo el grupo, incluidos los amigos de Oliver, habían decidido ir a un chiringuito tipo *chill out* para rematar allí la noche.

Oliver carraspeó sin apartar la mirada de mí.

—Gracias por avisarnos, Raquel —contesté algo azorada—. Vamos enseguida.

Sin embargo, continuamos bailando y continuamos mirándonos. Estaba claro que ninguno de los dos quería soltar al otro.

Pero la canción terminó y Oliver se separó de mí.

—Deberíamos salir. Estarán todos esperándonos —dijo, mientras me soltaba lentamente la mano.

Tardamos casi media hora en llegar al nuevo sitio, pero mereció la pena el largo camino, porque el lugar era realmente espectacular. Estaba lleno de mesitas en la arena, con velas encendidas por todas partes, y, por suerte para nosotros, no había demasiada gente aún. La brisa del mar era cálida y muy agradable a pesar de la hora que era. Entre todos juntamos varias mesas y los chicos fueron a la barra a pedir las últimas copas de la noche. Raquel se sentó a mi lado y empezó a

interrogarme como si fuera de la Gestapo.

—No te habrás enrollado con Oliver, ¿verdad? —me soltó a bocajarro.

—Pero ¡¿qué dices?! —le contesté, totalmente sorprendida por la pregunta.

—Perdona, es que al veros bailando tan acaramelados y encima tan apartados del grupo, he pensado que a lo mejor había pasado algo entre vosotros.

—Ni se te ocurra pensar eso. ¿Estás loca? —repliqué yo, intentando zanjar el tema.

Pero sabía que Raquel no me había creído y lo peor de todo era que no podía culparla por ello.

El resto del tiempo lo pasamos escuchando los chistes y anécdotas que empezaron a contar los amigos de Oliver, así como las batallitas que habían librado esa noche Piero, Tommy y Alberto.

Por lo que explicaron, tanto Tommy como Alberto le habían tirado la caña a Sandra, pero ante las largas que les había dado ésta, haciéndose la interesante, según ellos, se habían ido a otro sitio a pescar y por lo visto habían acabado recalando en el regazo de dos mellizas oriundas de la isla y de cuyo nombre ya ni se acordaban.

Y en cuanto a Piero, al que habían bautizado como «el Guadiana», porque decían que aparecía y desaparecía como por arte de magia, parece ser que una de las veces que se había «perdido», había coincidido también con la «desaparición momentánea» de Sandra y algunos habían atado cabos. Ambos lo desmintieron, pero a todos nos daba que ahí había algo más de lo que nos intentaban hacer creer.

Mientras tanto, Oliver me había mirado en varias ocasiones, con una especie de confusión en su semblante. Me daba la sensación de que había descubierto una parte de mí que lo desconcertaba y parecía inquieto por ello.

De vuelta a la casa, Raquel seguía a mi lado y, aunque iba callada, yo sabía que estaba barruntando algo.

—¿A qué le estás dando vueltas, Raquel?

Me miró entre sorprendida y enfadada por mi pregunta.

—Te lo diré cuando tú seas sincera conmigo —dijo cruzando los brazos—. Que aunque todavía no podemos decir que somos amigas, no me gusta que me mientan.

—¿Cómo que «cuando yo sea sincera contigo»? —le pregunté confusa—. ¿A

qué ha venido eso?

—Nada, déjalo, Tesa. No me hagas caso.

No entendía por qué me decía eso y sobre todo por qué parecía tan contrariada.

—Raquel, he sido absolutamente sincera contigo —insistí—. Entre Oliver y yo no ha pasado nada, si es a eso a lo que te refieres.

—Mira, Tesa, quizá me meta donde no me llaman, pero aunque no haya pasado nada entre vosotros esta noche, estoy segura de que sí pasará otro día. Sé que lo que Lara se lleva entre manos te molesta, pero también sé que no es sólo por su falta de ética. —Me miraba directamente a los ojos con cara de preocupación—. En realidad te molesta su actitud porque en el fondo sientes algo por Oliver y, viendo cómo te miraba él esta noche, estoy convencida de que tú también le gustas. A mí eso me tendría que dar igual, pero resulta que te he cogido mucho cariño en muy poco tiempo y no quiero que te haga daño. No quiero que sufras por él, Tesa, y sobre todo no quiero perderte como compañera de programa. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Pero ¿de qué estás hablando? —pregunté, totalmente sorprendida.

—Tesa, no puedes enamorarte de él. Oliver es quien juzgará tu paso por el concurso y si entre vosotros nace una relación, eso no hará más que complicaros las cosas a ambos. Eso por no mencionar que Lara, sí o sí, se lo va a intentar llevar al huerto y acabarán rompiéndote el corazón los dos.

Estaba asombrada ante el análisis de la situación que acababa de hacerme Raquel y, aunque a priori para mí no era tal como la había descrito ella, si lo pensaba pausadamente, en realidad ésa sí era mi situación. Además, el hecho de ser consciente en aquel momento hizo que todo me explotara en la cara de golpe y apareciera delante de mis narices la cruda realidad.

No podía quitarle la razón en nada de lo que me había dicho. Si yo llegaba a tener una relación con Oliver, eso no serían más que problemas para él y sobre todo para mí, ya que me pondría en una tesitura muy complicada dentro del concurso, eso sin contar con que mis sentimientos se podrían ver gravemente afectados.

Me tiré todo el camino de regreso a la península dándole vueltas al asunto e intentando tomar una decisión en cuanto a qué sería lo mejor que podría hacer para no salir perjudicada, a nivel profesional, pero sobre todo a nivel personal.

En cuanto llegamos a Madrid y quité el modo avión de mi móvil, me entraron un montón de mensajes de mi gente, pero también entró uno de Noel.

El otro día me dejaste preocupado, Culo Bonito. Llámame si necesitas hablar con alguien. Nunca me he enamorado, así que no sé si la falta de concentración en el trabajo es un síntoma, pero últimamente no doy pie con bola, ya que sólo estás tú en mi cabeza.

A pesar de todo el maremágnum de pensamientos que tenía en mi mente y de que me estaba empezando a volver loca por culpa de ellos, Noel consiguió desviar mi atención y arrancarme, como hacía siempre, una sonrisa.

¿Y por qué no le empezaba a hacer un poco más de caso a ese cielo de chico y me olvidaba del imposible que era para mí Oliver?

Debería planteármelo muy en serio.

CAPÍTULO 9

Realmente me encontraba muy confusa. Mi vida había cambiado de la noche a la mañana, dando un giro de ciento ochenta grados y poniendo mi existencia patas arriba.

Había perdido mi trabajo, había dejado mi casa, había conocido a Noel, que aunque en principio yo tuviera claro que no quería empezar nada, siempre estaba presente en mi vida recordándome que seguía ahí y que podía contar con él. Había cambiado de ciudad, había conocido gente nueva, me había embarcado en un proyecto muy diferente, que me llevaba a situaciones nuevas a las que hacer frente y de las que aprendería mucho sin duda; pero sobre todo lo que más había cambiado en mi vida era el cúmulo de sentimientos que había empezado a sentir por Oliver y que me transportaban a un mundo que ni siquiera sabía que existía.

Yo no conocía lo de las mariposas en el estómago ante una mirada, ni conocía la debilidad de piernas ante un roce, ni la falta de atención a todo lo demás cuando entraba en escena una determinada persona, pero sobre todo, lo que yo no había conocido hasta entonces eran los celos.

En definitiva, que no sabía lo que era estar tontamente enamorada de alguien y, aunque todavía me costara bastante reconocerlo, comenzaba a estarlo un poquito de Oliver.

Empezaba a sentir eso que creía que sólo existía en los libros y que no encontraría en la vida real, ya que, a mi edad, nunca lo había vivido antes.

Sin embargo, todo ese mundo se abría ahora ante mí. Un mundo de sensaciones adolescentes donde se magnificaban los sentimientos, donde el solo hecho de ver a la otra persona ya hacía que cambiase tu día, donde una palabra suya alimentaba tu existencia o una mirada te servía como desencadenante para mil y una fantasías que llenarían de aire el espacio donde respirabas.

¡Un momento! ¿Ésa era yo y me había tragado un Oso Amoroso sin enterarme?

Lo cierto era que aunque pareciera una quinceañera en cuanto a las emociones, todos esos sentimientos empezaban a aflorar en mí sin que yo pudiese evitarlo, así que, o bien los paraba de alguna manera, o iba a salir seriamente perjudicada.

Amanecía un nuevo día y con él nuevos propósitos en mi cabeza. Centrarme única y exclusivamente en el concurso, tanto dentro del programa como cuando estuviera fuera de él, aprovechando los ratos libres para aprender al máximo, técnicas nuevas de cocina, así como recetas diferentes y probar además nuevos sabores que me dieran un mayor abanico de posibilidades en mis combinaciones culinarias.

Necesitaba estar al cien por cien y más en un día como el que tenía por delante, ya que habíamos sido el grupo que había perdido la prueba en las islas y el que debía cocinar en la prueba final de eliminación.

María, Javier, Alberto y yo nos enfrentábamos a la primera expulsión del programa y no era nada agradable. Teníamos a los compañeros mirándonos desde la tranquilidad de saber que ellos no se estaban jugando nada en esos momentos, teníamos delante al jurado observando minuciosamente cada paso que dábamos, con cara de pocos amigos, y teníamos en nuestras mesas de trabajo, también con cara de pocos amigos, una cabeza de cerdo con la que debíamos elaborar nuestra receta.

¡Lo que habéis leído!

Empezábamos mal la prueba. A ver qué cocinaba yo con una cabeza de cerdo que me miraba fijamente y que me daba pena descuartizar, como estaban haciendo ya mis compañeros.

El tiempo había empezado a contar y yo seguía mirando al cerdo y el cerdo a mí.

«¡A ver, Tesa, céntrate!»

Mi abuela Teresa cocinaba las orejas de cerdo y le salían muy ricas, pero la textura de la ternilla a mí no me resultaba agradable, así que deseché esa idea y decidí cortárselas.

Ahora tenía una cabeza de cerdo desorejada que seguía mirándome fijamente y que no me dejaba concentrarme.

Decidí darle la vuelta a la cabeza y la puse mirando hacia el jurado. Posé las manos en la mesa de trabajo, cerré los ojos para serenarme y respiré hondo.

—¿Qué le pasa, señorita Rivas? ¿No le gusta cómo la mira Porky? —Tenía a Oliver delante, observándome con cara de enfado, para variar—. El tiempo ha empezado a contar ya y si no se pone las pilas va a ser la primera en largarse del concurso... ¿A qué espera? —terminó diciéndome con un grito que hizo que saliera de mi ensimismamiento.

—Sí, chef —contesté, mientras giraba de nuevo la cabeza de cerdo hacia mí y me ponía manos a la obra.

Oliver había conseguido romper mi bloqueo y pude empezar a cocinar. Decidí que iba a hacer un fiambre de cabeza de cerdo y que lo presentaría sobre una tosta de pan con algún aderezo que combinara bien con su sabor.

A mitad de elaboración, Oliver se volvió a acercarse a mí.

Empecé a ponerme nerviosa con su presencia. Toda la magia que había sentido con él hacía dos noches en la discoteca había desaparecido. Malas Pulgas había vuelto y toda la amabilidad y el desenfado con los que me había tratado en la isla se habían esfumado.

—Me da la sensación de que está preparando fiambre de cabeza de cerdo, señorita Rivas. —Cuando iba a contestarle afirmativamente, levantó una mano y siguió hablando—. Pero no creo que haya sido usted tan descerebrada como para querer preparar eso, porque se necesita como mínimo un día entero para que se enfríe la elaboración y se solidifique lo suficiente la gelatina que la aglutina, para que no se le desmorone cuando lo vaya a cortar para servirlo.

¡Hala, pues ya la había fastidiado! Porque estaba claro que en eso no había caído y que difícilmente lo podría solucionar, ya que sólo me quedaban veinte minutos para terminar la prueba.

Oliver me miró de nuevo, ahora ya desde su sitio junto al resto del jurado, con los que hablaba claramente de mí, puesto que estaban todos mirándome.

Pero no podía bloquearme otra vez, tenía que reaccionar y pensar alguna solución. De eso se trataba también el concurso, de ver nuestra capacidad de reacción frente a los obstáculos y cómo conseguíamos salvarlos.

Así que lo tuve claro al instante. Necesitaba que se enfriara en diez minutos lo que por lo general necesitaría un día entero como mínimo para hacerlo.

«¿Y cómo se puede conseguir eso en la cocina, Tesa? —me pregunté—. Pues

con nitrógeno líquido. ¡De toda la vida!»

¡Para qué contaros la que lie! Pero el fiambre de cabeza de cerdo se solidificó enseguida y conseguí la textura que necesitaba para mi elaboración. El problema estuvo en que, con mi ya conocida torpeza, derramé algo de nitrógeno donde no debía y también congelé una pequeña planta que teníamos en el plató y la chaqueta que un compañero había dejado junto a ésta; al querer apartarla, como ya se había congelado entera, se le separaron las mangas del resto del cuerpo, con lo que se convirtió en... ¿cómo diría yo...? En un «chaleco desestructurado».

Tuvieron que parar la grabación del programa por miedo a que congelara algo más sin querer y el problema fuera a mayores.

La bronca que me llevé por parte de los tres jueces y de la directora del concurso fue tremenda.

Incluso cuando hicieron las valoraciones del plato que había preparado, Pedro me volvió a regañar por la pésima manipulación que había hecho del nitrógeno líquido. Pero también alabó mi capacidad de reacción frente a las adversidades.

—Tesa, Tesa, Tesa, no sé ni por dónde empezar contigo. El primer día nos haces un cocido sin garbanzos y hoy, si no llega a ser por Oliver, que ha reaccionado rápidamente, casi nos congelas el estudio y nos criogenizas a todos.

Las carcajadas fueron prácticamente unánimes. Todos se rieron menos Oliver, que me miraba serio, tensando la mandíbula. Estaba claro que el comentario no le había hecho ninguna gracia y mucho menos lo que había llevado a que Pedro tuviera que hacerme esa observación.

—Bueno, así y todo vamos a probar tu plato, que en principio tiene muy buena pinta.

Partió la tosta en tres trozos, la repartió con Carmen y Oliver y todos se la echaron a la boca.

Hasta que no tomaran la decisión final no nos harían ninguna crítica de las recetas, para no adelantar cuál sería su resolución, pero me pareció oír un pequeño gemido de placer salir de la boca de Carmen Arrabal cuando estaba masticando el trozo de tosta que yo había preparado.

Gracias a Dios no me equivoqué en mi intuición y mi plato fue elegido por los tres jueces como el mejor de la noche, a pesar de la que había liado para

prepararlo. Así que me mandaron con el resto de mis compañeros: podía continuar una semana más en el concurso.

La que no tuvo tanta suerte fue María, a la que los nervios traicionaron y preparó una receta que dejó mucho que desear, según el jurado. A todos nos dio mucha pena tener que despedirnos de ella.

El caso es que tendríamos que ir acostumbrándonos a que eso ocurriera todas las semanas, lo que en ocasiones podía ser bastante duro para nosotros.

De vuelta en la casa y después de cenar, decidí subir a la habitación y acostarme temprano para leer un rato. Pero no pude.

No podía dejar de pensar en Oliver. Lo que me estaba pasando con él era absurdo. Parecía una adolescente, con aquella subida de hormonas que tenía, y no me gustaba nada.

Con veintiséis años más que cumplidos, debería tener más amueblada la cabeza y me parecía absurdo todo lo que en esos días había llegado a sentir por él. Estaba claro que me gustaba, era muy guapo y había que estar muy ciega para no verlo. Pero de ahí a todo lo demás, se me estaba yendo mucho de entre las manos. Tenía que serenarme o el cóctel Molotov que estaba fabricando me explotaría en los morros.

Además, los momentos de amabilidad y acercamiento que había experimentado con él en Canarias se habían quedado allí, ya que cuando entraba por la puerta del plató, se transformaba en el Oliver que había conocido el primer día, el Oliver odioso, exigente y nada amable que había demostrado ser cuando lo conocí. Es más, sus palabras hacia mí se habían endurecido y, para colmo, parecía que mi presencia lo incomodara sobremanera.

Y eso era precisamente lo que más me molestaba de todo. ¿Por qué me trataba de una forma cuando estábamos en el plató y de otra tan diferente en aquella discoteca, donde fue amable, paciente e incluso llegó a sonreírme en varias ocasiones? Eso por no decir que yo creo que hasta disfrutó de mi compañía.

—Debe de ser muy interesante ese libro que estás leyendo.

La voz de Raquel me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Qué? Ah, sí. Es interesante, sí.

—¡Ya! Y supongo que leerlo del revés lo hace más interesante aún, ¿verdad?

—¿Qué? —volví a decir.

—Que tienes el libro del revés, Tesa.

—Ah. —Carraspeé—. Bueno, es que aún no lo había empezado a leer en realidad —dije, dándole rápidamente la vuelta.

—¡Te va a salir humo por las orejas! —soltó Raquel como quien no quiere la cosa.

Aquella maldita chica me conocía ya como si fuera mi madre.

—Ya... es que, en fin...

—Sólo te diré una cosa para que quede todo claro entre nosotras, ¿de acuerdo, Tesa? —Asentí mirándola muy atentamente—. Si quieres hablar, estaré aquí para escucharte... pero no esperes que te diga lo que quieres oír. No es mi forma de ser, Tesa.

Tenía claro que Raquel estaba sentando las bases de nuestra relación y además también me estaba explicando el porqué de su discurso del otro día.

—Ya lo sé, Raquel. Eres una persona directa que no te andas con rodeos y también sé que tu intención no es hacer daño, sino ser objetiva y clarificadora. Pero es que todo lo que me vayas a decir tú, aunque no lo creas, por suerte o por desgracia yo ya lo sé. Conozco las nefastas consecuencias que pueden tener mis actos y el enorme batacazo que me puedo dar. Pero resulta que por primera vez en mi vida siento cosas que nunca había pensado que pudiera sentir y aunque pueda estar cometiendo un grave error, me siento más viva que nunca. Así que no quiero dejar escapar esa sensación, a pesar de todo lo negativo que me pueda traer.

—Buenas, ¿de qué habláis chicas? —Lara acababa de entrar por la puerta y nuestra conversación se terminó en el acto.

—De nada en particular —le contestó Raquel—. Oye, no nos has contado de qué hablaste con Oliver el otro día en la discoteca, mientras bailabais.

—Uff, en realidad no hablamos de nada importante. Yo tonteeé un poco con él. No creo que sea difícil llevármelo al huerto, el problema es que tiene que ser en público, o bien que lo pueda grabar de alguna manera para poder mostrárselo después a mi amiga.

—Yo te lo podría grabar —le dije rápidamente a Lara.

Raquel se volvió hacia mí como si de la niña del exorcista se tratara y me miró *ojiplática*. Le hice un gesto dándole a entender que me dejara a mí, que ya se lo explicaría más tarde.

No me había vuelto loca de repente. En ese momento pensé que sería la única forma que tendría de controlar lo que Lara grababa con Oliver y así poder hacer que desaparecieran «misteriosamente» todas esas pruebas. No era tan mal plan, ¿no?

—¡Ehh! Claro, Tesa. No lo había pensado... Es cuestión de prepararle una encerrona entre todas y que tú lo grabes. ¡Dios, eres genial! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

Le sonreí falsamente. Me hacía muy poca gracia su plan, bueno, en realidad era mi plan, pero era la única forma que tenía de controlar la situación. Así que era eso o ver que se acostaba con él y le destrozaba la vida después sacando todas esas imágenes a la luz.

El caso es que Lara no parecía el tipo de mujer que pudiera hacer una cosa así, tan fría y calculada, pero la ceguera sentimental que su amiga le había provocado, había conseguido que en ese aspecto se volviera una persona sin escrúpulos, capaz de llevarse por delante a quien fuera con tal de salirse con la suya.

Esa noche no hablamos más del tema, pero yo sabía que tarde o temprano volvería a salir y tendría que estar preparada para lidiar con él de la forma más natural posible.

CAPÍTULO 10

Comenzamos otro día en los estudios del programa, pero sin los jueces ni la presentadora a la vista, lo que nos pareció bastante raro. De hecho, el resto del equipo estaba muy movido y a todos nos dio la sensación de que ocurría algo que se salía de lo habitual y de las estrictas normas de grabación, ya que tendríamos que haber empezado hacía más de dos horas.

Cuando ya estábamos más que desesperados por no saber qué pasaba, nos dijeron que Pedro y Carmen habían tenido un accidente cuando venían de camino y que estaban ingresados en el hospital a la espera de conocer la gravedad de sus lesiones. Por lo visto, el coche de producción que los trasladaba todos los días al estudio había chocado violentamente con otro vehículo que se había metido en dirección contraria por la autopista.

No nos pudieron decir mucho más, ya que aún no conocían el estado en que se encontraban tanto Pedro como Carmen, pero lo que sí nos dijeron era que parecía que estaban bastante mal y que, aunque su vida no corría peligro, necesitarían bastante tiempo para recuperarse, por lo que la grabación del programa se tendría que suspender hasta nuevo aviso.

El desánimo fue general, ya que eso suponía que debíamos volver cada uno a nuestra casa hasta que se recuperaran y pudiéramos retomar la grabaciones.

Oliver, que acababa de llegar del hospital de ver cómo se encontraban sus compañeros, se acercó a nosotros para explicarnos que, por suerte, parecía que sus lesiones no eran tan graves como se pensaba en un principio y que, por tanto, si todo iba bien, el concurso sólo se pararía un par de semanas. Así que recogimos nuestras cosas y esperamos a que los de producción nos fueran sacando los billetes de tren para volver a casa y nos los dieran.

Mientras hacíamos tiempo los que quedábamos en el estudio, me di cuenta

de que Oliver se había dejado su iPhone encima de un taburete, así que lo cogí y me lo guardé en el bolsillo de la falda en un acto reflejo. Luego decidí que lo mejor sería entregárselo a producción, para que ellos se lo devolvieran.

Así pues, me quedé esperando para recibir mi billete y darles el móvil de Malas Pulgas, porque si encima se enteraba de que lo había cogido yo, a lo mejor me hacía cruz y raya ya para el resto de su vida, si es que no lo había hecho ya.

Fui la última a la que le entregaron el billete, con lo que estaba completamente sola en el estudio mientras recogía las veinte mil cosas que tenía que llevarme, cuando apareció Oliver, que había vuelto al darse cuenta del olvido de su móvil.

Entró en el plató y vio que me disponía a irme, cargada hasta arriba con todas mis cosas y hasta con la planta que había congelado, ya que me había propuesto intentar recuperarla durante aquellas dos semanas, pero no me dijo nada. Simplemente se puso a buscar el teléfono como un loco, mientras yo soportaba el peso de un montón de cosas sobre mis brazos y manos, haciendo malabares para que no se me cayera nada.

—Lo tengo yo —le dije casi en un susurro.

Se me había ido el santo al cielo y no se lo había dado a alguien de producción para que se lo hicieran llegar.

Se volvió y me miró sin comprender lo que le había dicho.

—El móvil... lo he visto y lo he cogido para dárselo a producción y que te lo devolvieran. Pero se me ha olvidado hacerlo.

—Ah... —Carraspeó acercándose a mí.

—Lo tengo en el bolsillo de la falda —le dije—. Si no te importa, cógelo tú mismo, que no me quedan manos ya para nada más. —Y le sonreí tímidamente a modo de disculpa.

Oliver se revolvió sobre sí mismo pasándose la mano por el pelo y dudó un instante, pero al ver lo cargada que iba y que realmente sería un follón para mí empezar a dejar todas las cosas en el suelo, decidió acercarse a mí y coger el móvil él mismo.

Pero se acercó tanto que me quedé paralizada. Y él también. Me miraba intensamente y la burbuja se empezaba a formar de nuevo a nuestro alrededor. Se movió hasta situarse detrás de mí. Muy cerca. Respiró hondo, intentando

aliviar su incipiente excitación, pero fue obvio que no lo consiguió. Notaba su respiración entrecortada contra mi nuca y su musculado torso pegado a mi espalda.

—¿En el derecho o el izquierdo? —me susurró al oído, rozándome suavemente con los labios.

Casi se me escapa un gemido de placer.

Había deslizado ambas manos por mis caderas desde atrás, situándolas justo a la entrada de los bolsillos de mi fina falda. Su respiración se había acelerado y la mía era completamente errática. Estaba excitada y no podía pensar con claridad.

¡Dios! El simple hecho de tenerlo tan cerca y que me susurrara al oído había hecho que se despertaran en mí las mariposas y lo que no eran mariposas. Pero, además, sentir sus manos casi rozando mi piel, había hecho que se activara mi centro del placer, dejándome perdida y abandonada a las sensaciones que me estaba provocando, sin pensar en nada más. Sólo estaban él y mis sensaciones.

—¿Derecho o izquierdo? —Me volvió a repetir, rozándome ahora el cuello con los labios.

Esta vez no lo pude evitar y emití un leve gemido.

Con la boca totalmente seca, le contesté:

—Derecho.

Estaba claro que me encontraba por completo a su merced. Me sentía indefensa, pero a la vez protegida cuando estaba a su lado; indefensa ante él, pero protegida ante el mundo. Aunque sobre todo me sentía vulnerable, deliciosamente vulnerable en sus brazos.

Su mano derecha se deslizó por mi cadera hacia dentro del bolsillo, acercándose peligrosamente a mi sexo. Las piernas me temblaron, mi cuerpo perdió su rigidez y mis brazos se aflojaron y dejé caer al suelo todo lo que sujetaba, sin poder evitarlo.

Una sonrisa pícara apareció en los labios de Oliver, que cogió su móvil y lo sacó despacio de mi bolsillo, no sin antes rozarme de nuevo, provocándome otro escalofrío.

Poco a poco separó también los labios de mi cuello y la burbuja formada a nuestro alrededor fue desvaneciéndose.

Uno de los cámaras entró en el plató al oír el ruido que habían hecho mis

cosas al caer.

—No es nada, Marcos —le dijo Oliver, con aquel vozarrón que lo caracterizaba y que a mí tanto me ponía—. Es que se le han caído las cosas a la señorita Rivas. Pero ya la ayudo yo a recogerlas, gracias.

Marcos puso los ojos en blanco como diciendo: «¿¡A quién si no se le iban a caer las cosas!?!».

Desde luego, mi fama de torpona me iba a perseguir durante mucho tiempo.

Oliver se situó frente a mí una vez que Marcos se hubo marchado y me ayudó a recogerlo todo sin decir nada. Cuando terminó, se levantó, me miró a los ojos y se despidió:

—Nos vemos en un par de semanas, Tesa. —Carraspeó—. Espero que no la lées por ahí. —Esbozó una sonrisa sin dejar de mirarme a los ojos.

Le sonreí. No lo había dicho con maldad. Ni siquiera con rencor.

—Cuando vuelvas, te meteré en el móvil una aplicación con los pasos básicos de salsa, también lleva vídeos explicativos que te ayudarán a aprender mejor los movimientos.

—Vale. —Le sonreí como una tonta—. Estoy deseando que me la metas...

¡Uy, por Dios, la madre que me parió, lo que acababa de decirle!

—Me refiero a la aplicación claro —me corregí rápidamente—. En el móvil.

«¡Qué vergüenza, Señor!»

Oliver sonrió con ganas. Estaba viendo lo apurada que me sentía y no podía cambiar su placentera expresión ante mi incómodo comentario.

—Desde luego princesita; eres muy diferente a toda la gente que he conocido hasta ahora.

Estaba claro que había verbalizado sus pensamientos. Pero lo que no estaba tan claro era si lo que había dicho era bueno o malo para mí.

«¿Diferente en qué sentido? ¿Para bien o para mal?»

¡Hala!, ya tenía algo con que calentarme la cabeza durante el trayecto de vuelta a casa.

Oliver me había dejado completamente trastocada. Su acercamiento había despertado de nuevo a las mariposas y sentía otra vez que quizá tuviera alguna esperanza con él, porque su cercanía no había sido producto sólo de la necesidad de sacar su móvil de mi bolsillo. El susurro en mi oído, el roce de sus labios en mi cuello, de sus manos en mi cadera... Estaba claro que al menos lo atraía

sexualmente. Si no, no se entendía tanta proximidad, que probablemente en otras circunstancias hubiera dado lugar a que, después de la intensidad de la situación, como mínimo nos hubiéramos besado sin control.

Volvía a estar hecha un lío, porque había arrancado el día con la determinación de olvidarme de él y de centrarme sólo en el concurso y, sin embargo, quedaba patente que no podría obviar lo que acababa de pasar entre nosotros.

Una vez recogidas del chalet que compartía con el resto de concursantes las cosas que me iba a llevar a Valencia, me dirigí a la estación de tren.

Estuve a punto de llamar a Raquel y a Lara para decirles que se vinieran a pasar unos días conmigo a mi casa, pero pensándolo bien, seguro que querrían volver a la suya para ver a su familia y sobre todo Lara supongo que querría ver a su mejor amiga. Esa por la que la vida de Oliver podía pasar, de la noche a la mañana, a ser un completo desastre.

Una vez desestimada la idea de llamarlas, decidí que pasaría las tres horas y media que duraba el trayecto leyendo algún libro que me mantuviera el coco ocupado. Empezaba ya a tener dolor de cabeza de darle tantas vueltas a todo y no me lo podía permitir, no debía hacerlo... por mi salud mental.

A mitad de trayecto decidí levantarme y dar un paseo para mover un poco las piernas. Fui hasta la cafetería, compré agua y de vuelta a mi asiento paré en el cuarto de baño. Entré y mi cuerpo pareció saber de golpe dónde se encontraba, porque se me multiplicaron por mil las ganas. Cerré la puerta como pude, ya que no entendía muy bien cómo funcionaba el pestillo, y me bajé la ropa corriendo, me agaché y empecé a liberar el líquido que tan apremiantemente había pedido salir de mi cuerpo... Y de repente pasó todo.

Estaba claro que no había echado bien el pestillo de la puerta y ésta, con el traqueteo del tren, empezó a abrirse sin que yo pudiera evitarlo.

La escena os la podéis imaginar: la puerta abierta de par en par, yo con toda la ropa bajada, el culo en pompa y a medias de echar el chorro. Los seis o siete viajeros que tenían ángulo de visión del baño desde sus asientos fliparon.

El problema fue además que tan avanzada estaba yo ya con mi expulsión del dichoso líquido amarillo, que no podía pararlo y, claro, tampoco podía seguir liberándolo y echarme para delante para poder agarrar la puerta y cerrarla de nuevo.

¡Vamos, que hasta que terminé, todo el mundo disfrutó de la particular escena!

En definitiva, un espectáculo para contarles a los amigos, eso teniendo suerte de que no lo hubiera grabado alguien y me lo encontrara al día siguiente colgado en el dichoso YouTube.

Pero ¿por qué me tenía que pasar todo a mí?

Volví a mi asiento muerta de vergüenza y me escondí durante todo lo que quedaba de trayecto detrás de mi libro. De hecho, cuando llegamos a la estación esperé a que todo el mundo saliera del tren. No quería más cachondeo a mi costa.

¡Por Dios, ¿por qué no podía ser una persona normal!?

Las dos semanas siguientes, por suerte para mí, pasaron rápidamente y sin ningún incidente destacable en el que hubiera vuelto a hacer el mayor de los ridículos.

Entre visitas a mi madre, a mi padre y a mi hermana, ocupé casi toda la primera semana.

Mi madre me recibió con su discurso de siempre. A saber, que por qué no iba maquillada, que por qué no volvía a hablar con mi antiguo jefe para que me devolviese el trabajo y, cómo no, su súplica por excelencia, por qué no volvía con Daniel, su tan apreciado yerno.

Pero lo peor de todo no fue la lata que me dio desde que entré por la puerta hasta que me fui, lo peor vino cuando me dijo que por su cuenta y riesgo había llamado a Daniel y había estado hablando con él. Le había dicho que tenía que mover el culo para recuperarme, ahora que aún estaba a tiempo, según ella.

—Pero ¿por qué haces esas cosas, mamá? Es que me sacas de mis casillas... ¿Por qué siempre tienes que estar metiéndote donde no te llaman?

—Pues le he dicho que ibas a estar por aquí un par de semanas y que era su oportunidad para poder verte y hablar contigo.

¿Qué hacía con ella? ¿La mandaba a freír espárragos directamente? No podía, al fin y al cabo era mi santa progenitora. ¿Le ponía un tapón en la boca?. Ganas me daban, desde luego.

Uff, mi madre conseguía lo que nadie más en el mundo. Era la única persona capaz de desquiciarme al máximo y hacer que sacara lo peor de mí.

Gracias a Dios tenía a mi padre, con el que me entendía mucho mejor, ya que

solía comprenderme y apoyarme en casi todo y, además, si no estaba de acuerdo conmigo en algo, al menos respetaba mi decisión.

Mi encuentro con él fue todo lo contrario que con mi madre. Él se alegraba de que hubiera dejado la inmobiliaria y me respaldaba al cien por cien en el tema del concurso.

—Hija, qué orgulloso estoy de ti. Me tienes que contar con pelos y señales cómo son las clases que das de cocina, qué platos nuevos has aprendido y, sobre todo, cómo te encuentras tú y cómo lo estás viviendo —me dijo muy emocionado.

Lo dicho, mi padre y mi madre eran la noche y el día.

La segunda semana fui a hacerles una visita a mis excompañeras de trabajo, que me recibieron con mucha alegría.

—¡Pedazo de zorra, cómo te echamos de menos!

Ésa fue la bienvenida de Julia. En su línea, como siempre.

Cuando salieron por la tarde de la inmobiliaria, nos fuimos a tomar unas cañas y me pusieron al día sobre todas las puñeterías que Severo les seguía haciendo a diario. También me estuvieron contando cotilleos sobre él y sobre las amigas que se echaba. Todo un personaje, mi jefe. La última que había liado por lo visto había sido bastante gorda, ya que la nueva amiguita que se había echado a espaldas de su mujer había llamado a la inmobiliaria diciendo que si Severo no dejaba de acosarla iba a llamar a la policía para ponerle una denuncia y a su mujer para contárselo todo. Y lo peor de todo era que Julia y Marta se habían tenido que comer todo el marrón y encima encubrirlo para que no las echara de allí. Lo dicho, era un impresentable al que preferiría no tener que volver a ver.

El fin de semana lo dediqué por entero a mis amigas. Cualquier excusa era buena para organizar una fiesta y que yo hubiera vuelto, aunque sólo fuera temporalmente, era más que suficiente para reunirnos todas y montar una buena.

Empezamos a mediodía, con cervezas en un chiringuito de la playa, ya que echaba mucho de menos el mar, su aroma salado, la cálida brisa y, sobre todo, el solecito de mediodía, que hacía que se te cargaran las pilas y luego te duraran como si fueran alcalinas.

—Esta noche hay que liarla parda. Tiene que pasar a la historia, porque cuando empiecen a emitir el programa y te hagas famosa, ya no podremos salir a

la calle y armarla —comentó Moni, que era siempre la más fiestera de todas, junto con Pau.

—Sí, sí, que luego tengamos muchas que cosas que contarles a los nietos —añadió Men.

—¡Oyeee... que tú no lo sabes, Tes! —saltó de repente Bel, que era la más tranquila del grupo—. ¿Te acuerdas de Alfonso, el amigo de ese con el que te liaste el último día? ¿Cómo se llamaba... Noé?

—Se llama Noel y sí, sí que me acuerdo de Alfonso. De hecho, era uno de los más guapos y simpáticos del grupo.

—Pues Moni se ha liado con él —soltó Bel.

—Pero ¡bueno, qué calladito te lo tenías! Por lo menos tendrías que contarme esas cosas —regañé a Moni, sacándole la lengua.

—Pues ¡igual que tú me has llamado a mí para contarme lo de Noel! —me espetó—. ¡Que me he tenido que enterar por él de que estáis en contacto, tía petarda! Además, Alfonso es sólo un *follamigo*. No hay más que contar.

—Pues resulta que yo tampoco tengo nada de importancia que contar —le contesté—. Noel y yo sólo somos amigos. Tengo que centrarme en el concurso.

—¿Ah, sí? Pues déjaselo muy claro a él, porque no sé yo hasta qué punto lo ha pillado. No hace más que hablar de ti constantemente. Aburridos nos tiene a Alfonso y a mí.

—Pues se lo he dicho por activa y por pasiva, Moni, lo que pasa es que es tan majo. Es un cielo de hombre y me da pena ser una estúpida con él. Además, en otras circunstancias no sé lo que hubiera pasado entre nosotros.

—¿De qué circunstancias hablas? —me preguntó curiosa Men.

—Pues de lo del concurso y todo eso —contesté.

—¡Uy, como ha sonado lo de «todo eso»! ¿Qué es «todo eso», Tes? —Men me conocía muy bien y sabía que había algo más que no les contaba.

—Puff... Nada importante.

—Desembucha, guapa, que no somos idiotas. Que aquí hay algo más que no nos estás contando. —Estaba claro lo calada que me tenía Men y percibía que algo me preocupaba.

Madre mía, no sabía ni por dónde empezar a contarles. ¡Habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo!

—¿Os acordáis del tío con el que choqué con el coche y le rocé todo el

lateral, el Malas Pulgas? —aclaré, para que supieran de quién les estaba hablando.

—¿El que estaba tan bueno que daba miedo tocarlo por si te corrías antes de tiempo? —soltó Pau, que evidentemente era la más bruta del grupo.

Estaban todas expectantes.

—El mismo. —Suspiré y después de pensarlo un segundo continué—: Resulta que es uno de los jueces del concurso.

—¡No jodas! La madre que te parió. ¿Y qué ha pasado? Te habrá reconocido, claro —dijo atropelladamente Moni.

—Claro que me ha reconocido, nada más verme, y, sobre todo, no se va a olvidar de mí porque además, para colmo, le tiré por encima toda mi comida.

—¡Venga ya! ¡Eso tiene que ser mentira! —soltó Men.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y todas se callaron de golpe.

—Además, preparé un cocido sin garbanzos y congelé una planta y la chaqueta de un compañero con el dichoso nitrógeno líquido —lloriqueé.

Todas estallaron en carcajadas y yo me eché a reír también sin poder remediarlo, dejándome llevar por las demás.

—¡Tía, eres la puta ama! —me soltó Pau muerta de risa.

En un segundo habían convertido lo que para mí había sido casi una tragedia, en una anécdota graciosa con lo que echarse unas buenas risas. Le habían dado la vuelta de tal manera que ahora todo me parecía mucho menos grave.

—Ya, pero... hay algo más, ¿verdad, Tes? —volvió a preguntar Men cuando dejamos de reírnos.

¿Cómo podía percatarse tan bien Men de lo que me pasaba? A veces me daba miedo. Siempre la había considerado mi mejor amiga, pero aun así seguía sorprendiéndome lo mucho que sabía de mí. Pero ¡si me conocía mejor que yo misma!

Me puse seria. Las lágrimas volvieron a humedecer mis ojos.

—Me he enamorado de la persona equivocada —solté sin más.

Se hizo un silencio sepulcral.

—¡Perdona! —le gritó Pau al camarero—. ¡Tráenos otra ronda, que esto va para largo!

Sonreí amargamente.

—Pero ¿de quién? ¿Y cómo es que nosotras nos sabemos nada? —me

preguntó Men algo ofendida.

—No lo sabe nadie —contesté.

Aunque les estaba mintiendo, porque Raquel sí conocía mis sentimientos por Oliver.

—¿Y cuál es el problema... la distancia? No te preocupes por eso, Noel está tan colado por ti que te esperará el tiempo que haga falta, créeme —me soltó Moni, muy convencida de lo que decía.

—No, no es de Noel de quien me he enamorado. Ése es el problema —contesté abatida.

—¡No me fastidies, tía! No me digas que te has enamorado de Malas Pulgas. —Men que era muy observadora, había dado en el clavo.

Asentí.

—¡Uy, la virgen! —Pau volvió a llamar al camarero—. Tráiganos unas tapas también, que hoy nos van a dar las tantas aquí.

Les conté todo tal cual me había ido pasando con él. La primera vez que me vio en el plató y se dirigió a mí, cuando le tiré la comida por encima y las duras palabras que me dijo después, cuando me gritó que me iba a echar del concurso por haberme olvidado de los garbanzos, cuando nos cruzamos a la entrada de los aseos y que en la intimidad fue menos duro, cuando me enseñó a bailar salsa en la discoteca, mostrándose relajado, cercano e incluso tierno conmigo, cuando me tocó de aquella manera tan sensual para sacar su móvil de mi bolsillo, mientras me rozaba el cuello con los labios como en un descuido...

Se lo conté todo mientras comíamos y tomábamos café después.

Les expliqué cómo poco a poco mis sentimientos habían ido aumentando de intensidad y había empezado a sentir cosas que nunca antes había sentido, ni siquiera con Daniel, y cómo todos esos sentimientos habían hecho que cada día me sintiera más viva. Y también les dije que aunque todo eso fuera un problema para mí, ya me daba igual, puesto que ya no podía controlarlo.

—Por primera vez en la vida he sentido mariposas en el estómago. ¿Sabéis lo que eso significa? —les pregunté emocionada.

—¡Tesa, sigue mi consejo y quédate con el tío que te haga sentir mariposas en el clítoris! ¡Las del estómago son hambre! —me soltó Pau para quitarle hierro al asunto.

Las demás estallaron en carcajadas.

—Pero ¡Tes, has perdido la cabeza totalmente! Ese tío te va a destrozar, ¿lo sabes verdad? —me preguntó Men, volviendo a la seriedad que el tema requería.

Mi amiga no se preocupaba tanto por mí porque me quisiera más que las otras, sino porque sabía cómo era yo, igual que sabía que lo que les estaba contando escapaba a mi forma de ser, lo que le confirmaba que, en efecto, había perdido la cabeza y no veía más allá de las mariposas de mi estómago.

—Men, lo que me vayas a decir yo ya lo sé. Parezco una adolescente, pero es la primera vez que me siento tan viva en mi vida. Ahora soy consciente de que no estaba enamorada de Daniel y casi he estado a punto de casarme con él. Sí, lo quería mucho y como pareja estaba bien, era algo estable, agradable, duradero, pero ya está. No había más. Nada de mariposas. Nunca las hubo, de hecho. Todo era tan educado con Daniel, tan comedido, tan respetuoso, tan... tan aburrido. Estaba con él por inercia, no por amor.

—Ya, pero por lo que cuentas, Oliver tampoco es que te corresponda como tú quieres y además nos dijiste que en el contrato del programa había una cláusula que prohibía cualquier relación entre alguien del jurado y un concursante. Te vas a estrellar y encima vas a perder la oportunidad de tu vida —replicó en este caso Bel, que había estado muy callada todo el rato.

—Bueno, ¿y qué queréis que haga, joder? —dije cabreada—. Ya no lo puedo controlar, así que tendré que lidiar con ello, ¡¿vale?! No me agobiéis con el tema, que bastante tengo yo ya.

Al parecer mi salida de tono fue suficiente para que se olvidaran del asunto el resto del día, lo cual agradecí enormemente.

Después de pasar media tarde de compras por el centro, nos fuimos cada una a nuestra casa para descansar algo y arreglarnos para salir después a cenar y a tomarnos una copa en una discoteca que inauguraban esa misma noche en las afueras de la ciudad. Yo ya la conocía porque fui yo quien le vendió el local al chico que la había montado. Aun así, me apetecía ver cómo la había dejado después de la restauración que le había hecho.

Sobre las siete de la tarde me sonó el móvil. Me había entrado un mensaje de Noel, al que, intencionadamente, no había avisado de que estaba en Valencia. Seguro que si se enteraba querría verme y no tenía yo muchos ánimos, ya que estaba convencida de que si lo veía acabaría acostándome con él y ésa no era muy buena idea.

¿Me dejas que vaya a Madrid a pasar el fin de semana contigo, Culo Bonito? Se me está haciendo la vida eterna con esto de no poder verte y aún quedan dieciocho días para que me dejes llamarte.

La madre que lo trajo. Pero ¿por qué tenía que ser tan agradable ese chico y decir cosas tan bonitas? Eso me ponía las cosas más difíciles aún.

Tenía claro que el hecho de no poder verme hacía que Noel me estuviera idealizando más de la cuenta y que se estuviera colgando de mí sin conocerme realmente. Las escasas cosas que sabía eran lo poco que yo le había mostrado la única noche que habíamos pasado juntos.

Mi móvil vibró y empezó a sonar de nuevo sin que hubiera contestado al mensaje de Noel. Esta vez era una llamada.

Daniel.

CAPÍTULO 11

En la pantalla del teléfono aparecía la imagen de Daniel, mi exnovio.

No sabía qué hacer, si cogerlo o no. Sabía cuál era el motivo de su llamada. Mi madre ya me había puesto sobre aviso y, aunque esperaba que él no fuera tan tonto de hacerle caso, me había equivocado de lleno pensando que tendría más orgullo que todo eso y que no me llamaría.

—¿Sí...? —Finalmente descolgué.

—Hola, Tesa.

—Hola, Daniel.

Se oyó un carraspeo al otro lado de la línea, seguido de un incómodo silencio.

—Yo sólo quería saber cómo estabas. El otro día hablé con tu madre y me dijo que volverías unos días por aquí y, bueno, había pensado que quizá podríamos vernos y tomar algo... por los viejos tiempos.

Su voz sonaba pesada. Arrastraba las palabras y no había en él la vitalidad que lo caracterizaba.

—Daniel, yo... —No sabía qué decirle.

—Sólo tomar algo. No busco nada más.

El silencio volvió de nuevo a la línea.

—Me dejaste por teléfono. Al menos dame la oportunidad de que me despida de ti decentemente.

En eso tenía razón, no se lo podía negar, y, aunque no me hiciera mucha gracia, accedí a que nos viésemos y tomásemos un café después de la cena con las chicas, mientras ellas se iban tomando la primera copa en la discoteca a la que íbamos a ir.

Decidí que esa noche tenía que estar espectacular. Estaba harta de que mi

madre me diera la lata con lo del maquillaje y además quería impresionar a Daniel.

Sé que mi actitud era absurda. Si ya no lo quería y no sentía nada por él, ¿por qué quería que me viera más guapa que nunca? Cosas de mujeres, supongo.

No sé, era como decirle: «Mira lo que te has perdido por no haber sido más apasionado y haberle puesto más interés». En realidad no le podía culpar de eso tampoco. Cada uno es como es. Pero si Daniel hubiera tenido más arranque, a lo mejor no me habría dejado ir como lo hizo, cosa que en el fondo me dolió en mi orgullo de mujer.

Así que me puse manos a la obra, y nunca mejor dicho, porque empecé por hacerme la manicura, algo que no me había hecho en mi vida. Me había comprado el kit completo esa misma tarde y estuve viendo un par de tutoriales sobre el tema en YouTube para saber por dónde empezar.

Cómo explicaros el periplo que resultó aquello para mí.

Primer paso: las cutículas.

Después de mirar los vídeos explicativos sobre cómo se quitaban, me apliqué el producto correspondiente y empecé a intentarlo.

Pues bien, me arranqué más piel de la cuenta, me hice sangre y acabé acordándome de todo. Os contaré que a mi mano derecha les dejé mis queridas y apreciadas cutículas intactas, porque si las que me había quitado lo había hecho con mi mano diestra y había hecho tal desastre, no quiero ni pensar lo que hubiera sido de mí teniendo que quitármelas con la zurda.

Pero no todo quedó ahí. Prosigo. Una vez superado el hecho de que llevaba una mano sin cutículas y la otra con ellas, intenté el segundo paso: aplicar la prebase.

Aplicar lo que se dice aplicar, la apliqué. En las uñas, en las cutículas y también por todos los alrededores. ¡Vamos, que me llené de prebase casi hasta el primer nudillo de cada dedo!

En definitiva, que un trabajo lo que se dice muy fino no estaba haciendo. Pero eso no era lo que más me preocupaba, lo que más me inquietaba era pensar que si me había aplicado así la prebase, que gracias a Dios era transparente y apenas se notaba, cómo me quedarían las uñas cuando le tocara el turno al esmalte.

Decidí que para el siguiente paso tenía que poner los cinco sentidos en lo que

estaba haciendo. No obstante, el resultado fue que parecía que me las hubiera pintado una niña pequeña con mal pulso y con una brocha de pintar paredes. Pero no por eso me desanimé. Así que en mi infinita sabiduría decidí que lo suyo era que me quitase la pintura sobrante con la acetona.

La acetona. Esa amiga que lo borra todo, chicas... hasta la estampación del mantel que tenía sobre la mesa y sobre la que derramé como medio bote.

Pues bien, como era de esperar, con mis uñas hizo también muy bien su trabajo, borrando aquí y allá y dejándome pegado algodón aquí y allá. Me borró tanto, que tuve que repetirme hasta tres veces algunas uñas.

Aun así, salí medio airosa de la gran batalla que había librado. Eso sí, si alguien me preguntara, diría en mi defensa que me las había pintado mi sobrina. Aunque no tuviera sobrinas.

Gracias a Dios, con el resto del *look* no tuve problemas y me arreglé mejor que nunca. El pelo me quedó precioso, el maquillaje muy natural, pero haciéndome parecer muy sexy y el modelito era a la última moda y me sentaba genial, resaltando muy bien todas mis curvas. Estaba guapa, muy guapa, la verdad, aunque esté feo decirlo por mi parte. Me sentía muy segura de mí misma y sobre todo sentía que esa noche iba a ser capaz de ligarme a media ciudad. Definitivamente estaba arrebatadora. ¡Olé por mí!

Cuando ya eran casi las diez, hora a la que habíamos quedado para cenar en un restaurante del que había oído hablar muy bien, me entró un mensaje de Moni.

¿Quieres que le diga a Noel que estás aquí y que se vengan Alfonso y él esta noche con nosotras? A lo mejor te ayuda a olvidarte de Oliver.

¡Ostras!, se me había olvidado que Noel me había mandado un mensaje a media tarde y no le había contestado aún.

Le respondí a Moni:

Ni se te ocurra.

No quería complicarme más la noche. Bastante engorroso sería ya lo de lidiar con mi ex, como para encima tener que convencer a Noel de que no quería nada con él teniéndolo justo delante.

Contesté el mensaje de mi admirador agradeciéndole su interés por mí, pero también rechazando su propuesta. No le dije que estaba en Valencia y me pareció bastante rastrero por mi parte, pero simplemente quería salir y olvidarme de todo.

Pretendía desconectar, reírme y pasar una noche con mis amigas sin calentamientos de cabeza. Punto.

La noche empezó con Moni haciendo de las suyas cuando estábamos en la cola para entrar al restaurante.

—Puff... Nos vamos a hacer viejas aquí, esperando para entrar. Yo paso de esto, seguidme el rollo —nos dijo.

—¿Qué vas a hacer? No la lées que te conozco —le contesté inquieta.

Con Moni nunca sabías por dónde te iba a salir.

Pues bien, se cayó redonda al suelo. Bueno, mejor dicho, se tiró.

—Por favor, ayuda, mi amiga se ha desmayado —empezó a gritar Pau, mientras Men se acercaba al que estaba cogiendo las reservas para cenar.

—Por favor, mi amiga se ha desmayado y necesitamos que se siente. No la podemos dejar tirada en el suelo delante de la puerta del restaurante.

Eso fue más que suficiente para convencer al encargado, que por supuesto no quería tener a una mujer tirada en el suelo delante de la puerta de su mega superchic restaurante. No daba buena imagen. Así que nos dejaron pasar y nos acomodaron en la primera mesa que se quedó libre. Como era de esperar, una vez que nos sentaron, a Moni se le pasó milagrosamente el desvanecimiento y, como por arte de magia, en cuestión de segundos ya se encontraba perfectamente.

Por supuesto, después de lo que había sucedido a nadie se le ocurrió que volviéramos a la cola, no fuera a ser que le diera otro desmayo una segunda vez y la cosa fuera a peor.

—Madre mía, Moni, nunca dejas de sorprenderme —le dije—. Eres terrible, tía.

—¿Qué querías que hiciéramos? ¿Pasarnos toda la noche haciendo cola? No, hija, las colas son para la gente sin recursos.

Lo dicho, es tremenda. Si Almodóvar la descubriera, la convertiría en su musa en el acto. ¡Lo que el cine español se estaba perdiendo, madre mía!

—Joder, ¿se os ha ido la olla? ¿Desde cuándo cenáis en sitios tan caros? —

les pregunté, asombrada por la categoría del establecimiento y los precios de su carta.

—Pues desde que eres famosa, Tes —contestó Bel—. Ahora ya no te podemos llevar a los cuchitriles a los que íbamos antes. Además, como cocinera reconocida que vas a ser, tienes que ir a los mejores restaurantes y catar platos de calidad.

—No digas tonterías. Yo no soy famosa —le contesté.

—Aún —me corrigió Bel.

—¡Joder, joder, hoy estamos de suerte! —empezó a decir Pau, aplaudiendo y con la mirada perdida.

—Pero ¿qué demonios os pasa hoy? ¿Qué dices tú ahora?—pregunté, sin entender nada.

—¡Joder, que hoy cenamos gratis!

Pau seguía con la mirada perdida. Comenzaba a preocuparme.

—¡Qué asco, por Dios! —soltó Men, mirando también en la dirección en que lo hacía Pau.

Me di la vuelta.

¡La madre que la parió! Pau se había levantado para intentar coger con un vaso una cucaracha que había en la pared. Casi me da algo.

—Pero ¿qué haces...? ¡Definitivamente os habéis vuelto todas locas!

—Calla, que te van a oír los camareros y se nos va a fastidiar la cena gratis —me reprendió Pau.

No me lo podía creer. Estaba poniendo la cucaracha encima de la mesa, con el vaso boca abajo sobre ella para que no se escapase.

Miró alrededor y llamó al camarero.

—¡Sed vosotras mismas! —nos dijo con una sonrisa maliciosa.

Cuando el camarero se acercó a la mesa y le preguntó qué necesitaba, levantó el vaso disimuladamente y, como era de esperar, nos pusimos todas a gritar como locas ante la visión de la cucaracha corriendo despavorida en todas direcciones por encima del blanco mantel.

El resto os lo podéis imaginar. Tres camareros más acudieron a los gritos que estábamos dando y entre todos pudieron coger a la dichosa cucaracha, ante la estupefacta mirada del encargado del restaurante, que inmediatamente se excusó con nosotras.

—¡No, no! ¡Esto es denunciabile! Ahora mismo voy a llamar a Sanidad para que les cierren el local y, desde luego, también a toda la prensa, para que se sepa qué clase de antro es éste —gritaba Pau.

Otra a la que también le deberían dar un Oscar. Estaba flipando con su actuación.

Por supuesto, no tuvimos que pagar la cena. Ni siquiera tuvimos que pedir. El encargado nos trajo lo más caro que había en la carta y no nos cobró ni un euro, eso sí, a cambio de nuestra discreción, claro.

Cuando acabamos de cenar eran casi las doce y media y llamé a Daniel para decirle que ya estaba libre y que nos podíamos ver en una cafetería que había al lado del restaurante en el que habíamos cenado.

Las chicas se fueron a la nueva discoteca, no sin antes dejarme la imprescindible invitación para entrar, ya que por lo visto iba a ser un sitio muy exclusivo y habían repartido pases sólo a gente selecta o que tuviera buenos contactos.

Ni que decir tiene que las invitaciones las había conseguido Moni. Pero mejor no preguntarle cómo lo había hecho.

Daniel llegó enseguida a la cafetería y nos sentamos a una mesa que estaba algo apartada. Eso no me gustó demasiado.

—¡Guau, qué guapa estás! —me dijo, mientras me daba dos besos.

—Gracias, Daniel, pero no creo que...

Me cortó:

—Tesa, sólo era un cumplido.

—De acuerdo —contesté, relajándome un poco.

Nos sentamos y pedimos un café para él y una copa para mí. Sabía de sobra que mis amigas iban a llevar unas cuantas encima cuando me volviera a reunir con ellas y quería estar más o menos en la misma onda.

—Bueno, cuéntame... ¿cómo te van las cosas?

—Estoy concursando en «Grand Chef». No sé si te lo llegué a decir.

—No, pero estoy al tanto por tu madre.

«Anotación mental: llamar mañana a mi madre y mandarla a paseo.»

No quería hablar mucho de mí. En realidad, no quería hablar mucho de nada. No sabía qué pintábamos allí y me parecía totalmente absurdo nuestro encuentro, así que intenté acortarlo al máximo.

—Tengo que irme enseguida. Las chicas me están esperando en la inauguración de una discoteca nueva y no quiero perderme el espectáculo de bienvenida.

—Está bien. Sólo quiero saber una cosa, Tes... —dijo Daniel.

Lo miré entre expectante y temerosa de lo que me quisiera preguntar.

—¿Por qué me dejaste? Por muchas vueltas que le he dado, aún no lo he conseguido entender —añadió con los ojos vidriosos.

De todas las preguntas que me podía esperar que me hiciera, ésa era la que menos me apetecía responder.

Cómo explicarle que me había dado cuenta de que nunca había estado enamorada de él y de que todo lo que habíamos vivido había sido más bien una falacia. Un autoengaño en el que nos habíamos acomodado y con el que habíamos conseguido ser felices a nuestro modo, pero que para mí eso había dejado de ser suficiente y que buscaba algo más que me llenara de otra forma. Algo que por otra parte él no me podría dar nunca, dada su manera de ser, y que por eso mismo no se lo iba a pedir. Por tanto, lo único sincero que podía hacer era romper e intentar ser feliz por mi cuenta, aun a riesgo de equivocarme.

No, no podía decirle todo eso. Era demasiado duro y Daniel tampoco se lo merecía. Que no estuviera enamorada de él no quería decir que no lo quisiera y que no se hubiera portado siempre fenomenal conmigo.

—Daniel, yo... simplemente pasó. Yo ya no sentía lo mismo y no podía seguir así. Lo siento, pero no era justo para ninguno de los dos continuar de esa manera.

—Pero ¡tú aún me quieres! Lo noto en tus ojos —dijo, terminando en un susurro.

—Sí, Daniel, claro que te quiero, pero no de la forma que debiera. No como para seguir siendo pareja. Yo ya no estoy enamorada de ti.

Mi respuesta pareció hundirlo.

—Comprendo.

Un silencio muy incómodo se instaló entre nosotros. Quería marcharme de allí.

—He conocido a alguien —dijo entonces Daniel.

—¿Qué? —Un grito agudo escapó de mi garganta.

¿Había dicho Daniel que había conocido a alguien? Tenía que haberlo oído

mal.

—Aún no hay nada entre nosotros, pero me encanta estar con ella y creo que a ella le pasa lo mismo conmigo.

Lo miré totalmente sorprendida ante la revelación que acababa de hacerme. No sabía cómo reaccionar. Era una buena noticia, por supuesto, y además eso haría más fáciles las cosas entre nosotros. Pero entonces... ¿por qué me molestaba tanto?

Me había caído como un jarro de agua fría y no entendía por qué.

Supongo que esperaba que Daniel me suplicara que volviera con él y que me dijera lo imprescindible que era yo en su vida.

«Pero ¡no, Tesa!» La cruda realidad era que él había rehecho su vida y estaba incluso un paso por delante de mí en ese sentido.

Me tomé el cubata de golpe. Oficialmente, mi estado civil pasaba a ser «Desaprovechada». Del todo.

Tenía que irme corriendo con mis amigas y ahogar mis penas con ellas y con seis o siete mojitos que me bebería uno detrás de otro.

Daniel me llevó a la discoteca y se despidió de mí en la puerta.

—Ha sido un placer verte. Espero que nos podamos tomar más cafés de vez en cuando, como amigos, claro —me dijo.

—Claro, hombre, como amigos. ¿Cómo si no?

Estuve a punto de empezar a gritar y a lanzar puntapiés a diestro y siniestro.

—¡Mierda de hombres! Pues no va y me dice Daniel que ha conocido a otra, el muy cabrón. —Había encontrado a Men y a Bel dentro de la discoteca pidiendo en una de las barras y se lo estaba contando.

—Pero ¡si ya no estás con él! ¿Qué más te da? —me dijo Bel riéndose.

—Eso es ser como el perro del hortelano, Tes. Que ni comes ni dejas comer —me reprochó Men también riéndose.

—Pues me da igual. Me siento engañada por él... ¡Que no me ha guardado ni un mes de luto, coño!

—Venga ya, Tes... Anda, dime qué te pido —me preguntó Men.

—Un ron con naranja. Bien cargado, por favor. No, dos, pide dos. Por cierto, ¿y las demás?

—Estamos en un reservado —contestó Bel—. ¡No me mires así! —siguió diciendo—. Ha sido todo cosa de Moni, que no sé cómo lo ha hecho, pero resulta

que hemos conocido al dueño de la discoteca y estamos en el reservado VIP con él y unos amigos suyos que han venido a la inauguración.

—¡Olé mi Moni! Si lo que ella no consiga. Claro que yo también conozco al dueño —dije, dándome importancia—. De hecho, yo le vendí este local.

Cuando nos sirvieron las copas, me bebí la mía de golpe.

—¿¡Qué!?! Tenía sed —les dije a mis amigas, que me miraban con cara de reprobación.

—Hola, Tes, ven que te presente a mis nuevos amigos —me dijo Moni nada más llegar al reservado, tirando de mí hacia un grupo de tíos que a priori tenían muy buena pinta. Altos, guapos y bien vestidos.

¡No, si Moni no era tonta, eso estaba claro!

Me los fue presentando uno por uno, incluido Carlos, el dueño de la discoteca, al que ya conocía y que también se acordaba de mí.

—Ah y falta otro —comentó Moni.

—Está en el baño —informó uno de los chicos que acababa de presentarme.

—El que falta es para mí, ¡quedáis avisadas! Me lo he pedido la primera, así que lo miráis, pero sólo de lejos, que me lo desgastáis —nos dijo Moni disimuladamente, mientras sacaba un dedo índice a pasear, como cuando las madres te advierten de algo.

—¡Ay, de verdad! —dijo Pau lloriqueando.

—¿Qué te pasa a ti ahora? —le preguntó Men.

—Pues ¡que es una pena!

—¿El qué?

—¡Tener coño y no tener faena!

—Pau, por Dios, ¿es qué no vas a cambiar nunca? —le pregunté muerta de risa con la ocurrencia.

—Es que es verdad —continuó diciendo ella—. Llevo ya dos semanas sin darle una alegría al chirri. ¡Esto no hay quien lo aguante, joder!

Todas pusimos los ojos en blanco ante su protesta. ¡Dos semanas y se quejaba!

—Pues yo hoy pillo fijo con el que os he dicho —soltó Moni—. No te haces una idea de cómo baila el futuro padre de mis hijos, Tes —me dijo casi confidencialmente—. ¡Como mueva las caderas en la cama igual que las mueve en la pista, tiro mi *follaganda* para los restos! Esta noche Oliver no se me escapa

ni dando saltos —terminó, haciéndome un gesto para que mirara en la dirección de la que venía el susodicho.

¿Había dicho Oliver?

CAPÍTULO 12

Pues sí. Había dicho exactamente lo que yo había oído.

Oliver, mi Oliver, estaba allí. En cuerpo y alma.

¡Por favor que alguien me diera una descarga eléctrica, porque el corazón se me acababa de parar!

Él también se quedó paralizado cuando me vio.

Moni corrió hacia él y lo agarró de una mano, para traerlo donde yo estaba.

—Mira, ésta es mi amiga Tes —le dijo—. Ella también es chef, como tú.

«¡Tierra, trágame!»

Encima le acababa de decir que yo también era chef como él.

—Moni, déjalo. Ya nos conocemos —le dije—. Hola, Oliver.

—Hola, Tesa —dijo él, al tiempo que se acercaba a mí y me daba dos besos en las mejillas.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué os conocéis? —nos preguntó Moni, mirándonos a los dos alternativamente y con mucha curiosidad.

—Es uno de los jueces del concurso en el que participo —le contesté, haciéndole un gesto que le diera a entender quién era realmente.

Moni dio un gritito y se llevó las manos a la boca.

—¿Éste es Malas Pulgas?

¡La madre que la parió! Se le había escapado la pregunta en voz alta y, para colmo, el resto del grupo se nos acababa de unir.

—¡Coño, Oliver, sólo te conocen de media hora y ya saben perfectamente el carácter que gastas! ¡Así no te vamos a casar en la vida, macho! —soltó uno de sus colegas.

Las carcajadas fueron unánimes entre los chicos, pero mis amigas habían detectado que algo no iba bien, a juzgar por la cara de cuadro que teníamos Moni

y yo.

—Sí, supongo que sí soy el Malas Pulgas, ¿verdad, princesita? —me preguntó, mirándome fijamente a los ojos.

La intensidad de su mirada hizo que me estremeciera. Estaba claro que ya más cosas no me podían pasar con él. Cada vez que se producía un acercamiento entre nosotros, iba yo y lo fastidiaba todo de alguna manera.

Moni, que entendió la situación enseguida y comprendió que ella ya no tenía nada que hacer con Oliver y que debíamos quedarnos a solas él y yo, enganchó a uno de los tíos y a la voz de «Todos a la pista» arrastró a todo el mundo a bailar.

Oliver y yo nos quedamos quietos, mirándonos sin saber qué decir.

Ante mi nerviosismo, me bebí un cubata de golpe y ya iban tres en menos de media hora. Eso no podía ser bueno.

—No esperaba encontrarte aquí, Tesa. Ha sido toda una sorpresa —dijo Oliver amablemente, con aquella voz profunda que lo caracterizaba y que a mí hacía que se me pusiera el estómago del revés.

—Yo sí que no esperaba verte... Porque tú vives en Madrid, no en Valencia, ¿verdad? —le pregunté.

—De momento no... Quiero decir que a lo mejor algún día, si el restaurante que quiero montar aquí funciona bien, quizá me traslade. Es una posibilidad. De todas formas tampoco vivo en Madrid. Ahora mismo estoy allí, pero por trabajo. Mi residencia habitual está en Barcelona.

—¡Ah! ¿Por eso estabas aquí cuando tuvimos el accidente? —le pregunté curiosa.

—Sí, había venido para ver un par de locales.

El ruido a nuestro alrededor era atronador. La gente se había animado con la música y en la pista no cabía un alfiler.

—¿Y hoy? —le pregunté curiosa.

—¿Qué? —Hizo un gesto de que no me oía bien.

—¿Que por qué estas hoy aquí? —le pregunté gritando.

—Espera un momento —me dijo, cogiéndome de la mano y llevándome hacia una de las salidas de emergencia.

Empujó la barra *antipánico* y una oleada de aire fresco nos engulló.

Estábamos en la parte trasera de la discoteca, en un callejón bastante oscuro y sin salida.

—¿Qué me estabas diciendo? Es que odio hablar a gritos —me aclaró.
Me soltó la mano.

—No, nada... Sólo te preguntaba qué hacías aquí hoy.

—He venido a la inauguración de la discoteca. Carlos, el dueño, es amigo mío de toda la vida y le prometí que vendría a apoyarlo en la apertura.

Estábamos de pie el uno frente al otro, mirándonos a los ojos. Se volvía a formar la burbuja a nuestro alrededor y la magia aparecía de nuevo.

Al menos eso era lo que yo sentía. Quizá había bebido demasiado.

—¿Quieres que volvamos dentro? —me preguntó Oliver para mi desilusión.

—No, bueno, no sé. Como tú veas.

Me había apoyado en un muro. Estaba claro que mi cuerpo no acompañaba a mis palabras, ya que él solito había decidido que la pared de la discoteca era un buen sitio para intentar parar el mareo que empezaba a sentir y que de ninguna de las maneras me iba a mover de allí.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Oliver, cogiéndome del brazo.

Una intensa sensación de calor me recorrió. El alcohol empezaba a hacer su efecto y me sentía relajada. Pero el calor que notaba no era sólo por efecto de los cubatas. Oliver me quemaba, me abrasaba por dentro. Una sola caricia de él activaba en mí todo un proceso en el que las sensaciones se sucedían, removiendo cada célula. Un solo roce alteraba todas mis funciones.

Oliver me ponía, y mucho, y el alcohol que había ingerido hacía que mis barreras mentales desaparecieran por completo. Le deseaba.

—Sí, me encuentro bien, creo —le contesté algo aturdida—. Háblame de ti, Oliver.

Yo misma me sorprendí de la petición que acababa de hacerle.

—¿Cómo? —Me miraba extrañado.

—Tú sabes muchas cosas sobre mí, más de las que yo quisiera —admití algo avergonzada—, pero yo no sé nada de ti.

—No creo que sea buena idea, Tesa —me contestó tajante.

Y realmente no lo era.

Al entrar en el concurso, tanto jueces como concursantes habíamos firmado un documento con una cláusula especial en la que se especificaba que no podía existir ningún tipo de relación entre jurado y participantes que fuera más allá de la estrictamente derivada del programa. Si se violaba dicha cláusula, el contrato

quedaba rescindido de inmediato y había que indemnizar con una cantidad indecente de dinero a la productora. Se aseguraban así de que nunca los pudieran denunciar por arbitrariedad a la hora de juzgar a un concursante debido a intereses personales.

Hubo un incómodo y largo silencio, que Oliver rompió volviendo a hablar.

—Ambos hemos bebido más de lo que debíamos, Tesa, así que es mejor dejarlo aquí.

Conseguí controlar el mareo y mirarlo fijamente. Estaba guapísimo. Parecía recién salido de la ducha. Llevaba el pelo algo alborotado y barbita de un par de días. Olía a ese perfume que tanto me gustaba y que parecía hecho para él.

Y me miraba con aquellos ojos azules... Ojos en los que me perdía para encontrarme como en casa. Me atraía poderosamente. Era un imán para mis labios, para mis manos y para mi cuerpo. Oliver...

Sin ser conscientes ninguno de los dos de cómo había ocurrido, nos habíamos acercado más aún. Notaba su intensa respiración elevar su pecho.

—Esto no es buena idea —susurró, a escasos centímetros de mis labios mientras me acariciaba el pelo.

Lo notaba tan pegado a mí que podía sentir su calor. Estaba excitado. Tanto como yo o más. La atracción era obvia. El magnetismo era obvio. Estábamos peligrosamente cerca y eso empezaba a incomodar a Oliver, aunque sin embargo no se apartó.

Me acariciaba el pelo con una mano, que luego dirigió a mi nuca, provocándome un intenso estremecimiento. La otra mano subió rozando mi brazo y llegó hasta mi barbilla. Tiró de ella hacia arriba con suavidad. Levanté la mirada hacia él, deseosa. Me crucé con la suya. Había pasión, había desesperación, había fuego.

—Joder, Tesa... —salió de su sensual boca como un susurro.

Sus carnosos labios estaban a un centímetro de los míos. Sus manos agarraban ansiosamente mi rostro, mientras nuestras frentes chocaban en un intento de evitar lo inevitable.

—Eres la mujer más desquiciante que he conocido en mi vida...

Sus labios rozaron la comisura de los míos, mientras un escalofrío abrasador recorría todo mi cuerpo.

—Pero me vuelves completamente loco... —añadió, deslizando los labios

sobre los míos conforme lo decía.

»Completamente loco... En todos los sentidos... —siguió susurrando.

Posó una mano en mi espalda y me atrajo más aún hacia él. Nuestros cuerpos estaban totalmente pegados.

Yo estaba rendida a él. Deseaba muchísimo que me besara. Lo había deseado desde el primer día que lo había conocido, cuando me atrajo como nunca antes lo había hecho ningún otro hombre. Oliver no sólo me había despertado mariposas, también había despertado una pasión desconocida hasta entonces para mí. Deseaba ser suya. Deseaba tenerlo en mi cama. Lo deseaba entero. A mí también me volvía completamente loca él. Más de lo que mi cabeza y mi corazón podían controlar.

—Tesa...

No dijo nada más. Se dejó llevar por sus instintos y me besó con tal pasión que alteró el orden natural de mis células, que se volvieron inestables al instante. Un latigazo de sensaciones recorrió todo mi cuerpo, mientras él recorría mi boca de manera insaciable, incansable. Sus besos eran dulces, ardientes, sosegados y a la vez impetuosos. Me embriagaban.

—Joder, Tesa, no...

Se separó de mis labios y, casi sin aliento, posó de nuevo su frente sobre la mía.

—No puedo perder el control de esta manera. No debo.

Ambos respirábamos erráticamente.

—No sé lo que me pasa cada vez que te tengo cerca..., pierdo por completo los papeles —dijo soltándome y con una clara desesperación en la voz—. ¡Joder! —gritó, volviéndose y dándole una patada a una caja que tenía delante, mandándola al otro lado de la calle.

Yo lo miraba sin entender aún qué era lo que pasaba.

—Oliver...

—Tesa, es mejor que no digas nada. —Estaba muy cabreado consigo mismo—. Vamos a olvidar lo que acaba de suceder, ¿de acuerdo?... ¡Joder! —volvió a gritar, lanzando un puñetazo al aire.

Ya no sé si me dijo algo más. De repente todo se volvió negro, me faltó el aire y sólo pude oír un fuerte ruido al que le siguió un punzante dolor en la cabeza. Después de eso niebla. Un espacio enorme cubierto de una densa niebla.

Me había desmayado. La intensidad de mis sentimientos, unido a la cantidad de alcohol que había ingerido, habían hecho que mi cuerpo se colapsara y decidiera desconectarse.

Cuando recuperé el conocimiento me encontraba en mi apartamento, en mi cama. Era de día y no recordaba cómo había llegado hasta allí. Tenía imágenes sueltas de la noche anterior, pero no estaba segura de hasta qué punto habían ocurrido de verdad o eran fruto de mi imaginación.

Intenté levantarme de la cama, pero estaba muy mareada y confusa. La cabeza me martilleaba y tenía la sensación de que me iba a explotar en cualquier momento.

Mi bolso estaba sobre mi mesita de noche, lo abrí y saqué mi móvil. Estaba encendido. Escribí un wasap al grupo «Oyoyoyoyoyoy», el que tenía con mis amigas.

Gracias por traerme sana y salva de vuelta a casa, chicas. Sois las mejores.

En cuestión de segundos tenía dos contestaciones.

Pero ¿de qué estás hablando?

Estás de coña, ¿verdad?

¡Oh, oh! Si no me habían traído ellas, ¿cómo leches había llegado hasta mi casa?

Un flash me vino a la cabeza. Oliver.

Entonces recordé el callejón oscuro de la discoteca. Lo recordé a él besándome, diciéndome que lo volvía loco, que perdía el control cuando estaba a mi lado. Luego cabreándose por haberse dejado llevar y luego... luego no recordaba nada más.

Lo que había pasado después era un misterio para mí.

Decidí darme una ducha para espabilarme un poco. Pero cuando entré en el baño todo se volvió más confuso aún. Alguien se había duchado. El plato de la ducha estaba mojado y olía a mi gel. Además, el vaho producido por el agua caliente aún cubría la mitad del espejo.

Estaba empezando a asustarme.

Otro wasap entró en mi móvil y volví a la habitación para leerlo. Era de Men.

El aroma a café recién hecho llegó hasta mi nariz.

Tes..., ¿va todo bien?

No le contesté. Me fui directa a la cocina. La cafetera estaba encendida y había café humeante en ella.

Entonces me vino otra imagen a la cabeza. Oliver conduciendo su coche y yo en el asiento del copiloto, con la ventanilla bajada y el aire dándome en la cara.

¿Era posible que hubiera sido Oliver quien me trajera de vuelta a casa?

Entonces otro mensaje entró.

¡¿Nos quieres contestar algo, capulla?!

Va todo bien, no os preocupéis.

Otro recuerdo me vino a la cabeza.

Oliver ayudándome a entrar en mi casa y acostándome en la cama. Y después de eso negrura otra vez hasta esa mañana, cuando había abierto los ojos.

Tenía la cabeza embotada y no sabía hasta qué punto era cierto lo que recordaba.

La ducha me sentó fenomenal.

Después, recordando que tenía el número de teléfono de Oliver en el parte de accidentes que rellenamos, me armé de valor y lo llamé.

—¿Dígame?

—Hola, Oliver, soy Tesa.

—Lo sé —dijo muy serio.

¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabía?

—Tengo tu número grabado desde el accidente —me aclaró.

Un largo silencio se apoderó de la línea.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó después.

—Bien... bueno, regular. Me duele mucho la cabeza y... —Carraspeé—. No recuerdo apenas nada.

—Ya... Y quieres saber cómo llegaste a tu casa, supongo.

—Pues si fueras tan amable de ilustrarme... —le pedí.

Entonces tuve otro vago recuerdo. Yo tumbada en mi cama y Oliver besándome en la frente mientras se despedía de mí.

Pero entonces, si me dejó en mitad de la noche en mi casa..., ¿cómo es que había café recién hecho al yo levantarme y se acababa de dar una ducha?

Debía de estar confundiendo las cosas.

—Yo te llevé a tu casa —empezó a decir—, aunque primero tuvimos que hacer una parada en el hospital. Te caíste al suelo y perdiste el conocimiento y tuve que llevarte a Urgencias.

—¿A Urgencias? —grité.

—Según me dijeron, te había dado una lipotimia. Me explicaron que no era nada preocupante, que probablemente el alcohol que tomaste, junto con una subida de temperatura o con algo que te pusiera nerviosa, podían haber sido los detonantes. No obstante, quieren hacerte pruebas neurológicas para descartar cualquier otro diagnóstico. Aun así me dijeron que podía estar tranquilo, que estos desmayos los veían a diario y que en general no respondían a nada grave. También me comentaron que era muy habitual que después de un episodio así tuvieras lagunas mentales y no recordaras parte de la noche o incluso la noche entera.

—¿Y cuándo pensabas contármelo? —le pregunté bastante cabreada.

—Tesa, tenías que descansar. Me pidieron que te dejara dormir hasta que te despertaras de forma natural y he estado esperando, pero al final me he tenido que venir. Tenía una reunión importante a primera hora que no podía posponer.

—Ah... bueno. —No sabía qué decir. Estaba algo confusa con todo lo que había pasado.

Oliver no sólo me había llevado a mi casa, sino que antes de eso me había trasladado a Urgencias y había esperado pacientemente a que le dijeran cómo me encontraba y qué tenía que hacer a continuación conmigo. A eso había que añadirle que me había desmayado y que, aunque probablemente no tuviera nada, querían hacerme pruebas neurológicas para descartar algo malo. Y, para terminar, Oliver se había quedado en mi casa esperando a que yo me despertara y en vista de que no lo había hecho y que se tenía que ir, había decidido darse una ducha y dejarme café preparado antes de marcharse.

—Espero que no te importe que me haya duchado allí, pero es que no me daba tiempo a pasarme por el hotel y necesitaba estar despejado después de toda

la noche sin dormir.

—No, no, claro. No te preocupes.

¡Cómo me iba a importar!

Estaba desconcertada. No estaba acostumbrada a verlo así. A un Oliver que se pasaba la noche en vela preocupado y cuidando de alguien. Estaba acostumbrada a ver lo estricto que era en la cocina, a sus broncas cuando no hacías de forma correcta lo que te pedía, a aquella forma de ser tan exigente y a la ansiedad que te creaba cuando no cumplías sus expectativas.

Pero que se hubiera ocupado de mí de la forma en que lo había hecho rompía todos mis esquemas sobre cómo era. Tenía otra cara. Una cara amable y tierna que a mí me había terminado por conquistar del todo. Si hasta entonces lo que había sentido por él había sido atracción y mariposas en el estómago derivadas de unos sentimientos de enamoramiento adolescente, ahora él había conseguido que todo eso se convirtiera en algo más. Me había mostrado una parte suya que hasta ahora había sido inaccesible para mí y que hacía que mis sentimientos se multiplicaran.

—Tesa... estaba en mitad de una reunión muy importante. He cogido el teléfono porque eras tú, pero ahora te tengo que dejar, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, claro, Oliver... Pero antes de colgar dime una cosa más, por favor.

—¿Qué?

—¿Cómo supiste dónde vivía?

—Llamé a la productora para que me dieran tu dirección. Les puse la excusa de que te habías dejado el bolso en la discoteca de Carlos y que quería mandártelo con un mensajero. Como era de esperar, llevabas las llaves de tu apartamento dentro, así que no tuve problemas a la hora de entrar y poder acostarte en la cama.

—No recuerdo nada —dije casi en un susurro.

—Tesa... —Hubo un silencio—. No pasó nada después —continuó diciendo—. Yo... simplemente te estuve observando mientras dormías para asegurarme de que todo iba bien. Eso fue todo.

—Vaya... pues gracias, Oliver. —No sabía qué más decirle. Estaba abrumada con todo lo que había pasado.

—Tesa... una cosa más.

—¿Sí?

Se quedó en silencio de nuevo.

—Lo que ocurrió ayer... En fin, quiero pedirte disculpas por ello y prometerte que no volverá a pasar. Me refiero a lo que pasó antes de desmayarte. No sé si lo recuerdas.

Sí, claro que me acordaba. Eso lo recordaba muy nítidamente.

Otro silencio en la línea.

—Perdí el control... —Oliver se estaba excusando—. No me había pasado nunca, pero supongo que el alcohol me jugó una mala pasada. Lo siento de veras. No volverá a suceder. Si la productora se enterara, ambos estaríamos metidos en un serio problema.

—Pero Oliver...

—Oye, Tesa, te tengo que dejar, ¿de acuerdo? Me alegro de que estés bien.

—Vale.

—Adiós, Tesa.

Y colgó.

Colgó dejándome sin habla y con mil interrogantes en la cabeza.

Primero me había besado y después había cuidado de mí. Pero ahora me decía que no podía permitir que eso volviera a ocurrir. Evidentemente, la dichosa cláusula que habíamos firmado con la productora no ayudaba mucho.

El timbre de mi casa sonó y me sacó de mis pensamientos.

—¿Quién es? —pregunté por el telefonillo.

—¡Abre ya, coño! ¿Quién va a ser, si a tu casa no viene nadie más?

Eran Pau, Moni y Men.

Les abrí la puerta y no tardaron ni veinte segundos en subir. Moni entró directa a mi habitación y Pau y Men la siguieron.

—Pero ¿qué hacéis?

—Te has acostado con él y no te acuerdas de nada, ¿verdad? —me preguntó Moni.

—No se ha acostado con él —saltó Pau—. El lado derecho de la cama está sin deshacer.

—Pero sí está arrugado —observó Men.

Era cierto y yo no me había dado cuenta hasta entonces.

De repente me vino otra imagen a la cabeza. Oliver tumbado en la cama detrás de mí, acariciándome el pelo. Más que una imagen era una sensación. Se

había pasado la noche acostado a mi lado y pendiente de mí.

—Oye... ¿por qué no lo dejáis ya? Vámonos al bar a desayunar algo, que tengo mucha hambre y la nevera está vacía.

Por suerte para mí me hicieron caso y pude tomarme unas tostadas y un café sin que me atosigaran a preguntas.

Eso era lo mejor de mis amigas, que sabían hasta dónde podían tirar de la cuerda y en qué momento podían o no hacerlo.

—Tes, esta noche hemos quedado para volver a la discoteca de Carlos, pero nos ha dicho que Oliver ya no estará porque ha regresado a Madrid —comentó Men con cautela.

—También vendrá mi Alfonso —anunció Moni.

—¿Tu Alfonso? —le pregunté con ironía—. ¿Ahora es tu Alfonso, después de que ayer te quisieras tirar a Oliver?

—Bueno, a lo mejor es que a partir de ahora quiero empezar a sentar la cabeza —me contestó algo molesta.

—Vaya, esto sí que es nuevo —le dije, burlándome de ella.

—¡Tes! —Men estaba pidiéndome que no siguiera por ahí.

—Vale, lo siento, Moni. Es que estoy desbordada por todo lo que me está ocurriendo y el remate ya ha sido hoy.

Les conté lo que me había pasado la noche anterior con Oliver, sus besos, mi visita a Urgencias, sus cuidados después de volver del hospital y la conversación telefónica que había mantenido con él esa misma mañana.

—Y ahora ya no sé a qué atenerme. Esta mañana me ha dejado bien claro que no quiere que vuelva a pasar nada entre nosotros.

—Pero Tes... —dijo Moni pensativa—, aquí hay algo que no me cuadra demasiado. Es como si se sintiera atraído por ti y cuando está contigo no se pudiera controlar y sin embargo luego no quisiera dejarse llevar por algún motivo.

—¡Venga ya, chicas! —soltó Men—. No me digáis que os lo tengo que explicar... Está claro que puede sentir atracción por Tes, cualquier tío la sentiría, pero la situación en la que están ambos es muy delicada. Él forma parte del jurado de un concurso en el que ella está participando. Si alguien se enterara de esto, rodarían cabezas. La suya la primera y la de Tes después. Así que es lógico que no quiera que se vuelva a repetir lo de anoche, a pesar de lo que le pueda

atraer Tes. Si algo de esto saliera a la luz, la prensa del corazón destrozaría su reputación en un segundo, tirando por la borda años y años de duro trabajo. Eso por no mencionar la cláusula que firmaron al comenzar el programa. Si la incumplieran tendrían que pagarle una gran cantidad de dinero a la productora. Si yo fuera él, pondría mucha tierra de por medio y me aseguraría muy bien de que lo que pasó ayer no se volviera a repetir. Siento ser tan dura, Tes, pero las cosas son así y cuanto antes lo asumas, mejor para ti. Oliver no está haciendo ni más ni menos que lo que tiene que hacer.

Por mucho que me apeteciera tirarle un cenicero a la cabeza a Men, ésta tenía razón y yo lo sabía.

Lo que también era evidente era que delante de Oliver yo tampoco me podía controlar.

Vuelta a empezar de nuevo. Otra vez tenía que hacer el inmenso esfuerzo de intentar olvidarlo.

CAPÍTULO 13

Esa noche volvimos a salir de fiesta. Mis amigas me convencieron, a pesar de mi inicial negativa. Es más, me persuadieron de que saliéramos con Alfonso y sus amigos, es decir, de que sería una buena idea volver a verme con Noel.

Cuando llegamos a la discoteca de Carlos, Noel, Alfonso y los demás ya estaban allí esperándonos.

En cuanto Noel me vio, se dirigió a mí y me dio un beso en los morros que me dejó sin aire.

—Hola, Tesa... ¡estás guapísima esta noche! —me dijo con una amplia sonrisa en su rostro.

Iba a echarle la bronca por el beso, pero me estaba mirando con tanto cariño que no pude. Después de todo, me caía muy bien, era muy atractivo y no me había hecho nada que anteriormente no me hubiera hecho ya.

—Gracias, Noel. —Le sonreí amablemente.

Me tiré toda la noche bailando y riéndome con él. Me hizo olvidarme de Oliver. Tanto, que acabé en su apartamento y cuando fui consciente de dónde me encontraba y de lo que estaba a punto de pasar ya era tarde.

Las caricias de Noel me habían extasiado. No sentía mariposas en el estómago, no sentía la burbuja entre nosotros, ni la atracción incontrolable que sentía cuando tenía a Oliver delante, pero sí había atracción sexual y él era muy bueno en la cama, así que no tardó en llevarme al clímax.

Por la mañana, el olor a tostadas y a café recién hecho me despertó.

Por un momento confundí dónde estaba y con quién, pero enseguida la realidad se impuso.

—Buenos días, Culo Bonito.

Noel traía una bandeja con el desayuno preparado. Me besó en los labios y

después de dejar la bandeja sobre mis piernas se sentó a mi lado en la cama.

—¿Estás bien, Tesa? ¿Has dormido bien? —me preguntó cuando vio reflejada en mi cara la angustia que comenzaba a sentir.

¡Qué horror! No sabía por dónde empezar para poder poner en orden mis sentimientos.

Cómo explicarle a Noel que en realidad no sentía nada por él, que estaba allí porque necesitaba olvidar y que lo nuestro no iría más allá. Era un encanto de hombre y no se merecía eso. No fui capaz de decirle nada en ese momento. No quería romperle el corazón, ya que él siempre había estado a mi lado y se interesaba mucho por mí.

—Sí, he dormido muy bien, Noel. Eres un encanto —le dije sonriéndole.

—Bueno... ¿y qué planes tenemos para hoy, Culo Bonito?

Carraspeé.

—Yo tengo que ir a mi casa. Necesito poner en orden unas cuantas cosas.

«Unos cuantos sentimientos más bien», pensé.

—Además hoy como con mi madre. Ya nos veremos otro día —le sonreí forzada, a sabiendas de las mentiras que le estaba contando.

Después de que Noel me llevara a mi casa, me derrumbé en cuanto cerré la puerta tras de mí.

Pero ¡¿cómo había llegado a meterme en el jardín en el que estaba?!

Con muy pocas ganas, limpié un poco la casa y me preparé la comida. Las chicas habían quedado para tomar el aperitivo, pero yo no estaba de humor, así que decidí quedarme en mi hogar, dulce hogar, ver la tele un rato mientras comía y echarme después una siesta de las que pasan a la historia.

Y pasó. Pasó a la historia por ser la siesta más llorona de mi vida.

Mientras comía se me ocurrió poner en la tele el programa del corazón de turno. No tenía ganas de saber lo que había pasado en el mundo, porque era consciente de que me deprimiría aún más, así que quité el telediario y cambié de canal. Inmediatamente di un respingo en el asiento y se me cayó el tenedor de la mano.

Oliver estaba en la pantalla. Subí el volumen.

«... Quedaos bien con esta cara, porque es el nuevo soltero de oro para todas las féminas españolas. Oliver Sabattini, que así se llama, se ha hecho famoso de repente por su participación en el nuevo concurso de cocina «Grand Chef»,

aunque ya lo era en el mundo de la gastronomía gracias a las tres estrellas Michelin que posee su restaurante, y a que la primera la consiguió siendo el cocinero más joven del mundo que la obtenía. Pero por lo que se está hablando de él ahora mismo es por su reciente relación con la modelo y también presentadora del programa culinario, Sylvia Mendes.»

Ante mi vista desfilaron decenas de imágenes de Oliver en distintos actos, en los que casi siempre estaba acompañado de alguna mujer hermosa.

Pero lo que más me impactó fue verlo de la mano de Sylvia saliendo de un restaurante e intentando esquivar a los *paparazzi*. Luego cada uno se había ido en una dirección diferente, pero los periodistas que habían conseguido no ser despistados por Sylvia, empezaron a hacerle preguntas de todo tipo.

—¿Desde cuándo os conocéis?

—¿Qué tipo de relación tenéis?

—¿Para cuándo la boda?

Pero ¡¿de qué hablaban?!

Mi cabeza iba a mil, intentando procesar tanta información.

De repente, Sylvia, que se había parado ante los periodistas harta de tantas preguntas, se puso a hablar con ellos.

—Entre Oliver y yo no hay nada.

«¡Será zorra...! Y pretende que se la crean, mirándolo como lo mira y sobándolo como lo soba... ¡Venga ya!»

—Me *parese* absurdo que ustedes piensen que entre nosotros existe una *relación* más allá de la meramente profesional —continuó diciendo con su dulce acento venezolano—. Oliver y yo únicamente somos *sercanos* porque existe muy buen rollo entre los dos, pero no hay nada más. Hemos salido a *senar* como dos simples amigos. *Sero* sentimientos. Espero que les haya quedado *sien* por *sien* claro.

El comentarista de la noticia siguió hablando:

—Madre mía, si a mí me hablara así una mujer me derretiría. ¡¿Cómo pueden ser tan sensuales las venezolanas?! —terminó diciendo.

Pero ¿dónde verían la sensualidad en no saber pronunciar la «C»?

¿En serio a los hombres les parecía sexy una tía diciendo: «*relasión, sercanos, senar, sien* por *sien*»...? ¡Venga ya! ¡Lo que me faltaba por oír!

«¡*Sorra!*»

Me sentó mal la comida. Las imágenes que acababa de ver hicieron que se me revolviera el estómago.

Apagué la tele y decidí ponerme a leer. Cuando abría un libro me olvidaba del mundo entero y eso era precisamente lo que quería lograr.

Pero no lo conseguí. Oliver y aquellas imágenes de la tele volvían una y otra vez a mi cabeza, creándome mucho malestar.

Es más... ¡tenía a mis nuevas amigas las mariposas cagándose en todo!

La semana siguiente no fue mejor que la anterior. No levantaba cabeza, así que mi hermana, que había sido puesta al corriente de mi situación por mis queridas y cotorras amigas, vino a buscarme, ya que era la única que no trabajaba.

—Vámonos de compras, tía. No vas a estar metida aquí todo el día.

—No me apetece, Carla.

—Eso me da igual. Vas a salir de aquí, lo quieras o no. Puedes hacerlo por tu propio pie o arrastrada por mí. Lo que tú decidas, hermanita.

No pude negarme. Hacerlo habría sido, sin duda alguna, peor que pasar una tarde de compras con ella en el centro comercial.

A las diez de la noche, mis pies ya no podían más y mi hermana accedió por fin a que nos tomáramos una cerveza.

—Bueno, cuéntame qué es lo que te pasa. Que, por cierto, te recuerdo que me he tenido que enterar por tus amigas —dijo en tono de reproche.

—Ya sabes lo que hay, Carla. No quiero hablar de ello, no me apetece. Cuéntame cosas de ti. Últimamente no estoy muy al tanto de lo que pasa en tu vida —le propuse, para desviar su atención.

—Pues lo único destacable en mi vida ahora mismo es que he conocido a un tío al que ya llevo viendo un par de meses.

—¡Mira..., eso pinta bien!

—Sí, estamos a gusto el uno con el otro y no es sólo sexo, también vamos al cine y esas cosas.

—Al cine y esas cosas... Madre mía, esto va en serio —le dije irónicamente.

—No te cachondees de mí o no te cuento nada más.

—Vale, vale... ¿Y cómo se llama el afortunado?

—Alfonso. Es algo mayor que yo, pero por cómo nos llevamos y lo que me dice, parece que quiere ir en serio conmigo y, la verdad, es que a mí no me

importa eso... Quiero decir que antes me hubiera molestado tener a un tío colgado de mí y habría salido corriendo a las primeras de cambio, pero ahora me apetece empezar algo y ver hasta dónde soy capaz de llegar con esa persona.

—¡Vamos, que te estás haciendo mayor!

—Sí, supongo que sí —contestó Carla con una amplia sonrisa.

Me alegraba mucho verla así de feliz y entusiasmada con su nueva relación. Había pasado de ser la picaflor mayor del reino, a querer pastar en un único prado. Definitivamente, mi hermanita estaba madurando.

Cuando llegué a casa, rendida por las compras, pasé de hacerme la cena y me fui directamente al sofá. Encendí la televisión, pero como de costumbre no había nada interesante, así que decidí meterme en Facebook para echar un vistazo a la vida de la gente. Porque no nos vamos a engañar... en Facebook se entra para cotillear cómo les va a los demás y para ver lo aburridas o interesantes que son sus vidas.

Antes que nada se me ocurrió que podía buscar a Oliver y ver qué me encontraba.

Apareció rápidamente una foto de él con su nombre al lado. Por suerte para mí, la privacidad de su información era más bien escasa, cosa que me extrañó, con lo controlador y celoso de su intimidad que parecía. Sin embargo, todo estaba abierto para que lo pudiera ver todo el mundo.

Enseguida me di cuenta de por qué no había restricciones de acceso, aquella página no era la suya. Era un página creada por alguien de su entorno que probablemente le llevara todas las redes sociales, pero sólo a nivel profesional. En ella aparecían sus logros como chef y las fotos de todos los actos a los que había asistido, ya fueran premios que había recibido de gastronomía o actos en los que se le había contratado como personaje famoso para publicitar algún producto. No había nada personal que fuera de mi interés.

Por tanto, volví a mi muro y continué con el vistazo rápido que le estaba echando a las cincuenta mil noticias nuevas que tenía para ver, ya que hacía más de tres semanas que no entraba.

Noticias sobre nuevas leyes contra el tabaco... Me gusta. Noticias sobre que los actos taurinos deberían desaparecer... Me gusta. Noticias sobre nuevas leyes a favor de los homosexuales... Me gusta. La nueva foto de portada de Pau... Me gusta. El nuevo sobrino de Bel... Me gusta. Moni y su Alfonso en una foto muy

pegaditos... Me gusta. La nueva foto de perfil de mi hermana con su nueva pareja... Me gusta.

¡Un momento!

Volví a la noticia anterior en la que salía Moni con Alfonso y a continuación fui hacia delante para ver la nueva foto de perfil de mi hermana con su nueva pareja. Alfonso también.

Pero el problema no era que los dos se llamaran igual, no, eso sólo habría sido una curiosa coincidencia, el problema era que los dos tenían la misma cara.

¡Ay, Dios mío...! ¡Estaban saliendo las dos con el mismo tío!

Llamé primero a mi hermana y después a Moni. Convoqué el gabinete de crisis para el día siguiente. La cosa no se podía quedar como estaba. Ese tal Alfonso tendría que recibir su merecido.

—A ver, chicas, antes de que lleguen Moni y mi hermana, os diré que hay que convencerlas de que la venganza es un plato que se sirve bien frío. Tenemos que elaborar un buen plan para que ese capullo se acuerde toda su vida de lo que ha hecho.

Pau se quedó muy pensativa, mientras las demás sacábamos unas cervezas del frigorífico y servíamos unos aperitivos sobre la mesa pequeña de mi salón.

—¿Sabéis que hay venganzas que duran toda la vida? —preguntó Pau con la cara que pondría Cruella de Vil en una situación así.

Todas la mirábamos expectantes. Conociéndola, nada bueno se le podía haber ocurrido.

El timbre sonó y abrí la puerta. Moni y mi hermana llegaron juntas.

¡Venían buenas! Se habían ido retroalimentando la una a la otra conforme subían en el ascensor y ya iban por arrancarle las uñas después de colgarlo de los huevos y lo que sería la traca final, que era cortarle la piel a tiras para hacerse un bolso cada una.

¡Imaginación y mala leche no les faltaba a ninguna, desde luego!

—¡Como mínimo una patada en los huevos se lleva! Ese privilegio me lo reservo para mí, me digáis lo que me digáis —afirmó con contundencia mi hermana.

—Lo que he tramado es mejor que todo eso, Carla —le aseguró Pau—. Pasaré a la historia de las venganzas, te lo digo yo.

—Pues ya nos lo estás contando, porque ese tío va a tener un día más de vida

normal sólo porque me habéis convencido de que esperara a hablarlo con vosotras, si no, el muy cabrón estaría ya hundido en la miseria.

—Lo mismo digo —aseveró Moni—. ¡Que le tengo muchas ganas!

Mientras se comían la estupenda cena que les había preparado, Pau soltó su idea y fue como una revelación. Es más, nos animamos todas, aportando más opiniones, y al final el plan que tramamos era digno de una película tipo *Sé lo que hicisteis el último verano*.

Una venganza perfectamente estudiada y planeada, para llevarla a cabo el siguiente fin de semana.

CAPÍTULO 14

Pasé el resto de la semana hablando mucho con mi padre y sobre todo con mi hermana. La pobre estaba destrozada por lo que le había hecho Alfonso. Para una vez que se decidía a intentar tener una relación estable, le salía el tiro por la culata.

El lunes siguiente vería irremediamente a Oliver, porque ya nos habían confirmado que se reanudaba la grabación en esa fecha. Así que los pocos días que me quedaban de estar en Valencia los aproveché para probar recetas nuevas, hacer compras de ropa para el invierno que me esperaba en Madrid, que sin duda iba a ser mucho más frío que el de Valencia, y, sobre todo, para concienciarme de que tenía que olvidarme de él. Me serené, sopesé los pros y los contras y me convencí de que lo que me pasaba con Oliver no era otra cosa que mi primer enamoramiento adolescente a los veintiséis años. Sé que suena triste, pero era la cruda realidad. De joven nunca me había enamorado de nadie. Había habido muchos chicos que me habían parecido guapos y con los que me había enrollado, pero ahí quedaba todo. Nunca había llegado a colgarme de ninguno de ellos. Y cuando fui algo más mayor, empecé a mirar a los hombres únicamente a través de la óptica de que cumplieran las expectativas que yo buscaba en una pareja. Es decir, si poseían los estrictos requisitos que yo exigía, entonces les daba la oportunidad de salir con ellos.

En realidad, sólo hubo uno que los cumplió todos. Daniel.

Él era todo lo que una mujer podría querer en un hombre. Era atento, respetuoso, sincero, muy comprensivo, inteligente, nada machista, detallista, cariñoso y se desvivía por mí. Más no le podía pedir. Le quería y estuve a punto de casarme con él.

Con Daniel todo era perfecto, hasta que fui consciente de la rutina en la que

habíamos caído y en la que habían caído nuestros sentimientos. Le quería por inercia. Le quería porque era un hombre al que se le quiere fácilmente por cómo es, pero no porque eso me naciera del corazón ni mucho menos del estómago.

Conocer a Oliver y empezar a sentir por él todo eso que debería haber sentido con algún chico siendo adolescente hizo que se removiera todo en mí. Conocer a las mariposas de mi estómago fue devastador. Pero es que, además, también había sentido algo que nunca habría imaginado que yo sentiría. Había despertado mi interés sexual por un hombre. Me había provocado esa necesidad de amar y ser amada en todos los sentidos. Oliver había puesto en pie de guerra a mis hasta entonces perezosas hormonas.

Quizá por eso mismo mi sentimiento hacia él era tan fuerte. Era la primera vez que me enamoraba por completo de un hombre, no sólo a medias, como con Daniel.

Sin embargo, comprendía muy bien la imposibilidad de lo nuestro y que lo mejor para mí era que me olvidase de Oliver. Aunque me doliera, aunque me ahogara. Tenía que hacerlo si quería conseguir mi sueño en el mundo gastronómico y tenía que hacerlo si no quería pasarlo realmente mal.

Me fui convenciendo de ello durante toda la semana y creía que lo había conseguido en buena medida. Sólo me faltaba llegar a Madrid el lunes y ver si realmente era así una vez estuviera delante de él.

Por lo demás, la semana fue muy tranquila, con lo que pudimos terminar de orquestar a conciencia nuestro plan para vengar a Moni y a mi hermana del gusano de Alfonso.

Teníamos todos los cabos atados y controladas al máximo todas las variables para que saliera a la perfección. Dábamos miedo. ¡Seis cabezas pensantes de mujer dan para mucho, os lo aseguro!

Lo primero de todo fue que las dos se las arreglaran para quedar a cenar con Alfonso el mismo día y en el mismo restaurante, eso sí, con media hora de diferencia.

Por supuesto, lo consiguieron.

Moni llegó puntual a su cita y Alfonso ya la estaba esperando en una mesa reservada en la planta superior del restaurante. Se había asegurado de conseguir mesa en ese piso, para luego bajar y cenar con Carla en el de abajo sin que ninguna de las dos se vieran ni pudieran sospechar nada.

Lo que él no sabía era que desde fuera, en el edificio de enfrente, estábamos el resto del grupo, grabando sus viajes piso arriba, piso abajo. Elegimos ese restaurante porque toda la fachada era una enorme cristalera a través de la que se podía ver lo que había dentro del establecimiento y desde el piso de Pau teníamos una perspectiva estupenda de lo que ocurría allí.

Y él pensando que lo tenía todo controlado. ¡Pobre infeliz! No sabía lo que se le venía encima.

A la media hora de estar cenando con Moni, Alfonso se excusó diciendo que iba un momento al servicio.

Evidentemente, lo que hizo fue ir a la puerta del restaurante a recoger a mi hermana y sentarse a cenar con ella en el piso de abajo.

—Perdone... —Alfonso llamó al camarero—. Vamos a pedir ya, que si no luego tardan mucho, cariño —le explicó a Carla.

—Pero si ni siquiera he abierto la carta —objetó ella.

Estaba claro que Alfonso tenía prisa por pedir y subir con Moni, que ya llevaba más de diez minutos esperando.

El camarero acudió a la mesa a tomarles nota.

—Yo quiero únicamente la ensalada de la casa —pidió él.

—Uy, pues yo no sé... No me decido —dijo Carla pensativa y tardando más de lo que lo hubiera hecho en circunstancias normales.

—Cariño, el camarero está esperando —intervino Alfonso nervioso.

—¡Uy, es verdad! Pues mire, mejor deje que lo piense tranquilamente y ahora lo volvemos a llamar —le dijo muy resuelta al empleado del restaurante.

—Pero cariño... —Alfonso estaba visiblemente inquieto—. Vale, vamos a hacer una cosa... Mientras tú te decides, yo voy un momento al baño, ¿de acuerdo?

Subió la escalera veloz y se sentó con Moni.

—Pero ¿dónde te has metido? Han traído ya toda la cena —le dijo Moni.

—Ya veo, ya —respondió Alfonso algo contrariado—. ¿Y esto qué es? ¿Ostras? —preguntó con cara de circunstancias.

—Sí —contestó Moni traviesa—. ¿No te parecen perfectas para celebrar lo que nos va a deparar esta noche?

—Sí, claro, cómo no. ¡Todo sea por esta noche! —dijo Alfonso, levantando su copa y haciendo un brindis con ella—. Por cierto, ¿qué vino has pedido? Está

buenísimo.

—¡Uy!, se me ha ido un poco la pinza con eso, pero es que esta noche es tan especial que no me he podido resistir. Es un Vega Sicilia reserva especial, creo que ponía.

Alfonso casi se ahoga del susto. El vino nada más ya le iba a costar más de doscientos euros y eso sin contar las ostras. El pobre estaba a punto de empezar a hiperventilar y encima tenía a mi hermana abajo esperándolo.

Con la excusa de responder a una llamada, se disculpó con Moni y fue corriendo a donde se encontraba Carla.

—¡Cuánto has tardado, cariño! Ya estaba pensando subir a por ti —le dijo juguetona.

—¡No, no, no! Es que había mucha cola en el baño. —Alfonso le sonrió a modo de excusa.

—Bueno, pues ahora a disfrutar de la cena. Espero que no te moleste, pero he pedido algunas cosas de picoteo.

—No, no, lo que hayas pedido está bien, Carla.

Pero pronto se le fue todo el color de la cara. De hecho, la pared blanca de detrás tenía más color que él.

Una ristra de camareros empezaron a servir platos en la mesa sin parar, mientras el atónito Alfonso dejaba casi de respirar.

—Ay, cariño, es que no me decidía.

Carla había pedido absolutamente todo lo que había en la carta. Hasta los cinco diferentes tipos de salsa con las que acompañar los siete tipos diferentes de carne que servían.

—¿Desean ustedes ver la carta de vinos? —preguntó el camarero.

—No... —respondió Alfonso rápidamente—. Tráiganos el de la casa, que me han dicho que es muy bueno.

El pobre, había empezado a sudar como un cerdo y se le iban y se le venían los colores de la cara.

—Empieza tú —le pidió a Carla—. Tengo que coger una llamada, es muy importante. Enseguida vuelvo.

Cuando Alfonso subió, Moni ya se había comido casi todas las ostras y apenas quedaba vino en la botella.

—¡Mira, te he dejado una!... —Y le señaló el plato casi vacío—. Ah, y el

vino es que se me ha caído sin querer... ¿quieres que pidamos otra botella?

—Nooo, ni se te ocurra. Con lo que me queda en la copa tengo para terminar de cenar, además, tengo que conducir. Así que nada de pedir más vino, ¡¿eh, cariño?! —le contestó Alfonso visiblemente alterado.

Cogió cabreado la diminuta ostra que le había dejado Moni y se la metió en la boca.

«Esto te pasa por gilipollas y por querer abarcar tanto», pensó.

Con la excusa de que se le había olvidado la cartera en el coche, bajó de nuevo donde se encontraba Carla.

—Cariño, voy a pensar que estás cenando con alguien arriba, tanto desaparecer —le soltó ella, otra vez jugando con él.

—Ja, ja, ja, qué graciosa eres. ¡Con lo complicado que sería eso! ¿Te imaginas? —le contestó Alfonso, dando después un larguísimo trago a su copa.

La situación estaba empezando a superarlo.

—¿No comes nada, churri? Seguro que algo te tiene que gustar.

«¡Cómo no me va a gustar algo, si has pedido toda la maldita carta!», pensó Alfonso.

Pero lo cierto era que se le había cerrado el estómago sólo de pensar en cómo iba a pagar la dichosa cuenta.

—Carla, cariño, lo siento mucho, pero no me encuentro muy bien, ha debido de sentarme mal algo de lo que hemos cenado. Si no te importa, cógete un taxi, que no estoy en condiciones de llevarte a tu casa. Yo me quedo aquí pagando, ¿de acuerdo? —se excusó poniendo cara de angustia y tocándose el estómago.

Ella hizo lo que le pedía sin rechistar. Lo que Alfonso no sabía era que con eso se ponía en marcha la segunda parte de nuestro malévolos plan.

—Camarero... ¿me puede traer la cuenta, por favor? —pidió Alfonso, una vez Carla hubo salido del restaurante.

—Sí señor, por supuesto, pero... ¿qué cuenta, la de la mesa de arriba o la de ésta? —le preguntó el hombre, algo confuso.

—¡La de las dos, coño!

La suma de ambas superó los cuatrocientos euros. Cuando Alfonso subió los escalones para buscar a Moni, lo hizo casi en estado de *shock*.

—Venga, cariño —le dijo Moni muy cariñosa—, tómate el último trago de vino y vámonos a tu casa, ¿te parece?

A Alfonso le pareció perfecto. Después de la noche que había pasado, lo menos que podía esperar era tener algo de sexo desenfrenado, así que se bebió todo el vino que le quedaba en la copa y se fueron de allí.

Cuando llegaron al coche, Moni le dijo que si quería conducía ella. Alfonso no lo dudó un segundo y le contestó que sí. Empezaba a estar algo mareado y tenía un adormecimiento extraño.

Cuando llegaron al apartamento de él, ya estaba inconsciente. Con la última copa de vino que se había bebido, Moni le había suministrado un sedante muy potente.

Habían consultado con un amigo médico de Men, que les había asegurado que con la dosis que le iban a dar no se despertaría en toda la noche, aunque le pasara por encima una apisonadora.

En cuanto entraron en el apartamento, le mandaron un mensaje a LukasBill, un amigo un tanto extraño de mi hermana Carla, para que fuera allí a hacer su trabajo.

—Oye... ¿esto no es pasarse un poco? No sé lo que os habrá hecho este cabrón, pero es que esto es para toda la vida —nos advirtió LukasBill con dudas de lo que estaba a punto de hacer.

—Bueno, se lo merece. Además, hoy en día hay técnicas para quitárselo si no le gusta —le dijo Moni muy convencida de lo que hacíamos.

—Ya, pero son muy caras —replicó.

—Pues que se lo hubiera pensado antes de engañarnos como lo ha hecho —sentenció mi hermana.

LukasBill se puso manos a la obra sin objetar nada más.

Cuando acabó, nos llamó para que lo viéramos. Había quedado perfecto, un trabajo impresionante.

Ya sólo nos quedaba colocar la cámara en el cuarto de baño y esperar hasta el día siguiente a que Alfonso se despertara.

Se levantó de la cama a las once de la mañana, sintiéndose bastante confuso, y se fue directo al aseo.

—Chicas, chicas... acaba de entrar en el baño. Está meando y no hace más que revolverse incómodo.

Acudimos como locas a ver las imágenes que grababa la cámara que habíamos colocado y que más tarde recuperaríamos entrando en su casa cuando

él no estuviera, con la copia de la llave que nos habíamos hecho mientras dormía.

—Le pica la espalda... Mirad, mirad... se está tocando el esparadrapo.

Alfonso se había dado la vuelta para poder verse la espalda en el espejo del baño.

—Pero ¿qué coño es esto? —se lo oyó decir a través de los altavoces.

Tiró del esparadrapo y levantó el enorme apósito que llevaba y que le ocupaba casi toda la espalda.

Se le salieron los ojos de las órbitas. A mí me dio hasta pena.

Alfonso llevaba un enorme tatuaje que ponía:

«Soy un...», y debajo el dibujo de la mierda del wasap a tamaño industrial.

Después de dos horas, aún seguíamos riéndonos de la cara que había puesto el pobre al ver semejante tatuaje en su espalda.

—Le está muy bien empleado. Ya verás como la próxima vez se lo piensa mejor antes de jugar con las mujeres —dijo Bel, que curiosamente era la que más reparos había puesto desde el principio en que se le gastara esa broma.

En realidad, LukasBill nos había convencido de que quizá nuestra venganza fuera algo desmesurada y nos habló de una tinta nueva que había salido al mercado y que era semipermanente. Duraba sólo unos tres o cuatro meses en el cuerpo. A partir de ahí, empezaba a borrarse. Pero eso Alfonso no lo sabía y el susto iba a ser igualmente tremendo para él.

La venganza se había servido bien fría.

CAPÍTULO 15

Estaba ya de vuelta en Madrid. Las dos semanas que había pasado en Valencia habían dado para mucho y me sentía algo cansada. Sin embargo, estaba más animada que nunca, a pesar de que Oliver había dejado muy claro que lo nuestro no podía ser. Pero eso no me iba a suponer un obstáculo. No. Tenía claro lo que quería e iba a ir a por todas para conseguirlo.

Así que llegué a la casa de Guadalix, donde ya se encontraban todos mis compañeros, y les advertí que una nueva Tesa entraba en escena y que no me perdieran de vista, porque pensaba ganar el dichoso concurso.

Con esas renovadas energías y ese nuevo espíritu, comencé el primer día de grabación después del parón.

Nada más entrar en el plató hubo una ovación generalizada a Carmen Arrabal y Pedro Beramendi. Ambos estaban prácticamente recuperados y con muchas ganas de volver a la rutina. Al terminar los aplausos, la productora anunció que el sábado siguiente habría una fiesta para celebrar su vuelta y que estábamos todos invitados.

No me hizo mucha gracia la idea de volver a estar con Oliver en una discoteca, en un ambiente desenfadado, con lo que eso había supuesto para mí las dos últimas veces que había ocurrido. No me ayudaba para nada en mi plan de olvidarme de él. Pero tendría que ocuparme de eso después, ya que la primera prueba había empezado y teníamos que preparar un trampantojo. Es decir, teníamos que cocinar algo que luego no fuera lo que parecía. Algo bastante complicado de hacer.

Empecé a darle vueltas. Tenía que preparar algo que se me diera bien, para luego convertirlo en otro plato diferente a lo que realmente era.

Por suerte para mí, enseguida lo tuve claro.

Cocinaría un arroz negro con un buen fumet de pescado, lo dejaría lo más seco que pudiera, lo envolvería en una alga nori y por último lo cortaría en trozos para que pareciera una morcilla de arroz. Bueno, tendría su aspecto, pero sabría totalmente diferente.

Me puse manos a la obra y el tiempo se me pasó volando. Acabé mi plato en el último instante. Estaba orgullosa de la idea y de cómo la había llevado a cabo.

Optaba a ganar la inmunidad y poder continuar una semana más en el concurso si los jueces estimaban que mi plato era el mejor.

Comenzaron las valoraciones y mi receta, junto con la de Manu, sorprendió mucho por la originalidad y por lo bien ejecutada que estaba.

—Tesa, esta vez me has sorprendido muy gratamente —me dijo Pedro—. No has hecho de las tuyas... —Se oyó una carcajada general—. Y encima has realizado un trampantojo muy original y con un sabor estupendo. La apariencia de la morcilla está muy conseguida y el sabor del arroz negro tiene mucho fundamento. Mi enhorabuena.

La siguiente en probarlo fue Carmen.

—Desde luego, el aspecto es de una morcilla de arroz de verdad. —Se echó un trozo a la boca—. Humm... de sabor está buenísimo. Estupendo, Tesa. Te felicito.

Era el turno de Oliver de juzgar mi plato.

¡Madre mía! Estaba guapísimo. Llevaba unos vaqueros grises algo ajustados y un jersey verde botella que le hacía más anchos los hombros y que le marcaba perfectamente su escultural torso. Encima una americana muy moderna. Parecía un modelo recién salido de una sesión de fotografías de moda. Llevaba el pelo más alborotado que nunca, sin embargo eso lo hacía más atractivo aún.

Era guapo, se hiciera lo que se hiciese y se pusiera lo que se pusiese. Estaba convencida de que verlo por la mañana recién levantado tenía que ser todo un espectáculo.

Más tarde me enteré de que precisamente venía de hacerse fotos para un anuncio publicitario. Cada vez tenía más fama y era más reclamado como imagen para muchas marcas.

Con paso seguro, se acercó al atril donde esperaba mi plato. Lo probó, me miró a los ojos con aquella intensidad con la que me miraba siempre y, sin cambiar un ápice su expresión seria, me dijo:

—Bien, es un plato aceptable, señorita Rivas. Correcto en técnica y en sabor. Y dicho esto se retiró hacia atrás.

«¿Ya está? ¿Eso es todo lo que va a decir de mi plato?», pensé malhumorada. Tanto Carmen como Pedro lo habían puesto por las nubes... ¿y él sólo iba a decir que era aceptable, que estaba correcto...?

Estaba claro que quería poner distancia entre nosotros. Daba la impresión de que ya ni siquiera me despreciara como lo había hecho inicialmente. Ahora resulta que lo único que sentía hacia mí era indiferencia.

Estaba que me subía por las paredes.

—Tesa, ya puedes retirar tu preparación —me dijo la presentadora—. Manu, es tu turno. Acerca tu plato al jurado.

Las valoraciones para su elaboración fueron también muy buenas, incluida la de Oliver, que se deshizo en elogios con lo que Manu había hecho.

No me lo podía creer. Estaba muy enfadada con él. ¿Por qué se mostraba tan duro conmigo? Eso no haría más que perjudicarme en el concurso y tampoco era justo para mí.

Finalmente, el jurado había llegado a un veredicto después de pasar mucho tiempo deliberando. Demasiado, para lo que otras veces habían tardado.

En realidad resultó que, como no conseguían llegar a un consenso, decidieron que tanto Manu como yo obtuviéramos, de manera excepcional en el concurso, la inmunidad para ese programa.

Por un lado estaba muy contenta, pero por otro lado pensaba que si no me habían dado la inmunidad sólo a mí, probablemente había sido por culpa de Oliver. Estaba que trinaba.

«¡Maldito seas, Malas Pulgas!»

Ese día, la grabación del programa se hizo entera dentro del plató y, tras pasar la prueba grupal, llegó la prueba final en la que se decidía quién se iba esa semana. Los candidatos a abandonar el programa eran Javier, Tommy, que con su forma de ser tan competitiva iba a ir a muerte a por los demás, la siempre monísima Sandra, y Alba, la que cualquier día nos descuartizaba a todos.

Nosotros teníamos muy claro, aunque estuviera feo por nuestra parte, quién queríamos que se fuera. Alba no encajaba en el grupo y con su actitud creaba tensión y malos rollos. Además, no se había integrado y no tenía ningún amigo allí.

Finalmente fue ella la expulsada.

Aunque hubiésemos pasado poco tiempo juntos, ya teníamos conciencia de grupo y había surgido una pequeña amistad entre todos. Con unos más que con otros, pero en general todos nos apreciábamos y estaba claro que Alba sobraba.

Por la noche decidimos organizar una fiesta en la casa para darnos nosotros mismos la bienvenida de nuevo al concurso y por no haber sido expulsados aún.

Estuvimos varias horas charlando y conociéndonos más los unos a los otros. En general me caían todos bien y había asumido que, mientras continuara allí, ellos serían lo más parecido a mi familia.

Realmente me había dado mucha alegría reencontrarme con Lara, pero sobre todo, volver a ver a Raquel, a la que ya consideraba una amiga para toda la vida.

Lara venía como loca por tirarse a Oliver cuanto antes, ya que los días que había pasado en su casa se había peleado con su amiga, que había vuelto a intentar, aunque sin ningún éxito, un nuevo acercamiento a Oliver. Así que regresaba más que dispuesta a poner en marcha su plan por encima de todo lo que le pudiéramos decir.

Por otro lado, Raquel estaba decidida no sólo a ganar el concurso y a vivir a tope la experiencia, sino también a soltarse más en el trato personal y, sobre todo, a hablar con Manu e intentar tener una relación con él, más allá del mero compañerismo del concurso.

En cuanto nos lo contó a Lara y a mí, la apoyamos cien por cien. Al menos debía intentarlo y a las dos nos pareció genial que hubiera vuelto con esa decisión tomada. Raquel le había estado dando muchas vueltas a lo que sentía por Manu y había llegado a la conclusión de que él le gustaba de verdad. Tanto como para no dejar escapar la oportunidad que el concurso le brindaba. Eso sí, no le iba a ser fácil. Nunca había estado con ningún chico y no sabía ni por dónde empezar. Pero tenía claro que aunque fuera ella la que tuviera que tomar la iniciativa, lo iba a hacer, porque no había dejado de pensar en Manu mientras había estado en su casa y eso era la primera vez que le pasaba con alguien.

Esa noche, Raquel había asumido que iba a hablar con él y el estado de nervios que tenía la hizo beber más de la cuenta. Por otra parte, pensó que quizá eso también la ayudaría a soltarse.

El caso es que en un momento de la velada en que se había sentado en una silla, comenzó a balancearse sobre ella, mientras miraba embelesada a Manu,

pensando seguramente cuál sería el mejor momento para intentar un acercamiento. Con lo que no contó fue con que el alcohol no es buen amigo del equilibrio, y la pobre, en uno de esos balanceos, se cayó de espaldas con las piernas para arriba, como una cucaracha, y fue incapaz de moverse de esa postura durante un buen rato.

Pobrecita mi Raquel.

Nos dio tal risa a todos por el castañazo que se había dado y encima por verla con las piernas levantadas, enseñando las braguitas de peto que llevaba, que no pudimos acercarnos ninguno a ayudarla.

Seguimos un buen rato riéndonos sin parar y Raquel, que aún no había asimilado que se encontraba en el suelo, seguía allí tirada, con las piernas en alto y sin moverse.

El único que atinó a ayudarla fue Manu, que se acercó muy serio y le agarró la cabeza preguntándole si se encontraba bien.

Ella asintió muerta de vergüenza, porque en ese preciso instante fue consciente de lo que le había pasado.

Con la ayuda de Manu y la mía, que ya había conseguido dejar de reírme, la levantamos y la acompañamos a la habitación. Me quedé con ella mientras se ponía el pijama y se acostaba. Entonces empezó a llorar.

—¡Qué vergüenza, por Dios! No voy a salir de esta habitación en la vida.

Intenté reprimir las risas que aún me venían cada vez que la recordaba en el suelo y con las piernas en alto.

—No seas tonta, ha sido gracioso.

—Claro, para vosotros. —Se tapó la cara con las sábanas.

—Bueno, ya verás como dentro de unos días te ríes tú también —le dije para intentar calmarla.

—Lo peor de todo ha sido cuando he visto a Manu. Entonces he sido consciente de lo que había ocurrido y me he muerto de vergüenza. Si tenía alguna posibilidad con él, desde luego la he perdido esta noche. Vaya idea va a tener de mí.

Estaba claro que se le había pasado la borrachera de golpe... ¡y nunca mejor dicho!

—No digas tonterías. Él no te va a juzgar por una torpeza. Si no, apañada iba a estar yo.

Conseguí que esbozara una leve sonrisa.

—¿Tengo que recordarte la que lie en el plató con el nitrógeno líquido? ¿O que le tiré toda la comida por encima a Oliver?

Raquel seguía sonriendo levemente, pero enseguida se puso seria otra vez.

—¿Cómo está la cosa entre vosotros? —me preguntó algo preocupada.

—Simplemente no está, Raquel. Pero no me apetece hablar de ello ahora. Ya habrá tiempo de ponernos al día sobre eso —le contesté, mientras me dirigía hacia la puerta.

Le dije adiós con la mano y apagué la luz de la habitación.

—Descansa, guapa.

—Gracias, Tesa.

Cerré la puerta del dormitorio tras de mí con una sonrisa por haber ganado una amiga tan buena como ella.

Cuando me di la vuelta, me topé de frente con Manu, que había estado esperando fuera, preocupado por su estado.

Era un cielo de chico y, pese a que no se lo había dicho a Raquel, estaba convencida de que los dos acabarían juntos. Eran muy buenas personas y estaba segura de que se gustaban. Todo era cuestión de tiempo y, aunque lo que había pasado esa noche era un revés en la voluntad de acercamiento de Raquel hacia él, estaba convencida de que ahora sería Manu el que se aproximaría a ella. Tenía claro que entre ellos acabaría saltando la chispa, si es que no lo había hecho ya.

La semana pasó deprisa y llegó el sábado y, por tanto, la fiesta que les habían preparado a Pedro y Carmen.

Estábamos las tres de los nervios.

Raquel porque había recuperado la confianza en sí misma y había decidido que esa noche hablaría con Manu sobre sus sentimientos.

Es curioso cómo a veces te sorprenden las personas. Raquel, una chica que nunca había tenido ninguna relación y que por tanto no poseía experiencia en esas lides, tenía sin embargo más determinación que cualquier otra mujer y estaba dispuesta a superar sus miedos y su vergüenza con tal de conseguir lo que quería.

La admiraba mucho por ello.

Lara, por su parte, estaba nerviosa porque iba a intentar seducir a Oliver y

me había pedido que yo grabara su encuentro.

Así que yo estaba nerviosa por cómo le iría a Raquel, por volver a ver a Oliver en un ambiente distendido y, por supuesto, por lo que más nerviosa estaba era porque Lara estaba decidida a llevar a cabo su plan y no sabía cómo podría pararla.

Intentamos arreglar a Raquel para la ocasión con ropa que le prestamos para que estuviera algo más provocativa y, tal como hicimos cuando estuvimos en Canarias, la ayudamos también con el pelo y el maquillaje. El resultado volvió a ser espectacular y estaba guapísima.

¡Tenía que ser uno muy tonto para no ver lo preciosa que era, tanto por dentro como por fuera!

De Lara mejor no hablar. Más carne no podía enseñar. Más curvas no podía marcar. Más sexy no podía ir... la muy asquerosa.

Yo también me arreglé y, para ser sincera, diré que esa noche tenía el guapo subido. No iba tan provocativa como Lara, pero me sentía muy bien con mi *look* y eso me hacía estar muy segura de mí misma.

—¿Habéis cogido condones, chicas?

Evidentemente la pregunta la había formulado Lara.

Raquel la miraba como si hubiera gritado «fuego» o algo por el estilo.

—Pero ¿de eso no se encargan los hombres? —preguntó algo aturdida.

—¡Ay, Raquel, por Dios, no me seas antigua! —le contestó Lara, poniendo los ojos en blanco.

»Tú llévate cinco o seis por si acaso. Toma. Y recuerda: “Nunca es tarde si la polla es buena”.

No sé qué impresionó más a Raquel, si lo de que cogiera «cinco o seis» o el refrán tan acertado de Lara. Su cara era un poema.

—Tú déjate llevar y ya está, Raquel. Que sea él el que coja la batuta. Además, ya verás como todo va a ir bien —le dije para relajarla un poco.

Cuando llegamos a la discoteca, la pobre estaba hecha un verdadero flan. Aun así, no se amilanó y fue en busca de Manu, con el que pasó la mayor parte de la noche. Hasta donde yo pude observar, estuvieron charlando muy a gusto los dos. Se notaba la buena sintonía que había entre ambos.

A quien perdí de vista enseguida fue a Lara.

Por suerte, tenía vigilado a Oliver, que estaba en la otra punta del reservado

que nos habían preparado para que tuviéramos algo más de privacidad. Nuestras miradas se encontraron en varias ocasiones. Bastantes, a decir verdad. Era como si él también estuviera pendiente de mí.

Como de costumbre, estaba guapo a rabiar.

¿Cómo podía tener siempre ese aspecto de recién salido de la ducha, pero a la vez perfectamente arreglado? Llevaba un traje que se adaptaba de maravilla a su escultural cuerpo. Además, se había dejado una barbita de tres días que lo hacía más interesante aún si cabe.

Empezaba a pensar que Lara tenía razón en eso de que era hombre de muchas mujeres. Candidatas no le faltaban, desde luego. No había más que ver todas las Barbies que lo rodeaban. Entre todas no sumaban una neurona, pero si quisieran hacer una muñeca de silicona, ahí tenían material suficiente para un regimiento entero.

Pero la mayor Barbie de todas era Sylvia, la presentadora. La *sorra*. Cada vez le tenía más manía. Era una sobona de mucho cuidado y no hacía más que restregarle las tetas a Oliver cada vez que podía.

Para colmo de mis males, en la discoteca pusieron salsa y, cómo no, la Barbie Sorra Presentadora, agarró a Oliver como si no hubiera un mañana y empezó a bailar con él.

¡Ojalá resbalara con aquellos tacones que llevaba, se torciera un tobillo y se la tuvieran que llevar a Urgencias!

¡Noooooo... eso no! Que seguro que si le pasaba algo así, Oliver la acompañaría al hospital y luego pasaría la noche con ella cuidándola y le daría besitos de buenos días por la mañana.

¡Arggggh!

¿Y si simplemente le deseaba que le diera una tremenda diarrea?

¡Me estaba volviendo muy mala!

Siguiente canción. *La mordidita*, de Ricky Martin.

¡Joder con la cancioncita! Sólo me traía a la mente a Oliver y su traje.

Por suerte para mí, había conseguido soltarse de los tentáculos de Sylvia y se había ido a pedir a la barra, desde donde me miraba insistentemente. Parecía que quisiera acercarse a mí. Sin embargo, estábamos rodeados de demasiada gente, y toda del programa. Cualquier aproximación sería un peligro potencial para los dos, ya que cada vez que estábamos cerca saltaban chispas y aquél no era el

lugar indicado para que eso ocurriera.

La burbuja se había formado a nuestro alrededor a pesar de la distancia y como por arte de magia en ella sólo estábamos él y yo.

Mi atención iba de sus ojos lujuriosos a sus labios húmedos, carnosos. Y, mientras, él me recorría entera con su mirada.

¡Joder, en aquel reservado había subido la temperatura!

Oliver seguía comiéndome con los ojos, mientras yo seguía bailando sólo para él.

—¿Cómo va la noche...? ¿Ya te has tirado a alguien?

Lara acababa de aparecer de la nada y, sin saberlo, acababa de explotar nuestra burbuja.

Iba bastante despeinada y no llevaba nada de pintalabios.

—Ya veo que tú sí —le contesté bastante contrariada.

Por su culpa se había roto el lazo invisible que se había creado entre Oliver y yo.

—No, qué va. Sólo he estado guarreando con un tío para ponerme a tono para llevar a cabo mi plan con Oliver y ahora mismo tengo un calentón descomunal. Así que me voy directa a por él, porque si tiene buen olfato, notará lo cachonda que estoy y me será muy fácil ponerlo donde quiero.

Ahora a la que estaba a punto de darle una diarrea era a mí. Tenía el estómago del revés sólo de pensar en Oliver besando a Lara.

—Estate atenta y, en cuanto veas que salimos fuera, te vienes detrás con el móvil y nos grabas, ¿ok?

Asentí sin ganas.

No estaba preparada para lo que venía a continuación. Seguramente Oliver caería en sus redes y yo no sólo iba a verlo en primera fila, sino que encima tenía que grabarlo también.

¡Aquello era una maldita pesadilla!

Lara no tardó en conseguir que Oliver saliera con ella. Los seguí muy de cerca con el móvil ya grabando.

Cuando llegué al callejón, la imagen que vi me superó.

Ojalá nunca hubiera conocido a Oliver.

CAPÍTULO 16

La lengua de Lara debía de estar acariciando la campanilla de Oliver.

¡No me lo podía creer!

Lo había empotrado contra la pared y ahí estaban los dos, besándose con tanto ímpetu que parecía que nada ni nadie les importara, incluidas las cláusulas del contrato.

La imagen me quemaba las retinas.

Empecé a ahogarme. Me faltaba el aire. Verlos juntos de esa manera, me dolía como si me clavaran mil alfileres a la vez en el corazón.

Entré como pude de nuevo a la discoteca y busqué a Raquel. No la encontré.

Aún llevaba el móvil en la mano. Corté la grabación y le di al Play.

Tenía la ingenua esperanza de que la oscuridad del callejón me hubiera hecho confundir las cosas, pero para mi desgracia, las imágenes estaban ahí. Claras y nítidas como yo las había visto.

Oliver se había dejado llevar y Lara había conseguido su objetivo.

Comencé a sentir mucha ansiedad. Notaba una fuerte opresión en el pecho que no me dejaba respirar.

Me dolía. Mucho.

—Tesa, ¿estás bien? —me preguntó Raquel.

No había sido consciente de que estaba allí mismo, a mi lado, hasta que me preguntó.

El nudo que tenía en la garganta me impedía contestarle. Una lagrima rodó por mi mejilla.

—Tesa... pero ¿qué ha pasado?

Me volví hacia la voz que ahora me preguntaba. Manu estaba al lado de ella.

Seguía sin poder contestar. Sólo quería salir corriendo de allí.

—¿Dónde está Lara, Tesa? —me preguntó Raquel, al tiempo que miraba en todas direcciones—. Tampoco veo a Oliver. —De repente abrió los ojos de par en par.

Acababa de atar cabos y ser consciente de por qué me hallaba en aquel estado.

—Vale, Manu, nos vamos. Sal fuera y pide un taxi para los tres. Sin hacer preguntas por favor —dijo Raquel, adelantándose a las posibles cuestiones que fuera a plantear él.

Manu no replicó.

—Se han liado, ¿verdad? —Raquel me lo estaba afirmando más que preguntando.

Cómo me dolía oírlo. Me dañaba directamente el corazón.

Asentí y con ello asumí de golpe lo ocurrido.

El dolor inicial se tornó entonces rabia, ira, odio. Había sido una estúpida. Lara me lo había advertido: «Oliver es un picaflor de mucho cuidado». Pero yo no la había querido creer.

Esa noche no sólo se abrirían los ojos de la amiga de Lara, sino que también se habían abierto los míos. De golpe. De un duro e hiriente golpe.

La rabia recorría ahora mi cuerpo. La ira invadía mi corazón.

¿Cómo podía haber sido tan idiota?

Oliver entró en ese preciso momento en el reservado y, como si de un potente imán se tratara, mi cuerpo giró en su dirección y mi vista automáticamente se centró en él.

Lara no lo acompañaba. Estaría recuperándose aún de lo que quisiera que hubieran hecho.

De repente, guiada por la rabia que me quemaba por dentro, me dirigí hacia Alberto, pasando por delante de Oliver, que me miraba con un gesto indescifrable para mí.

—Quiero bailar contigo, Alberto. Enséñame.

Y nuestro compañero, que era un tío que estaba encantado de conocerse y al que por tanto le encantaba lucirse, no dudó un segundo en sacarme a bailar. Dejó su copa sobre la barra y me agarró por la cintura tirando de mí hacia él.

Dejé que me manejara a su antojo y, viendo lo fácil que se lo estaba poniendo todo, él me pegó más a su cuerpo y empezó a bailar de una manera

más sensual.

Oliver nos miraba fijamente. Tenía la mandíbula en tensión y diría que en sus ojos había rabia contenida, pero debían de ser imaginaciones mías.

No obstante, comencé a mover las caderas de una forma yo también más sensual. Habían puesto bachata y pegué mi sexo a la caliente y dura entrepierna de Alberto. Estaba claro que el bailecito que nos traíamos le había afectado.

Oliver no nos quitaba la vista de encima y, aprovechando eso, besé a Alberto.

Al principio él intentó separarse, pues lo había pillado por sorpresa, pero no tardé en convencerlo de lo contrario y me siguió el juego. Seguíamos bailando sexo contra sexo y boca contra boca.

¡Ya me daba igual todo! Al fin y al cabo, el chico no besaba mal y calmaba mi rabia interior.

—Alberto, tengo que hablar con Tesa.

Reconocí a la perfección la intensidad de aquella voz. Oliver estaba justo a mi lado.

El pobre Alberto estaba totalmente confuso. Demasiadas cosas en tan poco tiempo. Demasiados cubatas para tan poca neurona.

—Pero ¿de qué vas tío? —contestó, sin ser consciente aún de quién le había hablado.

En cuanto lo fue, me soltó y se fue para la barra a por su cubata. Me imagino que no quiso replicarle a la persona que decidía si se iba o se quedaba en el concurso.

Yo estaba que trinaba. Eché a andar en busca de él otra vez, pero Oliver me cogió de la mano y tiró de mí arrastrándome hasta el callejón oscuro donde minutos antes había estado besándose con Lara.

—Suéltame, imbécil.

Él se paró en seco y se volvió hacia mí.

—¿¡Perdona!?

Me había soltado la mano y la expresión de su cara lo decía todo. Estaba muy muy cabreado.

—Lo siento. No he debido decirte eso —respondí a modo de disculpa.

Lo sentía de veras, a pesar del daño que me había hecho. No era propio de mí insultar a nadie por muy dolida que estuviese.

—¡Joder! —dijo gritando y apretando los puños con fuerza.

Se separó de mí y empezó a dar vueltas. Estaba furioso. No paraba de pasarse la mano por el pelo y de caminar arriba y abajo.

Al cabo de unos interminables segundos de silencio, se volvió y vino hacia mí.

—¿Qué cojones hacías besando a ése? ¡Joder, Tesa! —me gritó muy enfadado.

—¿¡Perdona!?! —Ahora era yo la que estaba indignada—. ¡¿A ti qué coño te importa?! Yo beso a quien me da la gana —le espeté.

Volvió a separarse de mí. Tenía la respiración muy agitada y maldecía constantemente.

Decidí irme de allí. Entre nosotros estaba claro que no podría haber nunca nada.

Me dirigí hacia la puerta de entrada, pero cuando empecé a abrirla, Oliver la cerró de un golpe seco.

—Aún no he terminado contigo —dijo colérico.

—Pues yo sí, Oliver, así que déjame que me vaya.

Estaba demasiado alterada como para seguir hablando con él.

—¡Eres... eres...! Joder, Tesa... ¿por qué has tenido que hacer eso? —Había elevado otra vez el tono de voz—. Pensaba que tenías algo más en la cabeza y que eras diferente al resto de mujeres... pero ya veo que me he equivocado por completo contigo.

Hablaba como si estuviera muy disgustado y muy dolido al mismo tiempo.

Esas palabras fueron peor que ver todos los besos que le pudiera dar a cualquier mujer. Peor que una puñalada directa al corazón. Peor que todo. Estaba claro que Oliver estaba muy decepcionado conmigo.

—Eres igual que el resto —siguió gritándome, ahora con rabia contenida—. Has vuelto a beber hasta perder los papeles y te has magreado delante de todo el mundo con el capullo ese, dándote igual que yo te viera. Esperaba algo más de ti, la verdad. ¡Qué decepción!

Sus palabras eran una mezcla entre desengaño y amargura.

Pero mis sentimientos hacia él no se quedaban atrás en ese sentido. Oliver no tenía derecho a decirme todo eso, después de lo que había pasado entre Lara y él.

Yo también me sentía muy dolida y decepcionada de sus hechos y de sus palabras. Estaba siendo muy hiriente y tremendamente injusto conmigo. Al fin y

al cabo, entre nosotros no había nada, ni lo habría, según sus propias palabras, así que... ¿por qué no podía enrollarme con quien me diera la gana?

Pero no fui capaz de articular palabra. No fui capaz de defenderme y, sobre todo, no fui capaz de poner las cartas sobre la mesa.

Me fui de allí y esa vez no me lo impidió.

Raquel y Manu me esperaban con el taxi en marcha y pusimos rumbo a la casa de Guadalix.

Me tiré todo el camino llorando. La noche me había sobrepasado en todos los sentidos. Estaba desbordada, decepcionada y me sentía tremendamente vacía.

Ahora no sólo me quemaba el corazón el dichoso beso entre Oliver y Lara, sino que también lo hacían las duras palabras que él me había dirigido.

La imagen que se había formado de mí no tenía nada que ver conmigo. En realidad, mi actitud de esa noche sólo había sido fruto del despecho. Yo misma sentía asco por lo que había hecho. Había sido un arrebato infantil, producto del enfado surgido por verlos besarse.

Cuando llegamos a la casa, nos encontramos a Lara sentada sobre su cama. Estaba desmaquillándose y, a pesar de que debería estar exultante porque su plan le había salido genial, no era así. En realidad estaba llorando.

—Lara, ¿qué te pasa? —le preguntó Raquel en cuanto vimos cómo se encontraba.

Ella se derrumbó y empezó a llorar desconsolada.

Cuando pasó un buen rato y fue capaz de hablar, nos contó que había llamado por teléfono a su amiga para contarle lo de Oliver, pero que ella, sin dejarla siquiera abrir la boca, empezó a contarle que se había dado cuenta de que estaba locamente enamorada del chico con el que compartía piso y que había iniciado una relación con él.

Lara lloraba amargamente.

—Todo este tiempo esperando que se diera cuenta de que yo estaba ahí, haciendo lo máximo por y para ella y ahora todo se va a la mierda. Se ha enamorado del gilipollas con el que vive. ¡Joder... la vida es una puta mierda!

Raquel intentó animarla un poco, pero yo no estaba de humor. Me puse el pijama de mala gana y me metí en la cama. Luego me volví dándoles la espalda. No quería que me vieran llorar.

—Tesa... ¿te pasa algo? —Lara no era tonta y, a pesar del disgusto que tenía,

sabía que algo me ocurría.

—Está cansada —le dijo Raquel, para excusar que yo no le contestara.

No podía hablar. El nudo de mi garganta me lo impedía.

—No... aquí pasa algo más, ¿verdad? —insistió Lara.

¿A quién quería yo engañar? Ella era mi compañera de cuarto y ya me conocía lo suficiente como para saber que sí, que algo más ocurría.

—Me voy del concurso —dije.

—¿¡Qué!?! —preguntaron las dos al unísono.

—Lo que habéis oído.

—¡Tesa, no puedes hacer eso! —Raquel me lo decía muy en serio, porque sabía lo que había detrás de esa decisión.

—Sí, sí que puedo. Mañana mismo firmaré mi renuncia.

—Pero ¿qué coño me he perdido? —Lara había dejado de llorar y me miraba atónita.

Puff... Me eché las manos a la cara. Me había hundido por completo. Había tocado fondo y las lágrimas comenzaron a brotar incontroladamente.

—Está enamorada de Oliver —soltó Raquel sin más.

—¿¡Qué?! —Lara alucinó con lo que acababa de oír.

Quise echarle la bronca a Raquel por haberlo desvelado sin mi permiso, pero simplemente no pude. Estaba ahogada en lágrimas.

—Pero ¿de qué estás hablando Raquel? —le preguntó Lara incrédula.

—Hablo de que se ha enamorado de Oliver y tú vas y te lías con él esta noche, delante de sus narices.

—¡Perdona... pero a mí nadie me había informado de que Tesa sintiera algo por él! Es más, te recuerdo que se ofreció voluntaria para grabar el vídeo cuando yo me enrollara con él —le espetó Lara no sin razón.

—Todo es culpa mía, chicas. Se me ha ido de las manos —dije, hecha un mar de lágrimas.

—Joder, Tesa... ¿por qué no me dijiste lo que sentías? —Lara aún estaba procesando la información.

Nos quedamos las tres en silencio un largo rato.

—En realidad ya da igual, Lara. Oliver es un mujeriego, como tú decías, y conmigo sólo ha jugado. Al menos has podido desenmascararlo. Mi relación con él nunca hubiera llegado a ningún puerto.

Lara me miraba extrañada. Seguía asimilándolo.

—¿De qué estás hablando, Tesa? ¿Es que has tenido algo con él? Y, por cierto, yo no he conseguido desenmascarar a Oliver. Es más, lo único que he hecho ha sido ponerme en ridículo y encima para nada. Hacía mucho tiempo que un hombre no me rechazaba de una manera tan contundente.

—¿Rechazarte? Pero ¡si os estabais besando! —le espeté yo.

—Sí, hasta que me ha dado un empujón para que me apartara de él y me ha gritado que no volviera a hacer eso en mi puta vida.

—¿Oliver te ha dicho eso...? —pregunté, con una sonrisilla de tonta en la cara.

—Sí, Tesa. Me ha mirado con tal cara de asco, que he sentido muchísima vergüenza de mí misma. Le he pedido perdón de inmediato y me ha aceptado caballerosamente las disculpas, pero me ha exigido que no vuelva a acercarme a él en la vida. Estaba de verdad furioso.

Las mariposas se me habían revolucionado de nuevo. Estaban locas de contentas al saber que Oliver había rechazado a Lara con tanta rotundidad.

Lo que ella acababa de desvelarnos significaba que, en realidad, no era el capullo que yo creía. Es más, a mí no sólo no me había rechazado, sino que encima me había besado diciendo que no podía controlarse cuando estaba conmigo. Quizá, después de todo, a lo mejor yo sí le interesaba.

Pero de repente me vino a la cabeza mi beso con Alberto.

¡Mierda! ¡Vaya metedura de pata por mi parte!

La había fastidiado con Alberto. Aunque, sinceramente, eso era lo que menos me preocupaba en ese momento.

Quien sí me importaba era Oliver. Ahora entendía por qué se había puesto así conmigo. Ahora entendía su reacción. Él no andaba por ahí besándose con cualquiera. Sin embargo, yo sí lo había hecho.

¡Oh, Dios mío! Empezaba a ser consciente también de que Oliver no volvería a confiar en mí. Le había fallado y eso probablemente había sido para él la gota que colmaba el vaso.

CAPÍTULO 17

El domingo fue horrible. Me desperté con dos sensaciones encontradas.

Por un lado me sentía feliz por el rechazo de Oliver a Lara, pero por otra parte sabía que sería muy difícil que él volviera a confiar en mí. Yo no hacía más que fastidiarla y esta vez sabía que lo había decepcionado enormemente.

Quería llamarlo, hablar con él y excusarme por mi comportamiento de la noche anterior, pero las normas del programa me lo impedían. No debíamos tener ningún contacto con los jueces más allá del estrictamente profesional mientras durase el concurso, una norma que Oliver y yo ya habíamos infringido en varias ocasiones.

Aun así, esta vez no podía arriesgarme y que todo se fuera por la borda. Además, probablemente él tampoco quisiera hablar conmigo por esa misma razón. Bueno, por ésa y porque lo había decepcionado.

¡Cómo me pesaba haber besado a Alberto! Encima lo tendría que seguir viendo todos los días y, por si eso fuera poco, los demás compañeros de la casa también habían presenciado la escenita. ¡Me quería morir!

—¡Buenos días! ¿Cómo van los ánimos?

Raquel, que ya estaba levantada, duchada y vestida, lucía una de sus mejores sonrisas. Estaba especialmente contenta. Entonces caí en la cuenta.

—¡Oyeee! Con tanto lío no te hemos preguntado cómo te fue ayer con Manu —dije, mirándola con toda la expectación del mundo.

Lara se incorporó de inmediato en su cama.

—No me digas que tú si follaste ayer, porque entonces ya me pego un tiro —lloriqueó Lara—. He perdido todo mi poder de seducción —terminó diciendo, mientras se volvía a tumbar y se tapaba hasta la cabeza.

—¡Pues mira, si no lo hice tal vez fue por vuestra culpa! —le espetó Raquel.

—¿Qué?! —dijimos Lara y yo al unísono.

—Lo que oís. Cuando me encontré contigo en la discoteca, Tesa, sólo volvía para deciros que me iba con Manu a... Bueno, a buscar un sitio donde seguir hablando tranquilamente... ya sabéis...

—La madre que la parió. ¡Se lo iba a beneficiar la muy puta!

—¡Lara! —le reprochamos Raquel y yo al mismo tiempo.

—Qué Lara, ni qué Lara... si no llega a ser porque se torció la noche como se torció, ésta hubiera venido esta mañana con el chocho «to sollao» de tanto darle. Que a las mosquitas muertas me las conozco yo. Luego son las peores.

Me había dado un ataque de risa por la bestialidad que Lara había soltado y Raquel, que no había podido contenerse, también se reía con ganas. Se había tomado a bien el comentario, porque sabía que en el fondo llevaba algo de razón. Sin embargo, entre las dos nos habíamos cargado su posible noche de pasión con Manu.

Las risas de primera hora habían hecho que empezara la mañana con buen pie. Sin embargo, el resto del día no fue tan alegre.

Pero como diría Jack el Destripador: «Vayamos por partes».

Lo primero que hice fue llamar a la puerta de la habitación de Alberto. Me abrió Gorka, con cara de mucho sueño.

—¿Tú eres consciente de que me estás pidiendo que te abra las puertas de Mordor...? Es más, ¿eres consciente de que me estás pidiendo hablar con el mismo Sauron? —me preguntó.

—Gorka, déjame pasar. No creo que sea para tanto —le repliqué.

Pues sí, sí lo era. ¡Jamás!, repito y escuchadme bien... ¡jamás entréis en el cuarto de tres tíos por la mañana sin una máscara antigás!

Casi caigo noqueada por la pestilencia de la habitación.

¡Si en esos momentos alguien hubiera encendido un mechero, hubiera explotado todo Guadalix de la Sierra, fijo!

Me fui directa a abrir la ventana. No quería morir allí mismo, contaminada por la radiación.

—Tesa, ¿qué coño quieres?

—Buenos días a ti también, Alberto.

—Oye, más vale que te largues de aquí. —Me miraba con rabia—. No quiero tener nada que ver contigo. Ayer se nos fue la pinza a los dos, pero no hay y no

va a haber nada entre nosotros... ¿ok? No le demos más importancia de la que tiene.

—¡No puedo estar más de acuerdo contigo, Alberto! Me alegro de que lo hayamos aclarado —dije muy aliviada mientras salía por la puerta.

¡Una cosa arreglada!

Lo siguiente que debía solucionar era la llamada perdida de Noel de la noche anterior. ¿Por qué demonios había roto el pacto llamándome?

¡Un momento!

Saqué cuentas. Ya se había cumplido un mes desde que nos enrollamos por primera vez y había expirado por tanto nuestro trato de que no podíamos hablar por teléfono.

¡Vale! Un problema añadido.

O no. A lo mejor debería dejarlo entrar en mi vida y olvidarme de Oliver de una vez por todas. Aunque lo que sentía por uno no tenía nada que ver con los sentimientos que me despertaba el otro.

Con Noel todo era fácil, tranquilo, sosegado. Estaba a gusto y nos entendíamos en la cama. Me lo pasaba realmente bien con él y siempre estaba ahí cuando lo necesitaba.

Sin embargo, con Oliver todo era complicado, turbio. Había mucha pasión entre nosotros, más de la que nunca creí que pudiera existir entre un hombre y una mujer. Lo deseaba con la sinrazón con la que se desean los polos opuestos. Eran un imán para mí, con su polo positivo y su polo negativo. Lo era todo y a la vez no podía ser nada.

El móvil volvió a sonar de nuevo, sacándome de mi debacle emocional. Esta vez era un wasap.

No estarás evitándome, ¿verdad, Culo Bonito? Tu plazo ha terminado y, según tus propias reglas, ya puedo llamarte cuando me apetezca. Y, mira por dónde, me apetece ahora mismo. Quiero darte los buenos días, así que haz el favor de cogerme el teléfono.

El móvil empezó a vibrar. La cara de un Noel muy sonriente apareció en la pantalla.

—Hola, preciosa.

—Hola, Noel. Oye estoy algo ocupada y... —Noel me cortó.

—¿Ocupada un domingo?

—Sí, bueno... es que hoy me toca hacer la comida para todos y tengo que empezar ya —mentí.

—¿A las diez de la mañana?

No sabía qué decirle. Era obvio que estaba intentando colgarle.

—Tesa, ¿qué pasa? No soy idiota, ¿sabes?

—Ya lo sé, Noel y lo siento de veras, pero me pillas en un momento malo. Necesito aclararme las ideas. Yo... —No sabía qué más decirle.

—Está bien, Tesa. Si no te apetece hablar conmigo, lo entiendo. Sólo quiero que sepas una cosa, ¿vale? Siempre estaré aquí. Si me necesitas, no tienes más que llamarme.

—Gracias, Noel. Eres un cielo.

Colgamos. De repente sentí pánico. Sentí miedo a quedarme sola. Miedo a perder a un hombre tan bueno como aquél y todo por perseguir un imposible.

Le había dicho a Noel que tenía que preparar la comida para todos los de la casa y, aunque había sido una excusa para deshacerme de él, pensé que quizá no sería tan mala idea después de todo. Así mantendría la cabeza ocupada y no preocupada, como decía un profesor mío.

Me puse manos a la obra. Miré en la nevera con qué alimentos contábamos y empecé a buscar recetas en internet. Cuando la mayoría bajó a desayunar, yo ya había empezado a cocinar.

—Me he levantado con ganas de trastear en la cocina, así que hoy hago yo la comida —expliqué.

Les pareció perfecto. Una cosa menos de la que preocuparse, pensaron la mayoría.

Me embarqué en una complicación tras otra, ya que quise hacerles una comida a base de picoteo, con tapas cuya elaboración era bastante laboriosa, debido a la gran cantidad de elementos que las conformaban.

En el último momento, cuando sólo quedaban por terminar de dorarse un par de cosas, salí al huerto que teníamos a por unos tallos de cebollino que me ayudaran con la decoración de los platos.

Empecé a recogerlo, lo lavé en la pila y vi que también había varias lechugas que estaban ya para ser recogidas. Cuando me agaché a por ellas, me fijé en que había un topo delante de mí paralizado y observándome. Tenía medio cuerpo fuera del túnel que había excavado y no me quitaba el ojo de encima. Ninguno

de los dos se quería mover primero. El topo por miedo y yo porque sabía que, en cuanto lo hiciera, se metería dentro de su conducto y lo perdería de vista.

Aproveché que el ruido de unas sirenas aproximándose desviaron su atención e intenté cogerlo, pero fue más rápido que yo. Se perdió dentro del túnel y, aunque metí la mano hasta donde pude, no logré hacerme con él.

Las sirenas cada vez se oían más fuertes.

Entonces lo vi al otro lado del huerto. Se había vuelto a asomar y me buscaba con la mirada. Intenté acercarme muy despacio y justo cuando ya creía que podría cogerlo por lo cerca que lo tenía, me lancé. Pero tampoco tuve suerte. Me fui corriendo al otro agujero, con el presentimiento de que volvería a asomar por allí. No me falló la intuición. Lo agarré por el pescuezo y lo saqué de su agujero. Por supuesto, no quería hacerle ningún daño. El pobre empezó a temblar y me dio mucha pena. No debía haberlo sacado de su entorno, pero llevábamos ya varios días detrás de él, porque con sus túneles nos estaba destrozando todo el huerto.

Entonces empezó a mover la nariz. Estaba oliendo algo y de repente empezó a temblar aún más.

A mí también me llegó el olor que el topo había percibido.

¡No me gustaba nada!

Me volví.

¡La madre que me...!

¿Cómo explicaros el caos que se había producido?

Las sirenas pertenecían a los bomberos. El olor era del humo.

La cocina de la casa de Guadalix estaba en llamas.

La cara de Oliver fue lo primero que se me pasó por la cabeza. Pero no su cara sexy, no, veía la cara de Malas Pulgas preguntando: «¿Y ahora qué ha hecho la princesita?».

Me quería morir.

Seguro que me echaban del programa por ser un grave peligro para el resto del personal. «Tesa, agradecemos tu participación en el concurso, pero me temo que todos queremos seguir conservando nuestra vida. Vete a tu casa, bonita.»

De repente caí en la cuenta. ¿Y si se había quedado atrapado alguien en la casa y moría asfixiado? No me lo perdonaría en la vida.

Salí corriendo hacia la parte delantera, donde se encontraban los camiones de

bomberos y todos mi compañeros.

—¡Está aquí, chicos! Tesa está aquí. —Lara corrió hacia mí—. Avisad a los bomberos de que ya ha aparecido, que no es necesario que entren a buscarla.

—Tesa, por Dios... ¡qué susto nos has dado! —Raquel me abrazaba casi sin dejarme respirar.

—Pero ¿dónde coño te habías metido? —me preguntó Gorka algo contrariado—. ¿Tú sabes la que has liado? ¡Para variar!

Todos se arremolinaron a mi alrededor. Algunos con gesto de preocupación, otros muy cabreados.

Los bomberos no tardaron mucho en apagar el fuego. Era más el humo que se había formado que lo que se había quemado. No obstante, nos dijeron que la cocina había quedado inservible y que tendrían que poner una nueva.

Esa noche tuvimos que dormir todos en un hotel.

CAPÍTULO 18

A la mañana siguiente, al llegar al plató y con todo el equipo presente, nos comunicaron que mientras durara la reparación de los daños causados en la casa, nos tendríamos que seguir alojando en un hotel.

Por suerte para mí, eso alegró a muchos. No tener que preocuparse de comidas, limpieza de casa y lavadoras era algo que agradecieron enormemente. Mejor, así no me odiarían hasta la eternidad.

—Ahora, con que no nos quemes el hotel, todo irá bien, Tesa —dijo el gracioso de Gorka.

Todos le rieron la ocurrencia, incluido Oliver, que parecía estar de buen humor.

De lo que más tarde nos enteramos fue de que en realidad el incendio no lo provocó un descuido mío. Por lo visto, la cocina no había funcionado correctamente y había soltado más gas del debido, provocando la deflagración. Los bomberos nos explicaron que había sido una suerte que nadie estuviera allí en ese momento, ya que de lo contrario habría sido muy probable que hubiera sufrido graves daños o incluso la muerte.

«Uff... de la que me había librado.»

Hasta entonces no había sido consciente de lo que me podría haber ocurrido y sólo pensar en ello hacía que me sintiera eufórica por lo afortunada que había sido.

En general se respiraba un ambiente muy positivo en el plató. Todo el mundo parecía de buen humor y estábamos listos para comenzar con una especie de dinámica de grupo en la que nos enseñarían la importancia de trabajar en equipo y de confiar en los compañeros a la hora de sacar un trabajo adelante.

Josean, el psicólogo, nos iba a explicar en qué consistía el ejercicio, cuando

Javier, uno de los concursantes que menos conocía debido a la timidez que siempre había demostrado, pidió hablar con todos.

Pararon la actividad, porque parecía bastante importante lo que tenía que decir. Su mujer había dado a luz a una preciosa niña, pero se había adelantado bastante, por lo que la pequeña debería permanecer durante un tiempo en la incubadora.

Evidentemente, Javier estaba como loco por ir a conocer a su hija, pero además, dadas las circunstancias, ya no volvería al programa. Como era lógico, no quería dejar sola a su mujer en un momento así.

Nos despedimos de él y le deseamos lo mejor. Javier abandonaba un proyecto, pero se embarcaba en el más grande que la vida le podía ofrecer, con lo que se sentía exultante.

Los demás, felices algunos por el nacimiento del bebé y otros por tener un concursante menos del que preocuparse, continuamos con la sesión que nos tenía preparada el psicólogo.

Nos pidieron que nos juntáramos por parejas. Raquel vino directa hacia mí, pero si ella se ponía conmigo, entonces Lara se quedaría sola, así que les dije que se quedaran ellas juntas, que yo ya me apañaría como fuese.

Esa sesión se había preparado en un momento del concurso en que sumábamos un número par, pero con lo que no había contado Josean era con la marcha de Javier y que por tanto pasábamos a ser impares. En definitiva, que me había quedado sin nadie con quien hacer el ejercicio.

—Yo me pondré con ella.

Oliver se acababa de ofrecer para ser mi compañero, ante la atónita mirada de todos.

Mi subconsciente, más inconsciente que consciente, hizo la ola.

El psicólogo dudó unos instantes.

—Perdona, Oliver, pero se trata de que trabajen con los compañeros de un mismo equipo. Tu posición como jurado hace que ella no te pueda ver como un compañero más y por tanto el ejercicio no serviría de nada.

Mi subconsciente se vistió de luto ante la negativa del psicólogo de que nos pusiéramos juntos.

—Pero ¿y si ella trabajara para mí y formara parte de mi equipo de cocina?
—preguntó Oliver.

Mi subconsciente sacó los pompones de nuevo.

—En ese caso supongo que sí tendría sentido esta actividad, siempre y cuando tú trates a tus empleados como equipo y no como meros subordinados, claro —le contestó Josean.

—Por supuesto —dijo Oliver con aquella voz tan grave y penetrante que tenía—. En mi cocina todos trabajamos a la par y no hay nadie por encima de nadie. Somos un equipo donde todos suman.

—De acuerdo entonces. Por mí no hay problema si Tesa tampoco lo tiene —terminó diciendo el psicólogo.

«¿Problema yo...? Ninguno.»

Mi subconsciente había hecho tantas olas, que había provocado un tsunami en mi cerebro.

Pero ¿en qué demonios estaba pensando? Claro que existía un problema. ¿De verdad quería tener a Oliver como pareja para el ejercicio, después de todo lo que me había dicho y después de todo lo que había vivido con él? No, definitivamente no era buena idea.

Pero ¿qué contesté?...

—Por mí está bien.

¡Olé mi buen juicio! ¡Ay, Señor!

Por supuesto que sí había un problema y además éste era bastante grave. La sola proximidad de Oliver hacía que se me cortocircuitaran las neuronas y que mi cuerpo al completo se colapsara.

En ese momento se puso frente a mí, mirándome fijamente, y yo decidí no quitarle ojo a Josean, que sabía que estaba hablando, porque veía cómo movía la boca, pero escucharle lo que se dice escucharle, como que ya eran demasiadas cosas a la vez para mi atorado cerebro.

Oliver carraspeó. Lo miré. El psicólogo había dejado de hablar. Por lo visto ya había terminado de explicar lo que teníamos que hacer y Oliver estaba esperando a que yo comenzara con la actividad.

—Tesa, ¿algún problema con el ejercicio? —me preguntó Josean, que por lo visto era muy buen psicólogo y parecía intuir que algo no marchaba bien—. Tienes que contarle a Oliver algo de ti que él desconozca, algo íntimo de lo que normalmente te cueste hablar. Un secreto, por ejemplo —terminó diciendo.

—No, no hay problema.

Pero de nuevo sí lo había. Estaba completamente bloqueada.

Josean nos observaba y Oliver esperaba impaciente.

—Yo... —Carraspeé.

Las demás parejas habían empezado ya con el ejercicio.

Oliver seguía mirándome con aquellos ojazos azules que me taladraban. Estaba tan arrebatador. Vaqueros claros rotos, jersey de cuello vuelto negro, pelo alborotado y aquella boca...

¡Dios, así era imposible concentrarse!

Él se aproximó más a mí. Se quedó tan cerca que podía sentir su respiración.

—Yo... —Seguía sin poder abrirme.

¿Por dónde empezar? ¿Qué contarle? Con cualquier otra persona no hubiera tenido ese problema, habría contado cualquier cosa y listo. Pero con Oliver no sabía qué decir. Era mi oportunidad de que me conociera y, sin embargo, no se me ocurría qué mostrarle de mí.

—Lo siento, estoy bloqueada —dije separándome un poco.

Estaba muy nerviosa y la situación me superaba. Las últimas palabras que me había dirigido habían sido muy despectivas, aunque ahora lo tenía allí delante por voluntad propia y sin saber qué intenciones llevaba.

Y por si todo eso no fuera suficiente, además tenía que contarle algo íntimo sobre mí. Definitivamente, me sentía sobrepasada.

—Está bien —dijo el psicólogo, dirigiéndose a todos en general—. He detectado parejas que han hecho el ejercicio sin esfuerzo y se han abierto el uno al otro contándose intimidades, mientras que otras no han podido ni siquiera comenzar, quedándose bloqueadas desde el primer momento. Vamos a hacer un descanso de treinta minutos y luego retomaremos la dinámica.

Josean se acercó a nosotros carraspeando.

—Está claro que Tesa no se siente cómoda a tu lado Oliver y por tanto es imposible que se abra a ti. Así que tu tarea durante este descanso es hacer que confíe en ti. No podremos continuar con la actividad hasta que lo solucionéis. Si eso os ayuda, podéis ir a otra sala donde estéis más tranquilos. Pero eso sí, dentro de treinta minutos os quiero aquí, conociendo ambos algo muy íntimo del otro.

Oliver me miró y yo asentí levemente. Eché a andar.

Salimos del plató.

—Ven por aquí —me pidió él.

Llegamos hasta una puerta en la que se leía su nombre. Era su camerino.

—Aquí estaremos tranquilos —añadió, invitándome a pasar.

Uff... Estaba muy nerviosa. Entré y me quedé de espaldas a la puerta, de espaldas a él en medio de la habitación. Oliver se acercó a mí por detrás. Me cogió de los hombros y me hizo dar la vuelta hasta que quedamos de frente. Nos miramos a los ojos.

La burbuja volvió. En el mismo instante en que nos miramos, nuestros cuerpos conectaron, la atracción surgió y la burbuja nos rodeó.

Silencio. Ninguno de los dos lo quería romper.

Me sentía en casa. Me sentía cómoda. Ahora sí que se lo contaría absolutamente todo de mí.

Pero ¿por qué no lo había hecho antes? ¿Qué había cambiado?

Seguimos en silencio hasta que él lo rompió.

—Tesa... siento todo lo que te dije el otro día. Yo... realmente no lo pienso. Me comporté como un verdadero imbécil.

—Gracias —es todo lo que atiné a decir.

—Sé que no eres como las demás. Únicamente te solté todo aquello porque sentí ce... —Carraspeó—. Nunca debí gritarte y mucho menos decirte las cosas que te dije.

Dio un paso adelante. Yo bajé la vista. Oliver me agarró de la barbilla y me la levantó para que lo mirara. Mis ojos se encontraron con los suyos.

—Eres preciosa... —susurró, mientras me acariciaba la mejilla y me miraba con anhelo.

Nuestros cuerpos se deseaban y, como si de grandes imanes se tratara, se atraían poderosamente, como ya nos había pasado en otras ocasiones.

Aproximó sus labios a mi oído.

—Espero que seas mi brújula... —me susurró—, porque cuando estoy contigo pierdo completamente el norte.

¡Dios! Me había arrancado un gemido de lo más profundo de mi ser. Sus caricias y sus palabras me habían extasiado y mis terminaciones nerviosas comenzaban a ansiarlo todo de él. Su olor, su sabor...

Nuestros labios se encontraban a escasos milímetros. Su aliento calentaba mi boca impaciente. Una mano suya recorría mi pelo, mientras la otra seguía

acariciando mi mejilla. Éramos dos seres atraídos por una fuerza desconocida, anhelando estar juntos, deseando ser uno.

Nuestras bocas se volvieron deseosas y, sin poder remediarlo, la suya se lanzó furtivamente a mis labios, que respondieron con vehemencia. Sus besos me arrancaron sensaciones indescriptibles en todo el cuerpo. Todos los poros de mi piel respondían a su magnetismo, todas mis terminaciones nerviosas respondían a sus caricias.

¡Dios!

Mis manos volaron a su pelo. Estábamos muy excitados. Nuestros cuerpos ansiosos se preparaban para más. Los besos y las caricias nos hacían ambicionar más.

—Joder, Tesa... —susurró él recorriéndome el cuello—. Esto no puede pasar otra vez...

Pero seguía aferrado a mí. Seguía deseándome, seguía besándome como si no hubiera un mañana. Y yo... yo estaba perdida entre sus brazos, ansiándolo aún más.

Como una exhalación, se separó de mí con la respiración entrecortada y mirando al suelo avergonzado por lo que acababa de pasar.

—Éste es mi secreto —dijo casi sin aliento.

Yo no entendía a qué se refería. Aún estaba embriagada por sus besos y sus caricias y mi mente comenzaba a despertar del maravilloso sueño en el que nos habíamos sumergido.

—No soy capaz de controlarme cuando te tengo cerca. Me nublas totalmente la razón.

Acababa de abrirme su corazón. Del todo.

¡Bendita dinámica de grupo!

—Pero no podemos, Tesa. No puedo hacer esto cada vez que estamos a solas. No debo.

—Pero... —intenté replicar.

—No, Tesa. No nos conviene a ninguno de los dos. No podemos tirar nuestros sueños por la borda por un calentón.

—¿¡Perdona!? ¿Un calentón? —Había pasado de desearle a aborrecerle en un segundo—. ¿De verdad para ti esto es sólo fruto de un calentón?

¡No me lo podía creer!

—Sí y no puede ser de otra manera, Tesa. No puede haber nada entre los dos. Nunca —sentenció categóricamente—. No sería justo ni para ti ni para tus compañeros.

Y dicho eso, se fue. Salió de su camerino dando un fuerte portazo.

Cuando regresé con el resto del grupo, tuve que dar una excusa para ausentarme de la sesión e irme corriendo al baño a desmoronarme. Lo hice como si fuera una torre de naipes en medio de un vendaval. Me rompí en mil pedacitos.

No lo volví a ver en toda la semana. Según dijo tenía otros compromisos profesionales que atender y por eso no estaba acudiendo a grabar.

Me había roto el corazón. Lo que había pasado no había sido más que una triste despedida. Nuestros caminos tendrían que separarse definitivamente.

CAPÍTULO 19

La semana pasó rápidamente. No volvimos a hacer más sesiones de dinámica de grupo, aunque sí dimos una clase magistral sobre repostería. Por suerte para mí, me libré de ir a la prueba de eliminación, en la que había que elaborar una tarta con una complicación bastante alta. El que no tuvo tanta suerte fue Tommy, que después de hacer un desastre con el postre, le pidieron que abandonara el concurso.

Yo aún seguía dolida con Oliver. Saber que me deseaba y que sin embargo intentara negar lo que sentía hacia mí y que además tratase de disfrazar esos sentimientos con un simple calentón, hacía que lo odiara inmensamente.

Pero para desgracia no podía quitármelo de la cabeza. Lo que me llevó a querer saber más de él e intentar entender por qué actuaba como lo hacía.

Así que tuve una idea.

Como todos se habían ido al cine a ver una película y me encontraba sola en la habitación del hotel, decidí coger mi iPad y buscar en internet más información sobre él. Igual hoy estaba de suerte y lograda dar con algún dato personal.

Casi todo lo que aparecía era a nivel profesional. Sin duda era uno de los mejores cocineros del mundo. A la vista estaba, con tanto premio y tanto reconocimiento. Entendía lo duro que había tenido que ser y el esfuerzo tan grande que habría tenido que hacer para llegar hasta donde lo había hecho y más procediendo de una familia tan humilde y con recursos tan limitados. Entendía ahora mejor por qué no quería tirar por la borda todo ese trabajo.

Su padre, italiano de nacimiento, se enamoró de una cubana en un viaje que hizo a La Habana y lo dejó todo por estar con ella, abandonando su tierra, su trabajo y su familia. Durante muchos años vivieron en Cuba, donde montaron un

restaurante italiano. Fruto de ese amor nacieron primero Oliver y después su hermana Casandra.

Oliver cuidaba de su hermana pequeña mientras sus padres sacaban adelante el negocio familiar. En cuanto se hizo más mayor, tuvo que ponerse a ayudarlos siempre que podía. Por tanto, había estado desde siempre metido entre fogones, aprendiendo el oficio.

Después, con los años y con la pobreza que había en Cuba, decidieron venir a España a probar fortuna, ya que las condiciones aquí habían mejorado mucho y se vivía una etapa de crecimiento económico muy buena. Enseguida, Oliver tuvo la posibilidad de ir a una escuela de cocina donde formarse y a partir de ahí comenzó su meteórica carrera profesional, con la que había llegado a lo más alto. Más no se le podía pedir.

Tenía mucha información ya, pero seguía sin encontrar lo que en realidad andaba buscando. Quería saber más de él como hombre, sus aficiones, sus gustos... Algo que me hiciera conocerlo más personalmente.

En una de las entrevistas que le habían hecho aparecía con su hermana, que se había dirigido cariñosamente a él como Oli. Hablaban de la estrecha relación que mantenían, ya que Oliver siempre la había cuidado y sentía absoluta devoción por ella y su sobrina. Dato poco relevante y que ya conocía.

Se me ocurrió buscar en Facebook con el nombre de Oli en vez de Oliver e incluyendo también su segundo apellido, que también conocía y *voilà*. Tenía ante mí su página personal.

Comencé a revisar sus publicaciones. Por lo visto, Oliver era de las personas que usaba Facebook para subir momentos importantes para él. Prácticamente todo lo que había colgado eran acontecimientos familiares, aunque también había imágenes de actividades deportivas y de sus vacaciones.

Por las fotos que estuve viendo, había recorrido medio mundo antes de ser famoso. China, Tailandia, la India, Nueva York, México, Brasil, Argentina y casi toda Europa.

También había muchas fotos de él buceando, la mayoría hechas en la zona del Levante español.

Pero lo que más me llamó la atención fueron las imágenes con su familia. En ellas aparecía un Oliver muy diferente al que se mostraba ante el gran público.

En esas fotos se le veía amable, cariñoso, feliz y muy cercano a los suyos. En

casi todas ellas aparecía o bien besando a su madre y hermana o abrazando a su padre o, sobre todo, jugando con su pequeña sobrina, que aparecía radiante con su tío. También había fotos de su infancia en Cuba, muchas en el restaurante de sus padres y siempre con su hermana muy pegada a él.

De vez en cuando también hacía publicaciones con frases sobre la vida del tipo: «Procura coleccionar momentos, no cosas», «Algún día diré: no fue fácil, pero lo logré» o «Hay tres cosas en la vida que se van y no vuelven nunca: las palabras, el tiempo y las oportunidades». Pero la que más me gustó fue una de Neruda que decía: «Muere lentamente quien no viaja, quien no lee, quien no escucha música, quien no halla encanto en sí mismo».

Estuve a punto de darle a Me gusta por inercia. Menos mal que no lo hice. No creo que le hubiera hecho gracia enterarse de que había estado cotilleando su Facebook personal.

Otra cosa que me chocó mucho fue que había subido una captura de pantalla de su móvil abierto en la aplicación de las alarmas, donde tenía una configurada de Lunes a Viernes y donde anunciaba que volvía a la rutina del trabajo tras sus vacaciones de verano.

Hasta ahí no me hubiera sorprendido nada, pero lo curioso fue ver que en la alarma ponía las 7.02. Diréis que es una tontería, pero yo tengo la misma manía de no poner las horas en punto en las alarmas, así que siempre pongo .02 o .32. Me impresionó saber que compartíamos una manía tan tonta, pero a la vez tan peculiar.

Sin embargo, lo que más me interesó de todo fue que de vez en cuando escribía cosas muy personales que por la razón que fuera necesitaba expresar y que el mundo, o más bien su círculo íntimo, las conociera.

En una de ellas hacía referencia al accidente que tuvimos con el coche: «Día para olvidar el de hoy. Estoy deseando llegar al hotel y poder relajarme. Una descerebrada me ha destrozado el coche y ha hecho que perdiera los papeles, llevándome al límite de mi paciencia. Pocas personas consiguen eso. Espero no volver a cruzármela nunca. Eso sí, si la hubiera conocido en otras circunstancias, la habría invitado a tomar un café. Era la mujer más atractiva que he visto en mi vida».

Me dio tal subidón que debí de tener hasta fiebre. Esas últimas palabras habían revolucionado las mariposas de mi estómago hasta tal punto que me

encontraba algo mareada. Yo, Tesa Rivas, era para Oliver la mujer más atractiva que había visto en su vida. ¡No podía estar más pletórica!

Después había varias publicaciones de él con su hermana y su sobrina en alguna playa del Levante. «Las niñas de mis ojos», rezaba el comentario de las fotos.

Otra observación era sobre lo mucho que le gustaba bucear, porque decía que le devolvía la paz interior, y también sobre lo mucho que le gustaba bailar salsa, en especial si la compañía era interesante y enigmática. Había un par de fotos de él en El Hierro con un grupo de submarinistas y luego otra en la entrada de la discoteca donde nos habíamos encontrado aquella noche que el concurso nos llevó a las Islas Canarias y Oliver me había intentado enseñar a bailar salsa. ¿Sería yo la compañía interesante y enigmática?

Continué leyendo las publicaciones de su muro. Ninguna de especial relevancia, hasta que llegué a una que me llamó poderosamente la atención.

«Hoy he cometido el error más grave de mi vida. Me he dejado llevar por mis instintos y he perdido el control totalmente. Me siento muy decepcionado conmigo mismo, porque he sido incapaz de evitar lo que por otra parte me parece que ya ha alcanzado el estatus de inevitable. Me siento confuso.» Y seguían un montón de comentarios de sus amigos del tipo: «Ya está bien que pierdas el control por una vez en tu vida, macho. Bienvenido al mundo de los humanos». Pero el que me dio la clave de todo fue uno escrito por Casandra, la hermana de Oliver: «Uyuyuyuy... A ver si te nos vas a estar enamorando».

Inmediatamente miré la fecha. Coincidió con la de la inauguración de la discoteca de Carlos, el amigo de Oliver y, por tanto, coincidía también con la primera vez que él me había besado.

El corazón se me iba a salir del pecho y las mariposas del estómago.

Continué leyendo. El siguiente comentario publicado decía lo siguiente: «Me encuentro cada vez más perdido. No logro pensar con claridad y ella... ella lo ocupa todo».

¿Haría de mí...?

Los comentarios de sus amigos eran de cachondeo sobre él y sus calentamientos de cabeza. La observación de su hermana sin embargo era diferente: «Madre mía, Oli, es peor de lo que imaginaba. Porque yo tengo claro que cuando dices que “ella lo ocupa todo”, no te estás refiriendo a tu profesión

precisamente. Hermanito, te quiero aquí en Valencia contándome todo pero ¡ya!».

¿Su hermana vivía en Valencia? Bueno, eso ahora que más me daba, a quién quería engañar. Necesitaba seguir leyendo. Necesitaba saber si se refería a mí.

«Creía que ya lo había visto todo, pero todavía hay alguien capaz de sorprenderme y muy gratamente además.» Eso no sabía por quién lo decía. Podía ser por cualquiera.

«Hoy siento rabia, ira. ¿Cómo una persona te puede hacer añicos en un instante? Odio ser tan vulnerable.» La fecha se correspondía con la fiesta de bienvenida que les había preparado la productora a Pedro y a Carmen y, por tanto, también con la fatídica noche en que se me había ocurrido la nefasta idea de besar a Alberto. Por lo que acababa de leer, comenzaba a ser consciente de que le había hecho bastante daño con mi actitud. ¡Qué inmadura había sido!

El último comentario que había subido era del mismo día en que habíamos hecho la sesión de dinámica de grupo y nos habíamos besado en su camerino.

«Ya no puedo hacer nada para evitarlo. Por mucho que lo intente, por mucho que ponga tierra de por medio, ella siempre está ahí. Físicamente o en mi cabeza. Me voy a volver loco. ¿Cómo se puede desear tanto a alguien, hasta el punto de que se te nuble la razón y saber que, aunque te estallará en las manos en cualquier momento, estás dispuesto a ello porque lo que sientes está por encima de todo?»

¡Joder!

Oliver...

Tenía un nudo en la garganta. Eran demasiadas coincidencias. Las fechas de sus publicaciones concordaban exactamente con las fechas en las que nos habíamos besado o habíamos tenido algún acercamiento. Era muy difícil no pensar que estaba hablando de mí. Parecía bastante obvio. O eso al menos era lo que yo quería creer.

Un torbellino de sentimientos inundaba mi cuerpo y un torbellino de pensamientos inundaba mi cabeza. Por una parte estaba eufórica por saber tanto de su vida, tantos pensamientos íntimos de él y, sobre todo, por conocer lo que sentía por mí.

Pero por otra parte entendía su debacle emocional, entendía sus dudas, sus peros, sus negaciones, sus miedos. Yo me sentía igual. No podía tirar por la

borda mi sueño y él no podía tirar por la borda su carrera profesional que tanto sudor y horas de trabajo le había costado conseguir.

A pesar de lo que me dolía, a pesar del daño que me podría causar tomar una decisión así, debía hacerlo. Tenía que ser madura, coherente y, por encima de todo, sensata y sabía que lo mejor que podía hacer para que ninguno de los dos saliéramos irreversiblemente dañados, era apartarme y olvidarme de él. Para siempre. Por eso pensé que no debería haber nunca más un acercamiento físico entre los dos y que si además le daba a Noel la oportunidad que tanto había buscado, me sería más fácil olvidarme de Oliver.

Así que le mandé un mensaje a Noel diciéndole que quería verle. Que por qué no venía a pasar un fin de semana conmigo a Madrid. Sabía que no era buena idea... pero ¿qué más podía hacer? Tenía que olvidar a Oliver y aquélla era la única forma que conocía para poder intentarlo.

Su respuesta no tardó en llegar. El próximo fin de semana lo tendría en Madrid.

Durante los días siguientes traté de llevar a cabo mi plan y olvidarme de Oliver. Me lo encontraba en el plató, pero intentaba que no hubiera ningún acercamiento entre nosotros. Él también me evitaba.

A pesar del nudo en la garganta que se me formaba cada vez que lo veía y de que mis mariposas protestaron lo inimaginable, conseguí lo que me había propuesto.

No cruzamos ni una sola palabra... hasta que llegó el fin de semana.

CAPÍTULO 20

Era viernes por la tarde y después de la dura semana que había tenido debido a mi propósito de hacer invisible a Oliver ante mis ojos y mi corazón, y de estar en la cuerda floja porque casi me eliminan del concurso, decidí darme una ducha.

Esa semana el programa se había centrado por entero en el pescado. Todas las clases que habíamos dado eran en torno a los diferentes tipos, a cómo se limpian, a cuál es la mejor manera de cocinarlos. Sin embargo, era un producto que a mí no me llegaba a gustar del todo y me era muy difícil trabajarlo. Así que estuve a punto de irme en la prueba de eliminación, ya que lo cociné de más y el pescado quedó algo seco. No obstante, por suerte para mí, el de Piero estaba aún peor que el mío y el jurado decidió que quien debía abandonar el programa esa semana fuera él.

La pobre Sandra se quedó hecha polvo. Habían llegado a intimar mucho e incluso comenzaban a hacer planes de futuro como pareja.

Esa noche le habíamos preparado una fiesta de despedida al italiano. Además, también llegaría Noel, con lo que mantendría mi cabeza ocupada.

De repente sonó el teléfono de la habitación. Llamaban para comunicarme que debía cambiarme a otra habitación en otra planta. Por lo visto había habido algún problema en esa parte del hotel y debían trasladar a todos los clientes. Me pidieron que simplemente acompañara a la persona que vendría a ir a buscarme y que ella ya me mostraría mi nuevo alojamiento. También me dijeron que no me preocupara de mis cosas, que ya se encargaban ellos de recogerlas y de hacérmelas llegar.

Todo un detalle, después del follón que suponía para mí todo ese cambio otra vez.

La nueva habitación que me habían asignado era enorme. Desde luego había

salido ganando. Además, tenía de una especie de sala de estar con un par de sofás y un televisor enorme, y una cama de matrimonio tamaño King Size; el cuarto de baño, por descontado, era también tremendo de grande e incluía bañera y ducha. Todo un lujazo que quise empezar a disfrutar cuanto antes.

Me di un baño de lo más reconfortante, relajándome, tratando de no pensar en quien no debía. Sólo disfrutando de la música de mi iPod, del agua bien caliente y de la espuma que se había formado en torno a mi cuerpo.

Después me sequé el pelo, me maquillé, me vestí y me sonreí a mí misma ante mi visión en el espejo. Tenía buena cara y parecía feliz. Aunque eso no era verdad.

Sentía como si una losa aplastara mi corazón. Pero tenía que intentarlo. Tenía que ser fuerte y olvidarme de Oliver. Y un fin de semana con Noel seguro que me ayudaba.

Nada más lejos de la realidad.

A las nueve de la noche, Noel llegaba al hotel después de haber estado conduciendo prácticamente toda la tarde. Venía cansado, pero feliz por verme, según me dijo.

Dejamos sus cosas en mi habitación y salimos a cenar a un restaurante italiano que no estaba muy lejos del hotel, donde hacían toda la pasta de manera artesanal. Piero lo había elegido para la ocasión, ya que esa noche sería la despedida.

Cuando Lara y Raquel me vieron aparecer acompañada se extrañaron bastante. Apenas les había hablado de Noel y les pareció muy raro que lo hubiera invitado a venir a Madrid.

—Gente, os presento a Noel. Un amigo de Valencia.

A las féminas del local se les salieron los ojos cuando le vieron. La verdad es que era muy atractivo. Sin embargo, a mí como que ni fu ni fa. Había pensado que cuando lo viera me daría más alegría, pero no había sido así. No obstante, no iba a tirar la toalla a las primeras de cambio. Noel era muy simpático, detallista y dulce conmigo. Seguro que ese fin de semana me hacía verlo con otros ojos y, a partir de ahí, intentaría algo con él.

La cena transcurrió contando anécdotas del concurso y, cómo no, salieron a relucir las mías con el nitrógeno líquido y, por supuesto, cuando le tiré mi comida por encima al Sabattini, como llamaban mis compañeros a Oliver.

Mientras todos reían con las batallitas, Noel me cogía la mano por debajo de la mesa, pero yo me sentía incómoda. Tenía la sensación de estar engañando a alguien.

¿A mí misma quizá?

Raquel, que estaba a mi lado, se dio cuenta y me preguntó disimuladamente:

—¿Estás segura de lo que estás haciendo?

—No, pero cállate, que no es el momento de sermones —le contesté agria.

—¿Y por qué no le explicas a Noel cómo te sientes y que se vaya? ¿No sería más fácil?

—Raquel, cariño, ¿tú qué parte de «no es el momento» no has entendido?

—¿Y cuándo va a ser el momento de hablar conmigo? ¿Cuándo va a ser el momento de que se lo digas a él? O, mejor dicho ¿cuándo va a ser el momento de que te lo digas a ti misma y dejes de engañarte?

No supe qué contestarle, porque había dado en el clavo. Estaba intentando forzar algo que no había por dónde cogerlo mientras mis sentimientos hacia Oliver fueran tan fuertes como eran. De nuevo..., ¿a quién quería engañar?

Pero ya era tarde para arrepentirme. Noel había venido para quedarse conmigo todo el fin de semana y tendría que lidiar con eso de la mejor forma posible.

Cuando fuimos a la discoteca, me quedé un rato hablando con Lara y con Raquel mientras los demás pedían en la barra.

—Pero ¿de dónde has sacado semejante jamelgo, tía? ¡Está para follártelo hasta que se te queden los ojos bizcos!

—¡Lara! —coreamos Raquel y yo.

—¿Qué? ¿He dicho algo que no sea verdad?

—No, pero no seas tan bruta —la reprendió Raquel.

—¿O sea, que a ti también te pone burra?

Lara disfrutaba sacándole los colores a Raquel.

—Vale. A la única a la que puede ponerla burra es a mí —dije.

—Pues no te veo yo muy cachonda —me replicó Lara—. Si yo estuviera en tu lugar, no habría aseo de la discoteca que no hubiera probado ya.

—Ya, pues a mí no me apetece.

—¡Madre mía, Tesa! Si a un tío como ése, que está como un puto tren, que encima es el alma de la fiesta y que para colmo no tiene ojos más que para ti no

tienes ganas de tirártelo, es que estás peor de lo que yo creía.

—Joder, Lara, es más complicado que todo eso —le dije excusándome.

—Ya lo veo, ya.

—No la agobies —le pidió Raquel, ya que entendía mejor lo que yo estaba pasando.

—Mira, Tesa, estas cosas son así. Te enamoras y ya está. No puedes evitar hacerlo —me dijo Lara, ahora ya más comprensiva.

—Ya, pero yo me he enamorado de la persona equivocada —le contesté.

—¡Qué me vas a contar a mí! Te entiendo perfectamente. Yo también me he enamorado de quien no debía y mírame ahora, mi vida es una mierda. Estoy en un programa al que sólo me apunté para demostrarle a ese alguien que yo llevaba razón y que me tenía que dar una oportunidad, y no sólo no me la ha dado, sino que encima se ha enamorado de otro y yo sigo aquí, en este concurso que no tiene nada que ver conmigo y más sola que la una.

—¡Vaya dos! —soltó Raquel.

No había por dónde cogernos.

—Así que esta noche tengo que triunfar, que si no, me vengo abajo y no me da la gana —afirmó Lara muy decidida.

—¿Y tú, Raquel... cómo vas con Manu? No te quita el ojo de encima.

—Esta cabrona es la que más suerte va a tener. ¡Ríete tú de las mosquitas muertas!

Lara llevaba razón. Al final, la que menos expectativas tenía de estar con alguien parecía feliz y todos apostábamos por su relación con Manu.

Ya no se escondían y de vez en cuando se hacían arrumacos delante de los demás.

—La verdad es que estoy muy contenta con todo lo que me ha pasado. No puedo pedirle más a la vida en estos momentos —dijo Raquel con una sonrisa de oreja a oreja.

—Puff... ¡Qué asco das por Dios! ¿Ahora es cuándo empiezan a salirte osos amorosos por la boca?

A Raquel y a mí nos hizo gracia el comentario de Lara, que seguía con verdadera cara de asco.

La noche acabó con Lara yéndose con un tío que acababa de conocer, Raquel perdiéndose con Manu y el resto yendo a desayunar a un bar de esos cutres

donde decían que hacían las mejores porras de Madrid.

Yo preferí irme al hotel. Noel no replicó cuando lo dije, así que supuse que él también estaría cansado. Pero claro, no fui consciente de que él no se quería ir al hotel para dormir.

En cuanto llegamos, me empotró contra la pared y empezó a recorrer todo mi cuerpo con la boca.

¡Joder! ¿Quién le había enseñado a ese chico a besar así a una mujer? ¿Eros?

Había preparado mentalmente lo que le iba a decir para rechazarlo, porque no estaba siendo justa con ninguno de los dos, pero con esa forma de abordarme me costaba siquiera pensar con claridad. No obstante, conseguí separarme de él.

—Noel, no... no puedo.

Intentó acercarse a mí de nuevo. Su embestida me pilló por sorpresa. Besaba muy bien y acariciaba mejor, pero si lo dejaba seguir me arrepentiría. Volví a empujarlo. Me costó que se separara de mí.

—Lo siento, Noel, no puedo. Lo siento de veras.

No sabía qué más decirle. Contarle la verdad sería hacerle daño gratuitamente, porque no lo entendería y además se podía sentir utilizado.

Tuve suerte y se apartó como un caballero.

—Será mejor que baje a pedir otra habitación —dijo aún jadeante y con bastante cabreo.

—No, no seas tonto. Aquí hay un sofá cama. —Bajé la cabeza por lo avergonzada que me sentía—. Lo siento, Noel, no te mereces esto. Soy una idiota.

—Olvídalo, Tesa. Mañana ya hablaremos. Ahora sólo quiero descansar —dijo, entrando en el baño y cerrando la puerta tras de sí.

Evidentemente estaba cabreado. Era lógico. Después de todo ese tiempo esperándome, se había hecho un montón de kilómetros y yo le decía que no quería nada con él.

Cuando salió del baño, yo ya le había preparado la cama.

Lo miré a los ojos apesadumbrada por cómo me había comportado con él.

—No te preocupes, Tesa. No hay peor ciego que el que no quiere ver. No es sólo culpa tuya.

Dormí fatal. Me sentía tremendamente mal por lo que había pasado. Noel no se lo merecía. Era un encanto de hombre y, sin embargo, yo lo había rechazado

de mala manera.

Me sentía como una niña caprichosa a la que le hacía falta que la pusieran en su sitio.

A las ocho de la mañana ya estaba con los ojos como platos y sin haber dormido casi nada en toda la noche.

—Buenos días, Culo Bonito.

Noel estaba delante de mi cama, con su maleta en la mano y totalmente vestido.

—¿Te vas? —le pregunté sorprendida.

—Es lo mejor, Tesa.

—Pero puedes quedarte y, bueno..., puedo enseñarte Madrid. No sé, podemos ir a algún museo o al cine o podemos hacer lo que más te apetezca.

—Lo que más me apetece, ahora mismo no puedo hacerlo, así que lo mejor es que me vaya cuanto antes.

¿Y qué le decía yo ante eso?

¡Joder, cómo la había fastidiado con él! Me sentía fatal.

—Está bien. Te acompaño al menos hasta el ascensor.

Me levanté, me puse una sudadera enorme encima y lo seguí por el pasillo.

—Gracias por venir, gracias por haberte portado tan bien conmigo y gracias por no haberme mandado a la mierda.

—No lo haría nunca, Tesa.

¡Joder! ¿Por qué no me podía gustar Noel como lo hacía Oliver? Seguro que sería muy feliz a su lado.

—Escríbeme de vez en cuando —le pedí egoístamente.

—Eso no hace falta que me lo pidas. Dalo por hecho.

Y con una sonrisa en la boca a pesar de todo, desapareció tras las puertas del ascensor que se lo llevó lejos de mí.

Maldije todo lo que pude y más. Me dolía haberle hecho daño de esa manera y me dolía no haberlo intentado con más ahínco. Seguro que algún día acabaría arrepintiéndome. ¡Estaba para que me ataran por dejar escapar a un chico así!

CAPÍTULO 21

Ahora que se había ido Noel se me presentaba un largo fin de semana por delante. El hecho de no estar juntos todos los concursantes en una misma casa hacía que me sintiera más sola sin todo el alboroto que solía haber.

Bajé a buscar a Raquel a su habitación para hablar un poco con ella. Necesitaba a alguien con quien descargar todo lo que llevaba dentro.

—¡Buenos días! ¿No me digas que estabas todavía acostada? —le dije, intentando empujar la puerta de su habitación para entrar.

Pero no pude. Raquel opuso resistencia con todo su cuerpo para que la puerta no se abriera y evitó que yo entrara. Me quedé unos segundos procesando la información.

¿Por qué no me había dejado que pasara?

—¡Ay, Dios! —Me eché las manos a la cara.

Ella me lo confirmó asintiendo con la cabeza.

No estaba sola.

—¿Manu? —le pregunté susurrando.

—¡Pues claro! ¿Por quién me tomas?

—¡Olé mi Raquel, que se me ha hecho una mujer por fin! —grité de emoción.

Raquel intentó que me callara, pero viendo que mi grito se iba a oír hasta en recepción, cerró la puerta dándome con ella en las narices.

Pero me dio igual. Estaba muy contenta por ella. Se lo merecía.

Corrí a la habitación de Lara para contárselo. Ella también me recibió con cara de «No llegas en buen momento».

—Vale, no hace falta que me digas nada. Ya sé que soy inoportuna. Ya hablaremos cuando puedas —le dije resignada.

—Tesa...

—Que sí, que sí, que ya hablaremos después, no es importante —le aclaré para que no se sintiera mal, mientras me daba media vuelta y me iba por donde había venido.

Cuando llegué a mi habitación me derrumbé.

Todo el mundo tenía su vida y yo... yo estaba sola en aquella ciudad, lejos de mi familia y amigos y en un entorno hostil como era el concurso.

Porque no nos vamos a engañar, la final se acercaba y la gente cada vez era más competitiva y si te tenían que pisar por el camino, pues lo hacían. El caso era conseguir a toda costa el ansiado premio.

Por suerte para mí, Lara y Raquel no eran así. Evidentemente querían ganar, como todos, pero al menos no eran de las que te pasaban por encima para conseguirlo.

Manu tampoco. Su naturaleza no se lo permitía. Era un chico muy noble y con muy buenos sentimientos, además de humilde y buen compañero. En eso se parecía mucho a Raquel. Ella también era un cielo. Excelente persona y excelente amiga.

Lo malo era que ahora ya no iba a poder contar tanto con ella como antes. Su relación con Manu la absorbería, como era lógico, y tendría menos tiempo para los demás. La iba a echar mucho de menos. Era mi apoyo en el concurso. Ella y Lara. Aunque Lara de otra manera. Con Raquel siempre había tenido más afinidad y había una conexión entre las dos que seguramente perduraría más allá del concurso.

Decidí que no podía seguir así, compadeciéndome de mí misma, así que me di una larga ducha, me sequé el pelo y me pasé la plancha. Luego me maquillé, me vestí y me dispuse a salir a la calle para recorrer el centro de la ciudad, irme de tiendas, darme todos los caprichos que me apeteciera y por último comer en algún restaurante de comida rápida, que de vez en cuando también me apetecía.

Cuando abrí la puerta de mi habitación para irme, me di de bruces con Lara y con Raquel. Ambas se habían puesto de acuerdo y se habían preparado para salir y tener conmigo un día de chicas.

Y efectivamente eso fue lo que hicimos.

—Hoy vamos a quemar la tarjeta de crédito —dijo Lara—. Empezaremos yendo a una peluquería. Raquel, tu pelo está pidiendo un corte desde el año que

naciste. Y a Tesa y a mí también nos vendrá bien un cambio de *look*. Todas nos haremos manicura, pedicura, depilación y todo lo que se pueda hacer una mujer para gastar dinero absurdamente, convencerse de que la han dejado guapísima y finalmente salir casi igual que ha entrado.

Raquel y yo mirábamos a Lara muy poco convencidas de su argumento.

—Después gastaremos cantidades ingentes de dinero en las mejores tiendas de ropa de Madrid. Comeremos en cualquier sitio donde no exista el cero por ciento de materia grasa y por la tarde... por la tarde tengo que quedarme con mi sobrino. —Lara hizo una mueca de contrariedad—. Mi hermana ha venido a Madrid a ver un musical y le dije que yo me quedaría con él por la tarde para que aprovecharan y tuvieran un poco de tiempo para ellos. Es su quinto aniversario de casados y quieren algo de intimidad. Desde que nació Gabriel apenas tienen tiempo para nada.

—Pues yo no tengo otra cosa que hacer —le dije a Lara—, o sea que si me admitís tu sobrino y tú como acompañante, os lo agradecería. No quiero estar sola toda la tarde en el hotel.

—Sin problemas. Así cuando me saque de mis casillas, te lo endoso a ti. ¿Y tú, Raquel, te quieres venir también?

—No, yo... había hablado con Manu de ir al cine.

—Haces bien. Si yo me pudiera cambiar por ti, te aseguro que lo haría. No me gustan demasiado los niños. No me entendáis mal, adoro a mi sobrino, pero lo hago más bien por la pobre de mi hermana, que se le está consumiendo la vida el trabajo, la casa, Gabriel... Necesita un respiro urgente.

—Pues listo entonces —dije, entusiasmada por tener plan para todo el sábado—. Mañana de chicas y tarde de mocos.

Lara y Raquel me miraban como si me hubiera fumado un porro. Me daba igual. El caso era tener el día ocupado y, sobre todo, tener la mente distraída.

En la peluquería nos hicieron un gran cambio de *look* a todas. Raquel se cortó el pelo de otra manera y se hizo mechas, aunque a regañadientes. Lara y yo también nos lo cortamos y yo además me lo teñí.

Así que con nuestro nuevo aspecto empezamos a recorrer las tiendas del centro. No dejamos ni una sin visitar. ¡Todo fuera por matar las penas!

A mediodía estábamos desmayadas y nos fuimos a comer al centro comercial donde más tarde la hermana de Lara llevaría a su sobrino para que nos

quedáramos con él.

Cuando estábamos con el café, aparecieron. Gabriel venía ya torcido, llorando porque no quería quedarse con su tita Lara. Desde luego, el *feeling* entre ambos brillaba por su ausencia.

—Tesa, te presento a mi hermana y éste es mi cuñado. El que berrea es Gabriel, mi adorado sobrino. —Lara sonrió con pocas ganas.

Estaba claro que lo suyo no eran los niños.

—Encantada. No os preocupéis, dejáis al peque en buenas manos —les dije para que se tranquilizaran.

—Pues porque me lo dices tú, Tesa, porque si no yo no me quedaría tranquila. Es la primera vez que lo dejo solo con Lara. Nunca han hecho buenas migas y no creo que vayan a empezar ahora.

—No te preocupes. Yo no es que tenga mucho contacto con niños, pero me gustan y suelo caerles bien. Seguro que Gabriel se divierte, ya lo verás.

—Eso espero —dijo algo más calmada—. Lara, cualquier cosa me llamas. ¡Por Dios te lo pido!

—Que sí pesada, que no te preocupes. Que os vayáis ya a follar como conejos.

El cuñado de Lara sonrió. La hermana se sonrojó.

—Yo no sé de dónde te sacaron. ¡Mira que eres animal! —le espetó claramente abochornada.

—Que sí, que sí. ¡Hala, adiós! Que estáis perdiendo el tiempo.

Y con un suave empujón los despachó a los dos. Luego le dijo a su sobrino:

—Pues nada, Gabriel... ¿qué quieres hacer?

—Pero ¿es que no tienes un plan para pasar la tarde? —le pregunté a Lara.

—¿Yo? ¿Para qué queremos un plan? Ya iremos viendo lo que hacemos sobre la marcha.

Gabriel se había sentado en una silla y jugaba con un coche que le había dejado su madre. Por lo visto era su juguete preferido y no iba a ningún sitio sin él.

—Pues mira, de momento y hasta que él no se aburra, nos terminamos nuestro café tranquilamente. Luego podíamos ir a Leroy Merlín que mi madre me ha encargado que le compre unos apliques para el baño.

—Por mí de acuerdo —le dije—, pero es posible que el enano se aburra

como una ostra allí.

—No tardaremos mucho. Luego podemos llevarlo un rato al parque de bolas y después a merendar algo y para el hotel.

Y eso hicimos. Nos terminamos el café y fuimos directas a la exposición de baños que había en Leroy Merlín.

Empezamos a dar vueltas por allí, porque Lara no encontraba exactamente lo que le había pedido su madre. Cuando ya estábamos hartas de no dar con ello, Lara decidió hablar con un vendedor para que nos echara una mano.

—El problema es que mi madre lo quiere plateado mate y aquí sólo lo veo plateado brillante.

—Pues a ver, déjeme que le eche un vistazo al catálogo para ver si eso existe —nos dijo el vendedor.

—Existe, ya se lo digo yo. En el Leroy de Barcelona está. Lo vimos hará un par de meses, pero ahora mi madre ya no lo encuentra.

—Pues entonces eso va a ser que lo han descatalogado, señorita —contestó el vendedor.

—Que no. Mírelo usted en el ordenador, que seguro que tiene que haber —insistió Lara.

—Mire, aquí no me aparece nada. Deben de estar confundidas. Sólo lo tenemos en plateado brillante.

—¿Confundida yo? Oiga usted, que yo sé perfectamente lo que veo. Pregúntele a su encargado, por favor.

—Pero señorita, si en el ordenador pone que no lo ha habido nunca, el encargado no le va a decir otra cosa diferente a la que le estoy diciendo yo.

—Mire lo que le digo, o llama usted ahora mismo a su encargado, o le monto un pollo que no se le quita el sonrojado de la cara en tres días.

—Enseguida vuelvo.

—Lara, cómo te pasas, tía, pobre muchacho —la reprendí.

—Que no, que me quiere hacer pasar por tonta. Que yo sé lo que vi y éste es un lerdo que no tiene ni idea. Por cierto, Gabriel se está portando fenomenal, ¿eh?... Ni se lo oye.

—La verdad es que sí... pero ¿dónde está? —le pregunté.

—¿Cómo que dónde está? —dijo, mirándome extrañada.

A continuación se puso a mirar alrededor en todas las direcciones.

—Yo no lo veo por ningún lado, Lara.

—Tesa, no me pongas nerviosa y déjate de rollos. ¿Dónde está? Que si se lo pierdo, mi hermana me mata.

—Que no lo sé, Lara.

Nos pusimos las dos histéricas. En un sitio tan grande, un sábado por la tarde, lleno de gente... Aquello no pintaba nada bien.

—Joder, joder, joder... ¿¡Quién me mandaría a mí hacer de niñera!?

—Vale, mantengamos la calma, Lara. Vamos a empezar a buscar por esta zona, no debe de haber ido muy lejos. Y si no lo encontramos, nos acercamos a información y que avisen por megafonía por si alguien lo ha visto.

—Ay, Dios mío, mi hermana me va a matar —lloriqueó—. Claro que la culpa es de ella, por dejar al niño con una descerebrada como yo. ¿A quién se le ocurre...? Es una inconsciente y una irresponsable.

—¡Joder, Lara, qué morro le echas!

—¡Ay, mira, si es que no sé ni lo que digo! No lo veo por ningún lado.

—Vamos a seguir mi...

No me dejó terminar.

—Está ahí, Tesa, está ahí... —gritó, muy emocionada por haberlo encontrado—. Pero ¡espera! ¿Qué coño está haciendo?

—Pero ¿dónde está? Yo no lo veo —dije.

—Pues ¡casi mejor que ni mires! Tú date la vuelta y disimula. Como si no lo conocieras.

—Pero ¡a ti se te va la oll...! ¡La madre que lo parió! —Acababa de localizar a Gabrielito—. ¿No estará haciendo lo que creo que está haciendo? —pregunté atónita.

Gabriel estaba sentado en uno de los retretes de la exposición. Con sus pantaloncitos y sus calzoncillos bajados... haciendo fuerza.

—Tú disimula, Tesa, y mira para otro lado, no sea que le dé por saludarnos.

—Tita Lara, tita Lara, ya he terminado —gritó Gabriel.

—Lara, te está llamando.

—Ya lo sé —me dijo sin más.

—¿Y no le vas a contestar?

—¡¿Yo?! Ni de coña. Por Dios qué vergüenza. No pienso tener hijos en toda mi puta vida. ¡Qué bochorno tan grande!

—Tita Lara, ¿me limpias?

—Joder, Lara, ¿lo estás oyendo?

—¡Que sí lo oigo, coño! Pero yo no me acerco ni de broma.

—¡Que es tu sobrino, Lara... y te necesita!

Me fulminó con la mirada.

—¡Me da igual! Se acaba de cagar en el váter de una exposición. ¡Por Dios qué vergüenza! —repitió.

—Perdone, señorita... —el vendedor había vuelto—, éste es mi encargado de sección. ¿Puede decirle cuál es su queja?

—Tita Lara, tita Lara, ven a limpiarme, que ya he terminado de plantar el pino.

—Oiga, pero ¿ese niño qué está diciendo? —preguntó el empleado, bajándose un poco las gafas para poder ver mejor de lejos.

—Nada, nada, ¿no tiene usted clientes que atender? —le espetó Lara.

—Pero ¡si tiene los pantalones y los calzoncillos bajados! ¡Se está cagando en el váter! —gritó el encargado, mirando atónito la escena.

¡Madre mía, la vergüenza que pasamos! Las dos intentamos disimular, pero claro, Gabriel no hacía más que llamarnos y alguien tenía que limpiarlo.

Sólo diré una cosa.

¡Pongo a Dios por testigo de que nunca volveré al Leroy Merlín de Madrid!
¡Ni a ningún otro con niños!

¡Qué espectáculo dimos!

CAPÍTULO 22

Hicimos todo el camino de vuelta al hotel riéndonos sin parar.

Sólo de recordar la cara del empleado y del encargado cuando se acercaron a Gabrielito, que sonreía feliz de la vida después de haber soltado «el lastre», nos volvía a dar otro ataque de risa más grande aún que el anterior.

Por supuesto, a la hermana de Lara no le dijimos ni media de lo ocurrido. No queríamos morir tan jóvenes.

Cuando llegamos al hotel, se iban todos de fiesta. En realidad se iban todos menos Manu y Raquel, que habían hecho planes por su cuenta. A mí no me apetecía mucho volver a salir después del día tan ajetreado que habíamos tenido, así que decidí quedarme en el hotel. Sin embargo, Lara me insistió para que fuera con ella y no me pude negar. Total, el plan que tenía tampoco es que fuera para tirar cohetes.

Nos cambiamos de ropa rápidamente, nos dimos un repaso al pelo y al maquillaje y nos fuimos a la discoteca en la que nos dijeron que iban a estar los demás.

Cuando llegamos, estaba a reventar de gente por no sé qué evento. El caso es que como no encontrábamos al grupo, Lara y yo nos apalancamos cerca de la barra y empezamos a beber como cosacas.

Al cabo de una hora de estar allí, íbamos bastante borrachas y no dejábamos de decir tonterías.

—Tesa...

—¿Qué?

—Vamos a jugar a los «Puti-puntos».

—Vale —contesté, como si me hubiera dedicado toda la vida a ello.

—Empiezas tú —me dijo Lara.

—Pero ¡si no sé lo que tengo que hacer! —contesté trabajosamente.

—Es muy fácil. Tienes que pavonearte delante de alguno y conseguir que te entre.

—¿Y para qué quiero yo que me entre ningún tío? —pregunté, sin pensar demasiado siquiera en lo que estábamos hablando.

—Para ganar «puti-puntos». La que más tenga es la más guarra de las dos.

—Ah, vale —contesté divertida, como si aquello fuera lo mejor del mundo mundial.

Estábamos tan ebrias que nos pareció un juego estupendo y de lo más entretenido.

Hacedme caso, si vais borrachas, no juguéis nunca a eso. Puede no acabar bien.

Pero nosotras ya no carburábamos, así que lo echamos a suertes y me tocó a mí empezar.

Me paseé por toda la pista buscando a algún tío que me gustara un poquito al menos. No encontré ninguno. Volví donde se encontraba Lara.

—Yo no valgo para esto. Soy muy torpona para estas cosas.

—Tú lo que estás es muy oxidada. Pero te voy a espabilar yo rápidamente. Observa a la puta ama de los «puti-puntos».

Se encaminó al centro de la pista y comenzó a bailar muy sensualmente. En menos de dos minutos ya tenía a cinco chicos babeando por ella.

Cuando consiguió deshacerse de todos ellos, volvió con una sonrisa triunfal en los labios.

—Cinto tíos, a diez puntos cada uno, suman un total de... —hizo un redoble —, cincuenta «puti-puntos» para mí. ¡Ponme otro ron con cola, que soy una campeona! —le pidió al camarero de la barra, esbozando una de sus mejores sonrisas.

—¡Joder, Lara, no sé cómo lo haces! Yo no soy capaz de pavonearme de esa manera.

—Es cuestión de actitud y de práctica, como todo en la vida.

Es verdad que yo me encontraba bastante oxidada en ese sentido. El hecho de haber tenido novio formal durante tantos años, y desde tan joven, hacía que hubiera olvidado el arte de ligar, o de cazar, como diría Lara.

Me pedí otro cubata por aquello de ver si ingiriendo más alcohol conseguía

olvidarme de todo y lanzarme a los brazos de algún chico que mitigara mi desasosiego interior, producido por el hecho de haber rechazado a Noel y, sobre todo, por intentar rechazar lo que sentía por Oliver.

Mientras tanto, me di cuenta de que Lara y el camarero que le había servido la copa estaban hablando muy acaramelados.

«¡Hala, diez “puti-puntos” más para ella!», pensé.

Estaba claro que Lara iba a ganar el maillot de líder de la carrera y yo no había conseguido puntos ni como para ser el coche escoba.

—¡Que no, coño! ¡Que me dejes en paz, chalao!

Lara estaba gritándole al camarero. Éste le tenía agarrada una mano, pero de un tirón ella se soltó y vino hacia mí.

—Pues ¡no va y me dice el gilipollas que se ha enamorado de mí nada más verme y que quiere pasar el resto de su vida conmigo! ¡Como si yo no tuviera mejores cosas que hacer, no te jode!

Me dio la risa sin poderlo evitar. Esta Lara era la leche.

—¡Cualquiera diría que lo que te ha dicho era tremendamente ofensivo!

—Pues para mí lo es —contestó ella muy digna—. ¡Que no me puede decir esas mierdas así de sopetón la primera vez que hablo con él! ¡Que yo con estas cosas me estreso y me empiezo a agobiar! ¡Que yo quiero un tío para que me coma el coño, no la cabeza, Tesa!

Solté una carcajada enorme.

Pero lo peor de todo es que Lara estaba agobiada de verdad. De hecho, nos tuvimos que ir de la discoteca, porque decía que no soportaba a los tíos así, que le parecían unos plastas y unos mentirosos.

Así que nos fuimos al hotel para evitar que se liara a decirle improperios al pobre chaval, que sólo había querido ligársela como buenamente sabía.

Al día siguiente tenía una resaca enorme y el ruido ensordecedor de la discoteca metido aún en mi cabeza. Me levanté muy tarde, casi a mediodía. Me vestí y decidí salir a la calle a que me diera el aire. Comí un sándwich que compré en una tienda cercana al hotel y cuando regresé me volví a acostar. Estaba como si me hubieran dado una paliza. Cuando me desperté eran cerca de las siete de la tarde.

Me puse un rato a leer, pero enseguida me cansé, así que decidí meterme en Facebook para ver las novedades de la gente.

No lo pude evitar. Cuando ya llevaba un buen rato viendo todas las publicaciones que había hecho el personal, me metí de nuevo en el muro de Oliver.

Al parecer había pasado el fin de semana en Valencia junto a su familia. Había colgado varias fotos de él con sus padres, su hermana y su sobrina. Se le veía feliz a juzgar por el rostro sonriente con el que aparecía en todas las instantáneas.

También había una publicación de su hermana, a la que Oliver le había dado Me gusta y que me hizo mucha gracia. Él aparecía tumbado en un sofá, durmiendo, y tenía la cara llena de pegatinas infantiles de dibujos animados. Supuse que se las habían puesto entre su hermana y su sobrina mientras dormía. Debajo, Oliver había escrito un comentario que decía: «La venganza será terrible» y muchas caritas de diablo sonriente detrás.

Estaba tan inmersa en todo lo que estaba viendo, que en un primer momento apenas reparé en los ruidos que provenían del cuarto de baño, pero al cabo de un rato fui consciente de que no era normal que oyera tirar de la cadena. Así que me levanté y me dirigí hacia allá para ver qué era lo que pasaba.

Como era de prever, no había ningún intruso. Estaba claro que las construcciones actuales cada día dejaban más que desear, ya que todo lo que pasaba alrededor se oía como si estuviera pasando en tu propia habitación.

Aproveché para cepillarme los dientes y me acosté. Quería estar fresca para el día siguiente, ya que empezábamos una nueva semana en el concurso y tenía que poner toda la carne en el asador, nunca mejor dicho, para que no me echaran.

A la mañana siguiente volví a oír los ruidos de la cisterna y el agua correr. Ya había encontrado la pega a la nueva habitación que me habían asignado y era que no estaba insonorizada. Me quejaría en cuanto bajara a recepción.

Me levanté y, con los párpados aún medio cerrados, entré en el cuarto de baño.

—¡Ahhhh! —grité mientras me frotaba bien los ojos.

—Pero ¿qué coño...? —gritó el tío en calzoncillos que había en mi baño.

«¡La Virgen Santa, los Apóstoles y todos los clavos de Cristo!»

Tenía a Oliver delante de mí, llevando únicamente unos bóxers negros y unas gafas de pasta también negra. Acababa de salir de la ducha, así que aún tenía el pelo revuelto y mojado.

No os diré lo que empecé a tener yo mojado.

«¡Madre del amor hermoso!» Pero ¿cómo se podía tener un cuerpo así de perfecto? Si ni con Photoshop los había visto tan espectaculares y con aquel tono de piel, encima... Y para colmo las gafas. ¿Oliver con gafas? Bueno, bueno, bueno, ¡como no era ya tremendamente sexy de normal, con aquellas gafas para qué contaros!

Me había quedado en *shock*. El *shock* de «acabo de encontrarme en mi aseo al tío más bueno del mundo y está prácticamente en pelotas».

Lo tenía delante de mí, hablándome, pero yo no escuchaba nada de lo que me decía.

¿Cómo pretendía que prestara atención, teniendo semejante espécimen delante? ¡Si al menos tuviera una verruga asquerosa! Pero no la tenía, ya os lo digo yo, que lo había revisado de arriba abajo varias veces.

¡Ay, Dios mío! Me estaba pasando la mano por delante de la cara para ver si lo veía.

Pues ¡claro que lo veía! ¡Coño, si ése era el problema, que no podía hacer más que mirarlo!

¡Madre del amor hermoso, que tío más precioso!

—Tesa... —Alzó la voz.

—Pero ¿qué haces en mi baño? —atiné a preguntarle, después de volver de mi estado de «pseudoflipada que no ha visto un tío así de bueno en su vida».

—¿Cómo que en tu baño...? Éste es mi baño, ¿de dónde coño has salido?

—De mi habitación —le dije, señalando hacia ella y ya totalmente repuesta del *shock* inicial—. ¿De dónde has salido tú?

Allí seguía, prácticamente desnudo, con su perfecta tableta, sus perfectos oblicuos y sus perfectos morritos que seguían diciéndome cosas y yo... yo perdida otra vez.

—Tesa... ¿por qué no me contestas? —me preguntó ya algo irritado.

Estuve a punto de decirle que se vistiera si quería que me enterase de algo de lo que decía, pero no creo que quedara muy decoroso por mi parte.

—Perdón...

—¿Estás bien? —se preocupó, mientras posaba sus manos sobre mis brazos.

¡Ay, Dios mío!

En ese momento fui consciente de que estaba ante él con mi pijama de

algodón dado de sí por todos los lados y medio descolorido de Hello Kitty, con restos de rímel aún en los ojos y con un moño alto estilo *choni* total.

¡Vamos, que Belén Esteban a mi lado en esos momentos parecería pura sofisticación y glamour!

¡Qué mala suerte tenía, coño!

—Estoy bien, sí —le respondí algo azorada, intentando peinarme como buenamente podía—. Es que no entiendo lo que pasa. Éste es mi baño y tú... ¿qué haces aquí?

—Te lo acabo de explicar, Tesa... ¿es que no me has escuchado?

—No, perdona...

—Nos han dado habitaciones de esas que son para familias. Están unidas por el cuarto de baño. Se deben de haber equivocado. Hablaré ahora mismo con recepción.

—Sí, sí, claro.

Nos quedamos los dos quietos, de frente, mirándonos.

Seguramente fueron sólo unos segundos, pero a mí me parecieron minutos. Seguía embelesada con su cara, con su cuerpo. Oliver tampoco se movió inmediatamente, ya que seguía sin quitarme la vista de encima.

Consiguió que me ruborizara. Fue consciente de ello y giró sobre sus talones con lo que me pareció una sonrisa en la cara. Después se dirigió a su habitación dejando la puerta abierta.

Corrí a mirarme en el espejo. Pelo anárquico, ojeras de oso panda y pezones saludando a la afición. ¡Me quería morir!

Desde el baño oí que él hablaba con recepción, así que, mientras, aproveché para lavarme bien la cara haciendo hincapié en los ojos, me lavé también los dientes y me peiné como pude.

No es que ahora estuviera mucho mejor, pero al menos había adecentado algo mi aspecto.

Oliver volvió a entrar sin darme tiempo a poder cambiarme de ropa. Intenté disimular la falta de recato que estaban teniendo mis pezones, pero estaba claro que se habían independizado de mí y funcionaban por libre.

Se le escapó una sonrisa al verme, lo que hizo que yo cruzara inmediatamente los brazos sobre el pecho para disimular.

Debía de estar roja como un tomate y por lo visto a él eso le parecía bastante

divertido, porque no dejaba de sonreír.

Me di la vuelta un poco malhumorada por la situación, pero Oliver me agarró del brazo para que no me fuera.

—Espera, por favor —me pidió.

Me volví, pero eso sí, continuaba con los brazos cruzados, porque seguía notando los pezones duros como piedras. ¡Malditos bastardos!

—Por lo visto están haciendo reformas en una zona bastante grande del hotel y de momento no tienen más habitaciones libres, así que no nos pueden cambiar. Me han dicho que lo que se hace en estos casos para poder tener intimidad en el baño y que no pase lo que acaba de pasar, es que cuando tú entres echas el pestillo de mi puerta para que yo no pueda acceder hasta que no lo vuelvas a desbloquear.

Ahora sí que estaba atendiendo a lo que me decía. Oliver ya se había vestido y, claro, así me era mucho más fácil seguirle.

—No es que sea la solución perfecta, porque hay que estar pendiente de bloquear y luego desbloquear la puerta para no dejar al otro sin acceso al cuarto de baño, pero al menos arregla de momento el problema.

—Vale —le dije.

Debía de darle la sensación de que me había vuelto idiota por no ser capaz de tener una conversación medio normal con él, pero es que el tema del baño me había trastocado por completo. Tendría que intentar olvidarme de que Oliver iba a estar al otro lado de la puerta, tan accesible...

—Pues termina tú si te parece y ya después entro yo —le ofrecí.

—Gracias, pero ya había terminado, así que todo tuyo.

Eso dijo, pero sin embargo me siguió mirando con curiosidad, sin moverse ni un ápice de su sitio.

Carraspeé y entonces él reaccionó. Se dio la vuelta y salió del baño, cerrando la puerta tras de sí.

Uff... ¿Cómo iba a sobrevivir yo a eso? Me temblaban las piernas.

Mientras, las dichas mariposas habían montado un carnaval en mi estómago.

Cuando me encontré con Lara y Raquel en la recepción, no les quise decir nada de mi episodio matutino con Oliver. No sabía hasta qué punto yo quería que conocieran esa información. Ambas eran las voces de mi conciencia. Raquel

la buena, el ángel, y Lara la mala, el demonio. Y seguro que me calentaban la cabeza durante el resto del tiempo que continuara la situación. No, mejor que no supieran nada.

CAPÍTULO 23

Llegamos al plató bastante nerviosos todos, porque cada vez íbamos quedando menos concursantes y cada vez se complicaban más las pruebas que teníamos que realizar.

Expectantes por lo que nos depararía el programa ese día, nos colocamos en nuestros puestos en la cocina y escuchamos al jurado.

A partir de ese momento todo iba a evolucionar mucho más rápido, ya que se habían acabado las clases magistrales de cocina y los ejercicios con el psicólogo para el trabajo en equipo.

Ahora ya sólo nos quedaba pasar lo que quedaba de concurso poniendo en práctica los conocimientos que habíamos adquirido, en las distintas pruebas que harían que se fuesen los cuatro concursantes siguientes, hasta que quedarán únicamente dos personas que se la jugarían en la gran final.

Eso no nos tranquilizaba a ninguno.

Tuvimos que pasar dos pruebas. La primera fue por equipos. Por suerte, el mío resultó victorioso y nos libramos de ir a la última, donde se eliminaría a otro concursante.

El equipo que se la jugó estaba compuesto por Alberto, Sandra, Lara y Gorka y tenían que preparar un plato tradicional japonés, indio o italiano, a elegir por cada uno.

Todos nos acordamos de Piero, porque esa prueba la hubiera bordado con algún plato típico de su tierra. Sin embargo, ninguno escogió la comida italiana ni la india.

Se decantaron todos por hacer sushi y sashimi con sus variedades más conocidas.

La que más problemas tuvo con esas recetas fue Sandra, que finalmente fue

la concursante expulsada.

Me alegré mucho de que no se fuera Lara. Curiosamente, ella no había entrado en el concurso porque le gustara la gastronomía o quisiera llegar lejos en ella, pero poco a poco había ido aprendiendo y cada día se sentía mejor con las recetas que preparaba y yo diría que había encontrado en la cocina un estilo de vida que la llenaba bastante.

Como la expulsión de Sandra nos pilló a mitad de semana, no salimos por la noche para la despedida. Decidimos dejarla para el fin de semana, junto con la del siguiente concursante que se fuera.

Además, estábamos muy cansados después de todo el día y nos fuimos directos al hotel. Yo sólo tenía ganas de acostarme un rato a leer hasta que me quedara dormida. Y eso hice.

Nada más llegar, entré en el baño, eché el pestillo de la puerta de Oliver para que él no pudiera entrar y me di una larga y relajante ducha. Me puse el pijama, quité el dichoso pestillo otra vez y me metí en la cama. Al cabo de un rato me había quedado dormida. Me despertaron los ruidos del baño. Oliver debía de estar duchándose.

Me volví a dormir.

Me desperté sobresaltada. Acababa de tener una pesadilla, aunque no recordaba muy bien sobre qué. Miré el reloj. Eran las cuatro y media de la madrugada y me sentía algo desubicada. Me levanté como una zombi y fui al baño a beber agua.

Cuando estaba a punto de llevarme el vaso a la boca, vi algo marrón moverse en él.

—¡Ahhhhhhhhhhh...!

El grito que di debió de oírse en todo Madrid.

Volví a gritar cuando el vaso se estampó contra el suelo, se hizo mil añicos y la cucaracha que había provocado mi espanto empezó a correr como alma que lleva el diablo en todas direcciones.

De un salto, me subí a la taza del váter y volví a gritar.

En ese momento Oliver entró en el cuarto de baño.

—¿Qué? ¿Qué pasa...? ¿Qué pasa, Tesa? ¿Qué es?

Me miraba asustado mientras se acercaba a mí.

—Una cucaracha... —grité.

—¿Qué? —Se paró en seco.

—Hay una cucaracha ahí. —Se la señalé.

La cucaracha había llegado al plato de la ducha.

Oliver miró hacia donde yo le estaba indicando. Se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Me estás diciendo que has liado todo esto por una simple cucaracha? — Sonreía aliviado.

—¿Una simple cucaracha? Pero ¿tú has visto el tamaño que tiene? —le pregunté ofendida.

—Oh, sí, perdona. ¡Tendré que pedir que traigan una grúa para que se la lleven!

Se estaba descojonando.

—¡Eres un imbécil! —le espeté.

—¡Mira, eso no es la primera vez que me lo dices... Anda baja de ahí... — me pidió tendiéndome la mano.

—¡Sí, hombre...!

—Tesa, por Dios, que son las cuatro y media de la madrugada...

—¡Me da igual! ¡Yo no me bajo de aquí mientras esté ahí el bicho ese! — Crucé los brazos.

—¡Muy bien, como quieras! Que pases buena noche.

Oliver se acababa de dar la vuelta y salía por la puerta del baño.

—Pero ¿es qué no piensas matarla? —le grité, abriendo los ojos como platos. Se volvió para mirarme.

—¿Yo?

—Sí, tú —le respondí muy nerviosa.

—Pues no. Pobre animal, no me ha hecho nada.

Se volvió de nuevo para marcharse.

—Oliver... ¡por favor! —le supliqué.

—¿Qué?

Me miró fijamente y probablemente mi cara se lo dijo todo. Estaba agobiadísima y por completo paralizada.

—Tengo fobia a las cucarachas desde niña... —le dije algo avergonzada—. Por favor, no me dejes aquí sola —le volví a suplicar casi llorando.

Se acercó a mí, me cogió en brazos y me llevó a mi habitación. Si no fuera

porque de verdad estaba muy angustiada, habría disfrutado lo indecible viendo cómo Oliver, que sólo vestía el pantalón de su pijama medio caído, me llevaba cogida entre sus musculosos y fuertes brazos y me dejaba con suavidad sobre mi cama.

Cuando lo hizo, se dio media vuelta y regresó al baño.

No tardó ni un minuto en volver a mi lado.

Yo estaba sentada en la cama, abrazada a mis rodillas.

—Ya no tienes de qué preocuparte —me dijo algo afligido al ver cómo estaba—. La he matado y me he deshecho de ella.

Me puso una mano en el hombro.

—¡Estás temblando...! —observó.

Lo miré con lágrimas en los ojos.

Odiaba que un animal tan pequeño pudiera conmigo de esa forma. Odiaba perder el control y que me paralizara de esa manera tan absurda.

Oliver se sentó a mi lado en la cama y me abrazó.

—Ya está, Tesa... Ya no tienes nada que temer.

Me besó en la frente.

Nuestras miradas se cruzaron. Mis ojos vidriosos por las lágrimas le pedían a gritos que siguiera abrazándome, que no me dejara sola, que durmiera conmigo.

Él pareció entender lo que yo necesitaba y siguió cogido a mí.

Al cabo de unos minutos conseguí serenarme un poco.

—De pequeña me caí en el agujero de una alcantarilla que estaba destapada y, aparte de una oscuridad casi absoluta, el agujero estaba lleno de cucarachas... por todas partes. Se me subieron por todo el cuerpo. —Me estremecí al recordarlo—. Grité y grité hasta que me oyeron y consiguieron sacarme de allí, pero aunque estuve en tratamiento psicológico durante varios años, aún no he conseguido dejar de sentir pánico cada vez que veo una. Me paraliza como aquella vez y empiezo a recordar cómo me sentí allí, en aquel agujero frío y oscuro.

Oliver volvió a besarme en la frente.

—Siento haberme burlado de ti, Tesa. A veces me comporto como un idiota. Lo siento de veras.

Buscaba mi mirada y la encontró. Mi mirada y mi deseo, así como yo también observé en sus ojos el anhelo que sentía por mí.

Pero se levantó de la cama de un salto y se alejó.

—Será mejor que me vaya a mi habitación —dijo a modo de excusa—. Buenas noches, Tesa.

No me dio opción a protestar. En cuanto terminó de hablar, cerró la puerta del baño y desapareció tras ella.

Sabía por qué lo había hecho. Oliver tenía miedo de lo que pudiera pasar entre los dos. Y en parte llevaba razón, porque, al menos a mí, cada vez se me hacía más difícil estar a su lado y no poder abrazarlo, y mucho menos besarlo. Mi atracción por él aumentaba, si cabía aún más, cuando nos encontrábamos en las distancias cortas.

Volví a caer en brazos de Morfeo, con la cálida sensación de su abrazo y los besos que Oliver me había dado en la frente.

Al día siguiente, cuando me levanté, entré con temor en el baño por si había otra cucaracha. Abrí la puerta y lo revisé todo de arriba abajo por si acaso. Pero sólo me encontré un post-it pegado en el espejo, en el que Oliver había escrito a mano.

*Puedes entrar tranquila.
He revisado todo el baño
y no hay ninguna cucaracha.*

¡Por favor, qué mono!

Me encantaría agradecerse. De hecho se me ocurrieron unas cuantas maneras de hacerlo. Pero el problema era ése, que no debería hacerlo más que de una.

¡Qué pena!

Ese sencillo gesto de Oliver hizo que comenzara el día con una sonrisa de oreja a oreja, cosa que enseguida notaron Lara y Raquel.

—Muy sonriente está Tesa esta mañana, ¿no, Raquel?

Me miraban las dos con los ojos entrecerrados, como intentando adivinar por qué me encontraba tan exultante.

No les dije nada.

—Uyuyuyuy... ¿Tú no habrás pillado esta noche? —me preguntó Lara con cara de Sherlock.

—No digas tonterías.

—Humm... No sé, te veo hoy muy radiante —insistió.

—Radiante está Raquel, que se le nota en el cutis lo feliz que está con Manu.

—Sonreí malévolamente.

Lara se volvió y la miró. Había conseguido desviar la atención de las dos. ¡Menos mal! No quería contarles nada de lo que había pasado con Oliver en esos días.

Cuando llegamos al plató, Lara le había sonsacado a Raquel lo suficiente como para saber con pelos y señales cómo funcionaba Manu en la cama. Era tremenda.

Yo me quedé más con la parte tierna de la historia y no con la «cantidad de mandanga» que Manu le había dado desde que estaban juntos. Habían iniciado una bonita relación en la que ya cabían planes de futuro y Raquel estaba entusiasmada por ello.

Sentí envidia. Sana, pero al fin y al cabo envidia, por su situación personal. Raquel era una de las más fuertes del concurso y todos la considerábamos una rival muy importante. Además de eso, acababa de empezar un idilio con el que, según ella, sería sin lugar a dudas el padre de sus hijos. Estaba radiante y no le podían ir mejor las cosas. Manu y ella tenían planes juntos y una carrera por delante muy prometedora para ambos.

Lo primero que hicimos en el plató fue escuchar cuál era el plan de grabación. Después apareció el jurado y estuvieron charlando de manera informal con todos nosotros. Nos comentaron las buenas reacciones que estaba teniendo el concurso en el gran público y que ya teníamos miles de seguidores en las redes.

Luego, mientras nos preparábamos para empezar a grabar, estuve observando cómo Oliver bromeaba con sus compañeros y cómo, de vez en cuando, se le escapaba alguna mirada hacia donde yo estaba.

Mientras, Sylvia no paraba de sobar a Oliver cada vez que podía. Estaba claro que a ella la atraía mucho, pero yo diría que al revés no era así. Incluso diría que a Oliver lo incomodaba bastante esa actitud de ella. Eran amigos, pero estaba claro que Sylvia buscaba algo más. Lo que yo ya no tenía tan claro era que Oliver se lo quisiera dar.

Como si me hubieran leído el pensamiento, sonó el timbre para que todos

nos fuéramos a nuestros sitios y poder empezar así la grabación, con lo que Sylvia tuvo que alejarse de él y yo me relajé bastante. No había sido consciente de lo tensa que estaba hasta ese momento.

Me ponía más nerviosa ver a una mujer cerca de Oliver que el propio concurso en sí.

Comenzamos con la primera prueba, tras la que tres personas se salvarían y tres pasarían a la final de ese día, cuando se eliminaría a otro concursante más.

El plato que preparé no es que fuera un mal plato. Ni tampoco el de Lara o Alberto. Así nos lo explicó el jurado. El problema era que los platos de Manu, Raquel y Gorka habían estado por encima de los nuestros. Con lo que nos vimos abocados irremediablemente a la dichosa prueba final, en la que nos jugábamos la continuidad en el programa.

Pero esta vez había sorpresas que no nos esperábamos, nos dijo el jurado.

—Hoy no vais a estar solos para esta última prueba. Cada uno vais a tener un pinche muy especial con vosotros —nos explicó Pedro Beramendi.

Todos nos miramos intrigados por saber quiénes serían esos ayudantes. Algún familiar quizá.

Me encantaría cocinar con mi padre y si el programa había llamado a alguien de mi familia, esperaba que fuera él, porque si venía mi madre podía ser un desastre total.

También existía la posibilidad de que pudiéramos elegir a algún compañero de los que se habían salvado. Yo sin duda elegiría a Raquel. Nunca habíamos cocinado juntas, pero estaba segura de que si nos llevábamos en la cocina como en nuestro día a día, prepararíamos el mejor de los platos.

Pedro Beramendi continuó hablando.

—Y esos ayudantes no son ni más ni menos que... —hizo una pausa— nosotros mismos.

Me quedé sin respiración.

¿Cómo? Aún estaba procesando las palabras de Pedro.

—Cada uno de nosotros estará con unos de vosotros...

Miré a Oliver de inmediato. Nuestras miradas se cruzaron, pero él enseguida volvió a mirar a Pedro, que seguía hablando.

—... y empezaremos por Oliver, que será el primero en elegir al concursante al que va a apoyar —terminó de decir.

Oliver echó a andar en dirección a Alberto y yo experimenté un sentimiento encontrado. Por una parte, alivio por no tener que cocinar con él, ya que su exigencia me ponía muy nerviosa y llegaba incluso a bloquearme, y por otra parte sentí desilusión. Había imaginado que él a lo mejor quería ver cómo era cocinar conmigo. Pero no parecía que fuera ésa su intención.

Sin embargo, me equivocaba. Giró sobre los talones y se vino directo hacia donde yo me encontraba. Me sonrió cuando ya estaba a dos pasos de mí y se colocó a mi lado.

¡Me quería morir!

CAPÍTULO 24

Mi corazón parecía estar dando saltos sobre una cama elástica y me había quedado sin aliento. Total... ¿para qué iba a respirar? ¡Si eso no era tan importante! Mi cerebro estaba intentando encajar todo lo que se me venía encima. Lo oía chirriar.

—Oliver, explícanos porqué has escogido ayudar a Tesa.

—Pues es muy sencillo, Pedro. Lo he hecho porque no me gusta perder ni a las canicas y ella es la mejor baza para ganaros a vosotros dos. —Y les sonrió con chulería a sus compañeros.

Había escogido cocinar conmigo y ayudarme en la prueba final, pero además eso se había convertido también en una competición entre el jurado y acababa de lanzarles un órdago a Carmen y a Pedro en ese sentido. Era obvio que estaba muy seguro de sí mismo y que pensaba ganar.

Yo, sin embargo, estaba a punto de que me diera algo. Su confianza en mí me encantaba tanto como me aterrorizaba, ya que yo no estaba tan segura de poder cumplir las expectativas que había puesto en mí.

Debió de notar mi nerviosismo, porque, mientras Carmen Arrabal se colocaba al lado de Alberto y explicaba las razones de por qué lo había elegido, él me cogió la mano y me la apretó, infundiéndome seguridad y, sobre todo, tranquilidad.

—Vamos a ganar esta prueba, ya verás —dijo mirando al frente, como si no quisiera que los demás vieran que se había dirigido a mí.

A continuación me soltó la mano.

Pedro eligió a Lara para cocinar con ella.

Nos pidieron que en dos minutos consensuáramos con nuestra pareja el plato que íbamos a preparar.

—Vale Tesa, dime qué es lo que quieres cocinar.

De entrada, que Oliver me dijera eso ya me sorprendió, porque pensaba que sería él, puesto que estaba acostumbrado a dirigir a un equipo en su restaurante, el que querría dominar la situación. Sin embargo, se quedó esperando a que yo le contestara.

—Había pensado hacer un *turnedó* de ternera envuelto en bacon, sobre una cama de patatas *soufflé*, napado todo con salsa de queso azul y salpicado con caviar de Oporto. También iba a poner una teja de parmesano para coronarlo —añadí algo insegura.

—Suenas muy bien, Tesa. ¿Tienes claros los ingredientes que tenemos que coger y los pasos que tenemos que seguir para hacerlo?

¿Ya estaba? ¿No iba a protestar ni a decir nada sobre el plato? ¿Así de fácil me iba a resultar cocinar con él?

—Sí, he hecho una lista para no olvidarme de nada.

—Perfecto, ¿y en qué te voy a ayudar yo?

—¿Tú... ayudarme a mí?

No estaba acostumbrada a ese cambio de roles.

—Claro, de eso se trata. De que tú me ordenes y yo haga lo que me pidas.

¡Uff, cómo había sonado eso! ¡Me habían subido los calores de golpe!

«Pero céntrate, Tesa, que si la fastidias te largas de aquí y adiós a absolutamente todas tus ilusiones. Todas.»

—Vale, pues encárgate tú de cortar la cebolla en *brunoise* y dorarla primero y de gelatinizar la reducción de Oporto para yo hacer el caviar después, por favor.

Me había muerto y había subido al cielo, estaba claro. Oliver a mis órdenes y sin replicarme. ¡Eso no podía estar pasándome de verdad!

Comenzó a contar el tiempo y él empezó a hacer lo que le había pedido. Nunca lo había visto cocinar y me quedé embobada al ver con qué rapidez y agilidad manejaba los cuchillos.

«¡Céntrate, Tesa!»

Salí de mi embelesamiento y me puse a hacer la salsa de queso azul. La carne la dejé para el último momento antes de servirla.

—Tesa, ya tengo en marcha la reducción de Oporto y la cebolla está casi pochada. ¿Quieres que te ayude con algo más?

—¿Sería mucho pedir que fueras pelando las patatas?

—No, claro que no.

¡Madre mía lo tenía a mis pies!

«Tesa, baja, que luego te das de bruces. No flipes, que esto es sólo parte del concurso.»

—Patatas peladas y cortadas —me dijo a los pocos minutos, guiñándome un ojo.

—Vale.

Me sentía superada. Estaba en la prueba de eliminación, con lo que eso suponía, con Oliver siguiendo las instrucciones que yo le daba y sin replicar para nada en absoluto.

Se acercó a mí y con una cucharilla cogió un poco de la salsa que yo estaba preparando.

—Humm... Qué buena. Quizá le falte un poquito más de vino blanco para darle más fuerza. —Cogió salsa con otra cucharilla y me la dio a probar—. ¿Tú cómo lo ves?

¡¿Dónde estaban Oliver y sus malas pulgas y sus exigencias en la cocina?!

Estaba muy pegado a mí y me miraba con un brillo especial en los ojos. Estaba extrañamente pletórico.

Le añadí el vino, esperé unos minutos a que se evaporara el alcohol y lo volví a probar. Sin duda él tenía razón. La salsa ahora estaba mucho más rica. El vino que le había añadido había potenciado su sabor.

Terminamos de emplatar justo a tiempo. Oliver me había ayudado con todo. Con la elaboración y con la decoración. Había respetado todas mis opiniones y mis decisiones y se había dedicado únicamente a seguir mis instrucciones sin rechistar. Sólo me había hecho un par de observaciones muy respetuosas, que yo había tenido muy en cuenta y que habían hecho que mejorara mucho mi idea inicial del plato. Así que..., ¿qué más podía pedir?

Había tenido a mi lado un pinche de la talla de Oliver Sabattini, apoyando en todo momento lo que yo hacía, sin poner nada en duda y aportando sólo lo necesario para sacar un plato de diez.

Me sentía exultante. No me quería despertar de lo que empezaba a pensar que tenía que ser un sueño. Un delicioso y placentero sueño.

Obviamente, los jurados que valoraran los platos no iban a ser ellos mismos,

así que habían invitado a cinco reconocidos cocineros que juntos sumaban nueve estrellas Michelin.

Se llevaron los tres platos y estuvieron, durante lo que a mí me pareció una eternidad, probándolos y puntuándolos.

Mientras tanto, Oliver se acercó a Pedro y a Carmen y comentaron entre ellos cómo habían vivido la experiencia cada uno.

Finalmente, el jurado tomó una decisión y volvió al estudio para darnos su veredicto.

Oliver, igual que hicieron sus compañeros con Alberto y Lara, se colocó a mi lado y me volvió a coger la mano.

Lo miré. Él me miró también y me guiñó un ojo de nuevo. Tenía una expresión como de saber que lo que se había hecho estaba bien hecho y que, por tanto, no había opción de perder.

Y por suerte para mí así fue. No sólo no me echaron, sino que nuestro plato fue elegido como el mejor de los tres.

La emoción fue tan grande que me puse a saltar y por inercia fui a abrazarlo. Oliver me agarró y me mantuvo en el aire abrazada a él, mirándonos fijamente, durante lo que para mí fueron los segundos más bonitos de mi vida.

Me bajó dejándome resbalar a lo largo de su cuerpo. Seguíamos mirándonos. La burbuja nos aisló del resto del mundo. El magnetismo volvió y, con él, la poderosa atracción que sentía hacia Oliver. Pero estábamos rodeados de gente y no podía pasar nada entre nosotros, así que me separé muy a mi pesar.

Mis compañeros nos habían rodeado para felicitarnos, pero yo seguía mirándolo a él y él a mí, hasta que el resto del jurado reclamó su atención, y Oliver, dándome la enhorabuena con un casto beso en la mejilla, se alejó de mí.

El expulsado esta vez fue Alberto, que se lo tomó muy mal. A su espíritu competitivo no le sentó nada bien el fallo del jurado.

Sin embargo, yo me alegré. Lo sentía por él, pero prefería que fuera Lara la que se quedara una semana más.

El fin de semana despediríamos a Sandra y Alberto. Cada vez nos costaba más tener que decir adiós a los compañeros. Cada vez nos conocíamos mejor y el vínculo que se iba creando entre nosotros era más fuerte. Teníamos claro que estábamos en un concurso, eso a nadie se le olvidaba, pero el hecho de haber estado tanto tiempo juntos conviviendo, sin la familia cerca y con una pasión en

común, hacía que hubiéramos formado una piña.

Yo echaba mucho de menos a mi familia y a mis amigas, pero en el programa había encontrado otra familia y otros amigos, que llevaría siempre en mi corazón.

Con ese pensamiento entré en mi cuarto del hotel.

Me sentía henchida de felicidad por el día que había tenido y por haber conocido a las personas que me rodeaban en mi vida actual.

Pero eso mismo también me hizo recordar a las que había dejado abandonadas temporalmente para seguir mi sueño, así que decidí hacer una ronda de llamadas a parientes y amigas, porque aunque hablábamos de vez en cuando por WhatsApp, no era lo mismo que oír su voz.

La llamada a mi padre fue muy cálida. Como siempre, me apoyaba al máximo en lo que estaba haciendo y me animaba a continuar. La conversación con mi hermana también fue en la misma línea. Me dijo que me echaba mucho de menos y que seguía pasándolo mal por lo que le había sucedido con Alfonso. Se me hizo un nudo en la garganta por no poder estar allí con ella para consolarla.

Mi madre, siguiendo su tónica habitual, me vino a decir lo de siempre, que estaba tirando mi vida por la borda, que por qué no volvía con Daniel y que le diera no sé qué receta, que una amiga suya la necesitaba para una cena. Ni siquiera me hizo ningún comentario sobre lo que le parecía el concurso o lo lejos que yo había llegado en él. Lo dicho, mi madre y sus cosas.

Menos mal que llamé a Men, que además estaba con Moni y me subieron entre las dos la moral.

—Holaaa, ¡cuánto os echo de menos!

—Y nosotras a ti, guapa.

—Chocho, ¿cómo te va? —me preguntó Moni, quitándole el teléfono a Men.

—Pues bastante bien, pero estoy deseando que llegue el fin de semana para veros. ¿Habéis comprado ya los billetes y hecho las reservas del hotel? Es una pena que no haya sitio en éste.

—No te preocupes que está todo controlado. El sábado por la mañana nos tienes allí.

—Ok. Estoy deseando veros.

—Oye, nos tienes que llevar a la disco esa donde van todos los famosillos de

los *realities*. Que tengo ilusión por tirarme a alguno que haya salido en la tele.

—No te preocupes. Lara ya nos tiene preparado todo el itinerario *follístico* de Madrid. Miedo me da juntaros con ella. Veremos la que liais.

Podía ser una bomba explosiva juntarlas, pero no me quedaba otra. Me conformaba con sobrevivir a esa noche y no acabar en la cárcel por escándalo público o algo así.

Después de la agotadora ronda de llamadas, decidí darme una ducha y acostarme a leer un poco.

No duré ni diez minutos con el libro. Caí enseguida, rendida como estaba.

A las seis de la mañana me despertó una fuerte tormenta. Tan fuerte que cada vez que tronaba vibraban los cristales. Lo peor es que iba en aumento.

A mí no es que me dieran especialmente miedo, pero ésa estaba siendo bastante intensa y la sentía cada vez más cerca. Cada poco, la habitación se iluminaba entera y después un estruendo ensordecedor hacía que se estremeciera todo el edificio. Estaba empezando a estar muy asustada y sin pensarlo siquiera actué instintivamente.

Corrí a la habitación de Oliver. Llamé muy flojito a su puerta y, como no obtuve respuesta, abrí y entré con sigilo. Me acerqué despacio a la enorme cama, me tumbé sin hacer ruido y me acoplé a él, que protestó medio en sueños, pero sin llegar a despertarse.

Sentía su pecho hincharse y deshincharse a mi espalda. Me dio frío y me pegué más aún a él, sintiendo su sexo en mis nalgas.

Instintivamente me rodeó con un brazo.

Me sentía tan bien con él. ¡Dios, estaba en el cielo!

Pero me preocupaba que se despertara y se llevara el susto del siglo cuando viera que tenía a alguien en su cama, así que susurré su nombre.

—Oliver... Oliver...

Estaba claro que tenía el sueño muy profundo.

De repente, una luz cegadora seguida del estruendo más fuerte que había oído en mi vida hizo que pegara un grito y que Oliver se despertara sobresaltado.

—Oliver, soy Tesa. Tranquilo.

Pero no me oyó.

Me tumbó boca arriba y me inmovilizó subiéndose a horcajadas sobre mí y sujetándome ambas manos por encima de la cabeza.

—Oliver, soy yo, Tesa.

Me miraba, pero no me veía. Tenía la mirada perdida.

Yo no tenía claro si aún seguía dormido.

Le dije que encendiera la luz y lo hizo.

Los ojos se le salieron de las órbitas cuando me vio, pero no me soltó. Siguió mirándome y yo... yo sólo quería que siguiera quemándome con la mirada y abrasándome como lo estaba haciendo con su cuerpo.

Pasaron unos segundos hasta que se decidió a hablarme.

—¿Qué haces aquí, Tesa? ¡Me has dado un susto de muerte, joder!

Lo notaba contrariado al mismo tiempo que encantado de que yo estuviera allí, debajo de él.

Entonces la habitación se volvió a iluminar y otro trueno ensordecedor hizo que me asustara como una niña y que volviera a gritar.

—¡Tengo miedo de la tormenta! —le dije.

—¡Joder!

Pero sonrió. Tenía la cara a muy pocos centímetros de la mía. Seguía atrapada bajo sus piernas y sus brazos. Deliciosamente atrapada.

Su semblante se tornó serio entonces y acercó sus labios a los míos.

—¡Joder...! —repitió lentamente, mientras recorría mi cuello con los labios—. Cómo me gustaría comerte la boca, saborearla lentamente, degustarla otra vez.

Gemí. Mi cuerpo se arqueó debajo del suyo. Notaba su erección en mi vientre.

Bajó su boca hacia mi pecho, pero se detuvo antes de llegar.

—No, no puedo. No debo. ¡Joder!

Se levantó rápidamente de la cama y se quedó en medio de la habitación, pasándose la mano por el pelo. Miraba al suelo.

—Lo siento... Contigo soy incapaz de controlarme —se excusó.

Yo no sabía qué decirle. Le deseaba tanto que no podía pensar con claridad. En esos momentos me daba igual todo y hubiera renunciado al concurso y a lo que fuera con tal de quedarme con él.

—Es mejor que lo dejemos aquí antes de que pase algo de lo que los dos podamos arrepentirnos.

Otro estrepitoso trueno resonó por toda la habitación y yo me incorporé

gritando de nuevo y tapándome los oídos con las manos. Mi rostro mostraba el miedo que estaba sintiendo.

Oliver se acercó a mí para tranquilizarme. Se sentó a mi lado y me abrazó igual que lo había hecho con el episodio de la cucaracha.

—Estoy aquí, Tesa, relájate.

—Lo siento, me estoy comportando como una cría pequeña, pero es que nunca había visto una tormenta tan fuerte y cada vez que suena un trueno tiembla todo el edificio. Me da miedo que nos caiga un rayo encima.

Oliver sonrió y me besó en la frente con ternura, como ya lo había hecho anteriormente.

—Todos los edificios tienen pararrayos. Aquí estamos seguros.

Eso lo sabía, pero aun así la tormenta me tenía muy intranquila.

Nos quedamos un momento sentados en la cama. Yo no quería volver a mi habitación.

—¿Puedo dormir contigo? —le pregunté con cara de cordero degollado—. Por favor... —insistí, antes de que se negara.

Se levantó de nuevo y se alejó de mí dándome la espalda. Luego se volvió.

—Tesa... no me pidas eso. No sé si sería capaz de controlarme teniéndote tan cerca.

Otro trueno sacudió el edificio entero y me acurruqué en su cama en posición fetal.

Oliver me miró unas décimas de segundo antes de acercarse, tumbarse a mi lado en la cama y rodearme con los brazos.

—Vas a ser mi perdición —dijo, mientras se acoplaba a mí por detrás y me arropaba.

Dicen que después de la tormenta siempre viene la calma y así fue.

Amaneció un día espléndido, con un sol radiante. La luz se colaba por una rendija que había justo donde se unían las opacas cortinas que cubrían el gran ventanal del hotel.

Seguíamos en la misma postura en la que nos habíamos dormido. Sentía su calor en todo mi cuerpo. Me abrazaba en todos los sentidos, física y emocionalmente.

Su respiración acompañaba a la mía como si fuésemos dos almas gemelas.

Yo me sentía exultante. Plena. Como si él fuera la pieza que me faltaba para

completar el puzle de mi vida.

Noté entonces que se movía. En realidad, lo que hizo fue acomodarse mejor, atrayéndome más si cabía hacia él.

Le di los buenos días con un susurro.

Entonces, probablemente fue consciente de la intensidad con la que me estaba abrazando y aflojó un poco la tensión de los brazos.

—Buenos días, princesita.

Era la primera vez que me llamaba así sin hacerlo en tono despectivo. Es más, lo había hecho de una forma muy cariñosa, al mismo tiempo que me besaba, probablemente de manera inconsciente, el pelo.

Yo no podía disimular la dicha que sentía y una sonrisa enorme se dibujó en mis labios.

—Oliver...

—¿Sí?

—¿Por qué me elegiste ayer a mí como pareja para la prueba?

—Ya lo dije. Quería ganar y tú eras la mejor baza para hacerlo.

—Ah.

Su respuesta no satisfizo del todo lo que yo quería saber y se dio cuenta.

—Tesa, tú eres muy buena en la cocina. Confío plenamente en ti y sabía que serías la que mejor lo haría... Y a la vista está que no me equivoqué.

Su confianza en mí me abrumó.

—¿De verdad piensas eso de mí?

—Pues claro, ¿por qué te iba a mentir?

—No sé... Siempre has sido muy crítico conmigo y siempre he tenido la sensación de no hacer las cosas lo bastante bien a tu juicio. Me has hecho sentir muchas veces que no tenía nivel para estar en el concurso.

—Eso no es verdad. Tú eres excelente en la cocina. Lo que pasa es que me gusta ser muy exigente con la gente que sé que puede dar más de sí. Y ése es tu caso. Por eso te aprieto tanto, porque veo tu potencial y me da rabia que tú misma no creas en ti.

Tragué saliva. No estaba acostumbrada a un Oliver que elogiara a los demás.

—Ayer... en la prueba, me trataste con mucho respeto. Quiero decir... que fue muy agradable trabajar contigo.

Sonrió.

—No soy un ogro. Es verdad que soy muy estricto con mi personal y que en la cocina soy en extremo meticuloso, pero es que mi padre me enseñó a ser así. Él siempre me exigía más y gracias a eso estoy donde estoy hoy en día. Si él no hubiera pedido tanto de mí y no me hubiera enseñado lo difícil que es conseguir las cosas y lo importante que es luchar por ellas, no sería quien soy. —Hizo una pausa mientras sopesaba lo que iba a decir a continuación—. Se lo debo todo a mis padres, porque ellos lo dieron todo por darnos una buena educación a mi hermana y a mí. Por eso ahora no puedo fallarles. He trabajado muy duro para llegar hasta aquí y no quisiera estropearlo, ni por ellos ni por mí.

A continuación noté que se revolvía algo inquieto y se separaba de mí lo suficiente como para provocarme un estremecimiento. Oliver volvía a luchar entre lo que debía hacer y lo que sentía. Volvía a tener su corazón librando una batalla imposible.

Pero yo decidí que era el momento de irme. No quería complicarle las cosas a pesar de que mis mariposas me estaban pidiendo a gritos que me quedara. Me levanté y me fui directa al cuarto de baño.

—Gracias por no dejarme sola anoche, Oliver —dije antes de cerrar la puerta tras de mí.

Después de una larga ducha, empecé a tener más claro que nunca que ni él ni yo podíamos tirar por la borda todo lo que habíamos conseguido hasta ese momento. El problema residiría en poder mantenerme alejada de él. Al menos hasta que acabara el concurso. ¿Sería capaz de conseguirlo?

CAPÍTULO 25

Cuando llegamos a los estudios, ya estaba todo preparado para grabar. Cada vez estábamos más ansiosos debido a la presión de que cada vez íbamos siendo menos. Además, ése iba a ser un día especialmente estresante.

Comenzó hablando Pedro Beramendi.

—La siguiente prueba que vais a realizar os puede asegurar un puesto en la final del concurso, así que ponedlo todo de vuestra parte. Sabemos que no sois profesionales, pero hoy quisiéramos que usarais las técnicas que normalmente se utilizan en un restaurante moderno que integre la cocina tradicional con la actual. Para ello contaréis con todo lo necesario para realizar un plato de esas características, en el que al menos deberéis usar dos de esas técnicas. Tesa... — me miró con una sonrisa maliciosa en la cara—, por razones obvias tú no podrás usar el nitrógeno líquido.

Las carcajadas fueron unánimes.

Hasta en la cara de Oliver se atisbó una leve sonrisa.

Me sentí bastante abochornada. ¿Hasta cuándo iba a colear mi fama?

—Es broma, Tesa —dijo Pedro ahora más serio—. Evidentemente, lo puedes usar igual que los demás, lo único que te pedimos, a ti y a todos, es que llevéis cuidado cuando lo manipuléis y seáis conscientes de lo que tenéis entre manos.

El tiempo comenzó a contar y todos corrimos como locos a la despensa a surtirnos de los productos que íbamos a utilizar. Cogí todo lo que necesitaba, procurando no olvidarme de nada y empecé a cocinar.

El tiempo se me pasó volando. Estaba tan concentrada que ni siquiera reparé en lo que hacían mis compañeros, ni en las miradas del jurado, sobre todo la de Oliver, que observaba muy de cerca todos mis pasos.

Llegué muy justa para emplatar, pero conseguí finalizar a tiempo.

La suerte estaba echada.

Miré alrededor para ver lo que habían hecho mis compañeros y la verdad es que algunos de los platos tenían mucho nivel. Pero el mío también, así que tuvimos que esperar a la decisión del jurado.

Seleccionaron tres de los siete platos. El de Manu, el de Gorka y el mío.

A Manu, Pedro Beramendi le dijo que había combinado de manera muy sorprendente los productos y que la técnica que había usado era casi perfecta.

Carmen Arrabal juzgó el plato de Gorka. Excelente presentación y mucha originalidad con los sabores, fue su dictamen.

No había que hacer muchos cálculos matemáticos para saber que Oliver me juzgaría a mí. Estaba temblando por lo que me pudiera decir. Me lo debió de notar en la cara.

—Explícame qué has querido hacer, Tesa —me pidió muy serio, mientras me miraba fijamente.

Carraspeé, ya que la voz no me salió a la primera.

—Unas esferificaciones de salmorejo y otras de yema de huevo, sobre un bizcocho preparado con harina de aceitunas negras deshidratadas y sifón.

Estaba muy nerviosa. Oliver no cambiaba su gesto serio.

—Con los sabores has ido a asegurar, porque está claro que esta combinación funciona perfectamente —me dijo mirándome a los ojos—. Ahora falta que las técnicas que has empleado estén bien trabajadas.

Cogió una cuchara y partió una esfera de salmorejo y otra de yema de huevo y por dentro estaban líquidas, como debía ser. Aplastó un poco el bizcocho con la cuchara para ver si estaba esponjoso y lo estaba.

Ahora faltaba ver qué opinaba, a pesar de que todo pintaba bien en principio.

—Las técnicas están correctamente utilizadas. Muchas gracias, Tesa.

¿Y? ¿Es que no iba a comentar nada más?

Pues por lo visto no y eso me encendió. Mucho.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que vas a decir de mi plato?

No iba a pasar otra vez porque me diera la simple calificación de «plato correcto». ¿Qué había de todo lo que me había dicho esa misma mañana sobre lo buena cocinera que yo era?

—Sí, Tesa, eso es todo —me respondió, mirándome furioso por haberle exigido un juicio más elaborado—. Vuelve a tu sitio. Nosotros ahora tenemos

que deliberar.

Raquel me cogió del brazo y tiró de mí. Sabía que no estaba conforme con lo que Oliver me había dicho y ya me conocía lo suficiente como para saber que estaba a punto de estallar.

Tanto como me atraía como hombre, Oliver me desesperaba como profesional. Siempre tan exigente. Nunca nada era suficiente.

—Cierra la boca —me ordenó Raquel disimuladamente.

Lo hice. Pero estaba envenenada. ¿Por qué me hacía eso? Con los demás no era tan duro. Él ya me había explicado el porqué, pero a mí me molestaba muchísimo.

Finalmente eligieron el plato de Manu como el mejor. Y, aunque me fastidiase, tenía que reconocer que así era. Había arriesgado con la mezcla de sabores y las técnicas que había utilizado eran muy complicadas, por tanto, la decisión del jurado estaba más que justificada.

Pero seguía molestándome el hecho de que Oliver fuera siempre tan poco benévolo cuando se trataba de valorar un plato mío.

Me alegré por Manu, ya que, como había anunciado Pedro Beramendi, el que ganara esa prueba se situaba directamente en la final del concurso y él se lo merecía de verdad. De hecho, todos nos alegramos y decidimos hacer una fiesta para celebrarlo.

Bueno, en realidad cualquier excusa era buena para montar una fiesta.

Despediríamos a Sandra y Alberto y al mismo tiempo celebraríamos el pase directo a la final de Manu. Eso sería el viernes por la noche y el sábado llegarían las chicas para pasar el fin de semana conmigo.

Estaba entusiasmada con que vinieran. Hacía mucho tiempo que no las veía y las echaba mucho de menos. Necesitaba hablar con ellas y que me echaran un cable con todo el tema de Oliver. Sabía de antemano lo que me iban a decir, pero necesitaba oír de su boca qué era lo que más me convenía, para que bajara los pies a la tierra y me centrara en lo importante.

Cuando estaba arreglándome el viernes por la noche, Oliver llamó a la puerta del baño.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Tesa?

Dudé un instante. Seguía muy cabreada con él por su actitud en el concurso.

Pero le abrí la puerta.

No dije nada. Simplemente seguí maquillándome.

Les tocaba el turno a los labios y decidí en ese momento que serían rojos, como mi coche. Rojo diablesa.

Oliver se quedó mirando mi imagen reflejada en el espejo y yo decidí hacer del simple hecho de pintarme los labios toda una declaración de intenciones.

A pesar de todo.

Primero me los humedecí, pasando lentamente mi lengua sobre ellos y haciendo hincapié en la parte superior. Luego, giré despacio la barra de labios hasta que fue apareciendo larga y dura. Me la pasé con suavidad por los labios, mientras mi boca entreabierta parecía pedir más. Gemí débilmente cuando acabé, como si estuviera satisfecha del resultado, al mismo tiempo que me sentía excitada por la sensualidad de mis actos. Mis pezones se habían endurecido y elevaban el tejido de mi blusa semitransparente. Apreté mis carnosos labios uno contra otro, frotándolos como si se desearan de manera animal y volví a pasarme la lengua por ellos, esta vez más juguetona y valiente, como si supiera qué iba a lamer a continuación y estuviera preparándose para ese delicioso placer.

Entonces me volví hacia Oliver, que se había quedado petrificado mirándome.

En sus ojos podía ver la excitación y el deseo que había suscitado en él.

Crucé los brazos y esperé a que empezara a hablar.

Carraspeó.

—¡Joder, Tesa!

Se pasó la mano por el pelo, dio media vuelta y salió del baño.

Lo oí maldecir y después gruñir.

A los pocos segundos volvió.

—Sólo quería decirte que siento haberte dado una valoración tan plana y tan poco profesional del plato. No he sido justo contigo, únicamente he pensado en mí y en que nadie notara lo que... —volvió a carraspear— lo que opino de ti. ¡Joder, me es imposible ser objetivo con todo lo que tiene que ver con tu persona y he reaccionado como un puto crío!

Hubo un silencio.

—No volverá a ocurrir —terminó diciendo en un susurro.

Me miraba con el semblante de una persona que ha decepcionado a otra, pero que sabe que, sobre todo, se ha decepcionado a sí mismo. Mucho.

—No seas tan duro contigo, Oliver.

—Tesa, tú no lo entiendes... —Se calló porque no podía seguir hablando.

Oliver se acababa de romper. Tenía los ojos inundados de lágrimas de rabia. Rabia por no haber podido controlar la situación y a sí mismo.

Salió del baño sin decir nada más, desolado por no haber conseguido hacer lo que debía, en lugar de lo que sentía. Desanimado y contrariado por haberse dejado llevar por primera vez en su vida.

CAPÍTULO 26

La discoteca estaba a rebosar de gente bailando como si no existiera un mañana. Mientras, yo me dedicaba a sujetar el cubata que me había pedido hacía más de una hora y que, por tanto, debía de estar más que aguado.

Lara estaba «zorreando», como ella decía, a ver si le cuadraba alguno para esa noche. Y Raquel bailaba con Manu y los demás en el centro de la pista. Todo el mundo estaba feliz menos yo.

Me sentía harta de la situación. Harta de no poder dejarme llevar. Se me pasó por la cabeza otra vez la idea de abandonar el concurso, regresar a Valencia y dejar que las cosas volvieran a su cauce. Pero sabía que esa opción no era más que huir del problema y mi padre no me había educado para eso. Además, no iba a tirarlo todo por la borda. Tendría que aguantar hasta que me echaran y entonces ya veríamos qué haría.

El móvil vibró dentro de mi bolso y me sacó de mi ensimismamiento.

Tenía un mensaje de Noel.

Desde que se fue de Madrid no había vuelto a hablar con él y me alegró saber que aún pensaba en mí.

¿Cómo te van las cosas, Culo Bonito? Me gustaría saber de ti. Echo de menos hablar contigo de vez en cuando.

Me dirigí hacia la pista de baile y avisé a Raquel de que salía fuera para hablar por teléfono. Llamé a Noel.

—Pero bueno, Tesa, qué alegría oírte... ¿cómo estás?

Noel siempre tan dulce, tan atento. Y eso a pesar de lo que pasó entre nosotros la última vez que nos vimos.

No lo podía engañar.

—Estoy regular, pero no quiero hablar de mí, ¿cómo estás tú?

—Bueno, no me puedo quejar. Me han ascendido en el trabajo, con lo que gano más y hago menos. Eso, por otra parte, significa que seré desafortunado en amores toda mi vida. Es lo que dice el refrán, ¿no?

—No es así exactamente, pero bueno... —Me hizo sonreír. Como siempre.
Se hizo un largo silencio.

—Cuéntame qué te pasa, Tesa —me pidió Noel, que ya me conocía muy bien y sabía que había algo detrás de mi llamada.

—No... no me pasa nada, es sólo que... necesitaba hablar con alguien —le respondí titubeando.

—¿Es por el cocinillas ese otra vez verdad?

—En realidad no quiero hablar de eso, Noel.

Prefería mantener a Oliver al margen. No quería que Noel se formara una imagen equivocada, ni que juzgara sus actos. Además, hablar de él sólo crearía mal rollo entre nosotros, porque Noel lo iba a atacar y yo lo iba a defender y no era eso precisamente lo que yo buscaba con esa llamada.

—De acuerdo, Tesa.

Estaba tenso y era lógico.

—Cuéntame cosas de allí... ¿cómo están tus amigos? ¿Cómo está Alfonso, después de la que le liamos?

Estuvimos hablando casi una hora. Me contó todo lo que yo necesitaba oír en esos momentos, que no era otra cosa que los dramas y comedias de los demás. Me hizo reír, me hizo llevarme las manos a la cabeza y me hizo, sobre todo, olvidarme de dónde estaba y de lo que me rodeaba.

—Me ha encantado hablar contigo. Eres un tío genial, Noel. Me alegro de haberte conocido —le dije sinceramente.

—Yo también estoy encantado de tenerte en mi vida, Tesa.

Madre mía, qué cielo de hombre.

—La chica que se enamora de ti va a ser muy afortunada —añadí con amargura por no poder ser yo esa mujer.

—Ya, bueno... vamos a dejarlo ahí. Todavía no estoy preparado para eso.

Otro silencio se instaló en la línea.

—Oye, Noel..., te tengo que dejar.

Estaba viendo que mis compañeros salían de la discoteca.

—Ok, Culo Bonito. Termina bien la noche.

—Gracias, Noel.

Decidí no seguir el ritmo de los demás y marcharme al hotel. El día siguiente con mis amigas en Madrid podía ser mortal. Ya me habían dicho que querían ir de compras durante el día, luego a cenar en algún restaurante bueno y después quemar la noche madrileña con la «ruta *follística*» de Lara.

¡Miedo me daban!

Tras una noche movida en la que dormí regular, quizá por todo lo que había pasado con Oliver, o porque se acercaba la final del concurso o bien por la locura que me esperaba ese día, me levanté sin mucho ánimo.

Cuando me miré en el espejo y me vi, tuve ganas de salir corriendo.

Si me hubiera presentado para el casting de *The Walking Dead*, no habría hecho falta que me maquillaran. Hubiera servido como zombi tal cual iba.

En cuanto al pelo... ¿conocéis los dibujos de *Dragon Ball*? Pues no hace falta que os diga más. Soy la persona que más despeinada amanece en el mundo mundial. Si pasara un huracán por mi dormitorio, estoy convencida de que acabaría más peinada que después de dormir.

Lo de las ojeras, para qué contaros. ¡Los osos panda necesitan menos corrector que yo, fijo!

Los labios los tenía hinchados. Me había puesto un nuevo brillo que, por lo que me había explicado la dependienta, era lo último. Llevaba un poco de pimienta para que los labios se hincharan y parecieran más gruesos.

Pero ¿cómo podemos ser tan gilipollas las mujeres? Porque nos dicen eso y vamos y lo compramos tan contentas. Radiantes vamos por la vida con nuestro nuevo brillo, que nos va a provocar una reacción tal que se nos hincharán los labios como morcillas, pero eso sí, estaremos divinas como Esther Cañadas en el mejor de los casos, o como Carmen de Mairena en el peor.

Y en cuanto al color de mi cara, un muerto de la morgue estaría más sonrosado que yo.

En fin, intenté recomponer mi imagen lo mejor que pude y después me fui a buscar a mis chicas.

Se me llenaron los ojos de lágrimas en el momento en que las vi. Las añoraba más de lo que pensaba y la emoción me pudo.

—Tesa, no me llores que nos lo contagias y como empecemos no paramos

ninguna.

Me abracé a ellas como si no hubiera un mañana.

Habían venido todas menos Bel, a la que en el último momento su jefe le había dicho que tenía que estar disponible todo el fin de semana y por tanto no había podido salir de Valencia.

Nos hicimos un *selfie* y se lo mandamos.

En cuanto dejaron sus cosas en el hotel donde habían reservado, nos fuimos directas a derrochar como locas todos nuestros ahorros.

Creo que no nos quedó ninguna tienda sin visitar y sin que la armáramos dentro.

Cuando no pedían que les rebajaran el precio de las prendas, porque según ellas tenían alguna tara, aunque imperceptible a la vista, eso sí, la liaban en los probadores saliendo medio desnudas de ellos y revolucionando a todo el que perteneciera al género masculino.

De hecho, quedaron a comer con dos «jamelgos» como decía Pau. Prometieron traer a más amigos con ellos y no faltaron a su palabra.

A mediodía estábamos sentadas en un restaurante bastante nuevo que servía cocina asiática, con seis tíos a los que no conocíamos de nada, pero que parecían la mayoría salidos de un catálogo de ropa para hombres modernos y sexis.

Bueno había un hípster, con una enorme barba, camisa de cuadros, tirantes y pantalones remangados, que fue el cachondeo de todas.

—Me pido el leñador para mí —nos advirtió Moni muy seria.

—No es un leñador, es un hípster, paleta —la corrigió Pau.

—Da igual como se llame su banda. Tengo curiosidad de saber cómo será que te lo coma un tío con esas barbas tan largas. ¡Tiene que ser la leche!

—Ay, por Dios, Moni. No son bandas, son tribus urbanas.

—Bueno, pues me quedo al de la tribu de los leñadores.

—Moni, de eso nada —le dije muy seria—. Habéis venido a verme a mí, así que nada de hombres al menos hasta esta noche.

—Pero si tú no te vas ni a enterar —me dijo suplicante.

—He dicho que no —repliqué, más seria aún.

A la media hora, Moni volvía del baño sin carmín en los labios, despeinada y poniéndose bien la ropa.

¡La madre que la parió! Pero ¿es qué no pensaba dejar títere con cabeza?

El hípster venía detrás de ella con los bigotes para arriba. De felicidad, supuse yo.

Lo que no quise pensar fue qué era eso blanquecino que tenía entre los pelillos del bigote y de la barba y que no le molestó para seguir degustando lo que se había pedido para comer.

¡Mejor no preguntar!

Por la tarde seguimos nuestra ruta de compras y sobre las siete nos fuimos a descansar un rato y a arreglarnos para salir primero a cenar y después de fiesta.

A eso de las nueve, Lara y Raquel pasaron a buscarme. A las nueve y media estábamos recogiendo a las chicas en su hotel en el centro de Madrid y haciendo las presentaciones oportunas. Nada más cruzar dos palabras se cayeron muy bien y eso me relajó bastante.

Sabía que iba a ser así. Todas eran más o menos del mismo rollo y enseguida congeniaron. Mucho.

—Chicas, es sábado, sabadete... —comenzó a decir Lara—. ¡Así que a pasear el chochete! —corearon el resto al unísono.

Definitivamente, no me iba aburrir con ellas.

Cenamos en un sitio que había buscado Lara, donde, en contra de lo que yo hubiera querido, se prodigaban mucho los famosillos, igual que las discotecas a las que íbamos a ir después.

Mis amigas estaban locas por ver alguno de «Mujeres y hombres y viceversa».

Yo no entendía muy bien ese afán y me hacía poca gracia, porque odiaba ese mundillo, pero era su capricho y no iba a decirles que no. Y más con Lara, que lo había planeado todo hasta el último detalle.

Empezamos en un sitio que se llamaba La Posada de no sé qué. No le presté atención al nombre. Lara llevaba pases VIP y entramos sin problema.

A mí me pareció un sitio más. Sin nada del otro mundo. Pero las chicas estaban como locas. Andaban de acá para allá cual hembras que exhiben lo mejor de sí mismas en un intento de llamar la atención del sexo opuesto para un futuro apareamiento.

Dentro de mi cabeza oía la voz de Félix Rodríguez de la Fuente, narrando las escenas que se sucedían delante de mis narices:

«Bien entrado ya el invierno, en el hermoso y recóndito sotobosque

discotequero, tiene lugar el más ritualizado y misterioso de los acontecimientos del mundo animal. Me refiero, al cortejo y posterior apareamiento del gallo de discoteca, conocido también con el sobrenombre de *Guapullo Empotradorus*.

»Mediante un elaboradísimo pavoneo, los machos intentan llamar la atención de las hembras y tratan de estimular su ardor sexual. Éstas van penetrando lentamente en los territorios de cada uno de los machos que se reúnen en los bebederos o barras. Los ardientes galanes pasan rodeando a la hembra. En ese acto exhiben su plumaje, su ropa y su cartera. La hembra elegirá al macho empotrador según estos atributos...»

Salí de mi ensimismamiento porque un tío se puso delante de Pau cual pavo en busca de hembra para apareamiento nocturno.

—Hola, ¿estudias o trabajas? —le preguntó inocentemente el muchacho.

—Ni lo uno ni lo otro. Me dedico a vivir de los hombres. Soy una mantenida. Y esbozó su sonrisa más radiante.

El pobre se dio media vuelta y se fue.

—¿Es que no quieres conocerme más? —le preguntó Pau irónica, riéndose a más no poder.

Pedimos en la barra y nos fuimos a una especie de pista pequeña donde no había demasiada aglomeración, ya que por lo visto estaba reservada para gente VIP, con lo que además era posible que allí viéramos a alguien que saliera en algún programa de televisión.

Enseguida llegó un grupo de chicos, a cual más *guapullo*. Parecían todos cortados por el mismo patrón. El mismo estilo al vestir, el mismo peinado y el mismo cuerpo musculado hasta la saciedad. Entre todos no debían de sumar una neurona.

Ya sé que está mal prejuizar de esa manera por el aspecto físico de las personas, pero lo cierto es que no me equivoqué en absoluto.

El más valiente se acercó a Lara y le soltó sin más:

—Siento tu amor, siento tu mente... ¡siento quince, siento veinte!

Y todos los demás se descojonaron de risa ante nuestra atónita mirada.

—¡Hostia! ¿Y eso lo has pensado tú solito o te han tenido que ayudar tus papás? —le replicó Lara, que estaba flipando.

El *guapullo* se ofendió mucho. Se ve que pensaba que éramos como el resto de fauna que se movía normalmente por esa discoteca. Fauna a la que

seguramente le hacía mucha gracia ese tipo de tonterías.

Se fueron enseguida de allí. Supongo que saben detectar cuando no van a catar hembra y prefirieron una retirada a tiempo antes que un estrepitoso fracaso.

Cuando nos cansamos de no ver nada interesante, decidimos ir a otra discoteca más exclusiva.

Tampoco nos costó entrar, ya que Lara tenía buenos contactos en la capital y había movido los hilos necesarios para que nos dejaran pasar hasta en los sitios de más difícil acceso para quien no es alguien en la noche madrileña.

El ambiente era muy diferente. Más selecto. También había famosillos, pero de más nivel, por decirlo de alguna manera.

No obstante, no abundaban los lumbreras. No creo que hubiera ningún premio Nobel en los alrededores. Así y todo decidimos quedarnos.

Nos sentamos en un reservado.

Men se puso a mi lado. Llevaba toda la noche buscándome para hablar, pero yo la había evitado, consciente de lo que quería decirme.

—¿Cómo llevas el tema de Oliver? —me preguntó disimuladamente, quizá pensando que Lara y Raquel no estarían al corriente de mi relación con él.

Lo que me hizo pensar que quizá lo más lógico es que hubiera sido así. Conocía a ambas y creía que nunca usarían eso en mi contra, pero es cierto que nunca se conoce del todo a las personas y que muchas veces te sorprenden con actitudes que jamás te esperarías. Al fin y al cabo, podían pensar que mi relación con Oliver las podía afectar negativamente en el concurso.

Aunque nada más lejos de la realidad. Lo único que había conseguido con él era que me juzgara de manera todavía más dura que a los demás.

—No te preocupes, Men, Raquel y Lara están más o menos al día de lo que ha pasado entre nosotros.

Bueno, eso no era del todo cierto. Desde que ya no compartía habitación con ellas en la casa al trasladarnos al hotel, no les había vuelto a contar nada. Siempre que me preguntaban les decía que era agua pasada. Ni siquiera sabían que estaba a sólo un cuarto de baño de él y de su cama.

—Pero ¿tú estás loca? ¿Cómo se lo has contado? —me preguntó Men, desconcertada—. ¿Y si dicen algo o usan esa información contra ti en el concurso?

—Ay, Men, si es que no sé disimular y Raquel es muy observadora y me

pilló. No se lo pude negar.

—Parece buena chica y Lara también. Espero que lo sean. Por tu bien.

De repente, en un arranque se fueron todas a bailar una canción que por lo visto les encantaba. Raquel fue la única que en un principio se quedó sentada a mi lado, pero enseguida se marchó a la barra a pedir otra copa.

Como no quería que se me acercara ningún iluminado con intenciones de ligar, saqué el móvil y me puse a mirar las notificaciones que tenía.

Entonces vi el símbolo de Facebook y no lo pude evitar. Pulsé, busqué la página de Oliver y empecé a mirar las últimas publicaciones que había subido a su muro.

Le había dado a Compartir a varias cosas de sus amigos sobre distintos temas. El cambio climático, un anuncio publicitario muy ocurrente, un viaje a un destino exótico y poco conocido aún por los turistas, etc.

Todo con muy poco interés para mí hasta que llegué a un comentario sin ninguna imagen, ni ningún video. Sólo sus palabras.

«¿Cómo se puede volver uno tan imbécil cuando está cegado? Imbécil hasta el punto de no ser objetivo y llegar a perder la profesionalidad.»

A cualquiera que lo leyera le pasaría desapercibida la dureza de sus palabras y cómo se estaba castigando a sí mismo por el error que cometió al calificar como lo hizo mi plato en la última prueba. Sólo él y yo podíamos saber a qué se estaba refiriendo con esas frases.

De hecho, estaba escrito unas dos horas después de que me hubiera juzgado en el concurso.

Algunas de las observaciones de sus amigos giraban en torno a que era imposible que él dejara de ser un buen profesional bajo ninguna circunstancia.

El comentario de su hermana hacía pensar que ella sabía por qué Oliver se sentía así.

«Si alguna vez en tu vida te dejaras llevar y no lo quisieras controlar todo, te iría mucho mejor Oli. No seas tan duro contigo mismo.»

Era escueta pero directa.

Sin duda a Oliver le había afectado bastante el hecho de no haber sabido gestionar sus sentimientos.

Por un lado me alegraba lo que le estaba ocurriendo, porque eso significaba que sentía algo por mí, pero por otro lado, que precisamente quisiera obviar esos

sentimientos y esconderlos a toda costa, me molestaba sobremanera.

Así que para aliviar la creciente irritación que empezaba a sentir, me fui a la barra y me pedí dos cubatas, que me bebí seguidos de dos largos tragos. Eso, sumado a los otros dos que había ingerido anteriormente y al vino de la cena, hizo que me animase mucho. Tanto, que me subí a una de las tarimas reservadas para las gogós y lo di todo.

Menuda melopea había pillado.

Me pasé todo el camino de vuelta al hotel sacando la cabeza por la ventanilla del taxi, levantando el brazo derecho como si fuera a volar y creyéndome Superwoman.

En un semáforo que paramos, el taxista amenazó con dejarnos allí tiradas a Raquel, a Lara y a mí, si no me metían para dentro y hacía el resto del viaje «sentada como una persona normal», dijo.

Pero no consiguieron convencerme de que yo no estaba surcando el cielo y el conductor se cabreó más aún porque seguía con medio cuerpo fuera del taxi.

El problema vino cuando en otro semáforo en el que paramos, cuatro fachas me vieron con el brazo derecho levantado y se pensaron que era de los suyos. Empezaron a cantar el *Cara al sol* y a levantar el brazo ellos también. Y yo, que no me enteraba de la fiesta, pensé que eran muy enrollados y que también surcaban el cielo como yo y los invité a subir al coche.

Al final tuvimos que llamar a otro taxi para que nos recogiera donde nos había dejado tiradas el anterior y nos llevara de una vez al hotel.

Subí en el ascensor cantando Dios sabe qué y entre mis dos compañeras consiguieron meterme en la habitación y acostarme en mi cama.

En cuanto vieron que ya no tarareaba nada, se fueron. Pero yo no me había dormido y tenía ganas de más fiesta, así que se me ocurrió lo que en ese momento creí que era una idea genial.

Eran las cinco de la madrugada y decidí ir a visitar a Oliver.

CAPÍTULO 27

Abrí la puerta de su habitación con mucho sigilo. Estaba a oscuras y Oliver dormía boca arriba, destapado y con el pantalón del pijama como única prenda.

Las luces que entraban por la ventana iluminaban su perfecto tórax y su más que perfecto abdomen. Las sombras le marcaban aún más los abdominales y el comienzo de los oblicuos. Tenía el pelo revuelto y dormía plácidamente.

Me acerqué a él silenciosa y susurré su nombre.

No se despertó.

Sentí un escalofrío. Yo sólo llevaba puesta una camiseta corta y un tanga como única prenda de ropa interior.

Me quedé mirando su masculino rostro. Era anguloso, sensual, perfecto.

Le miré las manos. Quería sentir las sobre mi cuerpo desnudo.

Me subí a la cama y me senté a horcajadas sobre su sexo, restregándome muy suavemente contra él. Oliver abrió los ojos con expresión de absoluto placer, al tiempo que emitía un gemido.

Me miró desconcertado.

Yo seguía moviéndome cada vez con más insistencia.

¡Dios, qué placer sentía!

Gimió de nuevo, cerrando los ojos al mismo tiempo y echando su cabeza hacia atrás. Estaba disfrutando tanto como yo.

Me volvió a mirar y llevó sus manos a mis caderas para ayudarme con los movimientos.

A esas alturas yo ya estaba muy excitada y necesitaba tenerlo dentro.

Me quité la camiseta y mis pezones completamente duros invitaban a que los lamiera, me los mordisqueara. Quería que jugara con ellos.

Oliver se incorporó conmigo sobre su durísimo sexo y me agarró los pechos

con sus calientes manos.

Mi piel irradiaba placer por todos sus poros y mi garganta emitía gemidos ahogados que descargaban las sensaciones tan tremendas que estaba sintiendo.

Entonces me agarró del pelo y tiró hacia atrás. Comenzó a lamerme el cuello como un animal.

La piel se me puso de gallina por todo lo que me estaba provocando. Seguíamos frotándonos como dos bestias enloquecidas y nuestra respiración se había convertido en alaridos de súplica pidiendo más.

Yo lo abrazaba, mientras Oliver seguía recorriéndome el cuello con lascivia hasta llegar a mi oído.

—Quiero recorrer cada palmo de tu cuerpo, hasta que tú recorras cada palmo del cielo —me susurró libidinoso.

Gemí, supliqué. Me volví loca con lo que me había dicho.

Bajé la cara y busqué sus carnosos labios. Brillaban, estaban húmedos e hinchados por la pasión. Como los míos, que anhelaban ansiosos ser acariciados por los suyos.

Me besó con tal intensidad que el mundo se aceleró y se paró al mismo tiempo. Su lengua exploró mis labios primero y mi boca después.

Me mordisqueó la oreja, el cuello y, acto seguido, hizo lo mismo con mis endurecidos pezones. Sus manos habían dejado de pellizcarlos para volar hasta mis caderas, agarrármelas y hacer que me apretara más aún contra él.

Yo ya había perdido el sentido de todo. Sólo quería seguir percibiendo aquel inmenso placer.

Oliver estaba desatado, pero paró un instante para observarme. Su mirada se había tornado sucia. Me deseaba sobremanera. Me deseaba de todas las formas posibles.

En un giro brusco, me tumbó con fuerza sobre la cama y se sentó a horcajadas sobre mí. Me levantó las manos por encima de la cabeza y me las ató con mi camiseta al cabecero.

Estaba inmovilizada, expuesta ante él, ante su mirada lujuriosa, que comenzó a recorrer mi cuerpo de arriba abajo, seguida por la yema de sus dedos. Empezó por mis mejillas, que acarició suavemente, para continuar bajando por el mentón y terminar agarrándome el cuello apretándome un poco, mientras se frotaba contra mi sexo.

¡Dios, haría cualquier cosa que ese hombre me pidiera! Estaba completamente perdida ante él.

Siguió bajando su mirada y sus manos hasta mis pechos. Los agarró y los manoseó. Jugó con la areola y comenzó a pellizcarme con dureza los pezones. Intenté mover las manos en un acto reflejo, pero no pude. Seguía atada. Vulnerable ante su voluntad.

El placer que sentía no era comparable con nada que hubiera sentido con anterioridad. Mi sexo, totalmente humedecido, se había vuelto muy jugoso y mis pechos pedían a gritos el trato que les estaba dando.

Sometida voluntariamente a sus deseos, me dejaba hacer gustosa, deleitándome con cada caricia suya, con su aliento sobre mi excitada piel.

Cuando llegó a la altura de mi abdomen, creí morir. Su lengua lo recorrió por entero hasta llegar a la goma del tanga. Pasó los dedos por ella, primero por fuera y después por dentro.

Su boca llegó segundos más tarde. Pero no me lo retiró aún. Comenzó a mordisqueármelo por todas partes, a veces cogiéndome la piel que había debajo, a veces simplemente la fina tela.

Levantó la cabeza y me pidió permiso con su mirada. Quería continuar.

Me mordí el labio de pura excitación, sólo de pensar en lo que venía luego.

Me bajó el tanga muy despacio y se quedó observando mi sexo.

—Joder, Tesa... No sabes cuánto te deseo. No sabes hasta qué punto.

Dejé de verle la cara porque la hundió en mí. Saboreó, paladeó, degustó cada rincón de mi hinchado y húmedo centro del placer.

Me provocó tantas sensaciones al mismo tiempo que pensé que iba a estallar en mil pedazos.

Sus manos viajaban por mi cuerpo recorriéndolo diligentemente, mientras su lengua jugaba con los pliegues de mi piel y con lo que se escondía debajo de ellos.

De repente me sobrevino el orgasmo más feroz que había tenido en mi vida. Me convulsioné con fuerza ante tal despliegue de sensaciones, ante tal cúmulo de emociones. Me estremecí como nunca antes lo había hecho. El clímax fue devastador. Arrasó, extendiéndose por todo mi cuerpo y haciéndome sentir ese placer hasta en lo más recóndito de mi corazón.

Oliver se tumbó junto a mí. Sonreía como un niño pequeño y en su mirada

había destellos de cariño, de amor.

—¿Estás bien? —me preguntó, viendo que yo no hablaba y sólo lo contemplaba embelesada.

¿Que si estaba bien? ¡Madre mía! Me había hecho volar y había llegado al cielo. Me había llevado a las alturas para dejarme allí, en mi nube particular, disfrutando del mayor éxtasis de mi vida.

—Sí, supongo que sí —le contesté.

—No sé qué voy a hacer contigo, Tesa... ¿Tú sabes lo que acaba de pasar?

—¿Algo que va a hacer que mañana nos arrepintamos? —Sonreí con tristeza, consciente en ese mismo instante de la gravedad de la situación.

Se levantó de la cama y fue hacia el baño. Parecía contrariado de repente.

—Oliver...

Pero no me contestó. Cerró la puerta tras entrar y no salió hasta pasados unos minutos.

Su cara de preocupación lo decía todo.

Me incorporé y me vestí, empezando a ser más consciente aún de lo que había pasado. Me quedé mirándolo, esperando que me dijera lo que me tuviera que decir, porque sabía que no lo dejaría pasar.

Se pasó la mano por el pelo, como siempre que estaba nervioso o algo lo incomodaba.

—Tesa... ¿eres consciente de lo que me he tenido que contener para no continuar lo que has empezado? —Inclinó la cabeza y negó—. Me cuesta un mundo sacarte de mi cabeza a diario. Pero me cuesta más aún no poder estar cerca de ti, no poder tocarte, sentirte... ¡Dios, Tesa!... Desde que te conocí me vuelves loco. Pero tú y yo sabemos que entre ambos no debe pasar nada. Aun así, te presentas aquí en mitad de la noche y... ¡joder!, tengo que esforzarme al máximo para no perder el control y hacer lo que más me apetece en el mundo... Me pasaría horas haciéndote el amor de mil maneras distintas. ¿Es que no lo entiendes? —me preguntó abatido. Después volvió a negar con la cabeza—. Pero no debemos, no si no quiero perder lo que tanto me ha costado conseguir a lo largo de mi vida.

Miró al suelo y se volvió a pasar la mano por el pelo.

Entendí perfectamente el mensaje, así que salí de su habitación, llegué a la mía y me refugié debajo de las sábanas. No lloré, pero una inmensa sensación de

vacío se instaló en mi pecho. Me sentí absolutamente perdida una vez que mi mente fue capaz de asimilar lo que había ocurrido.

Había buscado a Oliver con nocturnidad y alevosía y con el coraje o el poco conocimiento del que ha bebido unas copas de más. Había actuado impulsivamente y no había sopesado las consecuencias de mis actos.

Me sentí terriblemente avergonzada.

Por suerte para mí, al día siguiente no me crucé con él. De hecho, no lo oí entrar en el baño siquiera. Era posible que hubiera abandonado la habitación del hotel.

Ambos sabíamos que teníamos la tentación demasiado cerca.

En fin, no quise pensar más en ello, porque cada vez que lo hacía, un estremecimiento me recorría entera por dos razones. Una, al recordar sus suaves manos y su deliciosa boca sobre mi cuerpo. Y dos, al pensar que eso no debería haber ocurrido nunca y, lo que era peor, que probablemente no se repetiría.

Tenía sentimientos encontrados y, al igual que Oliver me costaba mucho hacerlos a un lado, sólo que él era bastante más férreo que yo en su decisión de no dejarse llevar.

Pero digo yo que «Si Dios puso la manzana... fue para morder», ¿o no?

CAPÍTULO 28

Buenos días, Culo Bonito. ¿Qué tal el fin de semana con las locas de tus amigas? Espero que estés más animada. Que pases un buen día.

Era lunes, siete de la mañana y me acababa de entrar un mensaje de Noel.

Si él supiera el cacao de sentimientos que se agitaban en mi mente, no se atrevería ni a escribirme.

Ni siquiera yo sabía si sus mensajes me eran beneficiosos.

Se los agradecía enormemente, porque se preocupaba por mí, pero me creaban un conflicto emocional difícil de resolver. Deseaba que me los mandara, los necesitaba, me encantaban, pero desgraciadamente no venían de la persona adecuada.

Yo ansiaba que fuera Oliver quien los escribiera, el que se preocupase por mí de esa manera y estuviera loco por estar conmigo. Pero no era así.

Noel sí lo hacía y yo me sentía muy culpable por no sentir nada por él. Quizá si lo intentara con más ahínco... con el tiempo... Quién sabe.

Me dolía bastante la cabeza. Después de la cantidad de alcohol que había ingerido el sábado, de la metedura de pata con Oliver metiéndome como una posesa en su cama y de haberme pasado todo el domingo llorando por ser tan imbécil, sentía la cabeza como si me fuera a estallar.

Las chicas ya se habían vuelto a Valencia. No les había contado nada de lo que había pasado con Oliver y no creía que tampoco lo hiciera más adelante. No me sentía nada orgullosa de mi incursión nocturna.

Me esperaba un largo día de grabación. A mí y a todos. Ya sólo quedábamos Manu, Gorka, Raquel, Lara y yo en el concurso. Así que, excepto si se iba Gorka, cualquiera del resto me daría mucha pena.

Cuando llegamos al plató, al primero que vi fue a Oliver. Salía de su

camerino y parecía contrariado. Casi chocamos. Me miró unas milésimas de segundo y siguió su camino. No abrió la boca y yo tampoco.

Quizá fuera mejor así. Tal vez si lo obviábamos, conseguiríamos hacer desaparecer los sentimientos que nos despertábamos el uno al otro.

Pero ¿a quién queríamos engañar?

Él a lo mejor era capaz de frenar sus emociones y no dejarse llevar por ellas, pero yo ya sabía que a esas alturas era incapaz de controlar las mías. Sentía lo que sentía y no lo podía evitar.

Me dirigí al plató, donde ya se encontraban todos mis compañeros, y comenzamos a grabar.

La primera prueba salvaría a las tres personas que preparasen el mejor plato de ir a la prueba final, en la que, tras un reto bastante complicado, se eliminaría a otro concursante.

Estaba claro que yo no estaba en uno de mis mejores momentos y eso repercutió bastante en el resultado de mi elaboración.

No conseguí concentrarme y, aparte de que se me quemó el sofrito que estaba haciendo, se me olvidó coger uno de los ingredientes principales de mi receta, con lo que el desastre fue tremendo.

—Digno de un completo neófito —dijo Pedro Beramendi.

—Lo que a estas alturas del concurso no vamos a consentir —remató Carmen Arrabal.

Oliver no dijo nada, pero estaba furioso. Ya lo conocía lo suficiente como para saberlo por su expresión y, sobre todo, por su mirada, que denotaba decepción a la par que rabia.

Por supuesto, yo fui una de las que se la jugaría en el reto final de ese día. La otra fue Lara. Eso fue lo peor de todo para mí. Tener que competir contra ella. Pasara lo que pasase, el día no iba a acabar bien para mí.

Después de comer y de tener que darles mil explicaciones a mis compañeros de lo que me había pasado en la prueba, porque no entendían cómo la había fastidiado tanto, volvimos a los estudios.

En un momento en que fui al baño antes de comenzar la grabación, noté como si alguien me siguiera. Cuando salí, Oliver me estaba esperando en la puerta.

Lo miré, pero no dije nada.

Se pasó una mano por el pelo.

—Tesa... tienes que hacerlo bien. Céntrate en el plato que estás haciendo y olvídate de todo lo demás... por favor.

No me dio tiempo a responderle. Se dio la vuelta y se fue.

Cuando empezó la prueba estaba más tranquila, pero igual de desconcentrada que antes. No daba pie con bola con lo que hacía.

Veía cómo me miraban los tres miembros del jurado y comentaban entre ellos sobre mí.

Desde arriba, mis compañeros intentaban animarme. Sobre todo Raquel, aunque tuviera el corazón dividido en esa prueba.

En un acto de desesperación por cómo me estaba yendo todo, me llevé las manos a la cara y casi me eché a llorar. Me había rendido. Las emociones me habían podido y me habían pasado factura. Estaba desanimada y totalmente perdida.

Alguien me cogió las manos con sumo cariño y me las retiró de la cara. Me levantó la barbilla y, aunque al principio me resistí por la vergüenza, al final cedí y lo hice.

Pensaba que sería Raquel, o incluso Lara, que al ver cómo me estaba desmoronando delante de todo el mundo, había decidido acercarse a darme ánimos.

Pero no. Estaba equivocada.

Era Oliver el que me observaba con la mirada más cariñosa del mundo. Era él el que me sujetaba la barbilla para que no bajara la cabeza y me hundiese más aún. Era Oliver con los ojos vidriosos.

—Tesa... —susurró.

Un cámara estaba filmando un primer plano de los dos.

Yo no sabía qué iba a hacer o decir, pero no quería que por mi culpa tuviera problemas, así que reaccioné rápidamente antes de que él hiciera algo de lo que después pudiera arrepentirse. Porque lo veía en sus ojos. En esos momentos le habría dado todo igual. Su cuerpo demostraba que lo sentía por mí y que se sentía abatido al verme en el estado en que me encontraba.

—Estoy bien... Lo siento, es que me he bloqueado y me he agobiado un poco —dije a modo de excusa, ya que nos estaban grabando—. Pero ya estoy bien. Voy a hacerlo bien. Muchas gracias.

Oliver sabía que yo estaba haciendo de tripas corazón para disimular lo que verdaderamente me estaba pasando, así que me cogió las manos y, con un leve apretón y con la mirada que me dedicó, me infundió todo el ánimo del mundo.

—Pues venga, a cocinar, que el tiempo corre —me dijo, disimulando también.

Cuando llegó al lado de sus dos compañeros, les dijo que yo estaba bloqueada por la presión de la prueba y por lo cerca que estábamos ya de la final, para excusarme ante ellos.

Así que no me quedó más remedio que sacar a la Tesa guerrera que llevaba dentro y reinventar el plato que iba a hacer para convertirlo en lo que a mí me pareció finalmente casi una obra de arte.

Corrí todo lo que pude, probé cosas nuevas y tuve suerte, porque funcionó. El plato gustó por la originalidad de su combinación de sabores, por la cantidad de texturas que incluía y, en definitiva y principalmente, porque estaba muy bueno.

Así lo describió Pedro y así lo corroboró Oliver, que por primera vez en todo el concurso alabó mi trabajo.

Me sentí la mujer más dichosa del mundo con sus palabras.

—Tesa, eres un ejemplo a seguir por tus compañeros. Te has agobiado y te has bloqueado y sin embargo no has dejado que eso te venciera y has luchado con uñas y dientes para poder continuar aquí. Y, no contenta con eso, el resultado ha sido una elaboración espectacular. Enhorabuena de verdad.

¡Dios! Me sentía dichosa.

Se me había olvidado todo lo demás y durante un corto espacio de tiempo me aseguré de no recordarlo. Quería disfrutar de haber ganado la prueba, de seguir en el concurso y, sobre todo, quería disfrutar de las palabras de elogio de Oliver hacia mí.

Lo único malo de todo eso era la otra cara de la moneda. Que yo me hubiera salvado quería decir que Lara no lo había hecho y que, por tanto, tenía que abandonar el concurso.

A todos nos dio mucha tristeza despedirnos de ella, pero en especial a Raquel y a mí. Los lazos que habíamos creado eran muy fuertes, por lo que prometimos seguir en contacto. Además, una vez acabado el programa, se vendrían las dos a mi casa a pasar unos días de vacaciones y conocer Valencia.

Cuando llegué a la habitación del hotel y cerré la puerta tras de mí, me derrumbé.

Había sido un día muy duro, de emociones encontradas, y me sentía superada por todo a pesar de la buena noticia de que continuaba en el programa.

Me puse el pijama y me metí en la cama, enroscándome y deseando aislarme del mundo. Pero entonces me sonó el teléfono. Era mi madre la que llamaba, pero yo no estaba de humor para hablar con ella. Al colgarle, vi la cantidad de wasaps que tenía. Me puse a leerlos todos. Las chicas estaban graciosas y me mandaban memes de todo tipo. Me sacaron unas cuantas sonrisas y también los colores en un par de ocasiones con las burradas que habían enviado. Tenía suerte de tenerlas siempre a mi lado, aunque estuvieran a tantos kilómetros de distancia.

Cuando me despedí de ellas, la maldita curiosidad me pudo y volví a entrar en la página de Facebook de Oliver. Sólo había un comentario nuevo desde la última vez que lo había mirado.

«Siento admiración por esas personas que a pesar de todo salen adelante y consiguen sacar lo mejor de sí mismas demostrando a todo el mundo que aún tienen mucho que decir. Enhorabuena T.»

Mi corazón iba a mil. Me daba miedo pensar que esas palabras las había dicho por mí, pero parecía bastante obvio que así era.

Algunos amigos le habían dado a Me gusta y otros le habían hecho comentarios. Pero como siempre, me detuve en el de Casandra, la hermana de Oliver.

«Ay, Oliver, Oliver... que me estás empezando a asustar en serio. Esto no es algo pasajero, ¿verdad?»

A lo que seguían otros como:

«Pero ¿quién es esa T? Porque es una mujer, ¿verdad?».

«Macho, últimamente estás de lo más místico. ¿Qué te dan por Madrid?»

Hasta su sobrina le había escrito un comentario.

«Tito, esa T es la chica de la que me hablaste, ¿verdad? La que te gusta tanto, ¿no?»

No había respuesta a ese comentario. Ni a ningún otro.

Supongo que cuando Oliver lo subió a Facebook, no pensó en todo lo que sus amigos podían especular y en la lata que podían darle, incluida su familia.

Madre mía, casi hubiera preferido no ver toda esa información, ya que eso no hacía más que reavivar el fuego que yo intentaba apagar por todos los medios.

Llamaron a la puerta.

«Salvada por la campana», pensé, porque después de todo lo que había leído, sólo quería ir a la habitación de Oliver y besarlo hasta perder la conciencia.

Era Raquel y venía llorando. Supuse que era por la marcha de Lara, pero me equivocaba. Había discutido con Manu y no sabía muy bien cómo gestionar el enfado que sentía. Quería que yo la ayudara determinando, según mi criterio, si tenía razón ella o Manu.

Y me lo pedía a mí, que tenía un caos emocional en esos momentos que para qué.

Pero claro, ella no sabía nada de nada. Hacía mucho tiempo que no le contaba cómo iba mi «relación» con Oliver y, a pesar de las ganas y la necesidad que tenía de hablar con alguien sobre el tema, sabía que Raquel no era la mejor opción, sobre todo porque no quería perjudicar a Oliver explicando cosas de él a alguien del concurso, aunque me fiase mucho de Raquel. Así que me callé y escuché atentamente lo que ella me tenía que contar.

—Manu no me quiere —dijo lloriqueando y llevándose las manos a la cara.

—Pero ¿por qué dices eso? —No esperé a que me contestara—. No digas tonterías. ¡Si está loco por ti!

—Pues ¡no lo demuestra! —contestó casi gritando.

—Pero a ver... ¿qué ha pasado?

—Pues que dice que cuando acabe el programa él se volverá a su pueblo.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Si se va a su pueblo, ¿cómo nos vamos a ver?

—Pero Raquel, cielo, es lógico que él vuelva a su pueblo, donde tiene su vida, y tú al tuyo, donde tienes la tuya.

—¿Y nuestra relación qué...? Yo pensaba que nos iríamos a vivir juntos.

—Pero ¡tú estás mal de la cabeza, criatura! ¿Cómo te vas a ir a vivir con un tío al que apenas conoces?

—¡Joder, tú también!

—¿Cómo que yo también? —No sabía a qué se refería.

—Pues que él dice lo mismo. Piensa que estoy loca por querer que nos vayamos a vivir juntos... ¿Lo ves? Eso es que no me quiere, Tesa.

—No digas tonterías. Manu está loco por ti y daría lo que fuera por estar contigo. Lo que pasa es que es un tío cabal, que probablemente quiera hacer las cosas bien, al ritmo que deben tener, y tú te estás dejando llevar por tus sentimientos y por tu ceguera, porque estas en el «PET».

—¿Que estoy en el qué? —preguntó Raquel curiosa.

—Pues en lo que yo llamo «Período de Estupidez Transitoria», pero no hagas mucho caso. —Le cogí la barbilla y se la levanté para que me mirara—. Raquel, es la primera vez que te enamoras y es normal que pienses que él es el hombre de tu vida y que por qué no lanzaros ya a vivir juntos. Pero cariño, durante los primeros meses todo es muy bonito, y con esto no quiero decir que luego siempre cambie, aunque a veces con el tiempo sí pasa y empieza a haber cosas que a lo mejor no te convencen del todo de la otra persona, por eso es importante no tomar decisiones del tipo de irte a vivir con él hasta que no hayáis tenido un largo tiempo de rodaje que te confirme que todo lo que hay en Manu te gusta lo suficiente como para dar un paso tan importante.

—Pero yo le quiero... —me dijo todavía sollozando.

—Lo sé, Raquel, y estoy convencida de que él también te quiere muchísimo a ti. Pero eso no está reñido con que seáis cautos a la hora de tomar determinadas decisiones que os puedan afectar para el resto de vuestras vidas. Que Manu ahora mismo no se quiera ir a vivir contigo sólo indica que es una persona madura, que no se toma ese tipo de decisiones a la ligera y que quiere hacer las cosas bien, sin precipitarse. Eso no es que no te quiera, Raquel. Al contrario, cariño. Manu quiere lo mejor para los dos.

Raquel había dejado de llorar y sopesaba lo que acababa de decirle.

—Visto así... —dijo, ahora ya más convencida.

—Así es como tienes que verlo, porque eso es únicamente lo que significa su negativa.

—Ahora me siento como una niña idiota e inmadura.

—No, no te castigues así. No eres ninguna niña. Es simplemente que te has enamorado y aún no has salido del «Período de Estupidez Transitoria». Por ahí pasamos todos tarde o temprano. Sobre todo las mujeres, que para eso somos más sentimentales, más viscerales y más apasionadas, lo que por ende nos vuelve más vulnerables, más inconscientes y en general más idiotas.

Nos reímos las dos.

Raquel estaba ahora mucho más tranquila que cuando había llegado a mi habitación hecha un mar de lágrimas.

—Gracias —me dijo mirándome a los ojos—. Eres un cielo.

—Tú sí que eres un cielo —le contesté, dándole un abrazo muy sentido—. ¿Te quedas conmigo a ver una peli?

—Lo siento, Tesa —me dijo con prudencia—, pero quiero ir a hablar con Manu y arreglar las cosas con él cuanto antes. No quiero que piense que soy una idiota.

—Anda sí, largo —le respondí, empujándola hacia la puerta—. Arregla las cosas con él y ya me cuentas mañana.

Me acosté con la idea de que al menos Raquel y Manu estaban juntos, aunque tuvieran alguna discusión. Idea que por otra parte me martirizaba, porque yo quería estar en su situación y tener al lado a una persona que me apoyara, que me diera cariño, que me diera el mejor sexo del mundo, pero sobre todo, que me quisiera por encima de cualquier cosa.

Era curioso, porque acababa de decirle a Raquel que Manu estaba haciendo las cosas bien al no elegirla a ella, al no tomar la decisión de irse a vivir juntos, y sin embargo a mí me dolía enormemente que Oliver hubiera decidido hacer lo mismo en realidad. Estaba siendo maduro y consecuente y anteponiendo su carrera a mí por el bien de los dos.

Lo fácil que era ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio.

CAPÍTULO 29

Estaba muy muy nerviosa. Nos acababan de explicar que al quedar ya sólo cuatro concursantes, ese día grabaríamos la prueba en la que uno de nosotros sería eliminado, para quedar únicamente los tres que llegarían a la gran final.

Manu, Gorka, Raquel y yo éramos los semifinalistas. El jurado nos pidió que cocináramos a la altura de las circunstancias, dando lo máximo posible y dejándonos la piel en ello.

Primero debíamos hacerlo en pareja. Lo echamos a suertes y me tocó con Gorka. Ambos debíamos batirnos en duelo contra Manu y Raquel. El equipo que perdiera iría a la prueba de eliminación y uno de sus integrantes se jugaría el pase a la final.

Gorka y yo decidimos preparar una receta típica del País Vasco que yo nunca había cocinado, pero que él se había empeñado en hacer porque, según decía, la controlaba muy bien.

El caso es que fue un desastre, pero no voy a culpar a Gorka. Ni a mí tampoco. En realidad fue culpa de que como equipo no supimos funcionar y eso se notó a la hora de elaborar el plato.

Sin embargo, Manu y Raquel estaba claro que no sólo se entendían muy bien fuera de las cocinas, sino que también lo hacían dentro de ellas. De hecho, el plato que prepararon estuvo a la altura del de un buen profesional con alguna que otra estrella Michelin y así se lo hizo saber el jurado.

A nosotros en cambio nos llovieron las críticas. Mala ejecución, mala presentación y muy poco trabajo en equipo.

Yo creo que cada uno por separado éramos buenos, pero juntos no teníamos química y eso se había visto reflejado en el resultado.

En cualquier caso, Gorka y yo seríamos los que nos jugaríamos el tan

ansiado puesto en la final. Lo que por otra parte significaba que Manu y Raquel ya lo habían conseguido.

Me alegré mucho por ellos y así se lo hice saber.

—Muchísimas felicidades a los dos. Os lo merecéis de verdad.

—Tesa, olvídate de nosotros. Ahora lo que tienes que hacer es estar concentrada y ganarle al vasco —me dijo Raquel, al mismo tiempo que me daba un abrazo y me infundía fuerzas para superar la siguiente prueba.

Manu también se mostró muy cariñoso conmigo y me deseó mucha suerte.

En un momento en el que aún no había empezado la grabación de la prueba eliminatoria, Oliver se acercó a mí mientras el resto estaban entretenidos mirando al bebé recién nacido de la directora del programa. Muy disimuladamente, me cogió la mano y me depositó algo en ella, cerrándomela después.

—Me lo regalaron mis padres cuando era un niño y siempre me ha acompañado. Espero que te dé la misma suerte que siempre me ha dado a mí. — Me miraba fijamente—. Confío mucho en ti, Tesa.

Y dicho esto se dio media vuelta y se fue donde estaban los demás.

Abrí la mano y vi que tenía una miniatura de san Lorenzo, el patrono de los cocineros. Oliver acababa de darme algo que sin duda era muy importante para él, con el fin de que me diera suerte en el concurso.

Después de haberlo abordado de madrugada en su habitación y haberme ido de allí, porque ambos sabíamos que lo que había pasado no estaba bien, no lo había vuelto a ver. Ni siquiera lo había oído entrar en el baño.

Pues bien, aun así y a pesar de todo, me acababa de dar un regalo que le habían hecho sus padres y que él consideraba su amuleto de la suerte. Y no sólo eso. Me había dicho que confiaba en mí mirándome intensamente a los ojos.

Estaba desconcertada.

Pero no era el momento de ponerme a analizar nada. Debía concentrarme en la prueba siguiente y dar lo máximo de mí.

Cuando nos explicaron en qué consistía, me quise morir. Teníamos que recrear una receta de pastelería del mejor pastelero del mundo. Con lo poco que me gustaba a mí la repostería. ¡Qué mala suerte había tenido!

Raquel me lo vio en la cara enseguida. Sabía que yo ya había perdido toda esperanza antes de empezar siquiera con la prueba. Oliver también me miraba

porque sabía lo que se me estaba pasando por la cabeza.

De repente, como cuando alguien te cuenta su experiencia al borde la muerte y te dice que ve pasar toda su vida en un instante, a mí me ocurrió lo mismo. Vi desde el primer día en el concurso, cuando conocí a todo el mundo, hasta el último día, con el último momento en el que me decían que debía abandonarlo. Me acordé de todas las anécdotas, los sinsabores, los aprendizajes, las meteduras de pata, las amistades, todo lo que me había pasado con Oliver... todo.

Eso sólo significaba una cosa: que me había rendido antes de tiempo.

El peso de la prueba pudo más que mi ánimo y, por mucho que lo intenté, el resultado fue el que cabía esperar y eso aun a pesar de que Oliver se acercó a mi puesto de trabajo en dos ocasiones y en lugar de preguntarme cosas que pudiesen cuestionar la seguridad que tenía en mí misma o poner en duda lo que estaba haciendo, como había pasado otras veces, me animaba o me dejaba caer algún consejo para que hiciera mejor las cosas. Pero aun así no sirvió de nada.

Cuando acabó el tiempo y miré el resultado final de Gorka y el mío, tuve claro que hasta ahí había llegado mi participación en el concurso.

No me equivocaba.

Eso sí, todos los miembros del jurado me felicitaron por mi paso por él y por los buenos platos que había hecho y me animaron a que continuara mi formación fuera del programa, porque, según dijeron, realmente veían en mí a una buena profesional.

—Con mucho potencial —terminó apuntando Oliver.

Todos vinieron a despedirse de mí, pero la presentadora les dijo que no era necesario que lo hicieran, ya que para la final, que tendría lugar en un par de días, nos iban a reunir a todos los concursantes.

Eso significaba que no hacía falta que me volviera a Valencia.

Cuando llegamos al hotel, Raquel insistió en que nos fuéramos a cenar por ahí y después al cine, pero a mí no me apetecía.

No es que quisiera quedarme para recrearme en mi desgracia, pero tampoco me apetecía salir con el estado de ánimo que tenía, así que decliné su oferta y me fui a mi habitación.

No pude cenar nada.

Me puse el pijama, encendí la tele para sentirme acompañada, aunque le bajé el volumen al mínimo y llamé por Skype a mis amigas para contarles que ya no

estaba en el concurso. Necesitaba hablar con ellas y oír que no pasaba nada, que había llegado muy lejos y que para ellas, yo ya era la mejor cocinera del mundo.

No me decepcionaron.

Sabía que si llamaba a mi madre lo primero que me diría sería que se alegraba de que me hubieran expulsado para ver si así retomaba mi vida profesional y personal, y yo no tenía ganas de escuchar nada de eso, la verdad. Y si llamaba a mi padre notaría en su voz la decepción que le causaría saber que no lo había logrado, ya que él tenía muchas esperanzas puestas en mí.

Por eso llamé a las locas de mis amigas, que siempre estaban ahí cuando las necesitaba y que sabían cómo sacarme unas cuantas sonrisas.

—¿Cómo te va todo, Tes? Nos tienes abandonadas —me recriminó Men.

Y tenía razón. Me había centrado tanto en el concurso y en mis historias con Oliver, que las había dejado de lado totalmente.

—Lo siento mucho, chicas, es verdad. No hemos hablado hace tiempo.

—Bueno, ¿y cómo va nuestra superchef? —preguntaron Moni y Pau al unísono.

—Pues en realidad os llamaba por eso... Me han echado.

Se hizo un silencio.

—Pues ellos se lo pierden —sentenció Bel, que casi nunca hablaba, pero cuando lo hacía siempre era para ofrecer una palabra de ánimo.

—No podemos estar más de acuerdo —dijeron el resto.

—¿Y cómo estás? —me preguntó Pau.

—Digamos que he tenido días mejores. —Todas esperaron a que continuara hablando—. No sé... Supongo que me siento algo decepcionada conmigo misma. Todo el mundo me decía que tenía posibilidades y me da la sensación de que le he fallado a toda esa gente que confiaba en mí.

—¿Y...? —preguntó lacónicamente Men.

Ella siempre tan acertada, porque, por supuesto, sabía que había algo más que me atormentaba.

—Y nada más —le contesté haciéndome la tonta, aunque sabía que eso no me iba a funcionar.

—¡Venga ya, Tes! Perder el concurso te mata, pero todas sabemos que hay algo más que te quita el sueño.

—De eso no quiero hablar... —Se me entrecortó la voz debido al nudo que

se me había formado en la garganta—. No hay nada entre nosotros y nunca lo habrá —sentenció.

—Mira, Tes, eso no te lo crees ni tú —me soltó Moni—. Ese tío está loco por ti y si te deja escapar es que es un verdadero imbécil. Ya verás como vuestra historia no termina aquí, aunque se acabe el concurso.

—Tes, Moni tiene razón —apuntó Men—. Espera que pase un poco el tiempo y empiece a echarte de menos. Ya verás cómo entonces viene corriendo a buscarte.

—¡Sí, con un corcel blanco, no te jode! —soltó Pau—. Mira que han hecho daño las películas de Disney, coño.

—Oye, que hoy en día ninguna queremos un príncipe azul como los de Disney. Menudos babosos —protestó Moni—. Lo que realmente queremos es un follador empotrador de toda la vida. Esos sí que me tienen a mí loca.

Al final consiguieron que me riera, como hacían siempre. Las quería con locura.

Cuando terminamos la conversación me puse a leer un rato. Al fin y al cabo, al día siguiente ya no tenía que madrugar para ir al plató. Ya sólo irían los tres finalistas para que les explicaran cómo iba a ser la final y repasar con ellos algunos detalles de la grabación.

No pasaron ni cinco minutos cuando me sonó el teléfono.

Esperaba que no fuera nadie de mi familia. Aún no estaba preparada para darles la mala noticia.

Y no, no lo era. Quien me estaba llamando era la última persona que podía esperar que lo hiciera.

Oliver.

Descolgué, pero me quedé en silencio. Ni un solo sonido salió de mi garganta.

—¿Tesa?

—Sí... —conseguí decir a duras penas.

—Hola... ¿cómo te encuentras?

Su tono de voz denotaba preocupación.

—Si me preguntas por el concurso, estoy regular. Asimilándolo aún, supongo.

La línea se mantuvo en silencio unos segundos.

—Bueno, yo te llamaba porque quería que supieras que para mí tú eras la ganadora y que siento enormemente que te hayas quedado a las puertas de la final.

Otro silencio.

—Gracias, Oliver... —No sabía muy bien qué más decir.

No esperaba su llamada y menos lo que me estaba diciendo.

—También quería comentarte otra cosa.

—Pues... dime. —Yo estaba expectante.

—Quería que supieras que ya no estoy en el hotel. Cuando llegué a Madrid me instalé en un apartamento de alquiler, pero hubo un problema con las tuberías y tuve que dejarlo temporalmente y alojarme allí hasta que lo solucionaran.

Se hizo otro silencio.

No sabía hacia dónde conducía la conversación, pero para mí ya no tenía sentido.

—Tesa... el caso es que... me gustaría invitarte a cenar en mi casa el sábado por la noche. —Oliver carraspeó—. Tengo algo que proponerte.

CAPÍTULO 30

Amanecí totalmente aturdida por culpa de los sueños que había tenido. Sueños que se me habían mezclado con otras cosas que sí habían ocurrido, pero que me seguían pareciendo que eran fantasía.

La llamada de Oliver la noche anterior me había dejado totalmente desconcertada. No esperaba que se pusiera en contacto conmigo y mucho menos que fuera a ser tan amable, pero sobre todo no esperaba una invitación a su casa con una propuesta de por medio que hacerme.

Me parecía que tenía que haber sido un sueño. Pero no. La conversación había sido real.

Dejé de pensar en ello y me levanté. El día se presentaba aburrido, ya que no tenía que ir a grabar. Debía esperar al día siguiente, cuando sería la gran final. Entonces nos reuniríamos todos los concursantes con los tres finalistas y se grabaría la última prueba, que determinaría quién sería el ganador de la primera edición de «Grand Chef».

Así que decidí irme a la peluquería, a la esteticista y de compras. Pero no por la gran final, que también, sino sobre todo por la invitación de Oliver.

Le di mil vueltas a cuál podría ser el motivo de tal invitación. Además, para más inri, la cita era en su casa, con lo que barajé mil posibilidades.

En cualquier caso estaba deseando que llegara el día y salir de dudas. La incertidumbre y las mariposas de mi estómago me estaban matando de curiosidad.

El día fue agotador.

Recorrí miles de tiendas. Me retoqué el pelo otra vez. Lo suficiente para darle a mi aspecto más frescura y juventud, había dicho la peluquera. Me depilé entera y cuando digo entera lo digo en el sentido más amplio de la palabra.

Porque nunca y repito nunca, entréis de espaldas en el gabinete donde os van a depilar. Corréis el riesgo de tropezar con la mesita donde tienen la cera, veáis que se va a caer el aparato donde la calientan por el envite que le habéis dado, decidáis que es buena idea cogerlo en el aire antes de que todo llegue al suelo y se os derrame toda la cera ardiendo encima de un brazo.

Eso era algo que pasaba muy a menudo, me dijo la chica con cara de resignación, cuando vio el estropicio que había armado.

Su mayor problema fue quitar la cera del suelo, porque por lo visto no era nada fácil. Mi mayor problema fue que, cuando se secó la que me había caído en el brazo y me la arrancaron de un tirón, vi las estrellas. Por supuesto, también me tuvieron que depilar el otro brazo. No era cuestión de llevar uno con vello y el otro no.

Creo que no volveré nunca a ese gabinete. Pero no porque me lo hicieran mal o no me gustara el sitio o el trato, sino porque estoy convencida de que la chica debió de acordarse de todita mi familia y maldecir a todita mi estirpe, durante todito el resto de su turno de trabajo y, por supuesto, no creo que me deseara nada bueno para mi vida. Así que tanto mal karma no creía que me beneficiase en nada. Mejor cuanto más lejos estuviese de allí.

Además, estoy convencida de que la esteticista pensará igual que yo.

Pero a pesar de ese pequeño percance, acabé el día con la sensación de que no sólo había mejorado mi aspecto por fuera, sino que por dentro también me encontraba mejor y eso a pesar de estar fuera del concurso precisamente a las puertas de la final.

Cuando llegué a mi habitación, me sentía con los ánimos suficientes como para llamar a mi madre primero y a mi padre después.

Sus reacciones fueron las que cabía esperar según su manera de ser.

Mi madre, feliz porque volviera a casa y quién sabía, según ella, si a la inmobiliaria y con Daniel también.

Lo que no le dije fue que aunque regresara a Valencia no pensaba volver a mi antiguo trabajo y mucho menos con Daniel, que, aparte de que ya tenía novia, para mí era agua más que pasada. Tampoco le dije que mi intención era buscar trabajo en algún restaurante de la zona para intentar seguir aprendiendo esa profesión que tanto me llenaba.

Mi padre fue otra cosa. Él sólo me dio ánimos para que continuara con la

gastronomía, para que siguiera aprendiendo y me dijo que ya llegaría el momento de montar un restaurante por mi cuenta.

A pesar de que no hubiese ganado, no se sentía decepcionado conmigo, al contrario, decía que estaba orgulloso de que hubiera llegado tan lejos.

Mi hermana, que se encontraba con él en esos momentos, también me animó a continuar y me hizo saber lo que me echaba de menos desde que ya no estaba allí.

La siguiente llamada no la hice yo. La foto de Noel apareció en la pantalla del móvil.

—Hola, Culo Bonito, ¿cómo estás?

—Hola, Noel... ¿ya te has enterado?

—¿Enterarme de qué? —me preguntó, porque no sabía de lo que le hablaba.

—Perdona, pensaba que a lo mejor Moni te había dicho algo.

—¿Algo de qué? —volvió a preguntar.

Le conté que ya no seguía concursando, que me había quedado a las puertas de la final, que aun así tenía que seguir en Madrid para grabar el último programa y que cuando volviera a Valencia diera por hecho que él sería uno de los primeros a los que llamaría para tomarnos una cerveza.

No sé por qué le dije eso. Evidentemente, yo no buscaba nada, sólo amistad, y esperaba que a esas alturas él lo tuviera ya más que claro.

—Por supuesto. Eso está hecho —me dijo feliz—. Estoy deseando tenerte aquí de vuelta y tomarme esa cerveza contigo.

No le dije nada más. Llamaron a la puerta y nos despedimos.

Era Lara, que empezó a gritar como una loca y me abrazó como si hiciera siglos que no me hubiera visto.

—Bueno, ya me he enterado de que has quedado cuarta —dijo poniendo cara de pena—. Pero aun así estoy feliz. —Volvió a sonreír—. Tenía tantas ganas de veros a las dos otra vez. Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo. ¿Y qué te has hecho en el pelo, zorra? Estás guapísima. Estás para follarte bien follada. Porque eres mi amiga, que si no... te ponía mirando para Cuenca.

—¡Lara! —le grité ruborizada.

—¿Qué? Es verdad.

Raquel llegó en ese momento también y las dos se dieron un abrazo enorme.

—Vámonos a tomar una cerveza por ahí, que tengo muchas cosas que

contaros —propuso Lara.

—Tesa, ¿qué te has hecho en el pelo? Estás muy guapa —me dijo Raquel.

—Ya se lo he dicho yo también —apuntó Lara.

—Bueno, tú me has dicho algo más que eso, pero vamos a dejarlo ahí. —Le sonreí agradecida por el chute de autoestima que me había proporcionado su comentario.

Lara habló y habló y habló. Estaba absolutamente feliz. Su amiga, por la que tanto había suspirado durante el concurso, había dejado al chico con el que estaba y finalmente le había dado la oportunidad que tanto había estado esperando ella. Por lo visto, su amiga nunca había querido reconocer su atracción por las mujeres, pero una vez vencida esa barrera, había decidido intentarlo con Lara y ahora eran la pareja más feliz del mundo.

¡Bravo por ellas!

En cuanto a Raquel, ya había arreglado su discusión con Manu y volvía a vivir en su nube de azúcar particular.

Y en cuanto a mí, no sabía si contarles lo de la invitación de Oliver a su casa. No sabía qué intenciones tenía él y preferí ser cauta y no lanzar las campanas al vuelo antes de tiempo.

Al poco, los otros concursantes llegaron al bar donde estábamos. Al día siguiente apoyaríamos todos a los tres últimos participantes.

Me alegré de ver que Piero y Sandra entraban en el local juntos de la mano. Parecía que les iban bien las cosas. El resto seguía como siempre. Algunos habían encontrado trabajo en restaurantes de sus ciudades y otros seguían con su formación.

Pasamos la noche recordando anécdotas entre las que salieron a relucir, cómo no, la mía con el nitrógeno líquido, la del cocido sin garbanzos y alguna que otra más que ya ni recordaba.

Esa noche me fui a la cama con buen sabor de boca. No sólo me iba a llevar a Valencia otro estilo de vida completamente diferente, sino excelentes compañeros, pero aún mejores amigos.

El día siguiente amaneció muy nublado, pero no por ello desanimó a los tres finalistas del concurso, que estaban deseando realizar las pruebas y saber por fin quién sería el gran ganador de la primera edición de «Grand Chef».

Nos colocaron a todos en un sitio desde donde podríamos ver perfectamente

cómo realizaban sus recetas los tres adversarios, una especie de sala lateral, pero en un nivel superior al plató y que daba directamente a éste.

Lara, María y yo deseábamos claramente que ganara Raquel. El resto estaban divididos entre Manu y Gorka.

Primero habría una prueba para eliminar a uno de los tres, y después sería la verdadera prueba final con los dos aspirantes que hubieran quedado.

Desde donde me encontraba, tenía una vista estupenda de todo lo que pasaba en el estudio y no me gustaba nada lo que estaba viendo.

Sylvia, la presentadora, no hacía más que sobar a Oliver, como siempre. Entre bromas y no bromas, no hacía más que colgarse de su brazo, pasarle la mano por los pectorales y tocarle el pelo cada vez que podía. Estaba claro que estaba agotando sus últimos cartuchos antes de que acabara la grabación del programa.

Sin embargo, a mí me daba la sensación de que Oliver estaba bastante incómodo con ella.

Nuestras miradas se cruzaron en varias ocasiones y, aunque no nos dijimos nada, había una especie de complicidad entre los dos. El sábado íbamos a cenar juntos en su casa y estaba convencida de que eso sería el primer paso de algo. Aún no sabía de qué, pero tenía la esperanza de que entre nosotros surgiera algo más que una simple amistad.

Cada vez que me miraba, mi corazón se revolucionaba y las mariposas de mi estómago hacían felices la ola.

No tardaron en comenzar a grabar.

Habíamos estado hablando con Raquel, y la pobre estaba muy nerviosa, pero deseando empezar cuanto antes y que pasara lo que tuviera que pasar.

Los chicos, sin embargo, tenían otro talante y aunque también estaban algo preocupados, no era nada comparado con los nervios de Raquel.

En cuanto comenzó a contar el tiempo y los tres se pusieron a cocinar, nosotros desde arriba empezamos a animarles. Cada uno tenía claro lo que quería hacer y no perdieron ni un segundo. Los platos que elaboraron era dignos de un cocinero profesional y así se lo hizo saber el jurado, que estaba encantado con el nivel que habían logrado.

No obstante, debían elegir los dos mejores y no iba a ser una tarea fácil.

Mientras estaban reunidos deliberando, estuvimos tranquilizando a Raquel,

que estaba a punto de salir corriendo de allí por lo mal que lo estaba pasando.

—Que tiemblen esos dos, que tú pasas seguro a la siguiente fase, Raquel —le dijo Lara muy convencida.

—Puff, pues yo no lo tengo tan claro. El plato de Manu estaba muy por encima del mío y el de Gorka tenía una presentación increíble.

—Ya, pero la presentación no lo es todo. Ya verás cómo pasas —le argumentó Lara para tranquilizarla.

—Además, el plato de Gorka, según los jueces, no tenía tan buen sabor como el tuyo —sentencié yo.

—¡Ay! Me va a dar algo... A ver si viene ya el jurado y nos dice lo que sea. —Raquel estaba cada vez más nerviosa.

—Lo jodido va a ser que os quedéis Manu y tú para la final. Entonces sí que será una putada —observó Lara.

—Mira, no quiero ni pensarlo...

En ese preciso momento, Carmen, Pedro y Oliver entraron de nuevo en el estudio con su veredicto tomado.

Raquel, junto con Manu, pasaban a ser los finalistas de «Grand Chef».

A Raquel se le descompuso la cara. No es que no hubiera pensado ya en esa posibilidad, pero de ahí a tener que vivirla realmente, cambiaba mucho el tema. Ella quería ganar, pero también sabía la ilusión que tenía Manu y lo que significaría para él llevarse el premio.

—Raquel, sé lo que estás pensando —le dije—. Pero lo más justo para los dos y para que no tengáis un problema es que compitas con él como si fuera Gorka. Así, en el futuro, nunca podrás pensar que cometiste el mayor error de tu vida dejándolo ganar, si es que alguna vez rompéis. Igual que él nunca se sentirá bien consigo mismo si supiera que por amor le diste ventaja. Así que sal ahí, olvídate de que tu contrincante es Manu y arrasa con tu receta.

—Demuéstrale que no sólo eres una mujer preciosa por dentro y por fuera, sino que también eres una máquina en la cocina. ¡A por él campeona! —le medio gritó Lara, que se había animado y que, como yo, la abrazó como si se fuera a un ring de boxeo o algo así.

Tenían noventa minutos por delante para elaborar el plato y en cuanto empezó a contar el tiempo, ambos se pusieron a cocinar como locos.

A mí la espera se me hizo eterna. Con los nervios, di cuarenta paseos y fui al

baño otras tantas veces. Sin embargo, mis compañeros no se movieron de su sitio y estuvieron dando ánimos y algún que otro consejo a los finalistas.

El jurado estuvo muy atento a todos los pasos de Manu y de Raquel, porque eso también los podría ayudar a decidirse en caso de que no tuviesen claro cuál debía ser el plato ganador.

Al término del tiempo, ambos habían finalizado su elaboración y sólo les quedaba esperar la decisión final.

Esos minutos se nos hicieron interminables a todos hasta que el jurado, en medio de un sepulcral silencio, comunicó su fallo.

—Esta noche, tenemos que felicitar tanto a Manu como a Raquel por los riquísimos platos que nos han preparado, ya que ambos podrían estar a la altura de un cocinero con estrella Michelin. Sin embargo, por la evolución que ha tenido como concursante, por las ganas de aprender y esforzarse cada día más, por la humildad con que acepta todo lo que se le dice y por la implicación que ha tenido a lo largo de todo el programa, creemos que debe ganar el primer premio de la primera edición de «Grand Chef»... —Pedro Beramendi hizo una larga pausa que nos desquició a todos—: Manuuuu... —gritó, mientras el estudio se llenaba de confeti por todas partes.

Todos corrimos a felicitarlo. La primera Raquel, que a pesar de no haber ganado ella, estaba completamente feliz por él. Sin duda, tenía un corazón que no le cabía en el pecho.

La fiesta que hubo después fue impresionante. La productora cerró una discoteca sólo para nosotros y tiraron la casa por la ventana. Decían que los niveles de audiencia se habían disparado, sobre todo a raíz de mi incidente con el nitrógeno líquido, que llegó a ser *trending topic* mundial. Por lo visto la gente no sólo nos miraba en la tele, sino que también nos seguía en las redes sociales.

En un momento de la noche en que comenzaron a poner salsa a petición de Alberto y Lara, Oliver se acercó a mí y me tendió una mano para que saliera a bailar con él.

Evidentemente, con todo el equipo delante sólo bailamos, o por lo menos eso intenté yo. Al acabar el tema él me susurró al oído que estaba deseando que llegara el sábado y que en su casa me daría alguna lección más de salsa, porque según dijo, mi estilo seguía dejando mucho que desear.

—A las nueve te quiero allí, princesita —me dijo con voz ronca y sensual.

«Y yo te quiero desnudo y en mi cama», pensé.
Sus ojos chispeaban, lo que hizo que a mí me chispeará todo el cuerpo.

CAPÍTULO 31

Había llegado el sábado y estaba completamente de los nervios. Llamé a las chicas por Skype y les conté la cita que iba a tener con Oliver. Men me echó una bronca monumental. Dijo que no debería ir, que al final él me partiría el corazón y que ella no iba a estar allí para recoger los pedazos. Sin embargo, Moni y Pau lo veían de otra manera. Me decían que no le hiciera caso a Men y que me lo tirara de todas las formas posibles. Ellas en su línea. Y Bel, como siempre, se mantuvo en silencio observando.

—Bel... ¿tú no me dices nada? —le pregunté curiosa.

Todas se callaron a la espera de su respuesta.

—Lo único que yo te puedo decir es que si alguna vez te arrepientes de algo, que sea de algo que hayas hecho con el corazón. Te puedes equivocar por hacer caso de un razonamiento, pero nunca por hacer caso de un sentimiento.

Después de unos segundos de silencio y meditación por parte de todas, fui a decir algo, pero Pau se me adelantó.

—Pues lo que yo decía, que te lo folles de todas las maneras posibles, no sea que luego te arrepientas de no haberlo hecho.

Estallamos todas en carcajadas.

Con la idea de estar lo más atractiva posible, me puse un vestido que dejaba la espalda al descubierto, lo que hacía que no pudiera llevar sujetador. El vestido valía más por lo que ocultaba que por lo que enseñaba, pero en eso radicaba su elegancia y sensualidad.

Cogí un taxi y le di la dirección que Oliver me había mandado esa misma mañana en un mensaje. Cuando llegué frente al portal del edificio, tuve que respirar hondo varias veces para serenarme. Me temblaban las piernas y no era precisamente por el frío.

Llamé al interfono y Oliver me abrió enseguida. Mientras subía, iba pensando en cómo podía acabar nuestro encuentro y precisamente eso no hizo que me tranquilizara.

Cuando salí del ascensor, me dirigí hacia una puerta que vi abierta. Entré y me sorprendió bastante la decoración del piso. Era como si estuviera entrando en la casa de mi abuela. Llamé a Oliver y, al ver que no contestaba, supuse que estaría liado en la cocina, así que avance por el pasillo hasta llegar a la única estancia en la que había luz.

No me dio un infarto de milagro.

Cuando entré en la habitación, vi a una mujer con bata y rulos, blandiendo un enorme cuchillo en la mano y amenazándome con clavármelo y con llamar a la policía si no salía inmediatamente de su casa.

Me quedé paralizada. Las piernas no me obedecían y, aunque quería salir corriendo de allí a toda pastilla, el terror se había apoderado de mí y sólo me dejaba hacer una cosa: gritar.

La señora gritaba y yo también.

De repente, alguien me cogió por la cintura y me apartó de la mujer, que había empezado a acercarse a mí peligrosamente. Era Oliver. Y la mujer de la bata su vecina.

Le pidió que por favor se calmara, le explicó que me conocía, que mi intención no era robarle y que en realidad había sido todo un terrible malentendido.

Me había equivocado de piso.

Al ver la puerta abierta, di por hecho que aquélla era la casa de Oliver y entré sin más. Pero no lo era. Me había colado en la casa de su vecina, que había dejado la puerta abierta para que entrara su nieto, que venía a visitarla. A la pobre mujer casi le da algo cuando se dio cuenta de que yo no era su nieto y que por tanto tenía una intrusa en su casa.

Oliver estuvo un buen rato sin parar de reírse, a pesar de mi cabreo. Pero decía que no podía evitarlo y que cada vez que se le venía a la cabeza la imagen de su vecina, hecha una histérica, con los rulos puestos, amenazándome con el cuchillo y con la cara que yo tenía, que según él era un poema, le era imposible no empezar a reírse otra vez.

En su apartamento había un ambiente muy cálido y lo primero que hice fue

quitarme el abrigo. Noté la mirada de Oliver clavada en mi espalda. Carraspeó y yo me di la vuelta.

—Estás preciosa, Tesa—comentó, sin poder apartar la mirada de mi cuerpo.

Seguidamente giró sobre sus talones, se pasó una mano por el pelo y con voz entrecortada me dijo que me pusiera cómoda, mostrándome los sillones del salón.

El apartamento era precioso. Nada que ver con el de su vecina. Era prácticamente diáfano, muy moderno y elegante en la decoración. La cocina estaba separada del salón únicamente por una enorme isla con taburetes, donde, a pesar de lo que él me había dicho, me senté para observarlo mientras preparaba la cena.

Sonaba música de fondo. La música perfecta para una cena íntima. Oliver tenía buen gusto hasta para eso.

Lo primero que hizo fue ofrecerme una copa de vino tinto.

—Por esta noche —brindó, mirándome intensamente a los ojos.

Chocamos nuestras copas y ambos bebimos. El vino estaba delicioso.

Desde que había entrado en el apartamento era como si todos mis sentidos se hubieran multiplicado y veía, oía y olía a Oliver de una manera diferente.

Estaba guapo a rabiar. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camisa blanca por fuera de los pantalones, barbita de un par de días y el pelo alborotado. Era la masculinidad personificada y exhalaba tal magnetismo animal que me costaba no abalanzarme sobre él cada vez que me miraba.

Me sorprendió el azul de sus ojos, porque era más vivo que nunca. Y su boca... su boca me tenía perdida. Me tenían embelesada aquellos labios gruesos y lo que me estaba imaginando que podría hacerme con ellos.

No es que yo estuviera necesitada, que puede que también, pero es que Oliver era un hombre terriblemente guapo, encantadoramente misterioso y devastadoramente sexy y encima verlo cocinar como lo hacía, era ya el colmo para mí.

Estaba fascinada viendo cómo se manejaba en la cocina. Era un profesional y no podía esperar otra cosa de él, eso era lógico. Pero la seguridad con la que hacía las cosas y la competencia con la que se desenvolvía me ponía tanto que estuve a punto de gemir cuando levantó la cabeza y me guiñó un ojo.

—Espero que te guste la cena —dijo con una enorme sonrisa.

—Yo espero que también. —No pensé lo que dije—. Quiero decir que seguro que sí —rectifiqué.

Seguí mirándolo embobada hasta que me di una bofetada mental y decidí que sería bueno que empezara a pensar o decir algo y dejara de babear como los perros cuando llevan dos días sin comer y tienen su plato de comida preferida delante.

—¿Necesitas que te ayude en algo? Me siento un poco inútil aquí sentada.

—Vale, ven aquí —me dijo—. Quiero que cortes estos tomates, pero primero te explico cómo.

Se situó detrás de mí y pasó los brazos por encima de los míos agarrando mis manos con las suyas. Después comenzó a decir en un tono de voz muy sensual:

—Tienes que hacer este movimiento y después este otro.

Tenía su boca prácticamente sobre mi mejilla y notaba su aliento de menta acariciándome la piel. Cerré los ojos. Ese simple contacto me estaba haciendo volar.

Oliver carraspeó y me soltó.

—Será mejor que no nos despistemos —dijo, separándose de mí.

Partí el tomate tal como me había pedido e hice unas cuantas cosas más para echarle una mano.

A pesar de lo que renegó por que estuviera ayudándolo, ya que decía que yo era la invitada, sé que estaba encantado, porque formábamos un buen tándem en la cocina y nos entendíamos a la perfección. Además, estar tan cerca el uno del otro, con los roces inevitables que iban surgiendo, era más que agradable para los dos.

Cuando nos sentamos por fin a cenar, después de las bromas, de las risas y de los acercamientos, casuales o no, yo tenía bastante claro que Oliver era el hombre de mi vida y que me iba a lanzar a por él, aunque fuera sin paracaídas si era necesario.

La cena, obviamente, era espectacular y estaba deliciosa. A cada bocado descubría sabores nuevos que no había probado nunca y fue un deleite para mis sentidos.

Cuando llegamos al postre, quise saber más cosas de la vida de él y le pregunté directamente.

—Cuéntame cómo llega una persona a conseguir tantas estrellas Michelin

por favor.

Oliver estaba en la cocina, sirviendo el postre.

—Bueno, supongo que siendo muy perseverante y no acomodándose.

Apareció en la mesa con dos copas enormes de fresas con nata.

—¿Perdona?! —exclamé alucinada—. Un chef con tres estrellas ¿y de postre sirve unas simples fresas con nata?

—Oye, oye, sin menospreciar, que para mí éste es el mejor postre del mundo.

—¿Ah sí? Humm, así que eres de gustos sencillos, ¿eh? —pregunté, mientras me llevaba a la boca las que sin duda eran las mejores fresas con nata que había probado en mi vida.

—Bueno, en realidad eso depende de para qué. Con las mujeres por ejemplo tengo un gusto difícil de complacer, porque busco la excepcionalidad.

Casi me atraganto. Oliver me miraba divertido. Había cogido su copa de vino.

—Por ti, Tesa. Sin duda la mujer más excepcional que he conocido en mi vida.

Alzó su copa y me invitó a que yo hiciera lo mismo con la mía. Después bebí para mitigar el acaloramiento que me habían provocado sus palabras. Debía de estar totalmente sonrojada.

Seguí paladeando el delicioso postre, mientras Oliver me miraba. Lo hizo hasta tal punto, que empezó a ponerme nerviosa y dejé de comer.

—Menos mal que has dejado de hacer eso —me dijo aliviado ante mi atónita mirada, ya que no sabía a qué se refería—. Estaba a punto de lanzarme sobre tu boca y devorarla como tú estabas haciendo con el postre. ¡Joder, Tesa, casi vuelvo a perder el control! ¡Otra vez!

Se levantó rápidamente y se puso a recoger.

¿Y qué había de malo en que perdiera el control? ¡Qué manía con no dejarse llevar!

—Oliver...

Lo llamé para captar su atención y que me mirara. Estaba metiéndome una fresa cubierta de nata en la boca.

Su mirada se tornó libidinosa al instante. Carraspeó y se pasó una mano por el pelo. Claramente se había puesto muy nervioso.

Se acercó a la mesa, se plantó delante de mí y al mismo tiempo que soltaba

un bufido, cogió la copa de fresas con nata y me la retiró, llevándosela a la cocina.

—Se acabó el postre, ¿cómo quieres el café? —preguntó contrariado.

A mí me dio risa.

—Yo no le veo la gracia, Tesa. —Seguía muy serio.

—Venga ya, Oliver, relájate por favor, sólo era una broma.

—Soy consciente de ello, pero si supieras el efecto que causas en mí y las cosas que se me pasan por la cabeza cuando pierdo el control contigo, no te reirías tanto.

Las mariposas de mi estómago dieron saltos mortales con tirabuzones y mi centro del placer me recordó que estaba más vivo que nunca.

—Necesito pensar con claridad para poder exponerte mi propuesta.

—De acuerdo —le dije—. No más bromas por el momento.

—Está bien. —Se sentó a la mesa tras servir los cafés y dos copas de cava rosado y me miró a los ojos—. Tesa... —hizo una breve pausa— ... quiero que trabajes para mí.

CAPÍTULO 32

—¿Cómo has dicho? —Miraba a Oliver atónita con su... su propuesta, no, su exigencia más bien.

«Quiero que trabajes para mí», me acababa de soltar.

—Quiero que formes parte de mi equipo en el restaurante que he abierto en Valencia y no acepto un no por respuesta. Te quiero allí conmigo.

—Oliver...

No sabía qué decir. Me había pillado totalmente por sorpresa y de todo lo que había imaginado que iba a proponerme, la posibilidad de trabajar con él no la había contemplado en ningún momento.

Por una lado estaba extasiada pensando que un chef de su categoría quería que yo formara parte de su equipo, pero por otro lado mis expectativas en cuanto a lo que esperaba de esa noche no se veían cumplidas ni por asomo con su proposición.

—El lunes te quiero en el restaurante. A las diez. Y ahora... —añadió levantándose y yendo hacia su equipo de música—... tenemos pendiente una clase de salsa.

Me tendió los brazos desde el centro del salón y yo me acerqué a él como la polilla acude a la luz sin poder evitarlo.

Nos colocamos en posición y comenzamos a movernos. Yo había ensayado algo en mi habitación y estaba haciéndolo mejor de lo que era esperable. Por lo menos no lo pisé en ningún momento.

Al cabo de un rato la música cambió y empezó a sonar bachata. *Propuesta indecente*, de Romeo Santos. Ambos sonreímos con complicidad. Ya habíamos bailado esta canción anteriormente.

Oliver me miraba intensamente mientras me sujetaba con fuerza por la

cintura y nos dejábamos llevar por el vaivén de los movimientos que nos transportaban a kilómetros de distancia.

Sus labios cada vez estaban más cerca de los míos y la burbuja estaba a nuestro alrededor.

Empezó otra canción y volvió a cogerme por la cintura y a tirar de mí para apretarme contra su cuerpo. Su mano caliente acariciaba con suavidad mi espalda desnuda.

En un momento dado, me hizo girar sobre mí misma y me volvió a pegar a su cuerpo, pero esta vez de espaldas a él. Notaba su aliento sobre mi piel desnuda. Nos estábamos meciendo al ritmo de la música.

Su mano derecha se coló por el lateral de mi vestido, acariciando mi costado, y después mi abdomen. La calidez de su mano provocó un latigazo que recorrió todo mi cuerpo, llegando al vértice donde converge todo el placer posible en un ser humano.

Siguió acariciándome el abdomen, llegando a los límites prohibidos, rozándome en ocasiones la parte baja de los pechos o la parte alta del sexo.

Continuamos bailando al compás de la música. Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en su hombro, y él acercó los labios a mi cuello. Me empujó de nuevo contra él y mi culo topó con su dureza.

¡Joder! No quería dejar de hacer lo que estábamos haciendo. Cada vez me sentía más excitada, más embriagada de él. Sentía verdadera adicción por ese hombre.

Siguió besándome el cuello, mordiéndomelo, saboreándolo, mientras su mano, más atrevida aún, llegaba más lejos cada vez.

—Me encanta este vestido —me dijo con una voz totalmente oscura, libidinosa.

Siguió presionando mi culo contra su dura entrepierna mientras continuábamos bailando y mientras seguía paseando su mano por todo mi cuerpo, ahora ya sin reparos.

Alcanzó mis pezones, duros como piedras, y comenzó a jugar con ellos.

—Ahhh —jadeé.

Con tan sólo eso estaba al borde del abismo. Tenía las terminaciones nerviosas tan excitadas, que cualquier roce provocaba en mí mil sensaciones que recorrían mi cuerpo por entero.

Él seguía jugando con mis pezones, pellizcándolos, al mismo tiempo que me agarraba por la garganta y me susurraba al oído las veces que había soñado con tenerme así. En sus manos. Vulnerable y a su merced.

Bajó la mano derecha y la metió por debajo de mis braguitas. Me abrió los labios y paseó sus dedos por mi más que húmedo sexo.

—¡Joder! —alcanzó a decir.

Yo gemí, perdida en las sensaciones que me recorrían.

Me desabrochó el vestido y lo dejó caer allí mismo.

Me dio la vuelta y me levantó, cogiéndome por las nalgas. Lo rodeé con las piernas y nos besamos con tanta intensidad que a ambos nos faltó el aire.

Me pegó a una pared y me embistió contra ella. Comenzó a tocarme de nuevo el pecho. Bajó su boca, con la que recorrió mi cuello hasta llegar a mis pezones. Me los humedeció, los lamió, los mordisqueó, mientras yo creía que iba a morir por el cúmulo tan bestial de sensaciones.

Nos alejamos de la pared y llegamos a su dormitorio sin dejar de besarnos, casi sin aliento.

Me dejó tendida sobre la cama y se subió encima de mí a horcajadas. Le quité la camisa y ante mí apareció su perfecto abdomen, sus anchos hombros, sus músculos oblicuos que bajaban perdiéndose por debajo de sus bóxers.

Me miraba con absoluto deseo. Con lascivia, con lujuria.

Comenzó de nuevo a recorrer mi cuerpo con sus manos y con su boca. Cada caricia suya me volvía completamente loca. Estaba extasiada por su forma de tocarme.

Comenzó su descenso, pasó por mis pechos, mi abdomen, para terminar en mi húmedo sexo. Lo tenía entre mis piernas y sentía su caliente aliento en mi centro del placer. Me echó una mirada salvajemente sensual y hundió la cabeza en mí.

Su lengua me recorrió entera, proporcionándome el mayor de los placeres que había sentido en mi vida, hasta que exploté mientras él seguía acariciándome con los dedos y me besaba en la boca, mitigando así el estremecedor gemido que mi garganta trató de emitir.

Pero esta vez no se conformó sólo con eso.

Y yo tampoco. Quería más. Necesitaba más. Y se lo pedí. Él asintió y se desnudó.

Tenía ante mí al hombre más guapo y sexy del mundo. Al hombre que poseía el cuerpo de un dios griego.

Lo tenía delante de mí. Desnudo. Sólo por y para mí.

Me volvió sobre la cama, poniéndome de espaldas a él.

Notaba su dureza contra mi culo desnudo. Comenzó a darme lametones en el cuello, recorrió toda mi espalda con su lengua y acabó mordisqueándome las nalgas. A continuación, me pidió que me volviese.

—Quiero verte la cara —me dijo, mientras me volvía a besar con la misma ansia de la primera vez. Dejándome sin aliento de nuevo.

Me penetró sin previo aviso. Se coló hasta dentro y yo gemí de absoluto placer. Se movió varias veces, entrando y saliendo ferozmente.

Se tumbó boca arriba sobre la cama y yo me coloqué a horcajadas sobre él. Me elevó y me dejó caer, resbalando por su erección al tiempo que gemíamos los dos por el enorme placer que eso nos proporcionaba. Me sujetó por las caderas y me ayudó a deslizarme por esa noria de sensaciones en la que estaba montada.

Se incorporó, quedando su cara a la altura de la mía, y me volvió a besar mientras se movía dentro de mí y me llevaba de nuevo al mayor éxtasis de mi vida. Ambos mirándonos intensamente el uno al otro, jadeamos, gemimos de placer y nos dejamos llevar por la mayor oleada de sensaciones que habíamos tenido nunca.

Acabamos exhaustos, tumbados en la cama. Tenía a Oliver detrás de mí, rodeándome el cuerpo con los brazos, como si le diera miedo que yo pudiera salir corriendo en cualquier momento. Me besó en la sien.

—Espero haberte hecho volar —me dijo con una sonrisa socarrona.

Lo decía por la primera conversación que habíamos tenido por teléfono, en la que yo, confundiéndolo con mi madre, le había soltado toda una perorata sobre mis necesidades emocionales y también sexuales. Le había dicho algo así como que quería que cuando un hombre me echara un polvo, me hiciera volar llevándome al cielo. Y por lo visto aún lo recordaba.

Pues tengo que decir que no sólo me había llevado al cielo, sino que además me había paseado por todo él, saltando de nube en nube. Había sido el mejor polvo de mi vida y con mucha diferencia. Me sentía realmente extasiada.

—Algo, sí —le contesté con bastante indiferencia para picarlo y que no se lo creyese mucho.

Pero él sabía lo que me había hecho disfrutar y tenía claro que yo estaba bromeando, así que empezó a hacerme cosquillas por todas partes como un loco.

Comencé a gritar y a pedirle por favor que parara. Se lo supliqué entre lloriqueos y risas, porque no aguantaba más.

—Sólo dejaré de hacerte cosquillas si reconoces que te he hecho disfrutar mucho.

—Vale, vale, lo reconozco.

Oliver dejó de hacerme cosquillas y yo me volví para verle la cara.

Me miraba con dulzura. Lo besé. Lo besé agradeciéndole todo lo que me había hecho sentir. Me separé casi sin aliento.

—Sí —le dije—. Trabajaré para ti.

Y con esa declaración de intenciones por mi parte nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente me desperté porque oí ruido de cacerolas y sartenes. Oliver se había levantado y estaba trajinando en la cocina.

Había recogido todo lo de la cena de la noche anterior, había preparado el desayuno e incluso le había dado tiempo de darse una ducha y vestirse.

Estaba guapísimo con aquel aire desenfadado. Nada del Malas Pulgas que conocí el primer día. Nada del autoritarismo como jurado en el programa. Solos él y yo. Oliver y Tesa.

—¿Eh, de qué me suena a mí esa camiseta? —me preguntó sarcástico.

—Perdona, es que no me he traído otra ropa y no era plan desayunar con el vestido de anoche puesto.

—Sí, bueno... más que nada porque si te lo volvieras a poner, es posible que no fuera capaz de dejarte desayunar.

—Humm... Pues siendo así, creo que desayunaré primero y después me lo pondré —le dije seductora.

Me miró con ojos libidinosos.

—Me temo que, muy a mi pesar, no va a poder ser —me contestó algo contrariado—. Tengo que irme con urgencia a Barcelona. Ha surgido un problema en el restaurante que debo solucionar.

Debió de ver en mi cara la decepción que sentí. Era mi último día en Madrid y pensaba que lo pasaría con él hasta el momento de tener que coger el tren para Valencia.

—Lo siento. Es algo que mi segundo no puede arreglar por mí. De todas

formas, nos vemos mañana en Valencia. No llegues tarde a tu primer día de trabajo princesita —me dijo mientras me daba un pellizco en el culo y un beso en los labios.

—¿Te vas ahora a Barcelona y mañana estarás en Valencia? —pregunté algo sorprendida.

—Sí. En dos horas cojo el avión a Barna y mañana a primera hora cogeré otro vuelo a Valencia. Estaré sin problemas a las diez en el restaurante.

—Vale, pues entonces yo debería irme ya. —Acababa de terminarme el delicioso desayuno que Oliver me había preparado.

Me puse el vestido de la noche anterior, el abrigo y me despedí de él con un beso que me dejó casi sin sentido.

¡Dios, qué bien sabía ese hombre!

Me fui de su apartamento con la ilusión de saber que al día siguiente lo volvería a ver, con la ilusión de saber que iba a trabajar para él en su nuevo restaurante y con la ilusión de saber que nuestra historia por fin comenzaba a despegar.

CAPÍTULO 33

En el momento en que llegué a Valencia, me pareció que había transcurrido una vida entera. Los tres meses y medio que había estado fuera me habían cambiado tanto, que volver a mi ciudad y al que había sido mi hogar me pareció un tanto extraño. Era como si yo ya no encajara allí, como si en aquella ciudad no se encontraran toda mi vida, mi familia, mis amigos y, por ende, todos mis recuerdos.

Sin embargo, cuando abrí la puerta de mi apartamento y vi a mi hermana y a mis amigas esperándome para darme la bienvenida, olvidé por completo la sensación de que yo no pertenecía a ese lugar.

Me habían preparado una fiesta, a la que por supuesto no habían invitado a mis padres, porque todas tenían claro que juntarlos a los dos en la misma casa hubiera sido como juntar una cerilla con un bidón de gasolina.

Con ellas ya era más que suficiente para montarme una bienvenida por todo lo alto y que me hicieran sentir en casa otra vez.

—Querida hermana... —me dijo Carla con toda la solemnidad del mundo— ... felicidades por llegar hasta donde has llegado. Estoy muy orgullosa de ti. —Y me plantó un enorme y sonoro beso en la cara.

Detrás desfilaron Bel, Moni, Pau y Men, dándome una más que cariñosa acogida.

—Por cierto, ¿por qué no nos contestabas al móvil? —me preguntó Carla—. Te hemos estado llamando toda la tarde para asegurarnos de que ibas a venir aquí directamente y no ha habido forma de hablar contigo.

—Pues es que no sé dónde está mi móvil. Me lo debí dejar en casa de Oli...
Me paré en seco.

De repente fui consciente de que cinco caras me miraban con los ojos fuera

de las órbitas, ávidas de información. Lo peor es que intenté cambiar de tema, pero evidentemente no me dejaron.

—Nos tienes que contar cómo te fue, so puta —me soltó Pau.

—A ver, por dónde empiezo...

—Por el principio —saltó Men impaciente.

—Y con todo lujo de detalles —me exigió Moni.

Les conté de nuevo mientras cenábamos cómo había sido la final del concurso, y que Oliver me había pedido que fuera a su casa, porque tenía algo que proponerme, y por fin les narré, aunque no con todos los detalles, lo que había pasado en su apartamento.

Las sorprendió bastante el giro tan inesperado que había dado mi relación con él y aunque Men aún recelaba de que lo nuestro pudiera salir bien, me felicitó como las demás por lo feliz que me veía.

—¿Y cuándo empiezas? —me preguntó Bel.

—Mañana mismo, así que sintiéndolo mucho, chicas, os voy a tener que pedir que os vayáis. Necesito descansar para estar fresca y no quedarme dormida en mi primer día de trabajo.

A pesar de lo que renegaron, lo entendieron y finalmente me dejaron sola.

A la mañana siguiente estaba puntual en la dirección que Oliver me había dado.

Conocía el local donde había montado el restaurante, porque lo habíamos tenido a la venta en la inmobiliaria y lo había enseñado un par de veces.

Llamé y, en vista de que nadie me abría, entré sin más.

El interior, aunque aún sin acabar, era una pasada. Estaba decorado muy moderno y con muchísimo estilo. Además era muy luminoso.

Me adentré hacia las cocinas y cuando abrí las puertas, vi que varias personas se reían de algo con buena gana.

—Hola. —Carraspeé—. Perdón... estoy buscando a Oliver, soy Tesa.

Se hizo un incómodo silencio.

—Buenos días, señorita Rivas. —Era la voz inconfundible de Oliver.

Un latigazo recorrió mi cuerpo hasta descargar en mi sexo. Estaba claro que ya ni su voz me era indiferente. Sin embargo, percibí un tono tirante en ella que me dejó algo helada.

Salió de detrás de una columna con la misma cara que cuando lo conocí y lo

bauticé como el Malas Pulgas. Estaba muy serio y parecía enfadado.

Me presentó a los demás y me pidió que lo acompañara a su despacho para ultimar unos detalles del contrato antes de empezar.

Cuando cerró la puerta y se volvió hacia mí, pensaba que me iba a besar, pero no lo hizo.

Me dijo de manera muy seca que tomara asiento y a continuación me pidió que leyera el contrato. Lo hice.

Yo no entendía ese recibimiento tan frío, después de lo que había pasado entre nosotros. Comprendía que delante de los empleados no se hubiera mostrado cariñoso conmigo, pero esperaba que en la intimidad de su despacho sí lo hiciera. Evidentemente algo no iba bien.

—Oliver, ¿qué pasa? —le pregunté preocupada, después de leer por encima el contrato.

Carraspeó.

—Si estás de acuerdo con todo, fírmalo —me respondió muy cortante—. En cuanto lo hagas, llamaré a Pablo, el segundo chef. Él es mi mano derecha y se encargará de dirigir la cocina cuando yo no esté, así que será quien te explique cuál va a ser tu labor aquí, los horarios... en fin, todo lo que debes conocer si vas a trabajar para mí.

Firmé el contrato.

—¿Y ya está? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Bueno, cualquier duda que tengas se la puedes preguntar a él cuando suba.

Lo llamó a través del teléfono fijo que había encima de la mesa de su despacho.

No podía creer que me estuviera tratando de esa manera. No después de todo lo que habíamos pasado.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme, Oliver? —Me estaba empezando a faltar el aire—. ¿Qué he sido para ti? ¿Un juguete más que has usado a tu antojo y lo desechas cuando ya no te interesa?

—Tesa... —Se volvió para no mirarme—. Pablo te explicará, entre otras muchas cosas, que una de las normas que exijo a mis empleados es que entre el personal no haya ningún tipo de relación que vaya más allá de la estrictamente profesional.

—¿Qué? —Estaba atónita.

Un largo silencio se instaló entre nosotros, mientras mi cabeza intentaba asimilar todo lo que estaba ocurriendo.

—¿Eso significa que no sientes nada por mí? —le pregunté decepcionada—. Oliver... mírame —grité—. Ten el valor de decírmelo a la cara al menos.

Seguía sin volverse.

—Eso significa que, puesto que vas a trabajar aquí... entre tú y yo... —se paró un segundo—... no puede haber nada.

—¡Un momento! ¿Me estás diciendo que trabajar para ti condiciona que pueda o no haber una relación entre nosotros?

—Tesa, no me lo pongas más difícil... te lo suplico.

—Contéstame, Oliver —le exigí.

—Sí, Tesa. Trabajando para mí es imposible que entre tú y yo haya algo. Es una norma que exijo a todos mis trabajadores y yo soy el menos indicado para saltármela. Perdería credibilidad y autoridad.

—¿Y por qué no me lo dijiste cuando me hiciste la propuesta? No lo entiendo.

—Tesa... ¿qué decisión habrías tomado si hubieses sabido esto de antemano?

—Pues creo que es obvio que habría rechazado el trabajo, Oliver —le contesté ofuscada.

—Pues por esa misma razón no te lo conté antes, joder. No quería que tu respuesta estuviera condicionada. —Se volvió y me miró a los ojos—. No podía permitir que tiraras por la borda tu carrera sólo por mí. Eso no sería justo para ti.

—¿Y no has pensado que a lo mejor eso debería haberlo decidido yo? —pregunté realmente cabreada.

Alguien llamó a la puerta.

—De todas formas, no creo que sea para tanto. Estoy convencido de que ya tienes con quién reemplazarme —dijo cortante mientras abría la puerta—. Adelante, Pablo —lo invitó a pasar.

No sabía a qué venía lo que me acababa de decir y mucho menos por qué se estaba comportando de esa manera tan fría e hiriente conmigo.

—Pablo, te presento a la señorita Rivas. A partir de ahora está a tu cargo. Muéstrale todo lo que hacemos aquí y enséñale cómo lo tiene que hacer. Cuando esté preparada, házmelo saber y que comience a trabajar como una más.

Pablo me estrechó la mano, mirándome con una sonrisa de oreja a oreja. Era un chico alto, con buen cuerpo, y, si no fuera por lo cegada que estaba con Oliver, me hubiera fijado también en lo sumamente atractivo que era.

Oliver, que había sacado algo del bolsillo de su americana, carraspeó.

—Pablo, ve bajando tú, por favor. La señorita Rivas se reunirá contigo enseguida.

Oliver se quedó de pie frente a mí.

En su cara se reflejaba una mezcla de decepción, enfado y tristeza.

Entonces alargó la mano y me ofreció algo.

—Te dejaste el móvil en mi apartamento. —Me lo tendió y se volvió para mirar por la ventana—. Si no te importa, cierra la puerta cuando salgas. Gracias.

Miré el teléfono completamente ida. Aún tenía batería. La luz indicadora de mensajes parpadeaba y encendí la pantalla para ver de qué se trataba.

Desde la noche que pasé en tu hotel, te he echado muchísimo de menos, Culo Bonito. No consigo dejar de pensar en ti a pesar de todo. No sé qué me has dado, Tesa.

Era un mensaje de Noel.

Entonces lo entendí todo.

—¿Lo has leído? —le pregunté a Oliver.

Ante su silencio volví a preguntarle, esta vez elevando bastante la voz.

—Te he preguntado que si lo has leído.

Tras el silencio inicial, se decidió a contestarme.

—El mensaje entró justo cuando lo cogía para traértelo, así que fue inevitable —dijo enfadado—. Realmente hubiera preferido no verlo —concluyó.

—Oliver, no es lo que crees —expliqué, acercándome a él y cogiéndolo del brazo para que se volviera y me mirara.

Pero se soltó y siguió mirando por la ventana.

—Oliver, por favor, créeme. Noel fue sólo un rollo de una noche y eso pasó antes de entrar en el concurso. Él sigue intentándolo y por eso me manda mensajes de vez en cuando, pero ya sabe que entre nosotros no puede haber nada. Le hablé de mis sentimientos por ti y a partir de ese momento se apartó como un caballero. No sé por qué me ha vuelto a mandar un mensaje de este tipo, pero yo tengo claro lo que siento y con quién quiero estar y no es precisamente con él.

Me quedé esperando una respuesta.

Oliver pareció relajarse algo. Se volvió, quedando a escasos centímetros de mí.

Mis ojos se encontraron con los suyos.

Los tenía vidriosos. El mensaje de Noel le había hecho daño.

—Tesa... tenía pensado decirte algo hiriente para poner tierra de por medio entre nosotros definitivamente, para que las cosas fueran algo más fáciles para los dos... —Se paró, consciente de lo que me estaba diciendo—. Pero soy incapaz de hacerte daño. No obstante... entre tú y yo no puede haber nada. Lo siento.

—Entonces renunciaré a trabajar para ti. ¿Es que no lo entiendes?

—No puedes hacerlo.

—¿Cómo que no? —Me dirigí hacia donde estaba el contrato—. Lo voy a romper.

—Aunque lo rompas dará igual. Ya tuve en cuenta también que me dirías eso y añadí una cláusula que te obliga a trabajar para mí al menos durante un año, aunque rompas el maldito contrato.

—Pero ¡tú estás mal de la cabeza! —le grité—. No puedes obligarme a hacer lo que crees que es mejor para mí.

—Lo siento, Tesa —me dijo, mientras salía del despacho.

Estaba perpleja. Bueno, eso sería decir poco.

Cogí el contrato y busqué la cláusula.

Efectivamente, Oliver había añadido esa obligación, a todas luces abusiva, pero que yo había firmado porque sencillamente me había fiado de él.

Salí de allí con un bufido. Necesitaba coger aire, aclararme las ideas y digerir todo lo que había pasado y todo lo que, por lo visto, se me iba a venir encima en un futuro próximo.

Cuando llegué a la planta baja, tenía los ojos inyectados en sangre de la furia que sentía. En esos momentos me estaba costando mucho gestionar mis sentimientos y no empezar a lanzar vasos y platos a diestro y siniestro.

Pablo vino a mi encuentro.

—¿Estás lista para que te lo explique todo? —me preguntó.

Me paré en seco. No sabía qué hacer.

—¿Puedes darme unos minutos, Pablo? —le pedí todo lo amablemente que

pude—. Se me acaba de morir un ser querido —añadí, sin pensar siquiera lo que estaba saliendo por mi boca.

Sin embargo, eso que parecía una excusa escogida al azar por mi cerebro, reflejaba cómo me estaba sintiendo. Acababa de perder al ser querido que últimamente ocupaba mi corazón y eso no era nada fácil de digerir.

Ira, tristeza, impotencia, desesperación, necesidad, sobrecogimiento, rabia, desolación. Todas y cada una de esas emociones desfilaron ante mí.

Cuando salí a la calle me faltaba el aire. Necesitaba serenarme. Pensar con claridad.

Estuve más de media hora caminando alrededor del restaurante, hasta que mis pasos me devolvieron al punto de partida y me encontré frente a la puerta. Dentro, Oliver parecía estar pidiéndole explicaciones a Pablo. En cuanto me vieron, dejó de hablar y se vino directo hacia mí.

—Tesa, ¿estás bien? —me preguntó con claros signos de alarma en su semblante—. Pablo me ha dicho que ha muerto alguien de tu familia.

Lo miré con perplejidad.

—¿Qué? ¡Ah, ya! —A pesar de todo, me dieron ganas de reír—. Bueno, en realidad lo que yo le he dicho es que ha muerto un ser querido. Supongo que él ha dado por hecho que hablaba de algún pariente, pero yo no me refería precisamente a un familiar.

Supongo que el tono irónico con que se lo solté fue más que suficiente para que se diera cuenta de a quién me refería con eso de morir, obviamente en sentido figurado, un ser querido.

Sonrió también a pesar de todo.

—Estaba muy preocupado por ti. Yo no sé muy bien cómo gestionar esto y a lo mejor...

Pablo se acercó a nosotros.

—Te acompaño en el sentimiento, Tesa —dijo, mientras me pasaba una mano por el brazo—. No te conozco aún de nada, pero si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírmela.

Su tono circunspecto y su cara de circunstancias, hizo que a Oliver y a mí nos diera la risa.

Cuando dejamos de reírnos, Oliver me miró esperando una respuesta. Sabía que yo había estado meditando qué hacer.

Pero lo cierto era que aún no había decidido nada.

—Por favor... —dijo únicamente.

Pablo, que no entendía nada, se excusó y entró de nuevo en el restaurante, mascullando algo que no pudimos entender.

—Por favor... —repitió Oliver.

En ese mismo instante tomé mi decisión.

Según el contrato que había firmado, estaba obligada a trabajar, lo quisiera o no, para él. Pero podía hacerlo porque estaba obligada legalmente o porque realmente quisiera motu proprio pertenecer a su equipo y aprender todo lo que uno de los mejores chefs del panorama gastronómico pudiera enseñarme.

Así que cogí aire, cerré por un segundo los ojos y seguidamente entré en el restaurante.

Ya pensaría después en todo lo demás.

CAPÍTULO 34

Después de que Pablo me explicara los pormenores de la labor que yo tenía que realizar, me enseñara las instalaciones y me presentara a todo el equipo, me fui a casa con otra perspectiva de las cosas.

Realmente iba a trabajar para Oliver porque me apetecía seguir aprendiendo bajo las órdenes de uno de los mejores chefs que había, pero además el equipo que tenía me pareció que estaba compuesto por gente muy buena y con muy buen rollo entre ellos. Me habían acogido con ganas y eso hacía las cosas más fáciles para mí.

En cuanto a mi relación con Oliver, no sabía qué pensar ni qué esperar. Más bien estaba bloqueada con ese tema. Así que me dejé llevar por todo lo nuevo que estaba ocurriendo en mi vida y decidí ocupar mi tiempo y no mi mente.

Enseguida me puse al día con lo que yo tenía que hacer y conocí todos los platos que había en la carta, aunque yo sólo me encargara de la elaboración de una parte.

Según pasaban los días, mi relación con Oliver se fue relajando. A pesar de mi reticencia inicial hacia él, con el tiempo, nuestro trato se fue normalizando, al menos en lo laboral, y empezamos a tener un dialogo más fluido y distendido.

Aun así, yo echaba mucho de menos poder acariciarlo o besarlo. Lo único bueno era la cercanía que había entre nosotros a diario, ya que eso me ayudaba a sobrellevar mi síndrome de abstinencia, puesto que Oliver se había convertido en una droga para mí.

Me pasaba casi ocho horas al día trabajando con él codo con codo. Había momentos en los que se producía entre nosotros el contacto físico y nos costaba mucho no dejarnos llevar. Aun así, nunca íbamos más allá de lo estrictamente profesional.

Mis amigas me decían que estaba loca y que tarde o temprano la situación acabaría explotándome en las manos sin previo aviso. Pero yo no les hacía caso. Decían que cualquier día Oliver aparecería con otra y me rompería el corazón, pero no las escuchaba, porque a pesar de todo, sabía que él sólo tenía ojos para mí.

Según mi punto de vista, era cuestión de tiempo que no pudiera luchar más contra sí mismo e irremediamente tuviera que dejarse llevar.

O al menos eso quería creer yo.

Al cabo de un mes todo estaba listo para la gran inauguración del restaurante.

Oliver se había encargado de que otro equipo de cocina hiciera el servicio esa noche, para así nosotros poder celebrar también la apertura.

Cuando entré, aún no había llegado ningún invitado. Había querido ir pronto por si había que ayudar con algo de última hora. Sabía lo importante que era esa noche para Oliver y quería que todo saliera a la perfección.

Tan sólo había jaleo en las cocinas, donde el personal se encontraba afanado, preparando la cena. Me pareció extraño que ni Oliver ni Pablo estuvieran con ellos, dándoles las últimas instrucciones.

Vi que había luz en el despacho de Oliver y decidí subir a ver si necesitaba algo. Al llegar a la puerta, observé que estaba entreabierta y se oía hablar a dos personas dentro. No lo pude evitar. Me quedé escuchando antes de decidirme a entrar.

—Entonces, ¿qué valoración me das de ella después de este tiempo de trabajo? —le preguntaba Oliver a la otra persona.

—Sin duda muy buena. —Era la voz de Pablo—. Es una máquina aprendiendo, está atenta a todo, se esfuerza mucho y es muy perfeccionista. Además, tiene ideas muy innovadoras y, aunque aún necesita más rodaje para aprender a llevar esas ideas a la práctica, sin duda creo que será una excelente cocinera. —Pablo continuó con lo que estaba comentando—. Yo que tú la atarías bien corto y me asegurarías de que no se pudiera ir de aquí, Oliver, porque en cuanto la competencia la conozca, le van a llover las ofertas —terminó diciendo.

—Yo también creo que Tesa es un diamante en bruto —le contestó Oliver.

Me llevé las manos a la boca para ahogar el grito que di. No me lo podía creer. ¡Les gustaba mi trabajo a los dos!

—Le da cuarenta vueltas a la mayoría, por no decir que a todos. Quizá

deberíamos ponerla en otro puesto en el que pueda desarrollar más su creatividad —apuntó Pablo.

—No. La quiero donde está. Quiero saber hasta dónde es capaz de llegar. Siempre habrá tiempo de reconocerle su mérito. Tengo varias ideas para que Tesa pueda desarrollar todo su potencial —aseguró Oliver—. Pero todo a su debido tiempo.

¡Madre mía! Estaba entusiasmada con todo lo que estaba oyendo.

Hubo un silencio.

—¿Querías algo más, Pablo? Te advierto que deberíamos estar abajo, no vaya a ser que nos quemem la cocina el primer día —dijo Oliver casi riendo.

Se notaba que estaba de buen humor.

—La verdad es que quería comentarte otra cosa más —le dijo Pablo.

—Pues tú dirás.

Pablo carraspeó.

—Oliver... Tesa me interesa... —Se hizo un silencio sepulcral.

No veía la cara de Oliver, pero estaba convencida de que tenía que ser un poema.

—Es... —continuó diciendo Pablo— ... es inteligente, muy guapa y tiene algo que te atrapa y bueno...

—Pablo, no —lo cortó Oliver, seco—. No sigas por ahí.

—Oliver... —Pablo retomó su discurso, ya no sonaba desenfadado—, no te estoy pidiendo permiso. Te estoy diciendo lo que voy a hacer. Quiero salir con ella.

—¡Ni lo sueñes!

El grito que dio Oliver hizo que me sobresaltara.

—Oliver...

—Si haces eso, será lo último que hagas en este restaurante. —Oliver estaba fuera de sí—. Me pasaré por el forro de los cojones la amistad que tenemos y los diez años que llevamos trabajando juntos. ¡Te lo advierto!

No me podía creer que Oliver le estuviera hablando de esa manera a Pablo. Los había visto trabajar durante ese mes y eran uña y carne. Su relación era más que cordial, más que profesional. Eran más que amigos. Eran como hermanos.

—Pero ¿a ti qué cojones te pasa tío? —Pablo había empezado a gritar también—. Jamás te he pedido nada. Nunca. Sólo quiero tener una cita con ella,

conocerla y ver si puede haber algo entre nosotros. No creo que sea pedir demasiado. Sé que hay unos estatutos y que no puede haber relaciones entre empleados, pero te estoy pidiendo un favor. No entiendo por qué no puedes hacer la vista gorda con esto.

—¡Como se te ocurra acercarte a ella, te juro que...!

—Buenas noches. —Entré en el despacho como una exhalación. No quería que se pelearan. No esa noche—. Pablo, creo que te necesitan en la cocina y Oliver, ya están llegando los primeros invitados.

Ambos se quedaron sin saber qué hacer durante unos segundos, hasta que echaron a andar con cara de pocos amigos.

No se dirigieron la palabra en toda la noche y cada vez que se miraban su expresión lo decía todo. Ninguno de los dos cedería y eso les iba a pasar factura.

No obstante, Oliver, que por cierto estaba espectacular con su traje de Armani, se fue relajando conforme avanzaba la noche, ya que todo iba saliendo como habíamos previsto. Todo el mundo estaba encantado con la cena, la decoración del local gustó muchísimo y en general el ambiente fue muy agradable.

En un momento dado, vino a buscarme.

—Tesa, me gustaría presentarte a alguien.

Me rodeó por la cintura ante mi asombro y me llevó hasta su familia. Los reconocí nada más verlos, ya que había visto muchas veces sus caras en Facebook.

—Familia, éste es mi último fichaje. Tesa.

En esos momentos me pregunté si eso lo habría hecho con todos sus empleados.

Los suyos me miraban con fascinación. Excepto su sobrina, que parecía sopesar si yo le gustaba o no.

—Éste es mi padre, Massimo, mi madre Yarelis, mi hermana Casandra y mi sobrina Lucía.

Les di dos besos a todos hasta llegar a la pequeña, que me miraba recelosa aún.

—Tito, ¿ésta es la chica que te tiene tan tonto últimamente?

Casandra le puso a su hermano cara de: «¡Hala, campeón, sal como puedas de ésta!».

—¿La que le gusta la astronomía como a ti? —volvió a preguntar la pequeña. A todos nos dio por reír.

—La gastronomía, Lucía, la gastronomía... —le contestó Oliver, dirigiéndose hacia su sobrina con cara de querer hacerle muchas cosquillas para vengarse de lo que había dicho.

Lucía gritó y echó a correr para que no la pillara.

Me quedé sola con su familia, pero no me sentí para nada incómoda. Eran todos encantadores y se notaba el gran amor que sentían por Oliver. Formaban una piña y se apoyaban muchísimo los unos en los otros. Llegué incluso a sentir envidia del buen rollo que se respiraba entre ellos, que no paraban de hacerse bromas.

Mi familia no era así ni por asomo. Mis padres estaban separados y para lo único que se hablaban era para ponerse verdes el uno al otro, y eso en el mejor de los casos, porque lo normal era que estuvieran siempre liados con juicios por el dichoso divorcio.

Cuando Oliver volvió con su sobrina en brazos, la niña seguía mirándome de manera reticente.

—Oliver, ¿por qué no traes a Tesa al cumpleaños de tu padre? —preguntó la madre, mirándome directamente a mí para ver qué decía yo, a pesar de que le había preguntado a su hijo.

—Mamá, no creo que Tesa quiera venir, no...

—Me encantaría —solté sin pensar—. Bueno, si a Lucía no le parece mal —añadí, mirando a la pequeña, que valoró muy positivamente que contara con su opinión y rápidamente contestó.

—Sí, que venga Tesa, que venga Tesa. Pero que sepas que tienes que traer un regalo para el abuelo.

Todos volvimos a reír a carcajadas.

—Vaya, has conseguido que te acepte en la familia —comentó Casandra asombrada—. Te puedo asegurar que eso suele ser misión imposible. No le gustan las mujeres, porque cree que acabarán robándole a su tito. Yo creo que tiene complejo de Edipo, pero como no tiene padre, lo proyecta en Oliver —terminó diciendo con una sonrisa.

—Eso es una tontería. Lo que pasa es que no quiere perder al mejor tío del mundo y lo sabes, Casandra, ¿verdad que sí, Lucía? —preguntó Oliver, mientras

comenzaba a hacerle cosquillas de nuevo a la pequeña.

Durante el resto de la noche, tanto él como yo, estuvimos hablando con mucha gente. Oliver haciendo de relaciones públicas para su negocio y yo intentando conocer a la mayoría de los famosos que habían hecho acto de presencia en la inauguración.

Pablo, por su parte, estuvo muy atento conmigo y yo, a pesar de saber sus intenciones, me dejé querer. Llamadlo armas de mujer, astucia o ser un poco hija de mi madre, pero no iba a desperdiciar una oportunidad así de buena para darle celos a Oliver y hacer que reaccionara.

En un momento de la noche en que ya habíamos cenado y se habían retirado las mesas para que la gente pudiera bailar, el *disc jockey* cambió totalmente el estilo de la música y empezó a poner salsa y sobre todo bachatas.

Pablo vino directo hacia mí y me sacó a bailar. Sabía que en cuanto Oliver me viera con él se iba a encender.

No me equivoqué.

A media canción se acercó a nosotros y me dijo que me necesitaba en su despacho ya mismo por un problema que había surgido.

Pablo sabía que eso era mentira. Yo también lo sabía. Sin embargo, dejé de bailar y lo seguí hasta allí.

Cuando entramos, cerró la puerta y se quedó parado unos segundos. Seguidamente, se acercó a la gran cristalera que daba al restaurante y echó las cortinas para que nadie nos viese, y menos Pablo, que se había quedado abajo muy contrariado, consciente del juego sucio que acababa de usar Oliver.

Carraspeó. Supongo que no le había dado tiempo siquiera a pensar qué decirme cuando me tuviera en su despacho.

Esperé con paciencia.

Me miró fijamente y me soltó que debería recordar que en mi contrato había ciertas normas que no podía obviar, entre las que se encontraba que no podía tener relaciones con nadie del trabajo.

—Tengo en mente esa cláusula a diario, Oliver —le contesté brusca.

—Bien, pues es aplicable a todo el personal. —Parecía fuera de sí.

—Lo sé. ¿Puedo bajar ya y continuar con lo que estaba haciendo? —le pregunté con toda la mala intención del mundo—. Que yo sepa, en el dichoso contrato no pone nada sobre bailar, tomar una copa o divertirte con un

compañero.

Eso lo hizo estallar.

—Maldita sea, Tesa... —dijo mientras venía hacia mí y me cogía la cara entre las manos.

Me atrajo hacia él con fuerza y me besó con tal ansia que casi me deja sin aliento.

Mi plan había funcionado.

Oliver estaba desatado y yo... yo me volvía a sentir deliciosamente perdida con sus besos y sus caricias.

Nos besamos con la vehemencia acumulada de un mes entero sin poder sentirnos el uno al otro.

Sus labios y su lengua recorrían mi boca entera acariciándola, saboreándola. Sus manos se paseaban por mi cuerpo acariciándolo y saboreándolo también.

Ambos nos necesitábamos.

Comenzó a desnudarme. Apartó todos los objetos que había encima de la mesa de su despacho y me sentó en ella. Me agarró las piernas y yo las subí, rodeándolo por las caderas. Tiró de mí hacia él y noté en mi sexo la dureza de su excitación. Comenzó a besarme el cuello mientras me pellizcaba los pezones por encima de la ropa.

Yo no podía parar de gemir. Él no podía parar de hacerme gemir.

Por suerte para nosotros, la música amortiguaba nuestra propia melodía del placer.

De repente fuimos conscientes de que alguien estaba llamando a la puerta.

—Joder... —masculló Oliver—. ¡Un momento!

Los dos nos recompusimos rápidamente y él abrió.

—Oliver, tenemos un problema en la entrada —dijo uno de los porteros que había contratado para que no se colara cualquiera en la inauguración.

—Está bien. Bajo contigo y me vas contando qué ha pasado por el camino.

Se volvió hacia mí y me miró fijamente y con esa mirada me lo dijo todo. Se había dejado llevar de nuevo, porque le era imposible controlarse, pero era algo que no debía volver a ocurrir.

La historia se repetía.

CAPÍTULO 35

Había pasado una semana desde la inauguración del restaurante y todo había vuelto a la normalidad.

Trabajaba diariamente ocho horas, pero la jornada laboral no se me hacía nada dura porque la cocina me encantaba. Además, el equipo al que pertenecía era genial. Nos llevábamos todos muy bien y Oliver no era un jefe al uso.

Nos trataba como a iguales, escuchaba lo que teníamos que decirle y valoraba siempre muy positivamente nuestras ideas. Eso no quería decir que no fuera el jefe. Lo era. Y todos lo respetábamos muchísimo. Pero había conseguido que se creara un vínculo entre el grupo que hacía que trabajar para él fuera muy fácil, a pesar de lo estricto que era para muchas cosas.

Una mañana me llamó a su despacho. Se me había olvidado por completo la invitación al cumpleaños de su padre y era esa misma tarde. Me dijo que me recogería a las ocho en mi casa y que ya se había encargado de poner a alguien en mi puesto para sustituirme en el restaurante.

Fue muy puntual, por lo que tuvo que esperar los cinco minutos de rigor que, según mi madre, una dama debe hacer esperar siempre a un hombre.

En realidad no lo hice esperar por esa absurda razón, lo que pasó fue que había olvidado comprar el regalo a su padre y lo único que se me ocurrió fue envolverle una botella de vino que me habían regalado a mí en un cumpleaños.

Cuando subí a su coche, me encantó la sensación. Era el mismo vehículo que unos meses atrás yo había destrozado, pero evidentemente ya no quedaba ni rastro del desastre. Era un deportivo cómodo, con unos acabados increíbles y muy elegante, pero no era eso lo que me hacía sentir bien dentro de él. Era la compañía, la situación y las circunstancias lo que hacía que no quisiera bajarme nunca.

Éramos Oliver y yo en un espacio muy reducido e íntimo, con una música muy agradable y una finalidad que me encantaba. Me llevaba a casa de su familia, en concreto al cumpleaños de su padre, como si fuéramos una pareja normal.

Además, estaba guapo a rabiar. Como siempre. Iba vestido totalmente *sport*. Parecía el modelo perfecto de un anuncio de colonia para hombres.

Cuando llegamos a casa de sus padres, no pareció a disgusto en ningún momento por tenerme allí con su familia, al contrario, diría que estaba disfrutando con la experiencia. Diría que esa noche tenía un brillo especial en los ojos por verme metida de lleno en su mundo y tan bien adaptada a él.

Para mí fue como si hubiera estado yendo a esa casa toda la vida. Me sentía absolutamente relajada, a gusto. Era una más.

Hasta Lucía, la sobrina de Oliver, quiso enseñarme la habitación que su madre y ella usaban cuando se quedaban a dormir en casa de los abuelos y todos los juguetes que tenía allí.

—Lucía, cariño, ¿por qué no ayudas a la abuela a poner la mesa? —Casandra estaba en la puerta de la habitación.

—Vaaale —dijo la niña resignada ante su petición—. Pero, Tesa, no te muevas de aquí que aún me quedan más juguetes que enseñarte.

Asentí sonriendo ante el repentino afecto que me había cogido la pequeña.

—Es una niña increíble —le dije a Casandra cuando Lucía ya no estaba.

—Sí que lo es y no es porque sea mi hija, pero es cierto que tiene una sensibilidad especial.

Casandra había entrado en la habitación y había entornado la puerta.

—Tesa... Yo quería comentarte algo que espero que no te moleste, pero es que si no te lo digo, siento que... —Se quedó callada.

—No te preocupes, dime lo que sea.

—Verás, es que creo que mi hermano se está comportando contigo como un verdadero imbécil y que tú mereces saber el porqué, si es que no lo has descubierto ya por ti misma.

No entendía de qué me estaba hablando y mi cara debió de reflejar mi perplejidad.

—A ver... ¿por dónde empiezo? —se preguntó a sí misma—. Mira, mi hermano siente por ti muchísimo más de lo que te imaginas. De hecho, está

completamente enamorado de ti, pero el muy idiota no sabe separar el trabajo de sus sentimientos y cuando te contrató hizo la mayor cagada de su vida, pero para él su carrera es tan importante que piensa que para todo el mundo también lo debería de ser.

Yo seguía sin entender muy bien adónde quería ir a parar.

—Lo que te quiero decir, es que mi hermano nunca romperá sus normas porque para él su trabajo está por encima de todo y no ve más allá y que, a pesar de lo mucho que te quiere y de que todos le decimos que se equivoca, es muy terco y nunca cederá a sus sentimientos si con eso pone en peligro su carrera profesional. No sé si me explico...

No me dio tiempo a decir nada, porque Casandra siguió hablando.

—La única que puede sacarle de su error eres tú, Tesa. Los demás hemos intentado hacérselo ver por activa y por pasiva, pero no nos escucha. —Entonces se le quebró la voz—. Mi exmarido también decidió que su trabajo era más importante para él que Lucía y yo y al final acabó destrozando nuestras vidas y la suya propia. —Se recompuso—. Pero confío en que mi hermano sea más inteligente. Sólo necesita que alguien se lo haga ver.

Iba a decir algo más cuando Oliver abrió la puerta de par en par.

—¿Qué se cuece aquí? ¡Qué miedo me dais las dos juntas! Seguro que no estáis tramando nada bueno.

—La cena está servida —se oyó la voz de Massimo al final del pasillo.

El resto de la velada la pasamos viendo fotos de Oliver y de Casandra de niños, escuchando anécdotas de sus vidas y riéndome con las bromas que sus padres y su hermana le gastaban a Oliver.

Cuando salí de aquella casa, me pareció que ya era una más de la familia. Tal como me habían tratado y como me habían hecho sentir decía mucho de lo que me apreciaban y eso que apenas me conocían. Pero supongo que todo lo que Oliver les había dicho de mí era más que suficiente para que me acogieran como una más.

Al dejarme en mi casa, Oliver se despidió pidiéndome que al día siguiente estuviera en el trabajo media hora antes de lo habitual, ya que, según él, tenía algo importante que decirnos a unos cuantos empleados.

Cuando me acosté, le estuve dando vueltas a las palabras de Casandra. Entendía perfectamente qué había querido decirme y sabía muy bien cómo era

Oliver, aunque nunca pensé que fuera tan testarudo en ese tema. Siempre tuve la esperanza de que acabara cediendo a sus sentimientos y que no pasara por encima de ellos. Pero en ese preciso instante, en ese mismo momento, fui consciente de que eso nunca sería así. Yo era totalmente secundaria en su vida y eso... eso nunca cambiaría.

A la mañana siguiente me sentía muy abatida. Me había pasado toda la noche soñando con un precipicio por el que caía repetidas veces, porque yo no variaba mi rumbo y siempre escogía el mismo camino una y otra vez, con lo que siempre volvía a precipitarme al vacío por el mismo sitio. Era como si, a pesar de saberlo, cometiera el error sin parar, sintiéndome cada vez más y más dolida por ser tan estúpida y seguir equivocándome, a pesar de saber las consecuencias.

¿De qué me sonaba eso?

Cuando llegué al restaurante, era algo más tarde de la hora a la que Oliver me había pedido que fuera y, cuando estaba a punto de entrar, vi que una de mis compañeras salía dando un portazo y mirándome como si quisiera matarme.

No entendía qué pasaba. La saludé, pero se largó sin siquiera contestarme.

Cuando entré todos parecían estar discutiendo acaloradamente, cosa que me pareció muy extraña. Sin embargo, al verme, todo el mundo se calló de golpe.

Oliver carraspeó.

—Tesa, llegas tarde —me dijo, alzando bastante la voz.

—Lo siento, he pasado muy mala noche y... —Me callé. Sabía que eso no era suficiente excusa para él—. Lo siento de veras. Mañana entraré una hora antes para compensarlo.

—Da igual. Quiero que subas a mi despacho ahora mismo —me espetó.

Lo seguí por la escalera y cuando entramos cerré la puerta.

Oliver estaba visiblemente contrariado, pero no era sólo por mi impuntualidad. Había algo más.

—Tesa, no te voy a tolerar ningún retraso. Éste es el primero y el último, ¿de acuerdo? —me dijo secamente.

—Puedes estar tranquilo. No volveré a llegar tarde.

Me di la vuelta para irme, porque, aunque Oliver me ponía hasta cuando estaba cabreado, no tenía ganas de aguantar más broncas de él.

—No he dicho que puedas irte. Aún no he terminado contigo.

Me paré en seco y me volví de nuevo esperando que hablara.

—La semana que viene se celebra la final del Bocuse d’Or. ¿Sabes de qué te hablo?

—Sí, claro. Es el concurso de chefs más importante que hay a nivel mundial —le contesté.

—Vale, pues quiero que estés en mi equipo.

—¿Qué? —Me llevé las manos a la boca por la sorpresa. Estaba atónita—. Ni siquiera sabía que te habías presentado.

—No he querido decírselo a nadie hasta última hora. He pasado a la final, pero ahora necesito llevarme a un equipo y quiero que tú estés en él.

Yo estaba todavía procesando la información, sin saber qué decir.

—Vendréis Pablo, tú y dos ayudantes de cocina. A los demás ya se lo he comunicado. Sólo faltabas tú por saberlo.

Ahora empezaba a entender por qué la compañera que había visto al llegar al restaurante me había mirado con tan mala cara. Yo era la última en llegar y sin embargo él me había escogido a mí para llevarme a un evento tan importante.

—Oliver, no puedo aceptar. No creo que sea justo para los compañeros que llevan aquí más tiempo trabajando contigo.

—Tesa, no se trata de ser justos. Se trata de que quiero ganar y para ello quiero conmigo al mejor equipo. Esto no es negociable. Te vendrás conmigo y punto. —Habla muy en serio—. Tenemos diez días para elaborar el menú con el que voy a competir y te quiero aquí, centrada únicamente en eso, ¿de acuerdo?

Mi sonrisa contestó por mí. A Oliver también se le iluminó la cara, los ojos le brillaban y su sonrisa de felicidad absoluta lo decía todo.

Los siguientes días fueron muy duros. Trabajamos alrededor de diez horas diarias, haciendo millones de elaboraciones diferentes, con millones de combinaciones de alimentos, cocciones, tiempos, etc. Fue una labor muy agotadora.

Acabábamos todas las noches exhaustos, pero felices por el proyecto en el que nos habíamos embarcado.

Oliver estaba exultante y, aunque se mostraba nervioso en muchas ocasiones, el buen humor que normalmente tenía hacía que el ambiente de trabajo fuera estupendo.

No sé si Pablo y él volvieron a hablar sobre mí, pero las cosas entre ellos, aunque ya no eran como antes, parecían haberse resuelto, al menos de cara a los

demás.

Mis amigas no hacían más que llamarme para quedar conmigo, pero iba siempre tan cansada que les daba largas. Les prometí que después del concurso haríamos una sesión de chicas de esas de manual, con fiesta de pijamas incluida.

Por fin llegó el gran día.

La final se celebraba en Lyon, Francia, y acabábamos de llegar al hotel que la organización había reservado para todos los asistentes al evento. Nos acomodamos en nuestras habitaciones y bajamos a cenar al restaurante.

—¿Estás nervioso? —le pregunté a Oliver, posando una mano sobre la suya que descansaba sobre la mesa en la que nos iban a servir la cena.

—Ahora ya no —me dijo con dulzura, mirando mi mano y sonriéndome afectuoso.

En ese momento llegó Pablo, y Oliver retiró rápidamente su mano de debajo de la mía. A Pablo no se le escapó el detalle, pero fingió no haberse dado cuenta.

Cuando terminamos de cenar y de repasar cómo debía ser la ejecución de las elaboraciones del día siguiente, subimos a descansar a nuestras respectivas habitaciones.

Pablo y yo estábamos en la misma planta, así que nos bajamos juntos del ascensor. Oliver soltó un bufido cuando vio que se cerraban las puertas y él se separaba de nosotros.

Pablo me quiso acompañar hasta la puerta de la habitación y yo no quise ser grosera con él, así que no se lo impedí. Una vez allí, me preguntó:

—Tesa... ¿entre Oliver y tú hay algo? Y no me digas que no porque no me lo creo. He visto cómo te mira y con qué celo te protege.

Puff, a ver qué le decía ahora si ni siquiera yo sabía lo que había entre ambos.

—Es complicado, Pablo.

No podía decirle mucho más, la verdad.

—Vale, sólo quiero saber una cosa más... —añadió, mirándome a los ojos—. ¿Tengo alguna oportunidad de poder estar contigo? Como pareja, digo.

Yo desvié la vista y no le contesté. Me dolía no hacerlo, pero no quería herirle. Y aunque tenía muy claro que probablemente mi relación con Oliver no llegara nunca a buen puerto, también sabía que con Pablo no podría tener nunca nada.

Antes que él siempre estaría Noel, con el que había llegado a tener muy buen *feeling*. De hecho, de no haber conocido a Oliver, estaba segura de que Noel y yo estaríamos juntos.

—Lo siento, Pablo —terminé diciéndole ante el silencio incomodo que se había instalado entre los dos.

—Vale, no te preocupes. Estas cosas son así —contestó él, intentando quitarle hierro al asunto—. Mañana nos vemos.

Y se fue sin más. Y yo lo agradecí.

Entré en la habitación y el teléfono comenzó a sonar.

—¿Sí? —pregunté.

—Hola.

Al principio no reconocí la voz.

—¿Oliver?

Carraspeó.

—Sólo quería saber si...

Se hizo un silencio en la línea.

—No será verdad, Oliver —pregunté aun sabiendo ya cuál era la respuesta—. No me puedo creer que me estés llamando para comprobar que estoy yo sola en la habitación.

—Joder, Tesa, no me hace ninguna gracia verte con él —se excusó.

Me puse hecha una furia.

—Esto es el colmo, Oliver, ni comes ni dejas comer —le grité.

Después colgué. Había dejado bastante claro lo que me parecía su actitud y el enfado que me provocaba.

CAPÍTULO 36

A la mañana siguiente en el desayuno, y antes de que Pablo se reuniera con nosotros, Oliver se disculpó conmigo.

—Siento lo de anoche, Tesa —dijo bajando la cabeza avergonzado.

—Ahora no es el momento, Oliver, aunque te agradezco las disculpas. Pero ya hablaremos de eso —le contesté tajante.

—Tesa, ahora te necesito más que nunca a mi lado. Por favor...

—Está bien —dije, rendida ante sus palabras. Le cogí la mano y se la apreté —. Estoy contigo, ¿vale? Hoy tienes que ganarles.

Por un instante nos miramos a los ojos y el mundo se paró de nuevo para nosotros. Mi mano acariciaba la suya mientras se formaba la burbuja a nuestro alrededor.

Nuestras bocas se acercaron peligrosamente, atraídas la una por la otra, pero Pablo entró en nuestro campo de visión y ambos nos separamos de inmediato.

Al llegar a la mesa, carraspeó, consciente de lo que acababa de interrumpir.

Una vez desayunamos, nos dirigimos al auditorium donde se celebraría la final.

Yo estaba muy nerviosa, sin embargo, tanto Pablo, como sobre todo Oliver, mantuvieron la calma en todo momento.

Al principio Pablo y yo pudimos ayudarlo con parte de las preparaciones que tenía que elaborar, pero en la recta final tuvo que quedarse él solo para terminarlo todo y poder emplatar las tres partes que conformaban el menú que iba a presentar.

Cuando la campana sonó, levantó las manos y sonrió satisfecho. Le había dado tiempo a acabarlo todo, así que le aplaudí entusiasmada.

La suerte estaba echada. Ya sólo faltaba conocer el veredicto final.

Nos pidieron que abandonáramos la sala mientras el jurado catiba los platos y deliberaba sobre ellos.

En cuanto vi a Oliver, corrí hacia él. Me recibió con los brazos abiertos y una sonrisa enorme.

—Lo has hecho genial, Oliver. Verte cocinar ahí arriba ha sido... —Me callé por prudencia, porque iba a decirle que había sido casi orgásmico—. Ha sido increíble.

—Gracias, Tesa, pero ahora falta ver si el jurado opina lo mismo que tú.

La espera fue horrible. Tardaron más de tres horas en ponerse de acuerdo todos los miembros del jurado.

Al cabo de ese tiempo, volvimos al auditorio para escuchar el veredicto.

—*And the winner is...* Oliver Sabattini.

Nos volvimos locos. Empecé a dar saltos y a abrazarlos a todos como si no hubiera un mañana. Oliver hizo lo mismo. Y Pablo. Estábamos todos eufóricos, pletóricos.

Cuando conseguí llegar a Oliver, después de que media Europa lo felicitara antes que yo, me paré delante de él y comencé a darle mi enhorabuena. No me dejó terminar. Me cogió en brazos y me besó en la boca delante de todo el mundo. Y cuando digo todo el mundo, lo digo de manera literal, porque el concurso se estaba retransmitiendo por las televisiones de casi todos los países del planeta.

En esos momentos me sentí exultante. No podía pedir más para ser completamente feliz.

Esa noche se celebraba una fiesta en honor del ganador, a la que todos asistiríamos.

Quedamos en vernos en el bar del hotel, pero cuando bajé sólo vi a Oliver, sentado a la barra tomando una copa.

De fondo, una orquesta amenizaba la velada con un jazz lento, suave, envolvente.

Él llevaba puesto un esmoquin que le sentaba de miedo. No podía estar más elegante. No podía estar más sexy.

Las mujeres del bar lo observaban descaradamente. No las culpaba. Yo también lo habría hecho.

Me dirigí hacia él y, a mitad de camino, cómo si me hubiera percibido, se

volvió y me miró de arriba abajo.

Me había comprado un vestido para la ocasión. Uno que, según Pau, me haría levantar muchas... vamos a decir pasiones, aunque ella no usó ese término exactamente.

Oliver se me comió con los ojos. Y yo no me quedé corta.

Me senté a su lado y le pedí un mojito al camarero. Oliver, como buen hijo de italiano que era, estaba tomando un Martini.

—¿Qué? —le pregunté, porque no paraba de mirarme.

—Esta noche estás espectacular, Tesa.

Me sonrojé.

Nos quedamos en silencio.

—Enhorabuena, Oliver —le dije, aprovechando que aún estábamos solos y podíamos hablar tranquilamente—. Te lo mereces de veras. Tu pasión por lo que haces es increíble y acabas de demostrarle al mundo entero que eres el mejor en lo tuyo.

«Aunque sea a costa de sacrificar otras cosas», pensé amargamente. Ojalá sintiera esa misma pasión por mí.

Él me miraba fijamente, mientras parecía pensar en lo que le había dicho, cuando llegó el resto del equipo.

Todos volvieron a felicitarlo y juntos nos dirigimos a la cena de gala en su honor.

Después, tuvo que dar un pequeño discurso de agradecimiento.

—Quiero darle las gracias a toda la gente que a lo largo de mi carrera ha creído en mí y me ha apoyado. También a mi familia, porque sin su empuje y su apoyo hoy no estaría aquí. Por supuesto, no puedo olvidarme del estupendo equipo que comparte conmigo la pasión por la cocina y que se deja la piel todos los días en mis dos restaurantes. Y por último quiero agradecerle a una persona muy especial que siempre esté ahí, a pesar de lo difícil que a veces es comprenderme.

Eso último lo dijo mirándome directamente a los ojos y casi me escurro de la silla.

Era la primera vez que me decía algo tan bonito delante de todo el mundo.

Cuando terminaron de hacerle entrega del trofeo al «Mejor chef del mundo», empezó el baile.

Michael Bublé sonaba cada dos por tres y casi todos decidieron irse a la discoteca del hotel a escuchar algo más marchoso. Sin embargo, Oliver me tendió una mano para sacarme a bailar. Le ofrecí la mía y me llevó hasta el centro de la pista.

Me agarró por la cintura con ambas manos y yo a él le rodeé el cuello con las mías. Se movía como pez en el agua.

Mi corazón tenía las revoluciones a tope. La mejilla de Oliver descansaba contra la mía, mientras *For Once in My Life*, de Michael Bublé, nos hacía mecernos al compás de la melodía.

A mitad de canción y con la burbuja como siempre a nuestro alrededor, Oliver se separó y me miró dulcemente. Pero no tardó en volver a mí. Esta vez con un beso que me dejó sin aliento. Había tanta pasión en él, tanto frenesí, que temí que me fallaran las piernas por el mareo que me produjo. Ambos habíamos bebido probablemente más de la cuenta.

Nos separamos casi jadeando y él me cogió de la mano para llevarme hasta los ascensores que daban acceso a las habitaciones. Una vez dentro de uno de ellos, pulsó el botón del piso de su habitación y en cuanto se cerraron las puertas se abalanzó sobre mí, empotrándome contra el fondo del ascensor.

Comenzó a besarme, a acariciarme, a hacerme respirar con dificultad debido a su proximidad y a la pasión que despertaba en mí. Me levantó con sus fuertes brazos y yo le rodeé con las piernas, anclándolas en su cintura.

Pegada a la pared del ascensor como me tenía, seguía embistiéndome y sus manos se dedicaban a pasearse por todo mi cuerpo.

Un timbre nos anunció que habíamos llegado a su planta y, sin soltarme y sin dejar de besarme, fuimos hasta su puerta, buscó la tarjeta y abrió como pudo. Una vez entramos, cerramos de una patada y, sin soltarme aún, me llevó hasta su cama, donde me dejó suavemente.

Se incorporó y me miró mientras se quitaba la americana y se desabrochaba la pajarita y la camisa.

Ante mis ojos aparecieron sus abdominales tan perfectos.

Se desabrochó los gemelos y se subió encima de mí a horcajadas. Volvió a besarme con ansia, con libidinosidad, con aquella sensualidad y aquella furia que lo caracterizaban.

Dejó de hacerlo para separarse de mí y contemplarme, pero mis manos

volaron a su pelo y lo atraje de nuevo hasta mi boca. Si no me besaba era como si me faltara algo. Me faltaba su aliento, me faltaba su esencia, me faltaba él.

Soltó lentamente los lazos delanteros que unían la mitad derecha de mi vestido con la mitad izquierda, rozándome en lugares que me hacían vibrar con cada caricia suya.

Entonces dejó de besarme y sus labios comenzaron a recorrerme dulcemente. Sentía su cálido aliento por debajo del encaje del sujetador. Notaba sus carnosos labios mordisquear la tela transparente y, con ella, mis duros pechos.

Mis gemidos inundaban la habitación. El placer que aquel hombre me proporcionaba no se parecía a nada que hubiera conocido anteriormente. Para él yo era un deleite y lo demostraba volviéndome loca con sus besos, sus caricias, sus juegos. Disfrutaba viéndome perder la cabeza por él.

Sus manos se paseaban juguetonas por todo mi cuerpo, provocándome sensaciones de todo tipo.

Con la seguridad y la confianza que tenía en sí mismo, hacía alarde de la habilidad que demostraba a la hora de amar a una mujer. Me tenía por completo a su merced. Podía hacer conmigo lo que quisiera. Lo estaba deseando.

Terminó de desnudarse y ante mí apareció toda su fuerza. La fusta con la que realizaría las embestidas más apasionadas que yo nunca hubiera recibido.

Me desnudó también a mí y, agarrándome de ambas piernas y con un fuerte tirón, acercó mi jugoso sexo a su ardiente boca. El simple hecho de que exhalara su cálido aliento sobre él, hizo que me estremeciera.

Luego siguió jugando conmigo, con mis sensaciones. Me proporcionó tanto placer que creía que me iba a desmayar antes de llegar al clímax. Pero cuando pensaba que iba a estallar en mil pedazos, paró. Me miró con cara de niño travieso y se colocó encima de mí. Se volvió a tumbar sobre mí y con un giro inesperado me subió sobre él, haciendo que nuestros cuerpos encajaran de una manera absolutamente perfecta.

No pude evitar gemir tan fuerte que retumbó en toda la habitación.

—Joder, Tesa... eres mi perdición... Me encanta estar dentro de ti. Ahhhh... —gimió él también—. Me vuelves completamente loco.

—Oliver... —atiné a decir yo.

Tenía la boca seca de tanto gemir.

Sus embestidas empezaron a ser más fuertes y se ayudaba de mis caderas

para hacerme subir y luego dejarme caer resbalando por su magnífica erección de una manera demencial.

Nos volvimos a girar de manera que esta vez Oliver quedó sobre mí. Sujetaba mis manos por encima de mi cabeza, con las suyas entrelazadas a las mías. Me miraba fijamente mientras seguía embistiéndome: a veces, lento, suave, delicado; otras, rápido, duro, llevado por la lujuria de llegar al fondo de mi sexo.

—Me vuelve loco hacerte el amor, Tesa —me susurró mientras me besaba apasionadamente y nos dejábamos llevar por el orgasmo más devastador que ambos habíamos sentido en nuestra vida.

Cuando me desperté por la mañana, me encontraba en el cielo, a pesar de la resaca que tenía. Estaba en una nube. En mi nube de algodón particular.

Oliver era capaz de transportarme a lugares desconocidos para mí. Su pasión a la hora de hacerme el amor era bestial, pero a la vez también era una pasión dulce, tierna. Compaginaba a la perfección la brutalidad del mejor sexo de mi vida con el absoluto deleite de las caricias más delicadas. Era cariñoso, tierno, cálido, pero también pasional, ardiente, vehemente.

Se había levantado ya. Oía el sonido del agua caer en la ducha.

Cuando salió del baño, le dediqué mi mejor sonrisa. Sin embargo él estaba serio, pensativo. Eso me puso en alerta.

—¿Pasa algo, Oliver?

Quizá hubiera surgido algún contratiempo en el restaurante o había pasado algo en su familia, o quizá simplemente la resaca que él debía de tener también le había afectado al buen humor.

Me equivocaba de lleno.

Su preocupación no venía dada por ninguna de esas cosas. El motivo de que tuviera esa cara era yo.

—Tesa... lo que pasó anoche... fue sólo fruto del alcohol y de la exaltación del momento. No...

Lo corté gritando fuera de mí:

—¡Ni se te ocurra decir que lo que pasó anoche fue culpa del alcohol y que tú no lo deseabas tanto como yo!

—Tesa...

—No, Oliver. Ya estoy cansada de esto. No me digas que no hiciste lo que

tanto deseabas. No te atrevas a decirme que tus caricias y cómo me mirabas no tenían nada que ver contigo y tus sentimientos. No te atrevas, Oliver, porque si lo haces, cruzarás una puerta que se cerrará para siempre. Te lo advierto —concluí furiosa.

No fue capaz de mirarme a los ojos.

—Yo... simplemente me dejé llevar por la euforia del premio y por el alcohol. Ya sabes lo que pienso sobre estas cosas.

—¿Y sabes lo que opino yo? —Mi tono era muy agrio—. Antes creía que eras idiota por poner tu trabajo por encima de mí, por encima de todas las cosas... —Él seguía sin mirarme a los ojos—. Ahora pienso que eres un completo imbécil por anteponerlo a tus propios sentimientos. No sólo no te importan los míos, sino que ni siquiera tienes en cuenta los tuyos.

—¡Me ha costado mucho llegar donde estoy como para tirarlo todo por la borda! —gritó a su vez, ofuscado.

—¿Eso es lo que soy yo para ti, Oliver? —Esperé una respuesta—. ¿Soy lo que hará que tires por la borda tu carrera?

No me contestaba. Sólo apretaba los puños con impotencia mientras miraba perdido al suelo.

Me vestí en silencio, cogí mis cosas y me fui de allí.

Nunca en mi vida me había sentido tan mal.

Nunca en mi vida me habían hecho sentir tan mal.

CAPÍTULO 37

La noche de la inauguración y, sobre todo, la noche en que Oliver ganó el premio de «Mejor cocinero del mundo», me dejaron bastante claro lo que tenía que hacer. Por eso, a lo largo de los días que siguieron a nuestra estancia en Lyon, me decidí.

Ya no podía seguir con aquella situación, con Oliver que se había vuelto a mostrar frío y distante conmigo a pesar de sus sentimientos hacia mí. Así que con mi decisión tomada en firme, le pedí que quedáramos en alguna cafetería para poder hablar tranquilamente.

Al principio fue reacio a que nos viéramos fuera del trabajo, pero al final accedió a mi petición.

Cuando llegué, él ya se encontraba allí. Se le veía tenso y expectante ante lo que le pudiera decir.

—Oliver... —Carraspeé—. Ya no aguanto más esto, así que he tomado una decisión.

—Tú dirás, Tesa —me dijo con inseguridad y temiéndose lo peor.

—Me voy del restaurante.

Un terrible silencio campó a sus anchas entre nosotros hasta que decidí continuar con lo que le tenía que decir.

—La situación me supera y me está haciendo mucho daño. Por eso he tenido que tomar una determinación. Entiende que no me has dejado otra alternativa.

Oliver seguía sin pronunciar palabra.

—Por fin he comprendido que tu profesión siempre estará por encima de mí. Ésa es tu elección y la tengo que respetar... aunque me parta el corazón. —Apenas podía seguir hablando con el nudo en la garganta que tenía—. Pero yo necesito en mi vida a una persona que me ponga a mí por delante de todo lo

demás. No soporto no poder estar contigo y me merezco a alguien que me haga feliz y que yo sea para él su prioridad. Necesito ser la primera opción de alguien, Oliver.

—No puedes irte, Tesa.

Se había puesto furioso.

—¿Es que no me has oído? —Yo también estaba furiosa y alcé la voz—. Ya no se trata de lo que pueda o no pueda hacer. Me voy.

—Has firmado un contrato.

—En el que dice que tengo que trabajar para ti durante un mínimo de un año. Pero en ningún sitio pone que tenga que ser en el restaurante de Valencia, así que ya lo he organizado todo. Marisa, la que ocupa mi puesto en el restaurante de Barcelona, quiere cambiar de aires y venirse a Valencia, y yo me voy a ir a Barcelona a ocupar su puesto allí. Me he buscado también alojamiento. Compartiré piso con Lara.

Él no decía nada. Simplemente me miraba como si estuviera ido.

—Esta tarde salgo para allá y mañana me incorporaré al equipo para no perder ningún día de trabajo.

Oliver estaba colapsado ante mi decisión y mi inminente partida.

—Tesa, no lo hagas —me suplicó totalmente abatido.

—Lo siento —le respondí con el corazón hecho añicos, pero mostrándome impasible—. Si no tienes nada más que decirme, me voy ya.

Y me fui. Porque Oliver no dijo nada más y me dejó marchar.

Mientras viajaba en mi tren con destino a Barcelona, quise hablar con Casandra, la hermana de Oliver, y explicarle por qué había tomado esa decisión.

—Te entiendo perfectamente, Tesa. Nunca te reprocharía la elección que has hecho. Yo mejor que nadie puedo entenderlo. Sólo espero que mi hermano sea consciente de la estupidez que está cometiendo y haga algo por evitarlo.

—Casandra, ya es tarde para que Oliver dé marcha atrás. El daño que me ha hecho ya es irreparable.

—Lo siento, Tesa, lo siento de veras. Me hubiera gustado conocerte mejor.

Se me hizo un nudo en la garganta y como pude me despedí de ella entre lágrimas.

Poco a poco me fui estableciendo en Barcelona. El equipo del restaurante me acogió bien y me adapté enseguida.

Además, Lara intentó ser una buena anfitriona enseñándome la ciudad y haciendo que mis primeros días allí fueran medianamente llevaderos, a pesar de lo mal que me sentía y de lo destrozado que tenía el corazón.

Por las noches lloraba sin parar y por el día era más bien una zombi que deambulaba de acá para allá bajo las órdenes de mi nuevo jefe de cocina, que aunque intentaba que me relacionase con los demás por el bien de todos, era obvio que no lo conseguía.

No es que yo hubiera sido nunca una persona extremadamente sociable, pero tampoco había sido la chica huraña en la que me había convertido. Mis compañeros me animaban a que saliera con ellos después del trabajo a tomar una copa, pero yo siempre les ponía alguna excusa y me arrastraba hasta la habitación del piso de Lara, donde pasaba las noches preguntándome por qué mi vida había cambiado tanto, por qué me encontraba allí tan sola y, sobre todo, si merecía la pena todo lo que había vivido a cambio de lo que había perdido.

Nunca obtenía respuestas a todas esas preguntas. Simplemente seguía llorando hasta caer exhausta y me dormía. Así noche tras noche y día tras día.

—Tesa, no puedes seguir así.

Lara me repetía esa frase cada mañana mientras desayunábamos.

—Lo sé —le contestaba yo, siempre sabiendo que tenía razón y haciéndome el firme propósito de tratar de animarme.

Pero nunca lo conseguía. Por más que lo intentara, los recuerdos y los sentimientos no me lo permitían.

Otro día también desayunando, ya que era el único momento en que Lara y yo nos veíamos debido a nuestros horarios de trabajo, me propuso hacer con ella una pequeña escapada a una casa rural con todos sus amigos. Por supuesto, me negué. No quería aguarles la fiesta y sabía que si iba, eso ocurriría sí o sí.

Pero no tuve alternativa.

Lara pidió en mi trabajo, sin yo saberlo, unos días de vacaciones que me debían, me hizo la maleta y me robó las llaves de su casa, así que cuando llegué de trabajar y me la encontré en la puerta con mis cosas y sin yo poder entrar en el piso, no me quedó otra que aceptar su invitación.

Ya había conocido a sus amigos entre otras ocasiones, en la fiesta de bienvenida que me había preparado Lara el día que llegué a Barcelona huyendo de mis lastimados sentimientos. Sentimientos que, por otra parte y a pesar de que

había transcurrido casi un mes, seguían adheridos a mi piel como el primer día, tapando todos mis poros y no dejándome respirar.

La casa estaba en la montaña, en un paisaje idílico que invitaba a descansar, a pasear, a reflexionar. Algo que a mí no me convenía en absoluto. Sin embargo, la paz que se respiraba me hizo sentirme tranquila, algo que no me ocurría desde hacía mucho tiempo.

Estuvimos allí tres días. Tres largos días con sus largas noches, en las que todos disfrutaron al máximo y en las que yo lloraba amargamente. No podía evitarlo.

Lara sabía que no había funcionado. Que aunque yo lo había intentado, no podía huir de la desazón que me provocaba pensar que Oliver estaba en otra parte, haciendo su vida sin mí y no sintiendo el más mínimo remordimiento por la decisión que había tomado. Su pasión era la cocina y no quería nada en su vida que lo pudiera apartar lo más mínimo de ella.

Mi razón entendía eso con claridad meridiana, sin embargo, mi corazón no era capaz de procesar esa dañina información y seguía quedándose noqueado.

Los días siguieron pasando y con ellos mi insulsa y anodina vida. Si la que tenía anteriormente era odiosa, la de ahora no se la desearía ni a mi mayor enemigo.

Si para mí los lunes eran antes el peor día de la semana, ahora lo eran todos los días. Porque en todos tenía que levantarme, desayunar, ducharme, vestirme, ir a trabajar, comer, hablar con la gente, cocinar en el restaurante de Oliver sus platos, cenar y volver a casa sola, sin nadie que me abrazara y me dijera lo importante que era para él. Absolutamente todo me parecía una terrible losa que tenía que arrastrar cuesta arriba.

Sólo había una persona que me sacaba alguna sonrisa de vez en cuando y que me hacía evadirme por unos minutos de mi pena. Ése era Noel.

—Tienes que dejar que vaya a verte. No soporto tenerte tan lejos, Culo Bonito —me decía una y otra vez.

—Noel, sabes que necesito más tiempo. Te agradezco que estés siempre ahí, pero ahora mismo no puedo ofrecerte lo que me pides.

—¿Hasta cuándo, Tesa? —me preguntó amargamente—. ¿Hasta cuándo vas a dejar que ese tío te siga destrozando la vida?

Nunca le respondía a esa pregunta, porque no sabía la respuesta.

Simplemente esperaba que algún día dejase de ocurrir y mi vida volviera a tener algún sentido.

Mis amigas también estuvieron ahí para mí, pero la distancia lo hacía más complicado todo. No tenerlas al lado y poder abrazarme a ellas me estaba pasando factura. Tampoco tenía a mi familia. Mi padre y mi hermana me llamaban de vez en cuando e intentaban infundirme ánimo, pero en cuanto colgaba el teléfono mi mundo se derrumbaba de nuevo y todo volvía a ser oscuro, denso, sin salida.

Mi madre también me llamaba casi a diario, pero la mayoría de las veces no se lo cogía. Escuchar que había tirado toda mi vida por la borda no me ayudaba en nada. Que me repitiera una y otra vez todo lo que había perdido, tampoco. Ella no se daba cuenta de que con su actitud lo único que conseguía era que yo me hundiera más. Por eso no se lo tenía en cuenta, porque sabía que lo que intentaba era que me animara y recuperara mi vida. Pero ella no entendía que eso ya era imposible. Mi vida ahora mismo no me llevaba a ningún sitio, cierto, pero la que tenía antes tampoco me hubiera hecho feliz, así que me encontraba en un punto muerto al que no le veía fácil salida. Ni para atrás, ni para adelante.

Una mañana me desperté con la noticia de que Oliver vendría al restaurante y nos pedían a todos que fuésemos a trabajar una hora antes para que todo estuviera listo para cuando él llegara.

Eso sí que no me lo esperaba. Mi mundo se terminó de derrumbar por completo. Sabía que no sería capaz de soportar algo así y, si había puesto tierra de por medio, esperaba que él al menos respetara eso.

Pero claro, se me olvidaba que era su restaurante y que demasiado había tardado en ir. No podía seguir eludiendo sus responsabilidades, así que era lógico que tarde o temprano apareciera por allí. Simplemente, mi mente había bloqueado esa posibilidad por ser demasiado dura para mí.

Pensé en mil excusas para no ir a trabajar, pero Lara me lo explicó muy clarito.

—No puedes quedarte escondida para siempre, Tesa. Eso no es vida. Ésa no es la manera de afrontar los problemas.

—Joder, Lara, es muy fácil hablar desde fuera.

—Lo que no es fácil es ver cómo te estás destrozando la vida. No es fácil ver día tras día al fantasma en que te has convertido, deambulando sin rumbo. No es

fácil ver cómo estás cayendo cada vez más hondo. Tesa, tienes que reaccionar, tienes que hacerlo ya. Tienes que hacer frente a lo que te tiene así y sobreponerte a ello. Es tu oportunidad.

No me cabía en la cabeza que Lara pudiera ser tan dura conmigo. Sus palabras se me clavaban directamente en el corazón. No entendía que su actitud fuera tan poco comprensiva y amable.

Fui a trabajar. No sé si llevada porque no tenía otro sitio a donde ir, por las palabras de Lara o por la necesidad inevitable de ver a Oliver.

Cuando llegué, todo el mundo corría de un lado para otro, estresados para que estuviera todo a punto cuando él llegara. Yo hice simplemente lo que se esperaba de mí. Sin más.

A la hora exacta de llegar yo, Oliver entró por la puerta del restaurante y nos saludó a todos de manera general. Revisó toda la cocina, las elaboraciones y luego se fue a su despacho a hablar con su segundo.

No me miró, no me habló, no demostró nada de interés hacia mí. Me sentí morir. Si aún albergaba un mínimo de esperanza, ésta se había ido por el fregadero, junto con la porquería de los platos sucios.

Definitivamente, todo estaba muerto entre nosotros. Definitivamente, lo comprendí.

CAPÍTULO 38

No volví a ver a Oliver salvo en la televisión. Constantemente salía en programas de cocina, pero también en los de corazón. Cada vez estaba adquiriendo más fama y acudía a más eventos. Cada vez se le veía con más mujeres y se le atribuían más relaciones.

La sucesión de noticias sobre él hizo que dejara de ver la televisión por completo. Me destrozaba saber que había continuado con su vida como si nada, mientras yo seguía sumida en el pozo más profundo.

Lara ya había dejado de hablarme claramente. Ya no trataba de animarme; sabía que era inútil y que cada vez que lo intentaba, la brecha entre ella y yo se hacía más grande, así que me había dejado por imposible.

Yo también me dejé por imposible. Luchar contra la corriente ya no entraba dentro de mis planes. Simplemente, había decidido dejarme llevar. Sin más.

Y eso hacía. Los días se sucedían. Me levantaba, trabajaba, me alimentaba mínimamente y dormía. Ya casi no lloraba, ya casi no me quedaban lágrimas que derramar.

Mi padre vino a visitarme. Mi hermana también. A mi madre le pedí por favor que no lo hiciera. La quería, pero sus palabras me hacían más mal que bien, aunque ésa no fuera su intención.

Las chicas también vinieron, aunque les dije que no lo hicieran. Pero ellas obviaron mi petición e hicieron lo que creyeron más oportuno.

Se presentaron un viernes por la noche en la puerta del restaurante con ropa para que me cambiara y con la intención de salir de marcha por Barcelona. Lara también estaba.

No me pude negar. Entre todas me vistieron, me maquillaron y me soltaron la coleta. No tuve escapatoria.

Las seguí como una autómatas e hice lo que se suponía que tenía que hacer en cada momento. Intenté comportarme como una más, aunque por dentro estuviera vacía. Di todo lo que se esperaba de mí.

Sin embargo, Men me conocía mucho, más de lo que yo imaginaba, y sabía perfectamente el esfuerzo que yo estaba haciendo para mantener aquella fachada que no mostraba cómo me encontraba realmente.

—No sé cómo decirte esto, Tesa. No sé cómo hacerlo para que me escuches y no te enfades. Pero he de hacerlo. He de decirte un par de cosas y hablo en nombre de todas. También de Lara, que cada día siente que te pierde un poco más y está muy preocupada por ti.

Ya sabía lo que me iba a decir. Era obvio. Pero la dejé.

La dejé porque sabía que me diría la verdad sobre todo, pero también que lo haría con todo el cariño del mundo y con toda la intención de hacerme reaccionar.

Y lo hice. Reaccioné.

No inmediatamente. Pero sí poco a poco.

Cada día lo intentaba un poquito más. Conseguí dejar de llorar, lo que no era poca cosa. Seguía sin ánimos para mucho más, pero al menos mi vida comenzaba a ser otra cosa que un devenir sin sentido.

Me volqué en mi trabajo y eso me ayudó mucho. Mantenía la cabeza todo el día ocupada con ideas de platos nuevos que me rondaban y me iba antes al trabajo para ponerlas en práctica.

Mi jefe estaba cada día más encantado con la labor que yo estaba haciendo. Él no podía decir nada respecto a las ideas que se me iban ocurriendo, porque era Oliver el que en última instancia decidiría si se hacía algo con ellas, pero al menos veía una actitud en mí más positiva, lo que revertía directamente en la productividad general de todo el equipo.

La realidad es que dejé de pasar por la vida sin más para centrarme en lo único que me reconfortaba. Por algo lo había dejado todo por la cocina. Mi tiempo y mis pensamientos los ocupaba con el trabajo y cada día que pasaba éste ayudaba a que mi mente se tranquilizara. Aunque no olvidara.

Los sentimientos seguían estando allí. El vacío sólo lo llenaba con los platos que creaba, pero eso ya era suficiente para mí. Al menos ya era capaz de sobrevivir.

Algo era algo.

Noel seguía llamándome y demostrándome que, a pesar del tiempo y de la distancia, continuaba estando ahí, como había hecho siempre. Pero yo estaba más cerrada aún si cabe a él. Me veía incapaz de iniciar cualquier tipo de relación con nadie. Él sólo me pedía tiempo, pero ni eso era capaz de darle. Estaba tan vencida que me era imposible, al menos de momento.

Un día mi jefe me llamó al despacho del restaurante. Él lo ocupaba cuando Oliver no estaba. Quería hablar conmigo y yo me temí lo peor. Quizá no estaba lo bastante contento con mi trabajo y quería que me volviera a Valencia.

No sabía qué pensar y me puse muy nerviosa. Si era así, todo mi mundo se derrumbaría. Lo poco que había alcanzado en esos últimos días se iría por la borda.

Había conseguido serenar un poco mi vida, templar mis sentimientos lo suficiente como para poder ser persona y funcionar bajo unos mínimos.

Tener que volver a Valencia era un revés con el que no contaba.

Pero no debía adelantar acontecimientos.

Respiré hondo, llamé a la puerta y entré sin esperar respuesta.

Él hablaba por teléfono con alguien y me hizo un gesto para que me sentara.

—Sé que vas muy liado, pero cualquiera diría que me estás poniendo una excusa para no venir. No podemos dejar escapar todas las buenas ideas que estás teniendo. Son realmente geniales y las tienes que probar, Oliver. —Me hizo un gesto para que esperara allí sentada—. Terminó enseguida —me susurró—. Sí, ya está aquí... De acuerdo... Hablamos.

Mi cabeza daba mil vueltas intentando relacionar lo que acababa de oír conmigo.

¿Estaban hablando de mí?

—Hola, Tesa. Estaba hablando con Oliver. Desde que llegaste se ha interesado muy a menudo por cómo te iba, pero hasta ahora no he podido decirle mucho. Sin embargo, esta mañana he sido yo el que lo he llamado, porque creo que tu trabajo de estos últimos días es... bueno, sinceramente creo que es brutal. De repente es como si hubieras decidido sacar todo tu potencial a flote y estoy absolutamente alucinado con las ideas que estás teniendo, así que he llamado a Oliver porque creo que debe saberlo y que debería venir y verlo con sus propios ojos. No podemos dejar escapar todo lo que estás desarrollando y así se lo he

hecho saber.

Uff... Los pensamientos se sucedían unos tras otros en mi cabeza.

Hablaban de mí. Hablaban de lo bien que estaba haciendo últimamente mi trabajo y Oliver le ponía excusas para venir a verlo.

Eso me dolía mucho. Ya no es que no quisiera saber nada de mí como persona, ni siquiera tenía el más mínimo interés por mí como empleada suya.

—¿No dices nada?

¿Qué iba a decir? ¿Que me sentía herida, furiosa, que si no fuera por el maldito contrato hubiera salido por esa puerta en ese mismo instante para no volver jamás!?

Negué con la cabeza ante la imposibilidad de articular palabra.

—Bueno, tranquila. He conseguido convencerlo y vendrá la semana próxima. A pesar de lo liado que va, me ha dicho que intentará hacerte un hueco.

¡Dios, hubiera gritado como una loca, me hubiera puesto a lanzar objetos contra la pared como si la vida me fuera en ello! No quería su condescendencia, no quería su tiempo. Ni siquiera quería su presencia.

La semana pasó muy deprisa. Mi exasperación aumentaba conforme pasaban los días y se acercaba el momento en que Oliver tenía que venir.

Esa mañana me desperté antes de tiempo. Mi reloj biológico decidió que ya había dormido lo suficiente y, aunque yo intenté descansar algo más, mi mente no me dejó.

Le di mil vueltas a cómo sería volver a ver Oliver, a cómo reaccionaría él al verme... ¿Se mostraría impasible, como la última vez?

¿Y yo... cómo reaccionaría yo?

Un maremágnum de pensamientos llenaba mi cabeza mientras me dirigía al trabajo. Iba mucho más nerviosa que de costumbre.

Cuando llegué, Oliver ya estaba allí, pero en su despacho.

Eso me alteró aún más.

Mi jefe me pidió que realizara las tres recetas que últimamente había estado desarrollando, para mostrárselas a Oliver cuando estuvieran listas.

Cuando lo hice, lo avisaron y vino inmediatamente.

Cómo explicar la sensación que tuve al verle.

Toda la rabia acumulada se me fue en cuanto vi lo cambiado que estaba. No era ni la sombra del hombre que yo había conocido. Ya había observado parte de

ese cambio cuando le veía en televisión, pero al verlo así, tan de cerca, fue más impresionante.

Estaba mucho más delgado y pálido, pero sobre todo, lo que más me llamó la atención fue que ya no desprendía aquella aura de seguridad que tanto lo caracterizaba.

Parecía cansado.

Vino directo a mi puesto y con un casi inaudible saludo comenzó a probar los platos.

Probó varias veces de cada uno. Saboreó, paladeó y casi diría que se deleitó con uno en concreto.

—Tesa, este plato es uno de los mejores que he probado en mi vida —me dijo, al tiempo que levantaba su mirada hacia mí.

Fue un solo segundo, un único pero esclarecedor instante.

Luego se dio la vuelta y desapareció tras la puerta de su despacho.

Al día siguiente supe que había ordenado que uno de mis platos se incluyera en la carta del restaurante tal cual lo había desarrollado yo, sin ninguna corrección por su parte. Además, había pedido que constara en el menú que esa elaboración era una creación exclusivamente mía.

Eso en realidad no me animó demasiado. Más bien no lo hizo nada.

Por supuesto, el equipo entero se volcó conmigo y, en contra de lo que podría pensarse, se alegraron de verdad por mí.

Pero eso no me llenaba, como nada lo hacía ya últimamente. Algo tan grande, como que uno de los mejores cocineros del mundo valorase unos de mis platos hasta el punto de incluirlo en la carta de uno de sus restaurantes debería ser el mayor motivo de orgullo para un cocinero que está aprendiendo, como era mi caso. Sin embargo, no era satisfacción lo que yo sentía.

Volvía a sentir el vacío que tiempo atrás me había llevado hasta Barcelona.

En el instante en que la mirada de Oliver y la mía se cruzaron en el restaurante, fui de nuevo consciente de la lucha interna que él libraba. Pero a continuación, su marcha me volvió a revelar la verdadera realidad y volví a darme de bruces contra mi mayor pesadilla.

Nada había cambiado.

¿Cuántas veces tendría que tropezar con la misma piedra para comprenderlo?

CAPÍTULO 39

La vida continuó y yo retomé mi rutina diaria. De casa al trabajo y del trabajo a casa.

No me quedaba otra y mi única vía de escape era la cocina. En ella cada vez me sentía más plena. Las carencias afectivas las sustituía por las satisfacciones personales de saber que mi trabajo, al menos, estaba siendo reconocido.

Al cabo de casi dos meses de estar en Barcelona, recibí dos mensajes en el móvil que no me dejaron para nada impasible.

Uno de ellos era de Noel.

Había decidido venir a Barcelona a pasar el fin de semana conmigo. Después de tanto tiempo siendo tan paciente, me había demostrado lo importante que yo era para él y ahí me había tocado mi punto débil. Ése era mi talón de Aquiles y él supo aprovecharlo muy bien, así que decidí que ese fin de semana fuera el comienzo de algo más que una amistad, siempre y cuando yo fuera capaz.

Porque, en realidad, ¿a quién quería engañar? Oliver seguía ocupando mi corazón, aunque ya casi hubiera conseguido sacarlo a la fuerza de mi mente.

Pero si bien era cierto que me iba a resultar muy complicado olvidarme de él, también lo era que algún día tendría que empezar a rehacer mi vida.

El otro mensaje que había recibido era de uno de los abogados de Oliver que me citaba esa misma tarde en su despacho.

Cuando llegué, lo hice hecha un manojo de nervios, porque no sabía qué me iba a encontrar allí. No quería volver a ver a Oliver y esperaba que él no estuviera.

Tuve suerte. Cuando me hicieron pasar al enorme despacho, únicamente estaba el abogado, que me saludó fríamente y me pidió que me sentara.

—Buenas tardes, señorita Rivas. La hemos citado aquí porque el señor

Sabattini así nos lo ha pedido. Quiere que usted lea y firme este documento, que la liberará de la cláusula que existe en su actual contrato, por la que está obligada a trabajar para él durante al menos un año.

No sabía qué podía esperar de la reunión, pero eso me había dejado descolocada. Por lo visto, Oliver quería desvincularse totalmente de mí y que yo pudiera irme a trabajar a cualquier otro sitio que no fuera su restaurante.

—¿Dónde hay que firmar? —le pregunté al abogado, con los ojos anegados en lágrimas.

—Señorita, debería usted leer primero lo que firma —me dijo él en respuesta.

—Si esto es lo que Oliver quiere, no hace falta que lea nada. ¿Dónde hay que firmar?

El abogado soltó un bufido y masculló algo.

—Aquí y aquí —dijo después.

Lo firmé y quise largarme de allí cuanto antes, porque me faltaba el aire, porque me ahogaba, porque me quemaba.

—Me temo que no se puede ir aún, señorita Rivas —me dijo el hombre, cuando vio que me disponía a marcharme—. Le he dicho que leyera bien lo que iba a firmar, pero usted no lo ha hecho, así que ahora tendrá que esperar a que venga otra persona que será la que le explique qué es lo que acaba de suscribir. Espere aquí por favor.

Pero ¿¿qué coño estaba pasando?!

Empecé a leer por encima los papeles que acababa de firmar para encontrar la clave de lo que ocurría, pero no entendía nada de lo que había escrito en el documento.

Alguien abrió la puerta del despacho, entró y se sentó donde, hasta hacía un momento, había estado sentado el abogado. Levanté la cabeza y...

Oliver estaba allí.

—Hola —me dijo con cautela.

—Hola —le contesté por inercia.

Hubo un breve silencio hasta que estallé.

—¿A qué estás jugando, Oliver? ¿Qué es lo que acabo de firmar?

—Tesa, necesito que te tranquilices y que confíes en mí. Sé que te estoy pidiendo algo complicado, pero por favor dame una oportunidad para que pueda

explicarme.

—Oliver, las explicaciones llegan tarde ya.

Me estaba levantando para irme, cuando él se acercó a mí y posó sus manos sobre mi rostro. Me obligó a mirarlo a la cara. Tenía bastantes ojeras. Aun así, seguía siendo el hombre más atractivo sobre la faz de la Tierra.

Sus ojos vidriosos me miraban directamente y me imploraban que lo escuchara.

—Por favor, Tesa...

Esa mirada y esa súplica en forma de tan sólo tres palabras me llegó a lo más hondo y derribó todas las barreras que había estado construyendo en mi interior durante aquellos dos largos meses.

Me volví a sentar.

—Vale... —dijo Oliver, visiblemente más relajado—. Empezaré por el principio, pero necesito decirte esto mirándote a los ojos. No me apartes la mirada, por favor.

Si me quedaba una sola forma de no ser débil ante él, era precisamente no mirarle a la cara, no mirarlo a los ojos, porque sabía que si lo hacía estaría perdida y acabaría sucumbiendo ante él.

Aun así accedí a su petición.

Nuestras miradas se cruzaron y a pesar de todo lo que había pasado entre nosotros tantas veces, la burbuja se volvió a formar y el mundo se volvió a parar de nuevo. Estábamos él y yo. Solamente nosotros.

Oliver respiró hondo y me cogió las manos.

—Te quiero, Tesa. Estoy enamorado de ti desde la primera vez que te vi.

Puse los ojos en blanco. No le creía y además no entendía que me dijera que se había enamorado de mí la primera vez que me había visto, cuando yo en esa ocasión le había destrozado el coche y encima después me había comportado como una auténtica niñaata inmadura.

Oliver sonrió por mi gesto.

—Tesa, yo ya te conocía de antes.

—¿Cómo?! —No entendía nada.

—Cuando tuvimos el accidente, en realidad te estaba persiguiendo.

Retiré mis manos de debajo de las suyas mientras abría los ojos algo asustada por lo que me estaba contando.

—Confía en mí —insistió, mientras me volvía a coger las manos y buscaba mi mirada de nuevo.

»¿Recuerdas el día en que le enseñaste a Carlos el local para su discoteca?
Asentí levemente, aunque no entendía qué relación tenía eso con él.

—Yo era una de las personas que lo acompañaron a verlo, sólo que no me recuerdas porque te centraste únicamente en él y en conseguir que comprara a toda costa ese local.

Estaba atónita.

Intenté rescatarlo de mi memoria, pero fui incapaz. Sólo recordaba el empeño que puse en cerrar la venta y que al final lo conseguí.

Oliver siguió hablando.

—¡Me impresionaste tanto, Tesa! No sólo por tu físico, que me embelesó, ya que me pareciste la mujer más preciosa que había visto en mi vida, sino que también me enganchó tu vitalidad, tu entusiasmo, lo competente que te mostrabas en tu trabajo.

Otro silencio que Oliver volvió a romper.

—No te podía olvidar. Desde el primer momento en que te vi y te escuché, supe que eras la mujer de mi vida. Supe que era contigo con quien quería estar.

Yo no daba crédito a todo lo que me estaba contando. ¿Por qué no me lo había dicho antes?

Empezaba a marearme.

Oliver continuó.

—Eras como una droga para mí y necesité volverte a ver como fuera, así que le pedí a Carlos tu teléfono y te llamé a la inmobiliaria para concertar una visita contigo y que me enseñaras varios locales para mi restaurante.

La cabeza me iba a mil intentando recordar.

—Quedé contigo una mañana, pero al llegar a tu oficina saliste corriendo de ella con tus cosas en las manos y con tu jefe detrás gritándote, así que decidí seguirte para ver qué había pasado. Cuando te montaste en tu coche actué sin pensar y cogí el mío para seguirte. —Oliver bajó la cabeza—. Cuando tuvimos el accidente, no fue culpa tuya. En realidad la culpa fue mía. Quise poner mi coche a la altura del tuyo para pedirte que pararas y poder hablar contigo, pero tú hiciste una maniobra inesperada y bueno... lo demás ya lo sabes.

Mi mente seguía trabajando a marchas forzadas intentando procesar toda la

información que estaba recibiendo.

—Pero entonces, ¿por qué no me dijiste nada cuando me bajé del coche después del accidente? —le pregunté perpleja.

Oliver sonrió.

—Porque entonces me pareciste una niña engreída, inmadura y desconsiderada.

Yo también sonreí.

—Con tu actitud, pensé que me había equivocado totalmente contigo y que te había idealizado como lo habría hecho un adolescente. Me dio rabia ser tan estúpido y haber pensado que podrías haber sido la madre de mis hijos. Me sentí completamente ridículo. Por eso desaparecí en cuanto pude.

—Pero me volviste a llamar unos días después a pesar de todo —le dije, afirmando lo que era más bien una pregunta—. ¿Por qué?

Oliver volvió a suspirar.

—Porque seguía sin poder olvidarte. Tenía mono de ti y quise darte otra oportunidad para ver si realmente me equivocaba contigo.

—¿Y? —pregunté como una niña pequeña buscando la aprobación de su papá.

Oliver sonrió.

—Confirmaste mi teoría.

—¿Cuál? ¿La de que era una niña inmadura o la de que podría ser la madre de tus hijos?

—La de que eras una niña inmadura que podría ser la futura madre de mis hijos.

Me dio por reír. Ambos nos reímos.

Ya me sentía más tranquila.

Pero Oliver siguió hablando. Se puso serio de nuevo.

—El problema fue cuando te vi en el concurso —dijo con verdadera aflicción—. Lo último que me esperaba era volverte a ver en esas circunstancias. Destrozaste todos mis esquemas y todo lo que había planeado con respecto a nosotros. Yo quería quedar contigo, conocerte y, si es que éramos compatibles, comenzar una relación. Pero que estuvieras en el programa lo estropeaba todo. Por eso me cabreé tanto contigo, con la situación en realidad, e intenté apartarte de nuevo de mi mente, pero me fue imposible y cada vez me costaba más

mantenerme alejado de ti. El resto de la historia... ya la sabes.

Estaba estupefacta ante las revelaciones que me había hecho. Tenía ganas de abrazarlo, de lanzarme a su boca y perderme en ella, pero no podía olvidar que después de todo lo que me había contado, finalmente había acabado escogiendo su trabajo como prioridad en su vida, y esa prioridad era incompatible con nuestra relación. Por tanto, todo seguía igual.

Las lágrimas acudieron de nuevo a mis ojos, inundándolos.

—No, por favor, Tesa. No puedo verte llorar, no puedo verte sufrir.

—Es tarde ya para eso... ¿no crees, Oliver? —le espeté amargamente.

Carraspeó y se pasó la mano por el pelo.

—Tesa, he sido un completo gilipollas contigo. Yo he sido el que me he comportado de una manera totalmente inmadura y quiero... —se le quebró la voz—... quiero demostrarte cuánto te amo. Te quiero por encima de todo, Tesa.

Sonreí irónicamente.

—¿Por encima de todo, Oliver?

—Déjame demostrártelo, por favor.

—Oye, Oliver, te agradezco todas estas palabras, pero si no te importa no quiero perder más tiempo con esto. Tú tomaste una decisión en su día y ya está.

—Tesa, sólo te pediré una cosa más.

Intenté levantarme para irme, pero no me dejó.

—Lee el documento que has firmado y si entonces sigues queriéndote ir, no te lo impediré. Pero dame al menos esta última oportunidad de enmendar el mayor error que he cometido en mi vida.

Resoplé y volví a sentarme en la silla.

Tuve que respirar hondo varias veces antes de poder comenzar a leer los dichosos papeles que había firmado.

En Barcelona a 27 de... reunidos de una parte: Oliver Sabattini Valdés con DNI... y de otra: Tesa Rivas García con DNI... por el presente documento... acuerdan... la donación por parte de Oliver... de los restaurantes sitos en Barcelona, calle... y en Valencia, calle... y la aceptación por parte de la señorita Rivas de ambos negocios... y de conformidad con lo establecido...

Levanté la vista y lo miré directamente. Oliver sonreía mientras intentaba contener las lágrimas.

—Tesa, te quiero por encima de todo. No puedo vivir sin ti, así que he decidido que la única forma de demostrarte que eres para mí lo más importante de mi vida, es perdiendo todo eso por lo que tanto he luchado, con tal de poder estar contigo.

—Pero ¡estás loco! ¡No puedo aceptarlo!

—Te recuerdo que ya lo has hecho. Eres la nueva propietaria de mis dos restaurantes.

Sonreía como un niño.

Alguien abrió la puerta del despacho y, sin darnos tiempo siquiera a reaccionar, Lucía entró corriendo para encaramarse encima de su tío. Casandra, su madre, entró detrás de ella.

—Lo siento, chicos, no he podido evitar que entre. Hola, Tesa.

—¿Tito estás arruinado ya? Es que tengo mucha hambre y estoy cansada de esperar.

A todos nos dio por reír y Casandra tuvo que disculparse de nuevo.

—Lo siento, Oliver. Le he explicado a Lucía que para que pudieras recuperar a Tesa tendrías que arruinarte. Parece que ella lo ha entendido como que eso es algo positivo —dijo Casandra, encogiéndose de hombros.

—Bueno... —comenzó a decir él—, lo será si con eso consigo recuperar al amor de mi vida.

Lo miré a los ojos y mis mariposas se lanzaron en caída libre al vacío, haciendo todas las piruetas posibles.

Con Lucía aún en brazos, Oliver se acercó a mí y me besó dulcemente en los labios, mientras la niña se tapaba los ojos, y después me susurró al oído:

—He descubierto que tengo una nueva pasión en la vida que está por encima de todas las demás. Tú.

BIOGRAFÍA



Me llamo Carolina Bernal Andrés y soy psicóloga. A mis cuarenta y tres años ocupo mi tiempo trabajando con niños autistas. Sin embargo, desde pequeña siempre tuve la ilusión de poder escribir historias que hicieran disfrutar a la gente y que por un rato les hicieran olvidarse de los problemas de esta vida loca que llevamos. Por eso un día me aventuré a perseguir ese sueño y decidí plasmar en mis libros historias a veces románticas, a veces divertidas, a veces apasionadas, pero sobre todo, historias con ese algo más que hacen que quieras seguir leyendo y que vuelvas a sentirte viva mientras las lees.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

<[https://m.facebook.com/CarolB.A.Escritora/?
notif_t=fbpage_fan_invite¬if_id=1509037738958089&ref=m_notif](https://m.facebook.com/CarolB.A.Escritora/?notif_t=fbpage_fan_invite¬if_id=1509037738958089&ref=m_notif)>

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

Darte un beso, P 2013 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Prince Royce. (N. de la e.)

La mordidita, P 2015 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Ricky Martin. (N. de la e.)

Propuesta indecente, P 2013 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Romeo Santos. (N. de la e.)

For Once in My Life, P 2004 Reprise Records for the U.S. and WEA International Inc. for the world outside the U.S., interpretada por Michael Bublé. (N. de la e.)

Si Dios puso la manzana, fue para morder
Carolina B. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Carolina B. A, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-08-18125-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltallerdellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

